



LA  
FLOR  
QUE NO  
PERDONA

HONOR.  
AMOR.  
VENGANZA.

JUAN VICENTE MORENO

# LA FLOR QUE NO PERDONA

*HONOR. AMOR. VENGANZA:*

Juan Vicente Moreno

Copyright © 2026 Juan Vicente Moreno González

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

*A mi traductor*

# CONTENTS

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[CAPÍTULO 1: LA CENIZA Y EL AZAHAR](#)

[CAPÍTULO 2: EL MIASMA Y LA SEDA](#)

[CAPÍTULO 3: LA MADERA ASTILLADA Y EL SALITRE](#)

[CAPÍTULO 4: EL LEVIATÁN DE MADERA Y EL BROSTAR DE LA  
ESPERANZA](#)

[CAPÍTULO 5: TIERRAS DE SANGRE Y ORO](#)

[CAPÍTULO 6: EL LÁTIGO Y LA CRUZ](#)

[CAPÍTULO 7: LAS MANOS QUE CURAN](#)

[CAPÍTULO 8: EL SECRETO DE LA ALCOBA Y LA DANZA DE LA  
MUERTE](#)

[CAPÍTULO 9: LA DELACIÓN Y EL AZOTE DE LA VERGÜENZA](#)

[CAPÍTULO 10: LA SANGRE DE LA LOBA](#)

[CAPÍTULO 11: LAS FAUCES DEL JAGUAR](#)

[CAPÍTULO 12: EL RASTRO DE LOS DEMONIOS](#)

[CAPÍTULO 13: LA PRUEBA DEL FUEGO](#)

[CAPÍTULO 14: LA ALIANZA DE CENIZA](#)

[CAPÍTULO 15: EL RETORNO DE LAS FURIAS](#)

[CAPÍTULO 16: EL ECO DE LOS TAMBORES](#)

CAPÍTULO 17: LA TRAMPA DEL VIRREY

CAPÍTULO 18: EL VENENO DE LA CORTESÍA Y LA HUIDA POR LOS TEJADOS

CAPÍTULO 19: EL PRECIO DE LA LIBERTAD

CAPÍTULO 20: LA FORJA DE LA ESPADA Y EL JURAMENTO DE LOS CONDENADOS

CAPÍTULO 21: EL ASALTO A LA FORTALEZA Y LA NOCHE DE ACERO Y PÓLVORA

CAPÍTULO 22: EL CALABOZO DE LOS LAMENTOS Y EL REENCUENTRO DE LAS ALMAS

CAPÍTULO 23: LA CAZA DEL TIRANO Y LA SELVA DE LAS SOMBRAS

CAPÍTULO 24: EL DUELO EN EL BARRANCO Y LA ESPADA DE LA VIUDA

CAPÍTULO 25: LAS CENIZAS DEL IMPERIO Y EL VENENO DE LA LIBERTAD

CAPÍTULO 26: EL REFUGIO EN LAS MONTAÑAS Y LA LUCHA CONTRA LA SOMBRA

CAPÍTULO 27: LA SOMBRA DE LA INQUISICIÓN Y EL VENENO DE LA TRAICIÓN

CAPÍTULO 28: EL JUICIO DE DIOS Y LA DEFENSA DE LA LOBA

CAPÍTULO 29: LA SENTENCIA Y EL ALIADO DE LAS SOMBRAS

CAPÍTULO 30: LA FUGA HACIA EL SUR Y EL CAMINO DE LAS SOMBRAS

CAPÍTULO 31: EL DESIERTO DE SAL Y LA TRAVESÍA DE LOS CONDENADOS

CAPÍTULO 32: LOS SEÑORES DEL VIENTO Y EL ENCUENTRO EN LAS TIERRAS YERMAS

CAPÍTULO 33: LA PROFECÍA DE LA MUJER BLANCA Y EL RECONOCIMIENTO DE LA LOBA

CAPÍTULO 34: LA BATALLA DE LOS CERROS ROJOS Y EL PRECIO DE LA SANGRE

CAPÍTULO 35: EL SACRIFICIO DEL MÉDICO Y EL CIELO DE LAS PROMESAS ETERNAS

CAPÍTULO 36: EL ÚLTIMO ALIENTO Y EL CIELO DE LAS PROMESAS ETERNAS

CAPÍTULO 37: LA VIUDA DE DOS MUNDOS Y LA FORJA DEL DUELO

CAPÍTULO 38: LA HEREDERA DE LA ESPADA Y EL LEGADO DE DOS MUNDOS

CAPÍTULO 39: LA CAÍDA DEL VIRREINATO Y LA LOBA COMO ESTANDARTE

CAPÍTULO 40: EL AROMA A AZAHAR Y EL REENCUENTRO EN LOS CAMPOS DE ASFÓDELOS

## CAPÍTULO 1: LA CENIZA Y EL AZAHAR

Aún conservo en la memoria el aroma a azahar y a cera derretida de la noche en que Don Rodrigo me desposó. Recuerdo la calidez de sus manos, curtidas por la espada, pero infinitamente delicadas al rozar mi rostro, y la promesa de eternidad que brillaba en sus ojos oscuros bajo el dosel de nuestra alcoba. Aquel amor fue mi refugio, la dulce melodía que amortiguaba las asperezas de un mundo regido por el acero y la ambición. Hoy, sin embargo, ese recuerdo es solo ceniza esparcida sobre las losas frías de mi propia desdicha. La historia que me dispongo a narrar no conoce de ternuras, pues las tinieblas del siglo dieciséis no perdonan a quienes osan amar en medio de la barbarie.

El estruendo del arcabuz quebró la quietud de la madrugada, ahogando el canto de los grillos y despertando a los perros con un aullido de agonía. El olor a pólvora quemada se filtró por las rendijas de los ventanales, mezclándose con el perfume de los jazmines que trepaban por los muros de nuestro palacio gaditano.

—¡Rodrigo! —clamé, incorporándome de un salto mientras el corazón me golpeaba las costillas—, como un pájaro enjaulado.

Mi esposo ya había desenvainado su espada toledana. Su figura, recortada contra el resplandor anaranjado de las antorchas que iluminaban el patio de armas, era la encarnación del honor castellano. Sin embargo, el valor de un solo hombre poco puede contra la marea de la codicia y la crueldad. La puerta principal cedió con un crujido de madera astillada, y por el umbral se derramó una marea de desalmados. Eran mercenarios renegados, escoria de los Tercios y piratas de costas lejanas, hombres cuyos rostros estaban surcados por la viruela, las cicatrices y la maldad más absoluta.

No hubo piedad para los servidores. Vi a Miguel, el viejo alabardero que me había enseñado a rezar, caer degollado antes de



que pudiera cruzar su arma. La sangre manó a chorros, tiñendo de carmesí los adoquines que yo misma había visto barrer esa tarde.

—¡Atrás, Catalina! ¡Protege a la niña! —rugió Rodrigo—, lanzándose contra el capitán de aquella jauría.

El duelo fue breve y desesperado. El acero de mi esposo cantó con furia, cercenando brazos y abriendo yelmos, pero la traición llegó desde las sombras. Una pica le atravesó la gola, silenciando para siempre su voz de trueno. Rodrigo cayó de rodillas, y antes de que su mirada se apagara, pude ver cómo me buscaba entre la multitud de bestias. Sus ojos, aquellos que me habían amado con una dulzura que desafiaba a la muerte, se clavaron en los míos llenos de una angustia infinita. Luego, la luz se extinguió.

Un grito desgarrador, ajeno a mi propia voluntad, brotó de mi garganta. Abrazaba a nuestra pequeña Elvira, de apenas cuatro años, intentando cubrir sus ojos con mi sayal, pero el horror no admite cobardías. El capitán de los asaltantes, un gigante de piel cetrina y ojos amarillentos que olía a vino rancio y a podredumbre, se acercó a mí con una sonrisa que heló mi sangre.

—El linaje de los Mendoza vale su peso en oro en las Indias, perra —murmuró con un acento arrastrado—, propio de las costas berberiscas. Pero antes de que os venda, habréis de pagar el peaje de la conquista.

Lo que sucedió a continuación arrancó de mi alma la última brizna de humanidad. Me arrastró por el cabello hacia el estrado principal, ignorando los sollozos de mi hija. Las manos de Rodrigo acariciaban mi espíritu; las de aquella bestia desgarraron mi carne con una violencia inaudita. El recuerdo de nuestros besos, de las noches de pasión iluminadas por la luna, fue profanado por el peso de su bota y el aliento fétido de su aliento. El dolor fue absoluto, una hoja candente que me partió en dos, pero el verdadero suplicio fue la humillación, la certeza de que mi cuerpo, templo de nuestro amor, era ahora un campo de batalla saqueado. Lloré en silencio, mordiendo mi propia mano hasta hacerla sangrar para no darle el

gusto de escuchar mis lamentos, mientras la imagen de mi esposo muerto se grababa a fuego en mis retinas.

Cuando aquel demonio terminó, me arrojó al suelo como un trapo inservible. No me mataron. Mi vientre había engendrado a la heredera de una de las casas más ricas de Castilla, y la avaricia es el único dios que veneran los hombres sin honor.

Nos ataron las muñecas con cuerdas de cáñamo que me cortaron la piel hasta el hueso. Sin permitirnos siquiera recoger un manto, nos sacaron a la noche. El fango de los muelles de Cádiz se mezclaba con la sangre de mis pies descalzos. El viento salitre me golpeaba el rostro, arrastrando consigo el hedor a brea y a pescado podrido del puerto.

Ante nosotras se alzaba el San Cristóbal, un galeón de guerra de colosales proporciones, cuyas velas ya comenzaban a desplegarse como alas de murciélago contra el cielo estrellado. Nos empujaron a empellones por la escotilla de popa, arrojándonos a la bodega más profunda y nauseabunda de la nave. El hedor a sentina, a moho y a heces rancias nos recibió como un abrazo mortal.

La puerta de roble se cerró con un estruendo definitivo, y el chirrido de las llaves girando en la cerradura selló nuestro destino. Escuché el crujir de los mástiles, el chasquido de las velas atrapando el viento y el golpe sordo del ancla al ser izada. Zarpábamos. Nos arrancaban de mi tierra, de la tumba de mi amado Rodrigo, y nos lanzaban a la inmensidad del océano Tenebroso.

Me acurruqué en la oscuridad, abrazando a mi pequeña Elvira, que por fin se había dormido, agotada por el llanto. Intenté rezar, pero las palabras se ahogaban en mi garganta seca. ¿Cómo sobreviviríamos a una travesía hacia un mundo desconocido, cuando mi alma ya había sido destrozada en la orilla?

De pronto, el chirrido de la cerradura rompió la penumbra. Una linterna de aceite proyectó sombras alargadas y danzantes sobre las paredes de madera sudorosa. El capitán que me había deshonrado descendió los escalones, seguido por dos marineros armados con alfanjes.

Me puse en pie, interponiendo mi cuerpo entre él y mi hija, erguida a pesar de mis rodillas temblorosas.

—¿Habéis venido a rematar vuestra obra, perro? —le espeté, escupiendo las palabras con todo el veneno que mi linaje me permitía.

El renegado soltó una carcajada ronca que resonó en el espacio reducido. No respondió a mi insulto. En su lugar, se acercó a un barril de agua, lo abrió de un golpe y arrojó su contenido sobre las tablas del suelo. El líquido no era agua. Era espeso, oscuro, y desprendía un olor dulzón y enfermizo que me revolvió las entrañas.

El capitán se giró hacia mí, y a la luz de la linterna pude ver que sus ojos amarillentos brillaban con un terror que no intentó disimular.

—No os he bajado a la bodega para guardaros, Doña Catalina —dijo, con la voz quebrada por una angustia que heló mi sangre mucho más que el acero de sus hombres—. Mi capitán general huyó anoche al saber la verdad. Este galeón no lleva pólvora, ni oro, ni mercancías para el Virrey.

Señaló con un dedo tembloroso hacia el barril derramado, y luego hacia la escotilla por la que se filtraba un sonido nuevo, un sonido que no era el del mar ni el de la madera. Era un coro de tos seca, de lamentos ahogados y de carne que se pudría en vida.

Zarpamos hace una hora hacia las Américas continuó, retrocediendo hacia la escalera con el pánico dibujado en su rostro curtido. Pero no para venderos. El Virrey ordenó cargar este navío en el puerto de Sevilla antes de que la noticia se extendiera. Somos el lazareto flotante. Y la peste bubónica ya corre libre por la cubierta.

La puerta se cerró de nuevo, dejándonos a oscuras. El sonido de la tos de los moribundos sobre nuestras cabezas comenzó a multiplicarse, ahogando el ruido del mar. Miré a mi hija dormida en mis brazos, y comprendí con una claridad espantosa que el océano no sería nuestro mayor enemigo.

## CAPÍTULO 2: EL MIASMA Y LA SEDA

Las palabras del capitán resonaron en la estrechez de la bodega como el tañido fúnebre de una campana de bronce. La peste. La palabra en sí misma era un veneno, un espectro que había diezmado ciudades enteras y que ahora nos acompañaba en la penumbra, respirando al unísono con los moribundos que se apiñaban en la cubierta superior. Cerré los ojos un instante, buscando en la memoria el refugio de mi pasado. Evoqué el tacto de la seda sobre mi piel en la mañana de mi boda, el aroma a sándalo y a limpio lino que desprendía la túnica de Don Rodrigo, y la certeza absoluta de que su amor me blindaría contra cualquier infortunio. Qué necia fui. La dulzura de aquellos recuerdos se tornó en hiel al contrastarla con la realidad de mi presente: un calabozo flotante, apestoso a heces y a carne gangrenada, donde la única certeza era que la parca nos acechaba en la oscuridad.

—¡No permitiré que mi hija muera en este infierno! —bramé, golpeando la gruesa puerta de roble con los puños hasta que los nudillos me sangraron—. ¡Abrid, cobardes! ¡Tened piedad de una criatura inocente!

—Vuestras súplicas rebotan contra la madera y contra el corazón de los hombres, doña Catalina —musitó una voz grave y pausada que emergía del rincón más profundo de la sentina—. Guardad el aliento. Lo necesitaréis para respirar el aire viciado que se filtra por las lumbreras.

Sobresaltada, posé la vista en la dirección de aquel sonido. La escasa luz que se colaba por una rejilla de ventilación me permitió escrutar la figura de un hombre encadenado al mamparo. Vestía harapos inmundos, pero su postura, erguida y serena, desentonaba con la miseria que lo rodeaba. Al acercarme, arrastrando los pies para no despertar a Elvira, que gimoteaba en sueños, pude distinguir los rasgos finos de un rostro curtido por el sol del desierto y una

barba negra recortada con esmero. Era un morisco, o quizás un cautivo bereber. Su presencia en aquel navío cristiano era un enigma, pero sus ojos, de un tono ámbar inquietante, denotaban una inteligencia aguda y una calma sobrenatural.

—¿Quién sois vos para hablar con tal serenidad en la antesala de la muerte? —inquirí, ajustando el sayal sobre los hombros de mi pequeña para protegerla del frío húmedo.

—Soy Alí ibn Sahl, médico de profesión y prisionero por decreto de la Inquisición —respondió el cautivo, haciendo tintinear sus grilletes con un movimiento calculado—. Y mi serenidad nace de la certeza de que el miedo acelera los pulsos y atrae a los miasmas. Si deseáis que la niña sobreviva, acercaos y escuchad.

Me arrodillé junto a él, ignorando el hedor que emanaba de sus ropajes. En sus manos, a pesar de los hierros, sostenía un pequeño hatillo de cuero. Con una destreza asombrosa, lo abrió y extrajo un pañuelo de lino y un frasco de cristal oscuro.

—Empapad este lienzo en vinagre y aplicadlo sobre la nariz y la boca de la pequeña, y sobre la vuestra —instruyó, destapando el frasco y dejando que un aroma penetrante a clavo, canela y alcanfor inundara nuestro reducido espacio—. La pestilencia viaja en el aire corrompido. El vinagre y las especias purifican el aliento. Hacedlo ahora, antes de que los bubones empiecen a florecer en vuestras pieles.

Obedecí sin rechistar. El contacto de sus dedos, al ayudarme a anudar el pañuelo tras la nuca de Elvira, fue inesperadamente suave. Aquella caricia breve y profesional me trajo a la memoria las manos de Rodrigo cuando me retiraba el cabello del rostro antes de besarme. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, no de temor, sino de una culpa punzante. ¿Cómo podía mi cuerpo reaccionar ante el tacto de un infiel, de un enemigo de mi fe, en el preciso instante en que la memoria de mi difunto esposo aún palpitaba en mi pecho? Aparté la mirada, avergonzada de mi propia naturaleza, y apliqué el vinagre a mi rostro.

El alivio fue inmediato. El aroma acre del vinagre y las especias actuó como un escudo contra la fetidez de la bodega. Sin embargo, la tregua duró poco. Un estruendo de botas pesadas sobre la cubierta superior anunció la llegada de la tripulación. La trampilla superior se abrió de par en par, y la luz de las antorchas cegó nuestros ojos acostumbrados a la tiniebla.

—¡Sacad a los apestados! —vociferó un contramaestre de rostro cubierto de pústulas, tapándose la nariz con un trapo sucio—. ¡Tiradlos a las fauces del océano antes de que el hedor nos asfixie a todos!

Cuatro marineros descendieron por la escala, armados con ganchos de hierro y antorchas. Procedieron a arrastrar los cadáveres hinchados por la enfermedad, lanzándolos por la borda con una indiferencia que heló mi sangre. El sonido de los cuerpos cayendo al agua negra era un recordatorio macabro de nuestra propia fragilidad. Cuando terminaron con los muertos, la mirada del contramaestre se posó sobre nosotras. Se acercó con paso tambaleante, escrutando a Elvira, que permanecía inmóvil y pálida en mi regazo.

—Esta cría no se queja. Seguramente ya ha cruzado el umbral —sentenció el bruto, extendiendo un brazo cubierto de cicatrices para arrebatarme a mi hija de mis brazos—. Los tiburones necesitan carne fresca.

La furia materna, primitiva y absoluta, aniquiló cualquier rastro de la educación cortesana que me había sido inculcada. No pensé en mi linaje, ni en mi honor, ni en la muerte. Solo vi a la bestia que pretendía arrebatarme lo único que me mantenía atada a la vida. Con un movimiento rápido, mi mano derecha se cerró alrededor de un clavo oxidado de tres pulgadas que sobresalía de un barril podrido a mi espalda.

—¡Si tocáis a mi hija, os arrancaré los ojos! —grité, lanzándome contra el marinero.

El clavo se hundió en el cuello del hombre con un sonido húmedo y crujiente. El contramaestre soltó un alarido ahogado, llevándose

las manos a la garganta de donde brotó un surtidor de sangre oscura que manchó mi sayal. Cayó de rodillas, pataleando sobre las tablas resbaladizas, mientras sus compañeros retrocedían, presa del pánico al ver a una mujer noble bañada en la sangre de su propio verdugo.

—¡Es una bruja! ¡La peste la ha poseído! —chilló uno de ellos, dando media vuelta y subiéndose por la escala a toda prisa.

La trampilla se cerró de un golpe, y el cerrojo corrió con un chirrido metálico. Quedamos a oscuras, salvo por el resplandor mortecino de la antorcha que el muerto había dejado caer sobre los tablones. Respiraba con dificultad, el corazón martilleándome las sienes, mientras la sangre del marinero empapaba mis rodillas. Miré mis manos, temblorosas y teñidas de carmesí. Rodrigo me había enseñado que las manos de una dama solo debían servir para bordar y para acariciar. Ahora, eran las garras de una loba dispuesta a devorar al mundo para proteger a su cachorro.

—Habéis luchado con el coraje de los leones de Atlas, señora —murmuró Alí, acercándose a mí con un trapo húmedo que había exprimido del barril de vinagre—. Pero habéis despertado la ira de los hombres que controlan el navío. Y lo que es peor, habéis derramado sangre en un barco donde la muerte ya campa a sus anchas.

—Que vengan —repliqué, limpiando mis manos con brusquedad mientras me ponía en pie, interponiéndome entre el cautivo y mi hija—. Ya no me queda nada que perder.

Antes de que el morisco pudiera responder, un estruendo colosal sacudió el galeón. La madera crujió como si fuera a partirse en dos, y un golpe sordo, seguido del chillido desgarrador de los mástiles al astillarse, nos lanzó al suelo. El sonido inconfundible de los cañonazos y el choque de la madera contra la madera llenó el aire, ahogando los lamentos de los enfermos de la cubierta. No era un temporal. Era un abordaje.

Alí se incorporó con dificultad, arrastrando sus cadenas hasta la rejilla de ventilación, y pegó el oído a la madera. Su rostro, hasta

entonces impasible, se transformó en una máscara de horror absoluto.

—No son navíos de Su Majestad los que nos han embestido —susurró el cautivo, girándose hacia mí con los ojos desorbitados—. Son los galeotes de Argel. Y el capitán que os deshonró ha pactado con ellos.

—¿Qué queréis decir? —pregunté, sintiendo que el suelo se hundía bajo mis pies.

—El capitán os trajo aquí para entregaros a los corsarios, doña Catalina —sentenció Alí, con la voz quebrada por una verdad infausta—. No os lleva a las Américas. Os vende en el mercado de esclavos de Berbería. Y por el sonido de los eslabones que rompen, creo que han venido a reclamar su mercancía.

Un hacha comenzó a destrozar la puerta de roble de nuestra celda, y por las grietas se coló el resplandor de las llamas y el olor a pólvora y a carne quemada.



## CAPÍTULO 3: LA MADERA ASTILLADA Y EL SALITRE

El hacha del abordaje no golpeó la puerta de roble con la furia desordenada de los piratas berberiscos, sino con la cadencia metódica y cruel de los zapadores de los Tercios. Cada hachazo era un latido de muerte, una cuenta regresiva que resonaba en los huesos de la bodega y me devolvía, con una claridad enfermiza, a la noche en que mi palacio fue reducido a cenizas. El olor a pólvora que se colaba por las grietas no olía a la pólvora negra y húmeda de los corsarios, sino a la pólvora de mecha, refinada y letal, la misma que había silenciado para siempre el corazón de mi amado Rodrigo.

¡Atrás, Catalina! ¡Protege a la niña!

La voz de mi esposo rescatada de las criptas de mi memoria se superpuso al estruendo de la madera cediendo. El cerrojo de hierro saltó hecho pedazos, y la puerta se abrió de par en par, revelando no los turbantes y alfanjes de los sarracenos de Argel, sino los petos abollados, los morriones oxidados y los rostros curtidos por el escorbuto de los hombres de Su Majestad Católica. Eran españoles. No eran corsarios. Eran tratantes de almas, la escoria más despreciable de las Indias, los mismos que habían fingido el ataque para borrar todo rastro de testigos y justificar el desvío de la nave.

Al frente de la marea de acero caminaba un hombre de estatura colosal, vestido con un jubón de terciopelo carmesí, ahora manchado de hollín y sangre ajena. En su mano derecha no empuñaba un alfanje, sino una espada ropera de empuñadura de cazoleta, el acero blanco brillaba con una luz siniestra y depredadora. Sus ojos, del color del hielo derretido, me escrutaron con una mezcla de lujuria y codicia que me heló la sangre mucho más que la brisa marina.

—Dejad las armas, perra —graznó el gigante, escupiendo un esputo de tabaco sobre las tablas empapadas de la sentina—. El

teatro de los moros ha terminado. Mi nombre es Don Lope de Vargas, y este galeón no es un lazareto, ni navega hacia las costas de Berbería. Navega hacia Tierra Firme, y vos sois la mercancía más valiosa de mi bodega.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. La peste era una mentira. El ataque corsario, una farsa. Todo había sido una coreografía macabra diseñada para secuestrarnos sin levantar sospechas en los puertos. Mi mente, embotada por el horror y el cansancio, intentó procesar la magnitud de la traición. Don Rodrigo, mi dulce y valiente Rodrigo, había muerto defendiendo nuestro honor de unos mercenarios que, en realidad, eran los perros de caza de este demonio vestido de seda.

—¡Mi hija y yo somos súbditas de la Corona! —vociferé, erguida cuanto me permitían mis rodillas temblorosas, aferrando el clavo oxidado como si fuera la reliquia de un santo—. ¡Si nos lleváis a las Indias, el Virrey os hará ahorcar en la plaza mayor!

Don Lope soltó una carcajada que resonó como el croar de un cuervo gigante. La risa rebotó en las paredes de madera, ahogando los gemidos de los enfermos que aún yacían en los rincones.

—El Virrey es mi primo, doña Catalina —respondió, dando un paso adelante, el acero de su espada rozando el suelo con un chirrido que me erizó el vello—. Y en las Américas, la ley la escriben los hombres que tienen el valor de empuñar la espada, no los cobardes que se esconden tras los papeles reales. Vuestro esposo era un hombre honorable, pero su honor fue lo que lo mató. Se negó a pagar el peaje de mi protección. Ahora, pagaréis vos con vuestro cuerpo y con el oro que vuestro linaje os garantiza.

La mención de Rodrigo encendió en mi pecho una hoguera de furia que consumió cualquier rastro de temor. La dulzura de sus besos, la ternura de sus manos al acariciar mi vientre antes de que la vida me fuera arrebatada, se transformaron en un veneno dulce y mortal. No permitiría que aquellas manos manchadas de pecado profanaran su memoria. No permitiría que tocaran a mi pequeña Elvira.

A mi lado, Alí ibn Sahl se movió con la fluidez de una serpiente entre las sombras. A pesar de los grilletos, su mente seguía siendo un arma afilada. Sin mediar palabra, el morisco pateó el barril de vinagre y especias que había abierto el capitán. El líquido espeso y acre se derramó sobre las brasas mortecinas de la antorcha caída. Una nube densa, picante y asfixiante de vapor de clavo y alcanfor estalló en el espacio reducido, cegando a los esbirros de Don Lope.

—¡Ahora, señora! ¡Corred! —bramó Alí, lanzándose contra el más cercano de los marineros, utilizando sus propias cadenas como un flagelo de hierro que silbó en el aire y se enroló en el cuello del bruto, estrangulándolo con un crujido nauseabundo.

La bodega se convirtió en un caldero de locura. El vapor picante quemaba mis ojos y mi garganta, pero la adrenalina me otorgaba una lucidez sobrenatural. Agarré a Elvira, que había despertado y lloraba en silencio, y la pegué a mi pecho. Con la mano izquierda aferré el clavo oxidado y con la derecha empujé a mi hija hacia la escotilla abierta por la que los marineros habían entrado.

—¡Sube, mi amor! ¡Sube hacia la luz! —le susurré, empujándola hacia la escala de cuerda.

Un marinero, con el rostro enrojecido por el vapor y la ira, se abalanzó sobre mí, alzando un cuchillo de abordaje. No pensé. No recé. Simplemente, dejé que el instinto de la loba tomara el control. Lancé mi brazo hacia adelante y hundí el clavo de tres pulgadas en la órbita del hombre. El grito que emitió fue un sonido animal, desgarrador, que se mezcló con el estruendo de la batalla en la cubierta superior. La sangre caliente y viscosa me salpicó el rostro, bañando mis mejillas con un bautismo de hierro y muerte.

—¡Maldita zorra! —rugió Don Lope, abriéndose paso entre el humo y el caos. Su espada silbó, cercenando el aire a escasos centímetros de mi cuello, y me obligó a lanzarme al suelo, rodando sobre las tablas resbaladizas por la inmundicia.

Alí aprovechó la distracción para golpear la rodilla del capitán con su grillete, haciéndolo caer de bruces. El morisco me tendió la mano,

sus ojos ámbar brillando con una ferocidad que desmentía su habitual serenidad.

—¡No hay tiempo, Catalina! ¡El barco arde! —gritó, señalando hacia la escotilla.

Las llamas, alimentadas por el aceite derramado y la pólvora, comenzaban a lamer las paredes de la bodega. El humo negro y denso descendía, asfixiante, mezclándose con el hedor de la sentina. Subí por la escala de cuerda con una desesperación que me desgarraba los músculos, cargando a Elvira en la espalda y sintiendo el aliento de Alí en mis talones.

Al emerger a la cubierta principal, el espectáculo que se ofreció ante mis ojos me dejó paralizada por un instante. El cielo del amanecer se teñía de un rosa pálido y dorado, una belleza celestial que contrastaba de forma obscena con el infierno que se desataba sobre las tablas del galeón. El San Cristóbal no estaba siendo abordado por corsarios, sino que había embestido deliberadamente a una carabela de la Armada de Guarda que intentaba interceptarlo. Los dos navíos estaban enganchados, y los hombres de Don Lope masacraban a los soldados reales con una crueldad metódica.

El mar, inmenso y azul, se extendía hasta el horizonte, indiferente a la barbarie humana. El viento salitre azotaba mi rostro, limpiando la sangre de mis mejillas, pero no podía lavar la suciedad de mi alma.

Don Lope emergió tras nosotros, escupiendo sangre y sosteniendo su espada en alto. Sus hombres, tras someter a los últimos defensores de la carabela, nos rodearon en un semicírculo de acero reluciente. Estábamos atrapadas. Elvira escondía su rostro en mi cuello, sus pequeñas manos aferrando mi sayal con una fuerza que me rompía el corazón.

El capitán se acercó lentamente, limpiándose la sangre de la boca con el dorso de la mano. Su mirada se posó en mí, y luego en Alí, que se interponía entre nosotros y los esbirros, con las cadenas tensas y el pecho agitado.

—Habéis luchado con el coraje de las furias del averno, doña Catalina —musitó Don Lope, con una sonrisa que revelaba sus dientes podridos—. Pero el juego ha terminado. Vais a ser llevadas a la fortaleza de Santa Marta, en las costas del Darién. Allí os espera el hombre que me contrató para traeros.

El nombre del hombre resonó en mi mente como un trueno. Don Lope hizo una pausa, disfrutando de mi ignorancia, antes de soltar la sentencia que habría de marcar el resto de mis días.

—Se hace llamar el Marqués de la Sangre. Un conquistador que ha renegado de Dios y del Rey para aliarse con los salvajes de las tierras lejanas, los indios caníbales de la selva profunda. Él fue quien ordenó el asalto a vuestro palacio en Cádiz. Él fue quien pagó por vuestra cabeza y por la de vuestro esposo, porque Don Rodrigo descubrió sus tratos con los herejes antes de zarpar.

El mundo dejó de girar. Rodrigo no había muerto por una simple incursión de mercenarios. Había sido asesinado por descubrir una traición que involucraba a las más altas esferas del poder. Y ahora, yo, mi hija y el hombre que había comenzado a despertar en mi corazón un amor tan prohibido como peligroso, éramos el botín de guerra de un tirano que gobernaba en la jungla con la ayuda de los demonios de la selva.

Don Lope se acercó a mí, lo suficiente para que pudiera oler el vino rancio y la podredumbre de su aliento, y susurró con una crueldad que heló mi sangre:

—El Marqués no os quiere para sus camas, doña Catalina. Os quiere para los altares de sus nuevos dioses. Y vuestra hija... vuestra hija será el sacrificio que asegure su alianza con los salvajes.

La brisa marina trajo el olor a sangre y a pólvora, pero por un instante, solo pude oler el aroma a azahar de mi noche de bodas, y la certeza absoluta de que mi guerra en el Nuevo Mundo acababa de comenzar.

## CAPÍTULO 4: EL LEVIATÁN DE MADERA Y EL BROTAR DE LA ESPERANZA

La risa de Don Lope de Vargas se extinguió en sus labios al observar la firmeza de mi postura. A pesar de las cadenas invisibles que el miedo y la desdicha habían forjado en torno a mi alma, me mantuve erguida, escudo frágil pero inquebrantable entre las hojas de acero de sus esbirros y el cuerpo tembloroso de mi pequeña Elvira. El galeón San Cristóbal gemía bajo nuestros pies, una bestia de madera y brea que parecía consciente de la maldad que transportaba en sus entrañas. A nuestro alrededor, la cubierta era un tapiz macabro de cadáveres y astillas. La carabela de la Armada de Guarda, embestida y destrozada por la proa de nuestro navío, se hundía lentamente en las aguas oscuras del océano, arrastrando consigo a los valientes soldados que habían intentado cumplir con su deber. El mar, implacable y silencioso, cerró sus fauces sobre los ahogados, sin concederles ni siquiera el consuelo de una oración fúnebre.

—Recoged a las hembras y al perro sarraceno —ordenó el capitán, con un gesto de desdén que me hizo hervir la sangre—. Llevadlos a la cámara de popa. No quiero que la peste, si es que la tienen, contamine a la tripulación antes de que lleguemos a Santa Marta. Y atad bien al morisco; si intenta alguna de sus artes de brujería, arrojadlo a las aguas sin cruz ni epitafio.

Dos marineros de rostros curtidos y miradas ausentes me agarraron de los brazos. No opuse resistencia física, pues mi cuerpo, agotado por la vigilia y el horror, apenas podía sostenerse, pero mi espíritu ardía con un fuego que ninguna sogas podría apagar. Nos arrastraron por las escaleras de caracol hacia las profundidades del navío, lejos de la luz del sol y de la brisa salobre. La cámara de popa, aunque ligeramente menos nauseabunda que la sentina inferior, no dejaba de ser una celda de tortura. Olía a madera

podrida, a sudor rancio y a las especias que Alí había derramado horas antes. Nos encadenaron a una argolla de hierro empotrada en el mamparo, dejándonos apenas espacio para movernos. Elvira ocultó su rostro en mi regazo, y yo acaricié su cabello, murmurando promesas de protección que mi propio corazón sabía vacías.

Los días se fundieron en una sucesión monótona de tinieblas y congoja. El San Cristóbal se convirtió en un microcosmos del infierno, un leviatán de madera que surcaba las aguas del Atlántico con la parsimonia de un condenado que camina hacia el patíbulo. Las condiciones en las que nos mantuvieron eran propias de la más absoluta barbarie. El contramaestre, un hombre de nombre Grijalva cuyo rostro estaba surcado por la cicatriz de un arcabuzazo, nos arrojaba cada mediodía un mendrugo de bizcocho tan duro como la piedra, infestado de gorgojos, y un trozo de cecina salada que raspaba la garganta al intentar deglutirla. El agua, guardada en toneles de roble que jamás se limpiaban, sabía a lodo y a moho, y nos provocaba arcadas continuas.

En aquella penumbra perpetua, donde la única medida del tiempo era el vaivén rítmico del casco al compás de las olas y el crujido lastimero de los mástiles, mi mente buscaba refugio en los jardines de mi memoria. Evocaba los patios de naranjos de mi palacio en Cádiz, el sonido del agua brotando de las fuentes de mármol, y la figura de Don Rodrigo caminando hacia mí con una rosa entre los dientes. Aquellos recuerdos, que en un principio me sirvieron de bálsamo, comenzaron a tornarse en un suplicio dulce y amargo. La pureza de aquel amor contrastaba de forma obscena con la inmundicia que me rodeaba. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de mi esposo desfigurado por la muerte, y sentía de nuevo el peso asfixiante del mercenario que me había deshonorado en la noche de mi viudez. Mi cuerpo, templo sagrado de los Mendoza, había sido profanado, y la culpa de sobrevivir a tal vituperio me carcomía las entrañas más que el hambre o la sed.

Sin embargo, en aquel abismo de desesperación, una luz tenue comenzó a brillar en la persona de Alí ibn Sahl. El capitán, en su infinita crueldad, había ordenado que le retiraran los grilletes de los

pies, aunque mantenía los de las muñecas unidos a una cadena larga que le permitía moverse por la cámara. Su presencia, en un principio, me generó recelo; era un infiel, un hombre de una fe distinta a la mía, y la educación que había recibido me enseñaba a ver en él a un enemigo de Cristo. Pero la necesidad y el instinto de supervivencia son maestros que derriban los prejuicios más arraigados.

La quincena de travesía trajo consigo un aire viciado y húmedo que se coló por las lumbreras, enfermando a mi pequeña Elvira. La niña comenzó a arder en fiebre, su piel pálida y translúcida contrastando con el rojo de sus labios resecaos. Los gemidos de mi hija eran puñales que se clavaban en mi pecho. Supliqué a los guardias que nos daban de comer que llamaran al cirujano del navío, pero solo recibí burlas y escupitajos. La criatura se moría, y yo, impotente, solo podía abrazarla y llorar en silencio, sintiendo cómo la vida se escapaba de su pequeño cuerpo.

Fue entonces cuando Alí se acercó. Sus movimientos, a pesar de la cadena que arrastraba, poseían la gracia de un felino. Se arrodilló junto a nosotras, y sus ojos ámbar, que hasta entonces habían reflejado una calma estoica, mostraron una profunda compasión.

—La niña necesita enfriar su sangre, señora —murmuró con voz suave, una melodía pausada que pareció detener el tiempo en aquella celda—. El aire de esta bodega es un veneno lento. Si no actuamos, el fuego interno consumirá su alma antes de que veamos las costas de las Indias.

—¿Qué podéis hacer vos, cautivo? —respondí con amargura, apretando a Elvira contra mi pecho—. No tenéis vuestras hierbas, ni vuestros ungüentos. Solo cadenas y la piedad de un Dios que parece habernos abandonado.

—La ciencia de curar no reside únicamente en los frascos de cristal, doña Catalina —replicó él, extendiendo una mano hacia la frente de mi hija. Sus dedos, largos y finos, estaban ásperos por el salitre, pero su tacto fue de una delicadeza extrema—. Reside en el conocimiento de los humores y en la voluntad de no rendirse. Pedid



al guardia que os dé un poco del vinagre que usaron para limpiar la cubierta, y un paño de lino limpio. Si os negáis, la pequeña morirá, y vuestra alma cargará con ese peso hasta el fin de los tiempos.

La lógica de sus palabras, desprovista de toda arrogancia, me desarmó. Llamé al centinela y, con la autoridad que mi linaje aún me otorgaba, exigí el vinagre y el lienzo. El hombre, sorprendido por mi tono, obedeció refunfuñando. Alí tomó el paño, lo empapó en el líquido acre y, con una destreza que denotaba años de práctica, comenzó a aplicar compresas en la nuca, las muñecas y el pecho de Elvira.

Mientras trabajaba, sus manos rozaban accidentalmente mi piel. Cada contacto era una descarga eléctrica, un contraste abismal con la violencia bestial que había marcado mis últimos días. Las manos de los mercenarios que me violaron habían sido garras que desgarraban, que humillaban, que tomaban por la fuerza. Las manos de Alí, por el contrario, eran instrumentos de sanación, de respeto, de una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada. Observé su rostro concentrado, la línea firme de su mandíbula cubierta por una barba oscura, y sentí que algo en mi interior, que creía muerto y petrificado por el trauma, comenzaba a resquebrajarse.

—Vuestras manos son hábiles, Alí ibn Sahl —susurré, rompiendo el silencio que solo acompañaba el jadear de mi hija—. Curan el cuerpo, pero también parecen calmar el espíritu.

Él alzó la vista, y nuestros ojos se encontraron en la penumbra. En su mirada no había lujuria, ni codicia, ni el desdén con el que los hombres de su condición solían tratar a las mujeres cristianas. Había una profundidad insondable, un dolor compartido y una admiración contenida.

—Las manos solo ejecutan lo que el corazón dicta, doña Catalina —respondió con voz grave, volviendo a mojar el paño—. Y mi corazón dicta que no permitiré que la inocencia perezca en este leviatán de madera. Vos sois una mujer que ha soportado el peso del mundo sobre sus hombros. Vuestra fortaleza es el verdadero remedio que mantiene a la niña con vida.

Las palabras del morisco me conmovieron hasta las lágrimas. Por primera vez en semanas, no lloré de dolor ni de rabia, sino de un alivio profundo y reconfortante. En la oscuridad de la bodega, rodeadas de la inmundicia y el hedor de la travesía, floreció entre nosotros un vínculo inquebrantable. No era solo gratitud; era el reconocimiento de dos almas destrozadas que encontraban en la otra un refugio contra la crueldad del mundo. Comenzamos a hablar en los largos intervalos en que Elvira dormía, su fiebre remitida gracias a los cuidados del cautivo. Me habló de su Córdoba natal, de las bibliotecas de sabios que habían sido quemadas por el fanatismo, de su viaje a las Indias buscando un lugar donde su conocimiento no fuera motivo de condena. Yo le hablé de mis jardines, de la poesía de Garcilaso que recitaba con Rodrigo, y de la amargura de saber que mi honor, según las leyes de los hombres, había sido mancillado para siempre.

—El honor no reside en la pureza del cuerpo, que el azar o la maldad pueden arrebatarse —me dijo una noche, mientras la luz de una sola vela iluminaba nuestros rostros—. El honor es la fortaleza del alma para seguir amando y protegiendo a los suyos a pesar de la desdicha. En eso, doña Catalina, sois la mujer más honorable que he conocido.

Su voz, cargada de una sinceridad que desafiaba las leyes de la Inquisición y los dogmas de mi tierra, encendió en mi pecho una llama prohibida. Me incliné hacia él, impulsada por una necesidad imperiosa de consuelo, y nuestros labios se encontraron. Fue un beso suave, apenas un roce de pieles, pero contuvo la intensidad de un huracán. En ese contacto no había la pasión desbocada de la lujuria, sino la dulzura de un amor que nacía de las cenizas, la promesa silenciosa de dos náufragos que decidían aferrarse el uno al otro para no ser tragados por el abismo. Por un instante, el hedor de la sentina desapareció, reemplazado por el aroma imaginario de los jazmines de mi palacio y el perfume a sándalo que desprendía su piel.

El idilio fue interrumpido bruscamente por el estruendo de la puerta al abrirse. El contramaestre Grijalva entró con paso pesado,

seguido por dos marineros armados. Allí se separó de mí con rapidez, bajando la mirada y adoptando de nuevo la postura sumisa del cautivo, pero yo me interpuso entre él y los esbirros, con la mirada encendida por una furia que no conocía límites.

—¿Qué significa esta intromisión? —exigí saber, erguida cuanto me permitían las cadenas.

—Significa que hemos llegado al fin de la travesía, perra arrogante —respondió Grijalva con una sonrisa que descubrió sus dientes negros—. El capitán ordena que subáis a cubierta. Las tierras del Darién están a la vista, y el Marqués de la Sangre ha enviado una delegación para recibir su mercancía.

El corazón me dio un vuelco. La travesía había terminado, pero el verdadero infierno estaba a punto de comenzar. Subimos a la cubierta, cegados por la luz cegadora del sol del trópico. El aire era denso, húmedo, y olía a vegetación podrida y a flores desconocidas. Ante nosotros, la costa de Santa Marta se alzaba como un muro impenetrable de selva verde y oscura, una masa de vida salvaje que parecía observarnos con mil ojos invisibles.

En la playa, esperando junto a unas chalupas que se acercaban al galeón, había una comitiva que heló la sangre de hasta el más valiente de los marineros de Don Lope. No eran solo españoles. Entre los hombres armados con arcabuces y espadas, caminaban guerreros indígenas de estatura colosal, pintados con colores de guerra, adornados con plumas de aves tropicales y portando mazas de madera con incrustaciones de obsidiana. Eran los salvajes de las tierras lejanas, los aliados del Marqués.

Pero lo que me obligó a llevarme las manos a la boca para ahogar un grito de horror no fue la visión de los caníbales. Fue lo que el líder de la delegación, un hombre alto que vestía una armadura negra grabada con símbolos profanos, arrojó sobre la pasarela de madera cuando las chalupas se acoplaron al casco del galeón.

El objeto rodó por las tablas y se detuvo a los pies de Don Lope. Era una mano humana, cercenada con un corte limpio, aún llevando

el anillo de sello con las armas de los Mendoza. La mano de mi amado Rodrigo. Atada a la muñeca cortada, una nota de pergamino ondeaba con la brisa marina. Don Lope la recogió, la leyó y me la tendió con una mueca de crueldad infinita.

—El Marqués os da la bienvenida a su reino, doña Catalina —susurró el capitán, mientras los tambores de los salvajes comenzaban a redoblar en la orilla, marcando el ritmo de mi perdición—. Dice que vuestro esposo murió gritando vuestro nombre, y que espera que vos y vuestra hija seáis igual de elocuentes en los altares de sus nuevos dioses.

Miré la mano de mi esposo, y luego a la selva impenetrable que nos aguardaba. La dulzura del beso de Alí aún ardía en mis labios, pero la realidad de la sangre y el acero había vuelto para reclamar su tributo. La travesía había terminado, y la verdadera masacre estaba a punto de comenzar.

## CAPÍTULO 5: TIERRAS DE SANGRE Y ORO

La chalupa se separó del costado del galeón con un crujido de remos que resonó en mis oídos como el tañido de una campana fúnebre. El agua salada salpicaba mis labios resecaos, y el sol del trópico caía a plomo sobre mi cabeza, implacable como la mirada de un Dios airado. A mi lado, Elvira se aferraba a mi sayal con los nudillos blancos, sus ojos muy abiertos, absorbiendo con el asombro terrorífico de la infancia aquel mundo nuevo que se desplegaba ante nosotras como una pesadilla febril. Allí, encadenado y custodiado por dos arcabuceros, caminaba con la cabeza alta, sus ojos ámbar escrutando la línea de la selva con una atención que desmentía la sumisión de su postura.

La playa de Santa Marta no era el paraíso que los cronistas de Su Majestad habían descrito en sus cartas llenas de hipérboles. Era una franja de arena blanca y abrasadora, flanqueada por un muro impenetrable de vegetación verdinegra, de donde emanaba un aliento denso, cargado de perfumes dulzones y de un hedor sutil a carne descompuesta. Los tambores de los salvajes marcaban un ritmo hipnótico, un latido profundo que parecía brotar de las entrañas mismas de la tierra, y los guerreros pintados de rojo y negro se agitaban en una danza ritual que erizaba el vello de la nuca. Sus cuerpos, untados con aceites aromáticos, brillaban bajo el sol como estatuas de bronce viviente, y sus ojos, oscuros y profundos, nos observaban con una curiosidad desprovista de toda piedad.

En el centro de la playa, bajo un dosel de plumas de guacamayo y pieles de jaguar, aguardaba la comitiva que había de decidir nuestro destino. Al frente de todos, montado en un caballo negro de crin ensortijada, se destacaba un hombre cuya sola presencia helaba la sangre más templada. Vestía una coraza de acero negro, grabada con símbolos que no pertenecían a la heráldica cristiana, sino a

alguna liturgia pagana aprendida en los rincones más oscuros del Nuevo Mundo. Su rostro, curtido por mil batallas, estaba surcado por una cicatriz que le partía la mejilla desde la sien hasta la barbilla, y sus ojos, del color del ámbar ahumado, poseían la frialdad de los reptiles que acechan entre las piedras. Era él. El Marqués de la Sangre.

Don Lope de Vargas descendió el primero de la chalupa, seguido por sus esbirros, y se postró de rodillas ante el jinete con una sumisión que me reveló la verdadera jerarquía de aquel infierno. El capitán, que había sido el azote de los mares y el verdugo de mi honor, no era más que un perro faldero al servicio de aquel demonio.

—Levantaos, Vargas —ordenó el Marqués con una voz grave y arrastrada, que resonaba en el aire denso como el golpe de un mazo sobre un yunque—. Habéis traído la mercancía prometida.

—Tal como ordenasteis, mi señor —respondió el capitán, incorporándose con el rostro bañado en sudor—. La hembra de los Mendoza y su cría. Y el sarraceno que intentó rebelarse en la travesía.

El Marqués hizo avanzar su montura hasta el borde del agua, donde los marineros nos obligaron a descender. La arena ardía bajo mis pies descalzos, y el calor me envolvía como un sudario de lana mojada. Allí fue empujado brutalmente por la espalda, y sus cadenas tintinearón con un sonido que me desgarró el alma. Elvira escondió su rostro en mi regazo, sollozando en silencio.

El tirano desmontó con la agilidad de un felino y se acercó a nosotras, sus botas de cuero negro crujiendo sobre la arena. Se detuvo a escasos pasos, y sus ojos me recorrieron de arriba abajo con una lentitud deliberada, despojándome de toda dignidad. No había en su mirada la lujuria bestial de los mercenarios que me habían deshonrado en Cádiz, sino algo peor: una curiosidad clínica, la de un coleccionista que examina una pieza rara antes de colocarla en su vitrina.

—Doña Catalina de Mendoza —musitó, saboreando cada sílaba de mi nombre como si fuera un vino añejo—. He oído hablar de

vuestra belleza en las cortes de Sevilla, y debo confesar que los rumores se quedan cortos. Sois, en verdad, una joya digna de los altares de mis dioses.

Escupí a sus pies, con toda la rabia que mi linaje y mi honor mancillado me permitían.

—Sois un perro sarnoso y un traidor a vuestra fe —le espeté, con la voz temblando de indignación—. Que Dios os condene en la otra vida, porque en esta ya camináis con un pie en el averno.

El Marqués no se inmutó. Una sonrisa lenta y cruel se dibujó en sus labios, revelando unos dientes blancos que contrastaban con la negrura de su alma.

—La fe, doña Catalina, es un lujo que solo pueden permitirse los hombres que viven en palacios de piedra —respondió con serenidad—. Aquí, en las Indias, la fe la dicta el acero, y el acero lo empuñan aquellos que tienen el valor de mirar a los dioses antiguos a los ojos. Vuestro esposo, que en paz descansa, era un hombre piadoso. Y por eso murió.

La mención de Rodrigo fue un puñal envenenado que me atravesó el pecho. Quise lanzarme sobre él, arrancarle los ojos con las uñas, ahogarlo con mis propias manos, pero las cadenas invisibles del decoro y la prudencia me mantuvieron en mi sitio. Allí, a mi lado, bajó la mirada, pero pude ver cómo sus puños se cerraban con tanta fuerza que las cadenas se clavaban en su carne.

—¿Qué queréis de nosotras? —pregunté, con la voz quebrada por el esfuerzo de contener las lágrimas.

—De vos, poco —respondió el Marqués, girándose hacia la selva con un gesto teatral—. Sois el peón de un juego mayor. Vuestra hija, en cambio, es la llave que me abrirá las puertas del poder entre los pueblos de la selva profunda. Los salvajes exigen sangre inocente para sellar sus alianzas, y la sangre de los Mendoza, pura y noble, será el sacrificio que me garantice la lealtad de los caníbales del Darién.

El mundo se detuvo. El aire se volvió denso, irrespirable. Sentí cómo las piernas me fallaban, y tuve que apoyarme en Alí para no caer de rodillas sobre la arena abrasadora. Mi pequeña Elvira, mi niña de cuatro años, mi flor de azahar, destinada a los cuchillos de obsidiana de los salvajes. La furia que había sentido ante la muerte de Rodrigo, ante mi propia violación, palidecía ante aquella sentencia. Era una furia nueva, fría, absoluta, la de una madre a la que le arrebatan la razón misma de su existencia.

—Antes permitiré que el mar nos trague a ambas —susurré, con una calma que me sorprendió a mí misma—. Antes que entregarla a vuestros demonios.

El Marqués soltó una carcajada que resonó en la playa como el graznido de un cuervo gigante.

—No tendréis esa opción, doña Catalina —respondió, acercándose a mí hasta que pude oler el perfume a almizcle y a pólvora que impregnaba su jubón—. Pero hay algo que sí podéis elegir. Podéis acompañar a vuestra hija hasta el altar del sacrificio, y morir con ella bajo el cuchillo del chamán. O podéis venderme vuestro cuerpo y vuestro conocimiento, y trabajar como médica en mi encomienda, sirviendo a los esclavos que trabajan mis minas. Si lo hacéis, y si servís bien, quizás, solo quizás, pueda considerar perdonar la vida de la niña.

La propuesta era una trampa, una burla macabra. Sabía que ninguna de las dos opciones me garantizaría la salvación de Elvira, pero la segunda me ofrecía una sombra de esperanza, un resquicio por el que colarme para intentar lo imposible. Miré a Alí, y en sus ojos ámbar leí la misma decisión que ardía en mi pecho. No había rendición posible. Solo la lucha, la astucia, y la promesa silenciosa de vengarnos algún día.

—Acepto —dije, con la voz firme, tragándome el orgullo, el honor, y las últimas briznas de mi dignidad—. Seré vuestra médica. Pero exijo que el sarraceno me acompañe. Su conocimiento de las hierbas me será útil.



El Marqués meditó la petición, acariciándose la cicatriz de la mejilla con un dedo enjoyado. Luego, su mirada se posó en Alí, y una sonrisa de complicidad se dibujó en sus labios.

—El morisco sabe de venenos y de remedios —murmuró—. Es útil, en efecto. Que viva, pues. Pero si intenta alguna de sus artes contra mí o contra los míos, lo despellejaré vivo y colgaré su piel en la puerta de mi hacienda.

Hizo un gesto, y dos esclavos indígenas, semidesnudos y con la mirada ausente, se acercaron para despojarnos de las cadenas. El metal cayó sobre la arena con un sonido sordo, y por un instante, sentí la ilusión de la libertad. Pero era una ilusión frágil, tan delgada como el hilo de una telaraña. El Marqués se acercó a Alí y le habló en voz baja, en un castellano salpicado de palabras indígenas que me resultaron incomprensibles. El morisco asintió con gravedad, y sus ojos se encontraron con los míos por un instante, transmitiéndome un mensaje silencioso: paciencia, astucia, supervivencia.

Nos condujeron a través de un sendero abierto a machetazos en la selva, un túnel de vegetación asfixiante donde el sol apenas lograba filtrarse entre las copas de los árboles colosales. El aire era una sopa densa, cargada de olores a flores podridas, a resinas aromáticas y a la humedad perpetua de la tierra. Los gritos de los monos, el canto de las aves tropicales y el zumbido de los insectos formaban una sinfonía enloquecedora que me taladraba los oídos. Cada paso era una tortura, pues la arena ardiente de la playa había sido reemplazada por un suelo cubierto de raíces retorcidas y de hojas cortantes que me desgarraban los pies descalzos.

Tras horas de marcha, la selva se abrió ante nosotras, revelando un espectáculo que me dejó sin aliento. En el centro de un claro inmenso, rodeado de palenques de madera y de chozas de paja, se alzaba la encomienda del Marqués de la Sangre. Era una fortaleza construida con la piedra rojiza de las canteras locales, coronada por almenas y torres de vigía, y rodeada por un foso seco lleno de estacas afiladas. En el patio central, decenas de esclavos indígenas y

africanos trabajaban bajo el látigo de los capataces, cargando sacos de mineral que brillaban con un fulgor amarillento bajo el sol. El olor a sudor, a sangre y a mineral pulverizado era tan intenso que me provocó arcadas.

Nos condujeron directamente a las dependencias principales, una construcción de dos plantas con balcones de madera tallada y ventanas enrejadas que desentonaban con la rusticidad del entorno. En el salón principal, iluminado por antorchas que proyectaban sombras danzantes sobre los muros, nos esperaba un hombre de aspecto completamente distinto al del Marqués. Era bajo, rechoncho, con el rostro rubicundo y los ojos pequeños y brillantes como los de un cerdo. Vestía un jubón de seda verde, ahora manchado de grasa y de vino, y en su mano derecha empuñaba una copa de plata llena de un líquido oscuro.

—Don Gaspar de Mendoza y Luján, mi administrador y primo lejano —nos presentó el Marqués con una sonrisa de complicidad—. Él se encargará de vuestras condiciones de vida, doña Catalina. Y de recordaros, de vez en cuando, quién manda en estas tierras.

Don Gaspar soltó una risita ahogada y se llevó la copa a los labios, dejando que el líquido le manchara los bigotes encerados.

—Un placer conocer a la ilustre viuda de los Mendoza —dijo, con una voz melosa que me revolvió el estómago—. He oído historias muy interesantes sobre vos. Dicen que sois una mujer de temperamento... fogoso.

El Marqués intervino antes de que pudiera responder.

—Doña Catalina será la médica de la encomienda. Atenderá a los esclavos enfermos y heridos, y se encargará de preparar los remedios que necesitemos. El sarraceno la asistirá. Si alguno de los dos intenta huir, o comete alguna falta grave, la niña será la primera en pagar el precio. ¿Ha quedado claro?

Asentí con la cabeza, tragándome las ganas de arrancarle la lengua a Don Gaspar con mis propios dientes. El Marqués hizo un gesto, y dos sirvientas indígenas, de rostros inexpresivos y miradas

vacías, se acercaron para conducirme a mis nuevas dependencias. Antes de seguir a las mujeres, me giré hacia Alí, y en un susurro que solo él pudo escuchar, le dije:

—No os separéis de mí. Pase lo que pase.

El morisco asintió con una leve inclinación de cabeza, y sus ojos ámbar brillaron con una promesa silenciosa.

Me condujeron a una habitación pequeña, con paredes de adobe y un camastro de paja en un rincón. La ventana, enrejada con barrotes de hierro, daba a un patio interior donde los esclavos eran azotados al atardecer. El sonido del látigo, seco y cruel, se mezclaba con los gemidos de los castigados, y me acompañaría cada noche durante los meses venideros.

Las sirvientas me dejaron sola, tras entregarme un cántaro de agua y un trozo de pan de maíz. Me senté en el camastro, con Elvira dormida en mis brazos, y por primera vez desde el asalto a mi palacio, permití que las lágrimas fluyeran libremente. Lloré por Rodrigo, por mi honor perdido, por mi hija condenada, por la inocencia que me habían arrancado a jirones. Lloré hasta que no me quedaron lágrimas, hasta que mi garganta estuvo seca y mis ojos ardiendo como brasas.

Entonces, en el silencio de la habitación, escuché un sonido que me heló la sangre. No era el látigo, ni los gemidos de los esclavos. Era el redoble lejano de los tambores de los salvajes, que llegaba desde lo más profundo de la selva, marcando el ritmo de una ceremonia que aún no había comenzado. Y supe, con la certeza absoluta de los condenados, que mi guerra en el Nuevo Mundo no había hecho más que empezar.

Al día siguiente, cuando el sol comenzaba a teñir de rojo las copas de los árboles, una sirvienta entró en mi habitación con un mensaje del Marqués. Me entregó un pergamino sellado con lacre negro, y al romperlo, leí las palabras que habrían de cambiar el rumbo de mi destino:

"Doña Catalina: Os concedo una audiencia en mis aposentos privados esta noche. Venid sola. Traed vuestras manos de médica, pues tengo una dolencia que solo vos podréis curar. Si os negáis, la niña será la primera ofrenda del solsticio."

Firmado con una caligrafía elaborada: El Marqués de la Sangre.

Miré a Elvira, dormida en el camastro, y luego mis propias manos, que habían sostenido rosas y espadas, que habían acariciado a mi esposo y hundido clavos en las órbitas de los verdugos. Ahora, tendrían que curar al demonio que había destruido mi vida. Y en aquella curación, en aquella intimidad forzada con el tirano, buscaría la grieta por la que colar el veneno de mi venganza.

## CAPÍTULO 6: EL LÁTIGO Y LA CRUZ

La tarde se arrastró con la parsimonia de un condenado que camina hacia el patíbulo. Cada hora que transcurría hasta la audiencia nocturna con el Marqués era una losa de plomo sobre mi pecho, un recordatorio constante de que mi cuerpo, ya profanado por la escoria de Cádiz, estaba a punto de ser ofrecido de nuevo en sacrificio a la bestia que gobernaba aquellas tierras de sangre y oro. Me movía por la estrechez de mi celda como un espectro, preparando el ánimo para la batalla que habría de librar en la alcoba del tirano. Elvira, ajena a la tormenta que se cernía sobre nosotras, jugaba con una piedra pulida que había encontrado en el patio, trazando círculos imaginarios sobre el suelo de tierra apisonada. Su inocencia era un bálsamo y un tormento, pues me recordaba, con cada risa cristalina, la magnitud de lo que estaba en juego.

Al anochecer, una sirvienta indígena de rostro impassible vino a buscarme. Me condujo por los pasillos de la fortaleza, cuyas paredes de adobe estaban adornadas con trofeos macabros: cráneos de animales desconocidos, máscaras de madera tallada con expresiones de agonía, y estandartes de plumas que ondeaban con la brisa vespertina como banderas de un reino infernal. El olor a incienso resinoso y a carne asada impregnaba el aire, mezclándose con el hedor permanente a mineral pulverizado y a sudor esclavo que emanaba de las minas.

Los aposentos del Marqués ocupaban la torre principal de la fortaleza. La puerta, de caoba maciza con herrajes de bronce, fue abierta por un guarda de confianza, un hombre tuerto cuya cicatriz revelaba que había perdido el ojo en combate con los salvajes. Entré con la cabeza alta, el corazón latiendo con la furia contenida de un ave enjaulada, y me encontré en una estancia que desentonaba por completo con la barbarie del entorno.

El salón estaba iluminado por una docena de candelabros de plata, cuyas llamas se reflejaban en los tapices flamencos que cubrían las paredes. En una esquina, un clavicordio de ébano descansaba sobre un estrado de terciopelo, y en otra, una estantería repleta de libros encuadernados en piel testimoniaba la erudición de su dueño. En el centro de la estancia, junto a una chimenea donde ardía un fuego bajo, el Marqués de la Sangre me aguardaba, sentado en un sillón de cuero cordobés, con una copa de vino tinto entre las manos.

Se había despojado de la coraza negra, y vestía ahora una camisa de lino blanco, abierta en el cuello, que dejaba ver la cicatriz de su pecho, una marca en forma de cruz invertida que me produjo un escalofrío. Su rostro, a la luz de las velas, parecía menos demacrado, casi hermoso, si no fuera por la frialdad reptiliana de sus ojos.

—Doña Catalina —musitó, sin levantarse, señalando con la copa un taburete frente a él—. Acercaos. No os he mandado llamar para ultrajaros. Eso sería un desperdicio de vuestra inteligencia.

Me mantuve de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, negándome a ocupar el asiento que me ofrecía.

—Hablad claro, señor —repliqué, con la voz firme a pesar del temblor de mis rodillas—. ¿Qué dolencia pretendéis que cure, si no es la de vuestra alma podrida?

El Marqués soltó una risa baja, que resonó en la estancia como el cascabeleo de una serpiente.

—Vuestra lengua es afilada, doña Catalina. Me place. Pero la afilada lengua de una mujer no sirve de nada si no va acompañada de manos hábiles. Acercaos, os digo, o mandaré que traigan a la niña desde su camastro.

La amenaza surtió el efecto deseado. Avancé hacia él con pasos medidos, deteniéndome a dos varas de distancia. Fue entonces cuando noté lo que hasta entonces había pasado inadvertido: el Marqués sostenía la copa con la mano izquierda, mientras que la derecha, apoyada sobre el muslo, temblaba con un temblor

incontrolable. La piel de su antebrazo estaba surcada por una red de venas negras, hinchadas y pulsantes, que subían hasta desaparecer bajo la manga de la camisa.

—Mostradme el mal —dije, con la frialdad de la médica que había sido entrenada por los mejores cirujanos de Cádiz.

El Marqués se desabrochó la manga con un gesto de impaciencia, y el espectáculo que se ofreció ante mis ojos me obligó a llevarme la mano a la boca para ahogar una exclamación. Desde la muñeca hasta el codo, la carne estaba cubierta por una erupción de pústulas violáceas, rodeadas de un halo inflamado y ardiente. La piel, en los bordes de la infección, comenzaba a necrosarse, tornándose de un gris ceniciento. No era la peste bubónica que habíamos temido en el galeón. Era algo distinto, algo que había visto descrito en los tratados de los médicos árabes que mi padre conservaba en su biblioteca, pero que jamás había contemplado en la realidad.

—Es el fuego de la selva —murmuró el Marqués, con una voz desprovista de su habitual arrogancia—. Me alcanzó hace tres lunas, durante una ceremonia con los chamanes del río. Ellos dicen que es el castigo de los espíritus por haber profanado sus altares. He probado los ungüentos de los curanderos indígenas, las sangrías de mi cirujano, los baños de azufre y las plegarias de los frailes. Nada detiene el avance del mal. Si no lo curáis vos, moriré antes de que termine la luna, y con mi muerte, la niña será sacrificada al amanecer.

La revelación cayó sobre mí con la fuerza de un rayo. Mi vida, y la de Elvira, estaban atadas a la de aquel monstruo. Si él moría, mi hija moriría. Si él vivía, seguiríamos siendo sus esclavas. Era una trampa perfecta, una soga que se cerraba alrededor de mi cuello sin importar el camino que eligiera.

—Necesito tiempo —dije, arrodillándome junto a él para examinar la herida con mayor detenimiento—. Y necesito acceso a las hierbas de la selva. Mis remedios castellanos no servirán contra este mal.

—Tendréis lo que pidáis —respondió el Marqués, con los ojos entornados por el dolor—. Pero os advierto, doña Catalina: si

intentáis envenenarme, o si descubríis que vuestra cura es un engaño, haré que presenciéis cómo arrancan los ojos a vuestra hija antes de degollarla.

Me incorporé con lentitud, sintiendo el peso de la sentencia sobre mis hombros. El Marqués extendió su mano sana y, con un gesto que pretendía ser gentil, me acarició la mejilla. Retrocedí con un movimiento brusco, incapaz de soportar el contacto de aquella piel febril.

—Id —musitó él, con una sonrisa torcida—. Mañana comenzaréis vuestro trabajo. Y recordad: cada hora que pase sin que el mal retroceda, es una hora menos de vida para la niña.

Salí de los aposentos con las piernas temblorosas, el corazón martilleándome las sienas. El guarda me escoltó de vuelta a mi celda, y al cruzar el patio interior, presencié el espectáculo que habría de acompañar mis pesadillas durante las noches venideras. En el centro del patio, bajo la luz mortecina de las antorchas, Don Gaspar, el administrador, azotaba a un esclavo indígena atado a un poste. El látigo silbaba en el aire con una cadencia cruel, y cada golpe arrancaba un jirón de carne y un gemido ahogado. El condenado, un anciano de cabello cano y ojos vacíos, no emitía sonido alguno, como si el dolor hubiera agotado su capacidad de quejarse.

Me detuve un instante, incapaz de apartar la mirada. Don Gaspar me vio, y una sonrisa de complicidad se dibujó en su rostro rubicundo. Levantó el látigo, saludándome con él como si fuera una dama en un baile de corte, y volvió a su tarea macabra. La sangre del esclavo salpicaba las losas del patio, formando un charco oscuro que se extendía hacia mis pies descalzos.

Entré en mi habitación con el alma envenenada por el horror. Elvira dormía en el camastro, pero su respiración era entrecortada, y su frente ardía bajo mi tacto. La fiebre había vuelto, traicionera, alimentada por el aire viciado de la encomienda y por el trauma de los días anteriores. Me arrodillé junto a ella, acariciando su cabello empapado de sudor, y sentí que el mundo se desmoronaba a mi



alrededor. El Marqués me exigía curar su mal, mientras mi propia hija se consumía en mis brazos. Era una guerra en dos frentes, y yo era el único soldado.

Un golpe suave en la puerta me sobresaltó. Antes de que pudiera preguntar quién era, la puerta se entreabrió, y la figura de Alí se deslizó en la estancia como una sombra. Vestía una túnica de lino grueso, y en sus manos portaba un hatillo de cuero y un mortero de piedra.

—He oído los tambores del castigo —susurró, cerrando la puerta tras de sí—. Y he visto cómo os conducían a la torre. ¿Estáis herida?

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra. Alí se acercó a nosotras, y al ver el estado de Elvira, su rostro se ensombreció.

—La niña necesita corteza de quina y hojas de sauce —murmuró, abriendo el hatillo y extrayendo un surtido de hierbas secas—. He logrado conseguir algunas de los curanderos indígenas, a cambio de promesas que no sé si podré cumplir. Pero el mal que la consume no es solo físico. Es el dolor del alma, el miedo que se ha instalado en su cuerpo como un huésped indeseado.

Mientras preparaba una infusión con las hierbas, le relaté la audiencia con el Marqués, la naturaleza de su enfermedad, y la amenaza que pendía sobre nuestras cabezas. Alí me escuchó en silencio, sus ojos ámbar brillando con una intensidad que desmentía la calma de sus movimientos.

—El fuego de la selva —musitó, cuando terminé mi relato—. Lo conozco. Es el mal que los chamanes llaman la mordedura del espíritu. Se contrae al profanar los lugares sagrados, y solo puede ser curado con un contraveneno que crece en lo más profundo de la selva, en las cuevas donde habitan los espíritus antiguos.

—¿Podéis curarlo? —pregunté, con una esperanza que me quemaba los labios.

—Podría —respondió Alí, tras un instante de duda—. Pero necesito tiempo, y necesito salir de la fortaleza. Y si lo intento y

fracaso, o si huyo y me capturan, la niña morirá antes de que yo pueda regresar.

La disyuntiva era desgarradora. Arriesgar la vida de Alí, y con ella la posibilidad de salvar a Elvira, o someterme a la voluntad del Marqués, convirtiéndome en su médica y, quizás, en su amante, para ganar tiempo. Miré a mi hija, su rostro pequeño y demacrado por la fiebre, y supe que no podía permitir que muriera. Pero tampoco podía entregar mi cuerpo y mi alma al demonio que había destruido mi vida.

—Hay una tercera opción —dije, con la voz firme, sorprendiéndome a mí misma de mi propia determinación—. Curar al Marqués, sí, pero no para salvarlo. Para que viva lo suficiente para que podamos escapar. Y mientras tanto, buscar la manera de volver su enfermedad contra él.

Alí me miró con una mezcla de admiración y temor. En mis ojos, lo supe, ardía un fuego nuevo, el fuego de la venganza que había comenzado a gestarse en mi pecho la noche en que mi esposo fue asesinado.

—Sois peligrosa, doña Catalina —murmuró el morisco, acercándose a mí y tomando mis manos entre las suyas—. Más peligrosa que el Marqués, porque vuestra maldad nace del amor, y el amor es el único veneno que no tiene antídoto.

Sus dedos rozaron los míos con una ternura que me deshizo por dentro. En aquel momento, en la penumbra de la celda, con el sonido del látigo resonando aún en mis oídos y el aliento febril de mi hija en mi cuello, comprendí que el amor que sentía por Alí no era una traición a la memoria de Rodrigo. Era la continuación de ese amor, transformado por el dolor, endurecido por la supervivencia, y convertido en un arma tan afilada como cualquier espada toledana.

Nos besamos entonces, no con la dulzura tímida de la bodega del galeón, sino con la urgencia de dos náufragos que saben que el amanecer puede ser el último. Sus labios sabían a hierbas amargas y a promesas, y sus manos, al recorrer mi rostro, me devolvieron la dignidad que los hombres me habían arrebatado. Por un instante, la

encomienda desapareció, el Marqués dejó de existir, y solo quedábamos nosotros, dos almas condenadas que se aferraban la una a la otra en medio del infierno.

El beso fue interrumpido por un sonido que nos heló la sangre. No eran los tambores, ni el látigo, ni los gemidos de los esclavos. Era la voz de Elvira, que había despertado, y que murmuraba con una claridad que me desgarró el alma:

—Madre, el hombre de la cicatriz está en la puerta. Dice que ha venido a buscarme para el altar.

Nos giramos hacia la entrada de la celda, y allí, recortado contra la luz de las antorchas del pasillo, se alzaba la figura del Marqués de la Sangre. Su mano sana empuñaba una daga de obsidiana, y en sus ojos ardía el fuego de la locura.

—He cambiado de idea, doña Catalina —susurró, con una sonrisa que revelaba sus dientes blancos como los de un lobo—. La niña será sacrificada esta misma noche. Y vos, si queréis acompañarla, solo tenéis que intentar detenerme.

El mundo se detuvo. El aire se volvió denso, irrespirable. Y en aquel instante, supe que la guerra que había comenzado en las costas de Cádiz había entrado en su fase más sangrienta. No habría tregua, no habría piedad, no habría rendición. Solo habría acero, fuego, y la venganza de una mujer que había perdido todo, excepto la voluntad de destruir al mundo que la había destruido.

## CAPÍTULO 7: LAS MANOS QUE CURAN

El filo de obsidiana brillaba con un fulgor mortecino bajo la luz de las antorchas, reflejando la locura que bailaba en las pupilas del Marqués de la Sangre. Su respiración era un jadeo espasmódico, y las venas negras de su brazo palpitaban al ritmo de un tambor invisible. No estaba poseído por ningún demonio, sino por el veneno de la selva, un neurotóxico que los chamanes utilizaban para abrir las puertas del espíritu y que, en un cuerpo no iniciado, devoraba la cordura hasta convertir al hombre en una bestia delirante. Lo comprendí con la claridad que otorga el peligro inminente. Si dejaba que aquel hombre diera un solo paso más hacia el camastro donde dormía mi hija, el acero volcánico le segaría el cuello antes de que yo pudiera interponer mi cuerpo.

—¡Deteneos, mi señor! —grité, alzando las manos con las palmas hacia él, adoptando el tono imperioso de una médica ante un paciente rebelde—. ¡El fuego de la selva os ha cegado el juicio!

El Marqués se detuvo, parpadeando con lentitud, como si intentara enfocar mi rostro a través de una espesa niebla. La daga tembló en su agarre.

—Los espíritus... los espíritus reclaman su tributo —balbuceó, con la voz pastosa y los ojos inyectados en sangre—. La niña debe arder para que mi carne se regenere.

—¡Necio! —escupí, dando un paso al frente, desafiando a la muerte con cada músculo de mi cuerpo en tensión—. ¿Acaso no sentís el ardor en la nuca? ¿El latido desbocado en vuestro pecho? Ese no es el clamor de los dioses, es el veneno de la serpiente de dos cabezas que os infectó la sangre. Si derramáis sangre inocente esta noche, el calor de la vida ajena alimentará el fuego interior. La necrosis alcanzará vuestro corazón antes de que el gallo cante al alba.

La duda sembró una grieta en su delirio. Bajó la daga una fracción de pulgada, y en ese instante de vacilación, crucé una mirada con Alí. El morisco, con la discreción de un felino, había deslizado su mano hacia el interior de su túnica. Extrajo un pequeño frasco de barro y un pañuelo de lino.

—Necesito aplicar una cataplasma de frío extremo para detener el avance de las venas negras —anuncié en voz alta, dando a Alí la señal tácita—. Sujetaos, mi señor, o el veneno os devorará el alma.

Me acerqué a él con paso firme. El Marqués, confundido por la autoridad de mi voz y el dolor que le nublaba la mente, permitió que le tomara el brazo sano. Con un movimiento rápido, tomé el pañuelo que Alí me tendía, empapado en una destilación concentrada de estramonio y beleño, las hierbas del olvido que los boticarios usaban para dormir a los hombres antes de cortarles un miembro. Apliqué el lienzo con fuerza sobre la boca y la nariz del tirano.

El Marqués forcejeó con la debilidad de un gigante herido, sus ojos desorbitados por el pánico, pero los vapores de la belladona actuaron con la celeridad de un rayo. Sus rodillas cedieron, la daga de obsidiana resbaló de sus dedos para clavarse en el suelo de tierra apisonada, y su cuerpo pesado se desplomó sobre la estera. El silencio volvió a la estancia, roto únicamente por la respiración acompasada de Elvira y el jadeo de mi propio pecho.

Alí se arrodilló junto al cuerpo inconsciente, comprobando su pulso con dedos expertos.

—Dormirá hasta que el sol esté en su cenit —murmuró, alzando la vista hacia mí con una mezcla de asombro y reverencia—. Habéis jugado con la vida y la muerte, Catalina. Si la dosis hubiera sido mayor, habríais asesinado al hombre que sostiene nuestras vidas.

—Si no lo hubiera dormido, habría asesinado a nuestra hija —repliqué, recogiendo la daga de obsidiana y arrojándola al fuego de la chimenea, donde la piedra volcánica chisporroteó antes de perder su filo—. Mañana, cuando despierte, no recordará su locura, solo la fiebre. Y nosotros seremos los únicos que sabemos cómo curarla.

El amanecer en la encomienda trajo consigo un aire denso y cargado de humedad, un sudario invisible que se pegaba a la piel. Cuando el Marqués de la Sangre abrió los ojos en su lecho de dosel, la lucidez había regresado a su rostro, acompañada por una resaca de dolor y confusión. No mencionó la daga, ni el sacrificio, ni su delirio. La vergüenza de los hombres poderosos suele sepultar los recuerdos que los hacen parecer débiles. En su lugar, con el pragmatismo cruel de los conquistadores, reconoció nuestra utilidad.

Esa misma tarde, Don Gaspar, el administrador, nos comunicó nuestra nueva condición. Alí ibn Sahl era nombrado médico personal del Marqués y boticario mayor de la fortaleza. Yo, Doña Catalina de Mendoza, pasaba a ser la sanadora principal de los esclavos y la encargada de gestionar las hierbas y los ungüentos. Nos trasladaron a unas dependencias contiguas a la torre principal, unas estancias con paredes de cal y techos de teja, que aunque seguían siendo una prisión, ofrecían el lujo de un lecho de plumas y una ventana con vistas al río. Era una jaula de oro, pero nos otorgaba movilidad y acceso a los secretos de la fortaleza.

La botica que nos asignaron era un santuario en medio del infierno. Un habitáculo amplio, con estanterías de cedro repletas de frascos de cristal, morteros de bronce, y haces de hierbas secas colgadas del techo que perfumaban el aire con aromas a romero, alcanfor y resinas tropicales. Allí, lejos de la mirada de los esbirros, Alí y yo tejimos una intimidad que trascendía los límites de la carne.

Nuestros días transcurrían entre el fragor de las minas y la quietud del dispensario. Alí demostró una destreza médica que dejaba atónitos a los cirujanos españoles, acostumbrados a la sierra y al cauterio de hierro candente. Mientras los barberos del ejército amputaban piernas infectadas con la brutalidad de quien corta un leño, el morisco practicaba la sutura con hilos de seda, utilizaba moldes de yeso para los huesos rotos y limpiaba las heridas con vino destilado y miel. Yo, formada en los textos de Galeno y Hipócrates, aprendía de él la sabiduría de las tierras que pisábamos. Juntos, fusionábamos la medicina de la vieja Europa con los secretos milenarios de la selva americana.

Fue en aquel recinto de madera y cristal donde nuestras almas se despojaron de las armaduras que el mundo les había impuesto. Una tarde, mientras machacábamos corteza de quina en el mortero de bronce, nuestras manos se rozaron. El contacto, que en la bodega del galeón fue un acto de desesperación, se tornó ahora en una caricia pausada, cargada de una ternura que dolía en su dulzura.

—En Córdoba, los médicos de distintas fes compartían las bibliotecas y los calizos —susurró Alí, sin dejar de moler la corteza, sus ojos fijos en los míos—. Los cristianos, los judíos y los musulmanes buscaban a Dios en el mismo cuerpo humano. Aquí, el acero ha dividido el mundo en creyentes e infieles.

—El acero divide los cuerpos, Alí, pero no puede cercar el espíritu —respondí, dejando el pilón sobre la mesa y acercándome a él. El calor de la tarde se colaba por las celosías, dorando su piel y perfilando la nobleza de su rostro—. Mi fe me enseña que el amor es el reflejo de lo divino. Si amarnos es un pecado contra la ley de los hombres, entonces es un acto de gracia ante los ojos de Dios.

Él soltó el pilón y me tomó por la cintura, atrayéndome hacia sí. Su abrazo fue un refugio, un muro inexpugnable contra la crueldad que nos rodeaba. Cuando sus labios buscaron los míos, no hubo urgencia ni desgarró, sino una comunión profunda, un reconocimiento mutuo de dos seres que habían sido destrozados por la historia y que, en la fragancia de las hierbas medicinales, encontraban la manera de volver a estar enteros. En la penumbra de la botica, con el sonido lejano de los látigos como telón de fondo, nuestro amor floreció como una flor silvestre entre las ruinas de un camposanto. Era un amor prohibido, condenado por la Inquisición y repudiado por la sociedad, pero en la soledad de aquella estancia, era la única verdad absoluta que poseíamos.

Sin embargo, la realidad de las Indias no permitía que la poesía habitara sola. La puerta de la botica se abrió de par en par, golpeando la pared con un estruendo que rompió el hechizo. Don Gaspar entró arrastrando a un indígena por el cabello. El pobre diablo tenía el torso surcado por heridas de látigo que supuraban un

líquido amarillento, y su pierna izquierda presentaba una fractura expuesta, con el hueso blanco asomando entre la carne desgarrada.

—¡Médico! —bramó el administrador, arrojando al esclavo al suelo de madera—. Este perro intentó sabotear el molino de mineral. He ordenado que le azoten cincuenta veces más, pero se ha desmayado. Arréglale la pierna y ciérrale las heridas para que pueda recibir el resto de los golpes mañana al amanecer. Si no está en pie para el castigo, te aseguro que la niña de los Mendoza pagará tu negligencia.

La bilis me subió por la garganta. Miré al esclavo, cuyos ojos oscuros me contemplaban con la resignación absoluta de los condenados. Miré a Don Gaspar, cuyo rostro rubicundo brillaba de sudor y crueldad. Miré a Alí, cuyos puños estaban tan apretados que los nudillos se le habían tornado blancos como el hueso expuesto del herido. La furia, fría y cortante como el acero toledano, se apoderó de mi mente.

—Dejadnos trabajar, Don Gaspar —dije con una calma sepulcral—. El polvo de vuestra presencia infecta las hierbas.

El administrador soltó una carcajada obscena, escupió en el suelo junto al esclavo y salió, cerrando la puerta de un portazo.

Alí se arrodilló junto al indígena, sus manos moviéndose con una delicadeza infinita para limpiar la herida. Yo me acerqué con los ungüentos, pero antes de aplicarlos, el morisco me detuvo con una mirada.

—Si lo curo, lo entrego al verdugo —susurró Alí, con la voz quebrada por la impotencia—. Si no lo curo, matarán a Elvira.

—No lo curaremos para que sufra —respondí, con una determinación que heló el aire entre nosotros—. Preparad una infusión de adormidera y raíz de mandrágora. Una dosis que no lo mate, pero que lo sumerja en un sueño letárgico. Simularemos que la fiebre de la herida le impide moverse. Don Gaspar es un cobarde; no se acercará a un hombre que apesta a carne podrida y fiebre alta. Ganaremos tiempo.



Así lo hicimos. Mientras Alí entablillaba la pierna con una destreza que desafiaba el dolor, yo aplicaba un ungüento de caléndula y grasa de cerdo que, aunque aliviaba la inflamación, provocaba un sudor frío y una palidez cadavérica. El indígena bebió la infusión con manos temblorosas y, en cuestión de minutos, sus ojos se cerraron, su respiración se tornó casi imperceptible. Lo habíamos salvado de los látigos, al menos por esa noche, pero la victoria sabía a ceniza. Cada vida que salvábamos era una gota de agua en el océano de sangre de la encomienda.

La noche cayó sobre la fortaleza, trayendo consigo el coro ensordecedor de las cigarras y el aullido lejano de los jaguares. El Marqués había ordenado que revisara su botiquín personal, un cofre de caoba con cerradura de bronce que guardaba en sus aposentos privados las medicinas más costosas traídas de Flandes y Venecia. Aprovechando que el tirano estaba sumido en uno de sus sueños febriles, me deslicé en su cámara con una ganzúa de hierro que Alí había forjado en la fragua.

El cofre reposaba sobre un atril de marfil. Lo abrí con cuidado, revelando un interior forrado en terciopelo azul. Frascos de bálsamo de Fierabrás, polvos de cuerno de unicornio, y ampollas de láudano. Pero mientras reorganizaba los frascos, mi mano rozó el fondo del cofre y notó que la madera no estaba bien asentada. Había un doble fondo.

Con el corazón latiendo desbocado, presioné la esquina derecha del terciopelo. Un mecanismo de resorte chasqueó, y una fina cajetilla de plata se elevó ligeramente. La abrí, conteniendo la respiración.

Dentro no había medicinas, ni joyas, ni oro. Había un fajo de pergaminos sellados con lacre rojo, ostentando el escudo del Santo Oficio de la Inquisición.

Desdoblé el primer documento con manos temblorosas. La luz de la luna se colaba por el ventanal, iluminando la caligrafía minuciosa del inquisidor general. No eran cartas de negocios, ni tratos con los salvajes. Era un expediente. Un expediente de caza.

Y en la primera página, dibujado con tinta negra y detallado con una precisión enfermiza, estaba el rostro de Alí.

Pero no era el Alí que yo conocía. El nombre que encabezaba el documento no era Alí ibn Sahl, médico de Córdoba. Era Yahya al-Jawhari, hijo del último alfaquí de las Alpujarras, líder de la rebelión morisca, y hereje fugitivo buscado por el Santo Oficio con una recompensa de diez mil ducados de oro.

El Marqués de la Sangre no era un simple encomendero renegado. Era un sabueso de la Inquisición, un cazador de almas que se hacía pasar por proscrito para infiltrarse en las redes de los moriscos huidos. No había contratado a Alí por su ciencia. Lo había capturado en la costa, y lo mantenía con vida únicamente porque necesitaba sus conocimientos para curar su propia enfermedad. En el momento en que el Marqués estuviera sano, Alí sería entregado a los inquisidores en Cartagena de Indias, donde lo esperarían la hoguera y la agonía.

El pergamino se me escapó de los dedos, aleteando hasta el suelo como un ave herida. El aire de la estancia se volvió irrespirable. El hombre que amaba, el hombre cuyas manos me devolvían la dignidad y cuya alma era el único refugio en aquel mundo de pesadilla, estaba marcado para el fuego. Y yo, en mi ignorancia, lo había conducido directamente a las fauces del lobo.

Un crujido de madera me heló la sangre. No venía del pasillo. Venía de la cama.

Giré la cabeza lentamente. El Marqués de la Sangre estaba sentado en el lecho. Sus ojos, desprovistos de toda fiebre y brillando con una lucidez aterradora, me observaban desde las sombras. En su mano sana, sostenía un arcabuz de rueda, cuyo cañón apuntaba directamente a mi pecho.

—Siempre supe que la curiosidad sería vuestra perdición, Doña Catalina —susurró el Marqués, amartillando el arma con un chasquido metálico que resonó como una sentencia de muerte—. Ahora, vais a explicarme por qué no debería volaros los sesos y enviar vuestra cabeza a Sevilla como advertencia para los traidores.

## CAPÍTULO 8: EL SECRETO DE LA ALCOBA Y LA DANZA DE LA MUERTE

El cañón del arcabuz de rueda apuntaba directamente a mi corazón, una boca de acero negro que prometía el vacío eterno. El Marqués de la Sangre me observaba desde el lecho, y la fiebre que hasta hacía unos instantes nublaba su juicio había desaparecido por completo, reemplazada por una lucidez fría y calculadora. Sus ojos, del color del ámbar ahumado, escrutaban mi rostro en penumbra, buscando la más mínima vacilación, el más leve temblor que delatara mi miedo.

—¿Por qué no debería volaros los sesos y enviar vuestro cuerpo a los cerdos? —inquirió, con la voz desprovista de toda emoción, acariciando el gatillo del arma con el índice.

Mi mente, entrenada en la lectura de los textos clásicos y en la observación de los humores corporales, trabajaba a la velocidad del rayo. Sabía que la súplica era propia de los cobardes y que la arrogancia, en aquel instante, sería mi sentencia. Necesitaba apelar a su única debilidad: su propio cuerpo en descomposición.

—Porque si mi corazón deja de latir, el fuego de la selva consumirá vuestro cerebro antes de que la luna cumpla su ciclo —respondí, manteniendo la voz firme, aunque las rodillas me temblaban con tal violencia que apenas podía sostenerme en pie—. La cataplasma que apliqué a vuestras venas negras no es un simple remedio, mi señor. Es un veneno de acción lenta, destilado de la semilla del estramonio y la raíz del curare. Solo mi aliento, solo la administración diaria del contraveneno que mis manos saben preparar, mantiene a la muerte alejada de vuestro torrente sanguíneo. Disparad, si tal es vuestro deseo. Pero al hacerlo, estaréis firmando vuestra propia acta de defunción.

El silencio que siguió a mis palabras fue más denso que el aire viciado de la selva. El Marqués entornó los párpados, procesando la magnitud de mi farol. Yo no había envenenado su cataplasma, pero él, en su ignorancia de las artes médicas y en su paranoia constante, no podía arriesgarse a comprobarlo. La duda, ese gusano que corroee las certezas de los tiranos, se instaló en su mirada.

Lentamente, con una parsimonia que me erizó el vello de la nuca, bajó el cañón del arcabuz. Sin embargo, no guardó el arma. La apoyó sobre la mesilla de noche, al alcance de su mano sana, y me hizo un gesto para que me acercara.

Obedecí, midiendo cada paso, cada respiración. Cuando estuve a su lado, él extendió su mano febril y me agarró por la garganta. No apretó lo suficiente para asfixiarme, pero la presión de sus dedos, húmedos y ardientes, fue suficiente para recordarme quién era el dueño de mi vida.

—Sois una arpía, Doña Catalina —susurró, acercando su rostro al mío hasta que pude oler el aliento pútrido de su enfermedad—. Una víbora con rostro de ángel. Pero las víboras son útiles si se sabe extraer su veneno. Mañana, el administrador os traerá a la niña a esta torre. Viviréis en mis aposentos, bajo mi mirada. Si intentáis huir, o si descubro que habéis mentido sobre el antídoto, no os mataré. Os arrancaré la lengua y os obligaré a contemplar cómo despellejan a vuestro amante sarraceno. ¿Ha quedado clara mi merced?

—Quedada está, mi señor —logré articular, con la voz estrangulada por su agarre.

Él soltó mi cuello con un empujón que me hizo retroceder tambaleante.

—Largaos de mi vista. Y rezad a vuestro Dios cristiano para que vuestras manos no tiemblen mañana al preparar mi medicina.

Salí de la cámara del Marqués con el alma helada y la garganta marcada por el cardenal de sus dedos. Los pasillos de la fortaleza estaban sumidos en una penumbra espesa, iluminada únicamente

por los resplandores intermitentes de las antorchas que los guardias alimentaban con brea. Al cruzar el patio interior, el espectáculo de la crueldad humana me recibió con la familiaridad de una vieja conocida.

Don Gaspar, el administrador, había ordenado que ataran a un esclavo cimarrón a la picota. El hombre, un gigante de piel oscura y músculos tensos, recibía los latigazos con una estoicidad que desafiaba la comprensión. El látigo de Don Gaspar, trenzado con alambres de cobre, silbaba en el aire nocturno y mordía la carne, arrancando jirones de piel que se mezclaban con la sangre y el sudor. El sonido de los golpes, seco y húmedo, se mezclaba con los jadeos del verdugo y los rezos en voz baja de los otros esclavos, obligados a presenciar el castigo.

Apreté los puños, clavándome las uñas en las palmas hasta hacerlas sangrar. La dulzura que había experimentado en la botica, el amor prohibido que florecía entre las hierbas medicinales, contrastaba de forma obscena con la barbarie que me rodeaba. Éramos islas de ternura en un océano de inmundicia.

Al llegar a mis dependencias, encontré a Alí sentado junto al camastro de Elvira, velando su sueño. Al escuchar mis pasos, se incorporó con la agilidad de un felino, sus ojos ámbar escrutando mi rostro en busca de heridas.

—Huele a pólvora y a miedo en vuestro sayal —murmuró, acercándose a mí y tomando mi rostro entre sus manos. Sus dedos, ásperos por el trabajo de la fragua y el mortero, acariciaron la marca roja en mi cuello—. ¿Qué ha ocurrido en la torre?

No pude contenerlo más. Las lágrimas, que había reprimido ante el Marqués, brotaron de mis ojos como un manantial roto. Le relaté el hallazgo del doble fondo, el expediente de la Inquisición, y la verdad sobre su identidad. Le dije que sabía que no era un simple médico de Córdoba, sino Yahya al-Jawhari, el líder de los moriscos rebeldes, buscado por el Santo Oficio.

Alí se quedó inmóvil. La luz de la luna se colaba por las celosías, plateando su cabello oscuro y perfilando la nobleza de su perfil. En

sus ojos no vi miedo, sino una tristeza infinita, la resignación de un hombre que ha cargado con el peso de la traición y la caza durante toda su vida.

—Iba a decíroslo —susurró, con la voz quebrada por la emoción—. Pero temía que la luz de vuestra pureza se apartara de mí al conocer la oscuridad de mi pasado. Soy un hombre marcado, Catalina. Un hereje para los vuestros, un traidor para los míos. Solo soy un médico que intenta sanar las heridas de un mundo que solo sabe sangrar.

—No hay pureza en este infierno, Yahya —respondí, usando su verdadero nombre por primera vez, saboreando el peso y la verdad de aquellas sílabas—. Solo hay supervivencia. Y si vuestro pasado os convierte en el objetivo de los inquisidores, entonces mi lugar está a vuestro lado, compartiendo el fuego de la hoguera.

Me acerqué a él y lo besé. No fue un beso de desesperación, como el de la bodega del galeón, ni un beso de consuelo, como el de la botica. Fue un beso de rendición y de desafío. Lo despojé de su túnica de lino, y él hizo lo propio con mi sayal manchado de sangre y sudor. En la penumbra de la alcoba, mientras mi hija dormía ajena a nuestro destino, nos amamos con una intensidad que rozaba lo sagrado.

Sus manos, que conocían los secretos de las hierbas y la anatomía humana, recorrieron mi piel con una reverencia que me devolvió la dignidad arrebatada. Cada caricia era una afirmación de vida frente a la muerte, un acto de rebeldía contra la crueldad del Marqués y la brutalidad de los supervisores. Contrastaba la dulzura de sus labios, el ritmo pausado de su respiración y la calidez de su cuerpo, con la memoria vívida del látigo de Don Gaspar y el olor a carne desgarrada que impregnaba la fortaleza. En aquel lecho de paja, bajo el techo de tejas de una prisión en el Nuevo Mundo, construimos un santuario inviolable. Éramos dos condenados que, por unas horas, se creyeron libres.

El alba nos sorprendió enredados en los lienzos, con el aroma a sándalo y a jazmín imaginario flotando en el aire. Pero la paz de las

Indias es siempre una tregua frágil.

El estruendo de la puerta principal al ser derribada nos sacó del letargo. Allí se incorporó de un salto, interponiendo su cuerpo entre mí y la entrada, empuñando un escalpelo de acero que había tomado de la mesa de la botica. Yo me cubrí con el sayal, abrazando a Elvira, que había despertado con los ojos muy abiertos y el llanto atascado en la garganta.

No era el Marqués quien entraba en la estancia. Era Don Gaspar.

El administrador estaba cubierto de sangre fresca, y en su rostro rubicundo se dibujaba una sonrisa de hiena satisfecha. Tras él, dos soldados arrastraban a un prisionero. No era un esclavo cimarrón, ni un indígena sumiso. Era un guerrero de las tierras lejanas, un salvaje de la selva profunda, pintado con los colores de la guerra y atado con cuerdas de cáñamo que mordían su carne. El indígena escupió sangre a los pies de Don Gaspar, con la mirada encendida por un odio que no conocía el miedo.

—¡Buenos días, médica! —bramó Don Gaspar, con una risa que resonó en las paredes de adobe—. El Marqués me envía a comunicaros los nuevos designios de la encomienda.

El administrador hizo un gesto a los soldados, que empujaron al guerrero indígena hacia el centro de la estancia. El salvaje nos miró, y sus ojos oscuros se clavaron en mí con una intensidad que me heló la sangre. No me miraba con lujuria, ni con desdén. Me miraba como un depredador que acaba de encontrar a su presa.

—Los chamanes de la selva han roto la alianza con el Marqués —continuó Don Gaspar, disfrutando de cada palabra, saboreando el veneno que destilaba—. Exigen un tributo mayor que el oro y las armas. Exigen una mujer de sangre noble para que sea la esposa temporal de su cacique, y así asegurar la protección de los espíritus contra las enfermedades de los blancos.

Don Gaspar se acercó a mí, inclinando su rostro sudoroso hacia el mío, y bajó la voz hasta convertirla en un susurro obsceno.

—El Marqués os ha elegido, Doña Catalina. Esta misma tarde, seréis entregada al cacique de los caníbales. Os llevarán a lo más profundo de la selva, a sus aldeas de huesos y a sus altares de carne. Y si sobrevivís a sus rituales, y si lográis pacificar a la tribu, el Marqués perdonará la vida de vuestra hija. Si os negáis, o si fracasáis, la niña será descuartizada ante vuestros ojos, y el sarraceno será enviado a las minas de plata de Potosí para morir escupiendo polvo.

El mundo se detuvo. El aire se volvió denso, irrespirable. Miré a Alí, cuyos ojos ámbar ardían con una furia contenida que amenazaba con consumir la estancia. Miré a Elvira, que se aferraba a mi cuello con la fuerza de la inocencia aterrorizada. Y miré al guerrero salvaje, que sonreía levemente, mostrando unos dientes afilados por la costumbre de la carne cruda.

La travesía del océano había sido un infierno, la encomienda un purgatorio de sangre, pero lo que me aguardaba en la selva profunda era el abismo absoluto. Iban a entregarme a los demonios de las tierras lejanas, y no había espada toledana, ni poción de la botica, ni plegaria a Dios que pudiera salvarme de lo que estaba por venir.



## CAPÍTULO 9: LA DELACIÓN Y EL AZOTE DE LA VERGÜENZA

El guerrero de las tierras lejanas me observaba con la paciencia infinita de un jaguar que acecha tras los helechos. Su piel, untada con una pasta de achiote y ceniza que dibujaba en su torso la geometría sagrada de los espíritus devoradores, brillaba bajo el sol implacable que se filtraba por las celosías de mi alcoba. El olor que emanaba de su cuerpo no era el hedor de la podredumbre, sino el aroma acre y terroso de la selva profunda, una mezcla de resinas quemadas, sangre seca y hojas machacadas. En sus ojos, oscuros y profundos como pozos sin fondo, no había lujuria, sino una curiosidad clínica, la misma que un sacerdote siente al examinar el animal que ha de ser ofrendado a los dioses.

Don Gaspar, el administrador, disfrutaba de mi silencio con la obscenidad de un cerdo revolcándose en el fango. Se llevó la copa de plata a los labios, bebió un largo trago de vino añejo y se limpió los bigotes encerados con el dorso de la mano.

—¿Pensasteis acaso, Doña Catalina? ¿Que las paredes de esta fortaleza son mudas y que los sirvientes carecen de ojos? —inquirió el administrador, soltando una risita ahogada que resonó en las paredes de adobe como el cascabeleo de una serpiente de cascabel—. La virtud de una dama noble es un cristal frágil, y vos la habéis hecho añicos contra el lecho de un perro sarraceno.

La sangre me abandonó el rostro, dejándome con un frío glacial que contrastaba con el calor asfixiante del trópico. La delación. La más vieja y miserable de las armas de los cobardes.

—Inés, la lavandera, os vio en la botica al alba —continuó Don Gaspar, saboreando cada sílaba de mi destrucción—. La muy perra os espío por la rendija de la puerta mientras el morisco os besaba el cuello. Me trajo el chisme a cambio de que no la azotara por robar

hilos de oro de vuestros sayales. Me cobró con vuestra vergüenza, y yo he decidido cobrar con vuestro castigo.

Alí, mi amado Yahya, dio un paso al frente. Sus ojos ámbar, que minutos antes me habían contemplado con la dulzura de un amanecer en los jardines de Córdoba, se tornaron del color del acero toledano. Intentó desenvainar el escalpelo que aún empuñaba, pero los dos soldados que custodiaban al guerrero salvaje fueron más rápidos. El culatazo de un arcabuz impactó contra las sienes del morisco, haciéndolo caer de rodillas sobre las losas de barro cocido. La sangre comenzó a manar de su cabello oscuro, tiñendo el suelo con un carmesí que me desgarró el alma.

—¡No lo toquéis! —grité, lanzándome sobre el cuerpo de Yahya para protegerlo con mi propia carne.

El guerrero indígena soltó un gruñido gutural y desenvainó un cuchillo de pedernal con una rapidez que desafiaba la vista. Don Gaspar retrocedió, palideciendo bajo su tez rubicunda, y ordenó a los soldados que mantuvieran al salvaje a raya.

—¡Sujetad a la fiera! —bramó el administrador, perdiendo por un instante su compostura de cortesano—. ¡El Marqués ha ordenado que la hembra llegue viva al altar del cacique, pero no ha dicho nada sobre el sarraceno! ¡Cortadle las manos para que no pueda tocar a los espíritus, y arrojadlo al foso de los caimanes!

—¡Deteneos! —vociferé, incorporándome e interponiéndome entre el cuchillo de pedernal y el cuello de Yahya. Miré a Don Gaspar con un odio tan puro y concentrado que hice que el hombre retrocediera un paso—. Si tocáis un solo cabello de su cabeza, me arrancaré los ojos y me lanzaré al foso antes de que el sol alcance su cenit. El cacique de la selva no querrá una esposa loca y ciega para sus rituales. El Marqués os cortará la lengua por arruinar su tributo.

La amenaza surtió efecto. Don Gaspar era un cobarde que solo ejercía su crueldad cuando tenía la soga bien atada. Se pasó la lengua por los labios secos y evaluó la situación con la avaricia de un mercader.

—Tenéis razón, viuda —musitó el administrador, recuperando su sonrisa de hiena—. El Marqués exige que lleguéis intacta en cuerpo, aunque vuestra alma esté podrida por la lujuria con un infiel. Pero no creáis que escaparéis al castigo. La ley de las Indias y la voluntad de mi señor exigen que seáis purificada antes de ser entregada a los demonios de la selva. Debéis ser lavada de la mancha de este hereje.

Hizo un gesto a los soldados. Estos soltaron al guerrero salvaje, que me observó con una mezcla de respeto y diversión, y se abalanzaron sobre mí. Me arrancaron de los brazos de Yahya con una brutalidad que me dislocó el hombro izquierdo. Un grito de dolor escapó de mi garganta, pero lo ahagué mordiéndome el labio hasta hacerlo sangrar.

—Despojadla de sus ropas de noble —ordenó Don Gaspar, con los ojos brillando por la excitación sádica—. Que los esclavos vean a la gran dama de los Mendoza reducida a la condición de bestia. Vestidla con el sayal de los penitentes y llevadla a la picota del patio. Diez azotes en la espalda, para que la carne recuerde el precio de traicionar a su raza y a su Dios. Luego, el salvaje se la llevará a la selva.

Las manos rudas de los soldados rasgaron mi jubón de seda. El sonido de la tela desgarrándose fue como el lamento de mi propia dignidad. Me arrancaron el justillo, la camisa de lino fino, las enaguas bordadas que había traído desde Cádiz, dejándome solo con la camisa interior, que también fue rasgada sin piedad. El aire húmedo y caliente de la estancia golpeó mi piel desnuda, erizando cada poro de mi cuerpo. Me sentí expuesta, vulnerable, reducida a la condición de carne que los hombres compran y venden.

Pero entonces, miré a Yahya.

El morisco estaba de rodillas, con las manos atadas a la espalda por una soga de cáñamo que le mordía las muñecas hasta hacerlas sangrar. La sangre de su sien goteaba sobre su pecho desnudo. Sin embargo, no había derrota en su postura. Sus ojos ámbar se clavaron en los míos, y en aquella mirada hubo un universo entero.

No vi lástima, ni miedo, ni vergüenza. Vi la misma devoción absoluta que me había ofrecido en la penumbra de la botica, la misma promesa de eternidad que me había susurrado entre las sábanas de la encomienda. En medio de la humillación más absoluta, su mirada me vistió con la púrpura de las reinas. Su amor era un escudo invisible que ninguna correa de cuero podría atravesar.

Me cubrieron los hombros con un trapo de arpillera áspero, que raspaba mi piel como la lija, y me ataron las manos a la espalda. Un soldado me agarró por el cabello y me obligó a caminar. Salimos de la alcoba y cruzamos los pasillos de la fortaleza. El sonido de mis pies descalzos sobre las losas de piedra se mezclaba con las burlas de los guardias y el tintineo de las cadenas de Yahya, que era arrastrado tras de mí.

Al cruzar el patio interior, el espectáculo de la crueldad cotidiana me recibió. Los esclavos indígenas y africanos estaban reunidos en semicírculo, obligados por los capataces a presenciar mi degradación. Sus rostros, surcados por el cansancio y la desnutrición, me contemplaban con una mezcla de compasión y alivio. Al menos por hoy, el látigo no mordía sus espaldas.

En el centro del patio se alzaba la picota, un poste de madera de ceiba, negro por la sangre seca de cientos de condenados. En su base, los verdugos preparaban las correas. Don Gaspar había ordenado que el látigo fuera empapado en agua salada y vinagre, para que la sal se incrustara en las heridas y el dolor se prolongara durante semanas.

Me ataron a la picota. Las cuerdas me apretaron los brazos contra el torso, obligándome a arquear la espalda y ofrecer mis omóplatos al verdugo. El sol del mediodía caía a plomo sobre mi cabeza, cegándome. El sudor comenzaba a correr por mi frente, goteando en mis ojos y salando las pequeñas heridas de mis labios mordidos.

Don Gaspar se acercó a mí, sosteniendo una vara de mimbre.

—Este es el primer azote, Doña Catalina —susurró, con el aliento fétido a vino rozando mi oreja—. Por cada beso que le disteis al

infiel, recibiréis diez. Pero como soy un hombre misericordioso, me conformaré con diez en total. Que el dolor os sirva de recuerdo de que vuestro cuerpo ya no os pertenece.

El verdugo, un hombre de torso desnudo y músculos fibrosos, levantó el látigo. La correa silbó en el aire viciado.

El primer impacto fue una línea de fuego líquido que me cruzó la espalda de lado a lado. Un grito ahogado brotó de mi garganta, pero lo transformé en un jadeo. La piel se abrió, y el agua salada del látigo se introdujo en la carne viva como mil agujas candentes.

—Uno —contó Don Gaspar, con la voz melosa de un amante.

El segundo golpe cayó sobre el primero, cruzándose en una equis de dolor. Mis rodillas cedieron, pero las cuerdas de la picota me mantuvieron suspendida, impidiéndome caer. El dolor era absoluto, una explosión de luz blanca que me nublaba la vista.

—Dos.

Busqué a Yahya con la mirada a través del velo de lágrimas y sudor. Él estaba de rodillas a pocos pasos, obligado por los soldados a mantener la cabeza alta. Sus ojos no se apartaban de los míos. Con cada golpe que recibía, sentía que él absorbía una parte de mi dolor. Su respiración se acompañaba con la mía. En medio del infierno de la picota, construí un santuario interior donde solo existíamos nosotros dos. El dolor físico era el precio que pagaba por la libertad de haberlo amado, y lo pagaría con gusto mil veces más.

—Tres. Cuatro. Cinco.

La carne de mi espalda era un mapa de sufrimiento. La arpillera, empapada en mi propia sangre, se pegaba a las heridas abiertas. El olor a cobre y a sudor rancio llenaba mis fosas nasales. Los esclavos bajaban la mirada, incapaces de soportar la visión de una mujer de linaje siendo destrozada por la barbarie de los conquistadores.

—Seis. Siete. Ocho.

Mi conciencia comenzaba a flaquear. El sol era un martillo que golpeaba mi cráneo, y el dolor era un yunque. Pero la voz de Don

Gaspar me mantenía anclada a la realidad, una soga tirando de mí hacia la superficie de la consciencia solo para volver a sumergirme en el tormento.

—Nueve.

El décimo golpe no llegó.

Antes de que la correa completara su arco descendente, un estruendo colosal sacudió los cimientos de la encomienda. No fue el sonido de un trueno, ni el de un cañonazo lejano. Fue el crujido apocalíptico de la madera maciza al partirse en mil pedazos, seguido de una explosión que lanzó una nube de astillas, tierra y cuerpos humanos por los aires.

El suelo saltó bajo mis pies. La onda expansiva me golpeó el rostro, llenando mi boca de polvo y sangre. Las cuerdas que me ataban a la picota se aflojaron al ceder el poste, y caí de bruces sobre la tierra apisonada, arrastrando conmigo un trozo de madera astillada.

El silencio que siguió a la explosión fue más aterrador que el estruendo. Luego, llegó el sonido.

No eran los tambores de guerra de los salvajes. Era el rugido de cientos de gargantas humanas, un aullido colectivo que heló la sangre de los españoles y encendió el fuego de la rebelión en los ojos de los esclavos.

Me incorporé sobre las manos y las rodillas, escupiendo tierra, y miré hacia la empalizada principal de la fortaleza. La puerta de troncos de ceiba, de tres varas de grosor, había sido reducida a añicos. A través del humo negro y denso de la pólvora, emergieron las figuras de los salvajes de las tierras lejanas.

Pero no eran los cien guerreros que el Marqués esperaba. Eran miles.

Una marea de piel pintada, plumas de guacamayo y acero robado se derramó por la brecha. No venían con lanzas de madera y flechas de obsidiana. En sus manos empuñaban arcabuces españoles, espadas toledanas y hachas de abordaje. Y a la cabeza de la horda,

montado en un caballo blanco que piafaba sobre los cadáveres de los centinelas, no venía el cacique de la selva.

Venía el Marqués de la Sangre.

Y a su lado, con las manos atadas y una soga al cuello que lo unía a la montura del tirano, cabalgaba Yahya.

El Marqués detuvo su caballo en el centro del patio, rodeado por sus nuevos aliados indígenas. Su rostro estaba desfigurado por una sonrisa de locura absoluta, y las venas negras de su brazo palpitaban con una furia desbocada. Levantó su espada, apuntando con la hoja hacia mi pecho ensangrentado, y su voz resonó sobre el estruendo de la masacre que comenzaba a desatarse en los pasillos.

—¡La alianza se ha consumado, Doña Catalina! —bramó el Marqués, con los ojos inyectados en sangre—. ¡Los espíritus de la selva no querían vuestro cuerpo! ¡Querían vuestras almas! ¡Hoy, la encomienda arderá, y ninguno de los que llevan la cruz de Cristo saldrá vivo de este patio!

El guerrero salvaje que había estado en mi alcoba se acercó a mí, despreciando el caos que nos rodeaba. Me agarró por el cabello, obligándome a levantar la cabeza, y me mostró un objeto que sostenía en su mano izquierda.

Era el pergamino del doble fondo, el expediente de la Inquisición que yo había descubierto en la cámara del Marqués. Pero no estaba intacto. El salvaje lo sostenía junto a una antorcha encendida, y las llamas ya lamían los bordes del documento, consumiendo el rostro de Yahya dibujado en la tinta negra.

El indígena me sonrió, mostrando sus dientes afilados, y habló en un castellano roto, pero perfectamente comprensible, cargado de una profecía de muerte.

—El Marqués cree que nos ha comprado —susurró el salvaje, acercando el fuego al pergamino—. Pero la selva no vende a sus hijos. La selva los devora. Y esta noche, el fuego de los espíritus consumirá a todos los blancos. Excepto a vos, mujer de sangre noble. Vos seréis la que cuente la historia.

El pergamino se convirtió en ceniza. El Marqués espoleó a su caballo, lanzando a Yahya contra el suelo de tierra, y ordenó a sus huestes que no dejaran vivo ni a los perros.

Mientras las espadas comenzaban a cantar y los arcabuces a escupir muerte en el patio de la encomienda, comprendí con una claridad espantosa que el verdadero infierno no era la picota, ni el látigo, ni la selva profunda. El verdadero infierno era la alianza entre la codicia de los hombres y la furia de los dioses antiguos. Y yo, atada a un poste roto, con la espalda en carne viva y el corazón ardiendo por el hombre que era arrastrado por el fango, tenía que encontrar la manera de sobrevivir a la masacre.



## CAPÍTULO 10: LA SANGRE DE LA LOBA

El caos se desató sobre el patio de la encomienda como una plaga bíblica. Los salvajes de las tierras lejanas se derramaron por la brecha de la empalizada con la furia incontenible de un río desbordado. Sus gritos de guerra, agudos y guturales, se mezclaban con el estampido de los arcabuces y el chirrido del acero contra el acero. El aire se espesó con el humo negro de la pólvora y el olor acre de la sangre fresca, creando una niebla rojiza que teñía el sol del mediodía con un fulgor apocalíptico.

Las cuerdas que me ataban a la picota rota habían cedido con la explosión, pero mis muñecas, hinchadas y magulladas, apenas me permitían mover los brazos. La espalda me ardía con un fuego que me nubla la vista, cada latido del corazón enviando oleadas de dolor a través de las diez heridas abiertas que el látigo de Don Gaspar había grabado en mi carne. Sin embargo, el instinto de supervivencia, ese mismo que me había empujado a clavar un clavo en la órbita de un marinero en la bodega del galeón, se impuso sobre el sufrimiento.

Con un esfuerzo que me arrancó un gemido ahogado, logré ponerme en pie. El suelo de tierra apisonada giraba bajo mis pies descalzos, y tuve que apoyarme contra los restos del poste de ceiba para no desplomarme. A pocos pasos de mí, Elvira había desaparecido. La habían alejado de la alcoba durante el alboroto, pero el guerrero salvaje que me había entregado el pergamino en llamas señaló con su cuchillo de pedernal hacia las dependencias de los esclavos.

—La cría está con las hembras de piel oscura —gruñó el indígena, escupiendo al suelo—. El Marqués ordenó que la guardaran como tributo. Si queréis verla de nuevo, moved el trasero antes de que mis hermanos decidan que vuestra carne es más sabrosa asada.

No necesité más estímulo. A pesar del dolor que me desgarraba la espalda con cada movimiento, eché a correr hacia las chozas de paja donde los esclavos eran encerrados al anochecer. El patio era un matadero. Los soldados españoles, sorprendidos por la magnitud del ataque, caían bajo las lanzas y los machetes de los salvajes. Algunos intentaban reagruparse junto a los almacenes de pólvora, pero los indígenas, conocedores del terreno, los emboscaban desde los tejados y los pozos secos.

Al cruzar junto al cuerpo de un soldado degollado, cuyo pecho aún se agitaba con los estertores de la agonía, me agaché y le arranqué la daga de la cintura. El acero estaba caliente por la sangre del muerto, pero el peso del arma en mi mano me devolvió una fracción de mi antigua dignidad. Ya no era la viuda indefensa de un hidalgo gaditano. Era una loba a la que le habían arrebatado a su cachorra, y nada en el cielo o en la tierra me detendría.

Las chozas de los esclavos estaban custodiadas por dos guardias que intentaban contener la marea de indígenas que huían hacia la selva. Me acerqué por detrás, pegándome a las sombras de los almacenes. El primer guardia cayó con un grito ahogado cuando le hundí la daga en la base del cráneo, seccionando la médula espinal. El segundo se giró, alzando su arcabuz, pero fui más rápida. Le clavé el acero en el costado, retorcí la hoja entre las costillas y lo dejé desplomarse sobre la tierra, boqueando como un pez fuera del agua.

Empujé la puerta de la choza. En el interior, apiñadas contra las paredes de barro, había una veintena de mujeres indígenas y africanas, con los ojos desorbitados por el terror. En el centro del grupo, abrazada por una esclava de piel oscura y mirada bondadosa, estaba Elvira. La niña levantó la vista al oír mis pasos, y al reconocermela, rompió a llorar con un alivio que me partió el alma.

—¡Madre! —sollozó, extendiendo los brazos hacia mí.

Me abalancé sobre ella, cubriendo su rostro de besos mientras las lágrimas se mezclaban con la sangre seca de mis mejillas. La esclava que la sostenía me miró con una mezcla de compasión y miedo.

—Los salvajes no entran en las chozas de los esclavos —murmuró la mujer, en un castellano roto pero comprensible—. Dicen que nuestra carne está maldita por el trabajo de las minas. Pero el administrador busca a la niña. Ha enviado a sus perros a registrar las dependencias.

—¿Dónde está Yahya? —pregunté, incorporándome y abrazando a Elvira con fuerza.

—El morisco está en el foso de los caimanes —respondió la esclava, señalando hacia el norte de la fortaleza—. El Marqués ordenó que lo arrojaran allí antes de que el ataque comenzara. Dicen que los reptiles ya han olido su sangre.

El foso de los caimanes. Un pozo de veinte varas de profundidad, lleno de agua estancada y de los reptiles más despiadados de la selva, que los españoles utilizaban para ejecutar a los esclavos rebeldes. Si Yahya estaba allí, y si el Marqués no había ordenado todavía que lo remataran, tendría minutos antes de que los caimanes lo hicieran por él.

—Llevad a la niña al río —ordené a la esclava, entregándole a Elvira a regañadientes—. Seguid la corriente hacia el sur hasta que encontréis un ceibo con las raíces sumergidas. Esperadme allí. Si no regreso antes del anochecer, huid hacia las montañas y no miréis atrás.

La mujer asintió con gravedad, y tomó a mi hija de la mano. Elvira se resistió, llorando y pataleando, pero la esclava la alzó en brazos y salió por la puerta trasera de la choza, perdiéndose entre el humo y el caos del patio.

Corrí hacia el foso de los caimanes, esquivando los cadáveres que se amontonaban junto a los almacenes. El olor a pólvora y a vísceras era tan intenso que me provocó arcadas, pero no me detuve. Al llegar al borde del pozo, me asomé con cuidado. En el fondo, sobre una repisa de piedra resbaladiza, estaba Yahya. Tenía las manos atadas a la espalda, y la sangre de su sien herida le cubría medio rostro. A sus pies, el agua oscura se agitaba con el movimiento

sigiloso de los caimanes, cuyos ojos amarillos brillaban en la penumbra como brasas mortecinas.

—¡Yahya! —grité, bajando la voz para no alertar a los guardias que pudieran estar cerca—. ¡Sujetad la cuerda que os arrojé!

Desaté la soga de cáñamo que pendía de la noria seca junto al foso, y la lancé hacia abajo. El morisco, con una agilidad que desmentía su estado de agotamiento, logró atrapar el extremo con las manos atadas, y comenzó a escalar por la pared de piedra, ayudándose con los pies desnudos. Los caimanes, irritados por el movimiento, chasqueaban sus fauces debajo de él, pero no lograban alcanzarlo.

Cuando Yahya llegó al borde del pozo, lo ayudé a incorporarse. Estaba empapado, cubierto de lodo y de sangre, pero sus ojos ámbar brillaban con la misma intensidad que la noche en que nos amamos en la botica.

—Pensé que no os vería de nuevo, Catalina —susurró, apoyando la frente contra la mía—. El Marqués ha enloquecido. Ha pactado con los espíritus de la selva, y ahora los espíritus lo devoran por dentro.

—No hay tiempo para explicaciones —repliqué, cortando las cuerdas de sus muñecas con la daga que había robado al soldado—. Tenemos que encontrar a Don Gaspar. Él sabe dónde está el pasadizo secreto que el Marqués usa para huir en caso de ataque. Si no salimos de la fortaleza antes de que los salvajes la incendien, moriremos en las llamas.

Yahya asintió, y juntos nos dirigimos hacia las dependencias del administrador. La fortaleza era un infierno. Las llamas comenzaban a lamer los techos de paja de las chozas, y el humo negro se elevaba hacia el cielo, formando una columna visible desde leguas de distancia. Los salvajes, embriagados por la victoria y por las pociones que los chamanes les habían administrado, saqueaban los almacenes y degollaban a los prisioneros con una crueldad que desafiaba la comprensión.

Encontramos a Don Gaspar en su despacho, intentando llenar un saco de cuero con monedas de oro y joyas robadas. El administrador estaba pálido, con los ojos desorbitados por el pánico, y sus manos temblaban tanto que dejaba caer las monedas sobre el suelo de madera. Al vernos entrar, soltó un grito ahogado y desenvainó una espada corta que colgaba de la pared.

—¡Atrás, perra! ¡Atrás, sarraceno! —bramó, apuntándonos con la hoja temblorosa—. ¡No os acercaréis a mí mientras tenga acero en las manos!

Yahya dio un paso al frente, con la calma letal de un felino acorralado.

—Don Gaspar —musitó el morisco, con la voz desprovista de toda emoción—. Vos sabéis que la fortaleza está perdida. El Marqués ha huido hacia la selva con sus aliados indígenas, y los salvajes que quedan están masacrando a todos los que encuentran. Solo vos conocéis el pasadizo que lleva al río. Decidnos dónde está, y os dejaremos vivir.

El administrador soltó una risa histérica, escupiendo sangre por la comisura de los labios.

—¿Vivir? ¿Creéis que los espíritus de la selva perdonan a los que han trabajado para el Marqués? —chilló, golpeando la pared con la espada—. ¡Me matarán de todos modos! ¡Y antes de que lo hagan, me llevaré a alguien conmigo!

Se abalanzó sobre mí con la furia de un condenado. La espada silbó en el aire, buscando mi garganta. Pero yo había aprendido la lección de la picota. El dolor me había enseñado que la vida solo se defiende con la misma moneda con la que la atacan.

Me aparté con un movimiento fluido, esquivando la hoja por escasos centímetros, y hundí la daga en el costado de Don Gaspar. El administrador soltó un alarido ahogado, dejando caer la espada, y se llevó las manos a la herida, de donde brotó un surtidor de sangre oscura. Cayó de rodillas, pataleando sobre las tablas del suelo,

mientras sus ojos me contemplaban con una mezcla de odio y sorpresa.

—Vos... vos no sois... la dama... que conocí en... Cádiz... — balbuceó, antes de que la vida se extinguiera en su mirada.

Yahya se acercó al cadáver, registrando sus ropas con manos expertas. Encontró una llave de bronce en el interior de su jubón, y una carta doblada que llevaba el sello del Marqués.

—Es la llave del pasadizo —murmuró el morisco, mostrándome el metal—. La carta dice que la salida está en la bodega del vino, detrás del tonel de Madeira.

Corrimos hacia la bodega, esquivando a los salvajes que saqueaban los patios. La estancia estaba sumida en la penumbra, iluminada únicamente por los resplandores intermitentes de las llamas que comenzaban a devorar los pisos superiores. El olor a vino rancio y a madera podrida se mezclaba con el hedor de la sangre que se filtraba por las escaleras.

Encontramos el tonel de Madeira en el rincón más oscuro de la bodega. Yahya introdujo la llave en una cerradura oculta en la base del barril, y con un chirrido metálico, una sección de la pared de piedra se desplazó, revelando un pasadizo estrecho y oscuro.

—Este túnel lleva al río —susurró Yahya, tomando mi mano y guiándome hacia la oscuridad—. Si caminamos rápido, podremos alcanzar el ceibo antes del anochecer.

Entramos en el pasadizo, y la piedra se cerró tras nosotros con un golpe sordo, aislándonos del estruendo de la masacre. El aire era fresco y húmedo, y olía a tierra mojada y a raíces. Caminamos en silencio, con el corazón latiendo desbocado, mientras la luz de las antorchas se filtraba por las grietas del techo, guiándonos hacia la salida.

Tras lo que pareció una eternidad, el túnel desembocó en una pequeña cala junto al río. El agua corría tranquila, reflejando el sol del atardecer con un fulgor dorado. En la orilla, bajo las raíces sumergidas de un ceibo colosal, estaba la esclava que me había

entregado Elvira. La mujer nos vio emerger del túnel, y su rostro se iluminó con una sonrisa de alivio.

—La niña está a salvo —murmuró, señalando hacia el interior del tronco hueco del árbol—. Dormida, pero sana.

Me acerqué a Elvira, que dormía acurrucada entre las raíces, y la tomé en brazos. Su rostro estaba sereno, ajeno a la tormenta que había devastado nuestro mundo. La besé en la frente, y sentí que las lágrimas volvían a brotar de mis ojos, pero esta vez no eran de dolor, sino de gratitud.

Yahya se acercó a nosotras, y me tomó por la cintura. Sus ojos ámbar brillaban con una intensidad que me devolvió la esperanza.

—Hemos sobrevivido a la encomienda —susurró, besándome con una ternura que me deshizo por dentro—. Pero el Marqués sigue vivo. Y mientras respire, no estaremos a salvo.

Asentí con la cabeza, mirando hacia la selva impenetrable que se extendía ante nosotros. El humo de la fortaleza en llamas se elevaba hacia el cielo, formando una columna negra que marcaba el final de una era y el comienzo de otra.

—Entonces lo cazaremos —respondí, con la voz firme, apretando la daga ensangrentada en mi mano—. Lo cazaremos hasta el fin del mundo, y cuando lo encontremos, le haremos pagar con su sangre cada gota de la que ha derramado.

La esclava nos observó con una mezcla de respeto y temor, y señaló hacia el sur, donde las montañas se alzaban como gigantes de piedra contra el cielo rojizo del crepúsculo.

—Si queréis cazar al Marqués, tendréis que cruzar las tierras de los salvajes —advirtió la mujer, con la voz grave—. Y en esas tierras, los espíritus antiguos no perdonan a los que llevan la marca de la cruz.

Miré a Yahya, y luego a Elvira, que comenzaba a despertar en mis brazos. La selva nos aguardaba, con sus demonios y sus dioses olvidados. Pero por primera vez desde que mi palacio fue asaltado

en Cádiz, no sentía miedo. Sentía la furia fría y cortante de una loba que ha aprendido a cazar en la oscuridad.

—Que los espíritus vengan —susurré, dando el primer paso hacia la selva—. Que vengan todos. Porque esta noche, la sangre de los Mendoza va a teñir de rojo las aguas del río.

Mientras el sol se ocultaba tras las montañas, sumergiendo el mundo en las tinieblas, eché a caminar hacia lo desconocido, con mi hija en los brazos y mi amado a mi lado, dispuesta a convertir el Nuevo Mundo en el cementerio de los tiranos.



## CAPÍTULO 11: LAS FAUCES DEL JAGUAR

La selva nos recibió con la hostilidad de un dios antiguo que despierta de su sueño milenario. Apenas habíamos dejado atrás el humo de la encomienda en llamas cuando la vegetación se cerró sobre nosotros como las fauces de un leviatán de esmeralda y sombra. Los árboles, colosales columnas de madera viva cubiertas de lianas y epifitas, se alzaban hasta perderse en un dosel tan denso que el sol del mediodía apenas lograba filtrarse, proyectando sobre el suelo del bosque una penumbra verdosa y enfermiza. El aire era una sopa densa, cargada de humedad hasta la asfixia, impregnada de perfumes dulzones que ocultaban el hedor de la carne en descomposición y el aliento metálico de la sangre derramada.

Caminábamos en silencio, con la cautela de los animales que saben que cada paso puede ser el último. Yo cargaba a Elvira en mis brazos, su pequeño cuerpo pegado al mío como un pájaro asustado que busca el calor del nido. La niña no lloraba, pero sus ojos, muy abiertos y oscuros, absorbían con el asombro terrorífico de la infancia cada sombra que se movía entre los helechos, cada sonido que brotaba de la espesura. Yahya caminaba delante, con la daga que habíamos robado al soldado en la mano, sus ojos ámbar escrutando la maleza con la atención de un cazador que sabe que es, al mismo tiempo, presa y depredador.

La esclava que nos había ayudado, una mujer de nombre Zaira según nos dijo en voz baja antes de despedirse, había desaparecido entre los arbustos con la promesa de buscar ayuda entre los cimarrones fugitivos que habitaban las marismas del sur. Nos dejó un odre de agua, un manojo de plátanos verdes y una advertencia que resonaba en mi mente como una sentencia:

—La selva no perdona a los que caminan sin el permiso de los espíritus. Si escucháis el canto de los pájaros cesar de repente, corred. Si vedéis las hormigas marchar en línea recta hacia el norte,

corred. Y si oléis el perfume de las flores de la muerte, ya será demasiado tarde para correr.

Las primeras horas de marcha fueron una tortura de paciencia y dolor. Mis pies, acostumbrados a las losas pulidas de los palacios de Cádiz, se desgarraban contra las raíces retorcidas y las piedras afiladas que se escondían bajo la hojarasca. La espalda, aún cubierta por las costras de los diez azotes que Don Gaspar me había propinado en la picota, ardía con cada movimiento, cada gota de sudor que se deslizaba por las heridas abiertas era una aguja de fuego que me recordaba la fragilidad de mi carne. Pero el dolor físico palidecía ante la angustia que me oprimía el pecho: el Marqués de la Sangre estaba vivo, y su furia, alimentada por el veneno de la selva que corría por sus venas, lo convertiría en una bestia imparable hasta que nos diera caza.

Al caer la tarde, cuando la luz del sol se tornó de un rojo sangriento que se filtraba entre las copas de los árboles como el resplandor de un infierno lejano, Yahya nos guio hacia un claro pequeño rodeado de bambúes altos. Allí, bajo la protección de las cañas huecas que formaban una empalizada natural, nos detuvimos a descansar. El morisco, con la destreza de quien ha aprendido a leer los secretos de la tierra, recogió leña seca y encendió una hoguera pequeña, cuyo humo, nos explicó, ahuyentaba a los jaguares y a las serpientes venenosas.

—Debemos mantener el fuego bajo —murmuró, arrodillándose junto a las llamas y calentando las manos—. El humo nos delata ante los salvajes, pero la oscuridad nos entrega a las bestias de la noche. Es un equilibrio peligroso, pero es el único que nos mantendrá vivos hasta el amanecer.

Preparamos una sopa con los plátanos verdes y el agua del odre, sazonada con unas hojas aromáticas que Yahya había recogido durante la marcha. El sabor era amargo y terroso, pero el calor del caldo nos devolvió un ápice de fuerza. Elvira comió con avidez, sus pequeñas manos aferrando el cuenco de madera que Yahya había tallado con su daga, y por un instante, al verla sorber el alimento

con la inocencia de quien aún no comprende la magnitud del peligro, sentí que el corazón me estallaba de amor y de dolor.

—Madre —susurró la niña, dejando el cuenco y acercándose a mí para acurrucarse en mi regazo—, ¿cuándo volveremos a casa? ¿A nuestra casa de Cádiz, con los naranjos y la fuente?

La pregunta fue un puñal que me atravesó el pecho. Miré a Yahya, cuyos ojos ámbar brillaban con una tristeza infinita a la luz de la hoguera. ¿Cómo explicarle a una niña de cuatro años que nuestra casa era ceniza, que los naranjos habían sido arrancados de raíz, que la fuente de mármol estaba teñida con la sangre de su padre? ¿Cómo decirle que el mundo que había conocido había desaparecido para siempre, devorado por la codicia de los hombres y la furia de los dioses antiguos?

—Pronto, mi amor —respondí, acariciando su cabello oscuro y besando su frente febril—. Pronto encontraremos un lugar seguro, lejos de los hombres malos. Un lugar donde los espíritus de la selva nos protejan.

La mentira sabía a ceniza en mi boca, pero era el único consuelo que podía ofrecerle. Elvira cerró los ojos, agotada por las emociones del día, y se durmió en mis brazos, su respiración acompasada el único sonido que me mantenía anclada a la cordura.

Yahya se acercó a nosotras y se sentó en el suelo, extendiendo las piernas hacia el fuego. Su túnica de lino estaba empapada de sudor y manchada de barro y sangre seca. Las heridas de su sien y de sus muñecas, donde las cuerdas lo habían lacerado, comenzaban a infectarse, la piel alrededor de los cortes se había tornado de un rojo violáceo y pulsaba con el calor de la fiebre.

—Debemos limpiar vuestras heridas —murmuré, tomando su rostro entre mis manos y examinando los cortes con la atención de la médica que había sido entrenada en los textos de Galeno—. Si la infección avanza, la fiebre os consumirá antes de que lleguemos a las montañas.

Yahya sonrió con tristeza, tomando mis manos entre las suyas. Sus dedos, ásperos por el trabajo de la fragua y el mortero, acariciaron mis palmas con una ternura que me deshizo por dentro.

—Mis heridas pueden esperar, Catalina —respondió con voz suave—. Pero las vuestras no. He visto cómo os movéis, cómo cada paso os arranca un gemido ahogado. Los azotes de Don Gaspar no son simples cortes; son puertas abiertas por donde la putrefacción puede entrar en vuestro cuerpo. Debemos curaros esta noche, o mañana no podréis caminar.

Me incorporé con dificultad, dejando a Elvira dormida sobre un lecho de hojas secas que Yahya había preparado. Me quité el sayal manchado de sangre y sudor, y el aire húmedo de la selva golpeó mi espalda desnuda, erizando cada poro de mi piel. Las diez heridas, dibujadas en mi carne como un mapa de sufrimiento, habían comenzado a supurar un líquido amarillento que se mezclaba con la sangre coagulada. El dolor era una presencia constante, un fuego líquido que me recorría la espina dorsal con cada movimiento.

Yahya tomó el odre y vertió un poco de agua en un paño de lino que había guardado en su túnica. Con una delicadeza infinita, comenzó a limpiar las heridas, una por una, sus dedos moviéndose con la precisión de un artista que talla una obra maestra. El contacto de su piel contra la mía, el calor de su aliento en mi nuca, la ternura de sus gestos, eran un bálsamo que calmaba el dolor físico, pero encendía un fuego distinto en mi pecho, un fuego de amor y de gratitud que me hacía sentir más viva que nunca.

—Sois la mujer más fuerte que he conocido —susurró Yahya, mientras aplicaba un ungüento de hierbas que había preparado con las plantas que recogió durante la marcha—. Habéis soportado el látigo, la picota, la humillación, y aún así, vuestro espíritu no se ha quebrado. Sois como el bambú de esta selva: os dobláis ante la tormenta, pero no os rompéis.

—Mi fuerza no es mía —respondí, volviéndome para mirarlo a los ojos, mis dedos rozando los suyos con una caricia que contenía todas las palabras que no podía pronunciar—. Mi fuerza es vuestra.

Es Elvira. Es la promesa de venganza que arde en mi pecho como una brasa que nunca se apaga. Sin vosotros, sería ceniza arrastrada por el viento.

Nos besamos entonces, no con la urgencia de los náufragos que se aferran a la vida, sino con la calma profunda de dos almas que han encontrado en la otra su verdadero hogar. Sus labios sabían a hierbas amargas y a promesas, y sus manos, al recorrer mi espalda herida, me devolvían la dignidad que los hombres me habían arrebatado. En la penumbra de la selva, bajo el dosel de estrellas que se filtraba entre las copas de los árboles, nuestro amor floreció como una flor silvestre entre las ruinas de un camposanto. Era un amor prohibido, condenado por la Inquisición y repudiado por la sociedad, pero en la soledad de aquel claro, era la única verdad absoluta que poseíamos.

Elvira se removió en su lecho de hojas, murmurando algo en sueños, y nos separamos con la rapidez de los amantes que saben que su tiempo es prestado. Yahya se incorporó y avivó el fuego, añadiendo más leña para mantener alejadas a las bestias de la noche. Yo me cubrí con el sayal y me acosté junto a mi hija, abrazándola con fuerza, mientras el morisco montaba guardia, su silueta recortada contra las llamas como un centinela de los sueños.

La noche en la selva no era un manto de paz, sino un escenario de horrores invisibles. Los sonidos que brotaban de la espesura eran una sinfonía enloquecedora: el aullido de los monos aulladores, que resonaba como el lamento de los condenados; el croar de las ranas venenosas, cuyo canto era una advertencia de muerte; el susurro de las serpientes que se deslizaban entre las hojas secas, sus escamas rozando la tierra con un sonido que erizaba el vello de la nuca. Cada crujido de una rama, cada sombra que se movía entre los árboles, era una amenaza potencial, un recordatorio de que éramos intrusos en un reino que no nos pertenecía.

Hacia la medianoche, cuando el fuego comenzaba a menguar y Yahya se disponía a añadir más leña, un sonido nuevo rompió la monotonía de la noche. No era el aullido de un animal, ni el canto de

un pájaro nocturno. Era un redoble de tambores, lejano pero inconfundible, que llegaba desde lo más profundo de la selva. El ritmo era hipnótico, una cadencia que parecía brotar de las entrañas mismas de la tierra, y que se acompañaba con el sonido de flautas de hueso y de voces humanas que entonaban un cántico en una lengua que no era la nuestra.

Yahya se incorporó de un salto, empuñando la daga con la mano derecha y tomando un tizón ardiente con la izquierda. Sus ojos ámbar escrutaban la oscuridad con una intensidad que me heló la sangre.

—Son los salvajes de las tierras lejanas —susurró, con la voz tensa por la alerta—. Están celebrando una ceremonia, quizás un sacrificio o una llamada a la guerra. Debemos apagar el fuego inmediatamente, antes de que vean el resplandor.

Apagamos las llamas con tierra húmeda, sumergiéndonos en una oscuridad tan densa que apenas podíamos ver nuestras propias manos. El redoble de los tambores se acercaba, cada vez más fuerte, cada vez más próximo. El cántico de las voces se tornó más nítido, y pude distinguir palabras sueltas en una lengua que sonaba a piedra contra piedra, a agua corriendo sobre rocas, a viento aullando entre las gargantas de los cañones.

—Debemos escondernos —murmuré, tomando a Elvira en brazos y pegándola a mi pecho—. Si nos encuentran, estamos perdidos.

Yahya nos guio hacia un grupo de bambúes altos, cuyas cañas huecas formaban un escondite natural. Nos agazapamos entre las cañas, conteniendo la respiración, mientras el redoble de los tambores se tornaba ensordecedor. El suelo vibraba bajo nuestros pies, y el aire se espesaba con el olor a resinas quemadas y a carne asada que traía el viento.

De repente, el cántico cesó. Los tambores enmudecieron. Y en el silencio que siguió, un sonido nuevo heló mi sangre: el crujido de ramas bajo pies humanos, acercándose a nuestro escondite.

Yahya me hizo un gesto para que permaneciera quieta, y se preparó para saltar, su daga reluciendo a la luz de las estrellas que se filtraban entre las copas de los árboles. Esperamos, con el corazón latiendo desbocado, mientras los pasos se acercaban cada vez más.

Entonces, entre los bambúes, apareció una figura. No era un salvaje pintado con los colores de la guerra, ni un guerrero con lanzas de obsidiana. Era un hombre blanco, vestido con los restos de un jubón español, el rostro surcado por cicatrices y los ojos desorbitados por la locura. En sus manos, empuñaba un arcabuz descargado, y en su boca, balbuceaba palabras incoherentes en un castellano roto y delirante.

—El Marqués... el Marqués nos busca... —murmuró el hombre, arrastrando los pies como un sonámbulo—. Ha enviado a los espíritus de la selva a cazarnos... a cazarnos a todos...

Yahya lo agarró por el cuello antes de que pudiera gritar, y le tapó la boca con su mano izquierda. El hombre forcejeó con la debilidad de un loco, pero el morisco fue más fuerte, y lo inmovilizó contra el suelo de tierra.

—¿Quién sois? —susurró Yahya, con la daga apuntando a la garganta del hombre—. ¿Qué hacéis aquí, solo y desarmado en medio de la selva?

El hombre dejó de forcejear y me miró con ojos desorbitados. En su rostro, reconocí los rasgos de uno de los soldados del Marqués, un hombre que había visto en la encomienda, uno de los que habían custodiado a Don Gaspar.

—Soy... soy Juan de Cartagena —balbuceó el hombre, con la voz quebrada por el terror—. Fui soldado del Marqués... pero él enloqueció... mató a todos... a todos los que quedaban en la fortaleza... y ahora huye hacia las montañas, con los salvajes pisándole los talones...

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. El Marqués no nos perseguía. Huía. Los salvajes, sus propios aliados,

lo habían traicionado y ahora lo cazaban como a un animal.

—¿Dónde está mi hija? —pregunté, incorporándome y apuntando la daga que había robado al soldado hacia la garganta del hombre—. ¿Dónde está Elvira?

Juan de Cartagena me miró con ojos vacíos, y una sonrisa de locura se dibujó en sus labios.

—La niña... la niña está con los espíritus —susurró, con la voz cargada de una profecía de muerte—. Los salvajes la han tomado... la han llevado al altar del sacrificio... y esta noche, bajo la luna roja, su sangre sellará la alianza con los dioses antiguos...

El mundo se detuvo. El aire se volvió denso, irrespirable. Miré a Yahya, cuyos ojos ámbar ardían con una furia contenida que amenazaba con consumir la estancia. Y supe, con la certeza absoluta de los condenados, que la guerra que había comenzado en las costas de Cádiz había entrado en su fase más sangrienta. No habría tregua, no habría piedad, no habría rendición. Solo habría acero, fuego, y la venganza de una madre a la que le habían arrebatado la razón misma de su existencia.

—Llevadnos al altar —ordené, con la voz firme, apretando la daga con tanta fuerza que los nudillos se me tornaron blancos—. Llevadnos ahora, o juro por Dios que os cortaré la garganta y dejaré que los jaguares devoren vuestro cuerpo.

Juan de Cartagena asintió con la cabeza, y se incorporó con pasos tambaleantes. Nos capitaneó hacia lo más profundo de la selva, donde los tambores volvían a redoblar, marcando el ritmo de una ceremonia que habría de cambiar el rumbo de mi destino. Y mientras caminábamos hacia el altar del sacrificio, supe que la verdadera prueba de fuego estaba a punto de comenzar.



## CAPÍTULO 12: EL RASTRO DE LOS DEMONIOS

La marcha a través de la espesura se convirtió en un calvario de sombras y sudor. Juan de Cartagena, el soldado enloquecido por los horrores de la encomienda, avanzaba con pasos erráticos, murmurando plegarias incoherentes a santos que hacía tiempo habían dejado de escuchar las súplicas de los hombres. La selva, ese leviatán de esmeralda y podredumbre, parecía cerrarse a nuestro paso, como si la propia naturaleza conspirara para tragarnos. El aire era un miasma denso, cargado de la fragancia embriagadora de las orquídeas nocturnas y el hedor inconfundible de la carne que se descompone en el fango. Cada paso que daba sobre la hojarasca húmeda era una tortura para mi espalda lacerada; las costras de los diez azotes de Don Gaspar se abrían con el movimiento, enviando descargas de fuego líquido a lo largo de mi columna vertebral. Sin embargo, el dolor físico palidecía ante la angustia que me oprimía el pecho. La imagen de mi pequeña Elvira, arrebatada de los brazos de Zaira por los demonios de la selva, era un puñal que giraba sin cesar en mi alma.

—¡Apresuraos, perra! ¡Los espíritus tienen hambre y la luna asciende! —bramó Juan, girándose con los ojos desorbitados y la baba manchando su jubón desgarrado.

Yahya, a quien los salvajes aún no habían logrado capturar pues caminaba unos pasos por detrás empuñando la daga con la astucia de un felino, me lanzó una mirada de complicidad. En sus ojos ámbar, que brillaban con una luz sobrenatural en la penumbra del dosel, leí la misma determinación inquebrantable que ardía en mi pecho. Él era mi ancla en aquel océano de locura, el único refugio donde mi espíritu podía hallar un instante de paz. Cuando nuestras miradas se cruzaron, el estruendo de la jungla pareció apagarse. En ese intercambio silencioso, hubo una promesa de eternidad, un

juramento de sangre y de amor que desafiaba a los dioses antiguos y a la iniquidad de los hombres.

De repente, el redoble de los tambores, que hasta entonces había sido un eco lejano, estalló con una violencia ensordecedora. El suelo vibró bajo nuestras plantas. Juan de Cartagena soltó una risa histérica y se arrojó de bruces al fango, cubriéndose la cabeza con las manos.

—¡Llegamos! ¡El altar de los huesos nos aguarda! —chilló el demente.

Antes de que pudiera reaccionar, la espesura cobró vida. No fueron los salvajes pintados de los que me había hablado el Marqués. Eran guerreros de las tierras lejanas, hombres de estatura colosal cuya piel estaba untada con una pasta de achiote y ceniza que los hacía parecer estatuas de bronce fundido. Portaban mazas de madera erizadas de obsidiana, los temibles macuahuitls, y lanzas rematadas con cráneos de monos aulladores. Sus rostros, ocultos tras máscaras talladas con expresiones de agonía eterna, inspiraban un terror primitivo que helaba la sangre.

—¡Catalina, corre! —rugió Yahya, lanzándose contra el círculo de guerreros que nos había rodeado.

Su daga cantó en el aire, trazando un arco de plata que hirió el brazo de uno de los indígenas. Pero la ventaja del acero toledano era inútil contra la marea humana. Tres guerreros se abalanzaron sobre él. Uno de ellos esgrimió un átlatl, y una lanza de bamboo silbó en el aire, impactando en el hombro de mi amado. Yahya soltó un gemido ahogado y cayó de rodillas, pero no soltó el arma. Luchó con la furia de un león acorralado, desviando los golpes con los antebrazos, hasta que un garrote de madera maciza impactó contra su nuca. Su cuerpo se desplomó sobre la tierra húmeda, y la daga resbaló de sus dedos inertes.

—¡No! —grité, intentando lanzarme sobre él, pero dos manos férreas me agarraron por los cabellos.

El dolor fue cegador. Me arrastraron por el fango, rasgando mi sayal y abriendo de nuevo las heridas de mi espalda. La sangre manaba caliente, empapando la tela y tiñendo la tierra de carmesí. Me obligaron a ponerme de pie, arrancándome un grito de agonía, y ataron mis muñecas con cuerdas de fibra de henequén que me cortaron la piel hasta el hueso. Yahya fue levantado a rastras, inconsciente, y sus pies desnudos dejaron un rastro de sangre en la hojarasca.

Nos empujaron a través de un sendero oculto, ascendiendo por una ladera empinada donde las raíces de los árboles formaban escalones naturales. El olor a copal y a sangre seca se volvió tan intenso que me provocó arcadas. Tras horas de una marcha que pareció durar una eternidad, la selva se abrió ante nosotros, revelando un espectáculo que desafía toda descripción cristiana.

El poblado de la tribu no estaba hecho de chozas de paja, sino de una arquitectura macabra y monumental. Enormes estructuras de madera y piedra, adornadas con miles de cráneos humanos y de animales, se alzaban hacia el cielo nocturno. Antorchas de resina ardían en cada esquina, proyectando sombras danzantes que daban vida a los tótems de los espíritus devoradores. En el centro de la aldea, una plaza de tierra apisonada estaba rodeada por una empalizada de estacas afiladas, en las cuales se exhibían los restos de los caídos.

Nos arrojaron al centro de la plaza. El impacto contra el suelo me arrancó un quejido, pero me obligué a no llorar. No les daría el gusto de ver mi debilidad. A mi lado, Yahya comenzaba a removerse, gimiendo por el golpe en la nuca y la herida en el hombro. Me arrastré hacia él, ignorando las lanzas que los guerreros apuntaban a nuestros pechos, y tomé su rostro entre mis manos.

—Estoy aquí, mi amor —susurré, limpiando la sangre de su frente con el borde de mi sayal—. No os rendáis. Debéis vivir.

Yahya abrió los ojos, y aunque su mirada estaba nublada por el dolor, una sonrisa tenue y valiente curvó sus labios.

—Mientras vos respiréis, Catalina, mi alma se negará a cruzar el umbral —musitó, rozando sus labios contra los míos en un beso que supo a sal y a promesas eternas.

El redoble de los tambores cesó de golpe. Un silencio sepulcral cayó sobre la plaza, roto únicamente por el crepitar de las antorchas. De la estructura principal, una palapa colosal sostenida por pilares de cedro negro, emergió la figura del cacique. No era un salvaje desnudo, sino un monarca de la selva. Vestía un manto de plumas de quetzal y pieles de jaguar, y su rostro estaba surcado por tatuajes de líneas negras que denotaban su linaje y sus victorias. En su cuello, collares de dientes de caimán y de cristales de roca tintineaban con cada paso. A su lado caminaba el chamán, un anciano de piel curtida como el pergamino, cuyos ojos lechosos parecían mirar más allá del mundo físico.

Pero lo que me dejó sin aliento no fue la imponente figura del cacique. Fue lo que el chamán sostenía en sus manos.

Era Elvira.

Mi pequeña dormía, ajena a la pesadilla que la rodeaba, envuelta en una manta de algodón tejido. Zaira, la esclava que la había protegido, yacía a los pies del chamán, inconsciente y cubierta de hematomas, pero viva. Al ver a mi hija en brazos de aquel hechicero, un rugido primitivo brotó de mi garganta. Intenté incorporarme, pero una bota de cuero crudo me aplastó el pecho, devolviéndome al suelo.

—¡Devolvedme a mi hija! —vociferé, escupiendo sangre y fango—. ¡Si tocáis un solo cabello de su cabeza, mis huesos os maldecirán hasta el fin de los tiempos!

El cacique alzó una mano, y el guerrero que me pisoteaba se retiró de inmediato. El señor de la selva me observó con una curiosidad clínica, descendiendo los escalones de madera hasta situarse frente a mí. Su castellano, aunque cargado de un acento gutural y pausado, era perfectamente comprensible.

—La mujer de sangre blanca habla con la furia del jaguar hembra —dijo el cacique, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Pero en estas tierras, la furia no salva la vida. Solo la utilidad la preserva.

El chamán se acercó, depositando a Elvira con cuidado sobre una estera de palma, lejos de nosotros. Zaira fue arrastrada hacia las sombras por dos guerreras. El anciano se giró hacia mí, sus ojos lechosos escrutando mi rostro.

—El hombre blanco de la cicatriz, el que huele a podredumbre y a fuego negro, nos trajo a la niña como ofrenda —explicó el chamán, señalando con un dedo huesudo hacia la selva oscura—. Dijo que su sangre pura aplacaría la ira de los espíritus. Pero los espíritus no quieren la sangre de la niña. Los espíritus están enfermos.

El cacique asintió con gravedad, y por primera vez, vi una sombra de vulnerabilidad cruzar su rostro impasible. Se llevó la mano al pecho, bajo el manto de plumas, y su gesto fue el de un hombre que soporta un dolor insoportable.

—El fuego de la selva ha entrado en el cuerpo de mi señor —continuó el chamán, su voz adoptando un tono solemne y aterrador—. Las venas se le oscurecen, la carne se le vuelve ceniza y la fiebre le quema el juicio. Los curanderos han fallado. Las hierbas sagradas no han servido.

El chamán se inclinó hacia mí, y el olor a tabaco rancio y a hierbas amargas que emanaba de su aliento me revolvió el estómago.

—Vosotros sois mujer de medicina. Lo he visto en vuestras manos, en la forma en que tocasteis al hombre herido. Y vuestro compañero, el de los ojos del color del sol, huele a los remedios de los antiguos. Si curáis a mi señor, la niña vivirá y seréis libres de caminar por nuestras tierras. Si fracasáis, o si intentáis engañarnos, vuestros cuerpos alimentarán a los ceibos, y la niña arderá en la hoguera purificadora.

La sentencia cayó sobre mí con el peso de una montaña. Miré a Yahya, que me observaba con una intensidad que me desgarraba el alma. Él había reconocido la enfermedad. El fuego de la selva. La misma ponzoña que estaba consumiendo al Marqués de la Sangre. Pero curar al cacique de una tribu que nos tenía prisioneros, en medio de la jungla y sin nuestros ungüentos, era una tarea que rozaba lo imposible.

—Necesitamos nuestras hierbas —dije, con la voz firme, tragándome el terror—. Necesitamos acceso a la botica que el hombre de la cicatriz saqueó, o a los ingredientes que crecen en las cuevas sagradas. Sin ellos, la muerte de vuestro señor está sellada.

El cacique soltó una carcajada seca, carente de humor.

—No hay tiempo para buscar en las cuevas, mujer blanca. El veneno ha llegado al corazón de mi señor. Esta noche, bajo la luz de la luna roja, debéis demostrar que vuestros espíritus son puros y vuestro conocimiento es verdadero.

El chamán hizo un gesto, y dos guerreras trajeron hacia nosotros un cuenco de barro negro. Dentro, un líquido espeso y burbujeante emitía un vapor que olía a cobre y a azufre. De las sombras de la palapa, emergió un guerrero de tamaño descomunal, sosteniendo una jaula de mimbre. Dentro, una serpiente terciopelo, la más venenosa de la selva, se agitaba con furia, sus escamas negras y amarillas brillando a la luz de las antorchas.

—Esta es la prueba de los espíritus —anunció el chamán, señalando el cuenco y la serpiente—. El brebaje de la verdad. Si lo bebéis y el veneno de la serpiente os respeta, demostraremos que los dioses antiguos os han marcado como suyos y que vuestra medicina es legítima. Si el veneno os consume, habréis mentido, y el castigo será inmediato.

Yahya, apoyado en mis brazos para incorporarse, me miró con pánico.

—Catalina, no —susurró, con la voz quebrada por la agonía de su hombro herido—. Ese brebaje es un alucinógeno que dilata las

pupilas y acelera el pulso. La serpiente olía el miedo y el ritmo cardíaco. Si bebéis eso, el reptil os atacará sin dudarlo. Es una sentencia de muerte.

Lo sabía. Mi mente, entrenada en los textos de Galeno y en la observación de los humores, comprendía la trampa. El brebaje no era un veneno en sí mismo, pero alteraba el cuerpo de tal manera que lo convertía en un imán para la ponzoña de la serpiente. Era un juicio de Dios diseñado para ser perdido.

Pero miré a Elvira, dormida en la estera. Miré a Zaira, inconsciente y sangrando. Miré a Yahya, cuyo amor era la única luz en aquel abismo de tinieblas. No había salida. No había tregua. Solo había la voluntad inquebrantable de una madre y de una amante que se negaba a perecer.

Me puse en pie, ignorando el dolor que me desgarraba la espalda, y me enfrenté al cacique.

—Beberé el brebaje —dije, con la voz clara y resonante, desafiando a los tambores que volvían a redoblar—. Pero no sola. Mi compañero beberá conmigo. Y si los espíritus nos encuentran puros, no solo curaréis a vuestro señor. Exigiré que nos entreguéis las armas y los caballos que el hombre de la cicatriz os robó.

El cacique entornó los ojos, evaluando mi audacia. Una sonrisa lenta y cruel se dibujó en sus labios pintados.

—Que así sea, mujer de sangre blanca. Que los espíritus juzguen vuestro albedrío.

El chamán me entregó el cuenco de barro. El líquido estaba caliente, y su olor era una bofetada de podredumbre. Lo tomé con manos que no temblaban, y se lo pasé a Yahya. Él lo bebió sin dudarlo, sus ojos fijos en los míos, bebiendo mi valor y mi locura. Luego, alcé el cuenco a mis labios y tragué la inmundicia.

El fuego estalló en mi estómago. El mundo comenzó a girar, las sombras de la plaza se alargaron y se transformaron en garras demoníacas. Mi corazón comenzó a latir con una violencia

desbocada, golpeando mis costillas como un pájaro enjaulado. El chamán abrió la jaula de mimbre.

La serpiente terciopelo se deslizó sobre la tierra apisonada, alzando su cabeza romboidal, y sus ojos negros se clavaron directamente en los míos. El veneno goteaba de sus colmillos, y el aire se llenó de un silencio absoluto, roto únicamente por el estruendo de mi propio corazón enloquecido.



## CAPÍTULO 13: LA PRUEBA DEL FUEGO

El mundo se había plegado sobre sí mismo, transformando la plaza de tierra apisonada en un caldero de visiones demoníacas. El brebaje del chamán actuaba en mis entrañas como un fuego líquido, dilatando mis pupilas hasta que la luz de las antorchas se convertía en lanzas de oro cegador. Mi corazón golpeaba las costillas con la furia de un ariete, un tambor enloquecido que resonaba en mis oídos ahogando el redoble de los guerreros. En aquel estado de lucidez febril, la serpiente terciopelo no era un reptil, sino una sombra sinuosa, un demonio de escamas negras y amarillas que deslizaba su cuerpo sobre la tierra con la parsimonia implacable de la muerte misma.

A mi lado, Yahya había cerrado los ojos. Su pecho, desnudo y cubierto de sudor, apenas se movía. Comprendí de inmediato lo que el morisco estaba haciendo. Había invocado las disciplinas de sus ancestros, esas artes sufíes de las que me había hablado en las noches de intimidad en la botica, para ralentizar su pulso y enfriar su sangre. Intentaba volverse invisible para los pozos termales de la serpiente, esos sensores de calor que guiaban el ataque del reptil. Pero yo no poseía tal entrenamiento. Mi corazón era un ave a punto de quebrar su jaula, y mi sangre ardía con el veneno del alucinógeno. La bestia alzó su cabeza romboidal, orientada directamente hacia mi pecho, y sus colmillos gotearon un líquido claro y letal sobre la tierra.

La supervivencia no reside en la fuerza, sino en la astucia de quien conoce las leyes de la naturaleza. Recordé las enseñanzas de los cazadores de Cádiz, las lecciones sobre las víboras que mi padre me había contado en su juventud. Las serpientes de fosetas labiales cazan el calor, pero también son ciegas a la luz repentina y se desorientan ante los olores fuertes y fríos. Con un movimiento que desafió el dolor de mis heridas y la rigidez de mis músculos, extendí

la mano hacia el borde del brasero de piedra donde ardía el copal. Mis dedos se cerraron alrededor de un puñado de ceniza húmeda y fría, mezclada con los restos de una resina amarga.

La serpiente se tensó, dispuesta a lanzar el bote fatal. En ese instante exacto, arrojé la ceniza fría directamente a su rostro.

El choque térmico y el olor penetrante de la resina cegaron los sensores del reptil. La bestia emitió un siseo furioso, desviando su ataque y mordiendo el aire vacío a escasos dedos de mi muslo. Antes de que pudiera reorientar su ataque, Yahya abrió los ojos. Con la velocidad del rayo que parte un roble, el morisco desvió el tizón ardiente que sostenía en su mano izquierda y lo estampó contra el lomo del animal. El reptil se convulsionó, y yo, aprovechando la distracción, hundí la estaca de madera maciza que sostenía la antorcha principal directamente en la cabeza de la serpiente, clavándola en la tierra con un golpe seco y brutal.

El silencio que cayó sobre la plaza fue absoluto, tan denso que podía escucharse el crepitar de la resina en el fuego. La serpiente yacía inmovilizada, su cuerpo se debatía en espasmos agónicos alrededor de la madera. Yo permanecí de rodillas, con el pecho agitándose y la ceniza manchando mis manos, mientras los efectos del brebaje comenzaban a remitir, dejando paso a un agotamiento que me doblaba el espinazo.

El cacique descendió los últimos escalones de la palapa. Sus ojos oscuros me escrutaron con una mezcla de reverencia y temor. Se arrodilló junto a la serpiente muerta y tocó la madera con la punta de sus dedos enjorjados.

—Los espíritus antiguos os han escupido y no os han consumido —pronunció el cacique, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Vuestro aliento es frío, pero vuestro fuego es puro. La mujer blanca y el médico de ojos de sol han superado el juicio de la tierra.

El chamán se acercó, recogiendo a Elvira en sus brazos con una delicadeza que contrastaba con su aspecto macabro. La entregó en mis brazos. El peso de mi hija, su calor pequeño y familiar, rompió el

último dique de mi contención. La estreché contra mi pecho, hundiendo el rostro en su cabello, y permití que una sola lágrima rodara por mi mejilla, lavando el hollín y la sangre.

—Llevadnos ante vuestro señor —exigí, incorporándome con la dignidad de una reina de Castilla, ignorando el temblor de mis piernas—. El tiempo apremia, y la muerte no espera a que los hombres celebren sus rituales.

Nos condujeron a través del laberinto de estructuras de madera y piedra hacia la morada del cacique enfermo. El interior de la choza principal era un santuario de penumbra y fetidez. El olor que nos recibió era inconfundible para cualquier médico: era el aroma dulzón y nauseabundo de la carne que se pudre en vida, un miasma tan espeso que me obligó a cubrirme la boca y la nariz con el borde de mi sayal. En el centro de la estancia, sobre un lecho de pieles de jaguar y plumas de ave, yacía el hermano del cacique, el guerrero que había liderado el ataque a la encomienda y que ahora pagaba el precio de haber saqueado los frascos del Marqués.

Yahya se arrodilló junto al lecho, y su rostro se ensombreció al examinar la extremidad del herido. El brazo derecho del indígena estaba irreconocible. Desde el hombro hasta la muñeca, la piel se había tornado de un negro violáceo, hinchada y cubierta de ampollas que supuraban un líquido amarillento. Las venas negras, idénticas a las que yo había visto en el brazo del Marqués, se extendían como raíces de un árbol maldito hacia el pecho del guerrero, cuya respiración era un jadeo superficial y entrecortado.

—Es el mismo mal —susurró Yahya, alzando la vista hacia mí con los ojos ámbar oscurecidos por la gravedad del diagnóstico—. La necrosis ha cruzado la fascia. El veneno ha entrado en el torrente sanguíneo. Si no amputamos el brazo por encima de la articulación del hombro y cauterizamos la carne al instante, la fiebre lo matará antes de que el sol alcance su cenit.

El cacique, que había entrado tras nosotros, tradujo las palabras del morisco al oído de sus consejeros. Los murmullos de indignación recorrieron la estancia. Para los guerreros de las tierras lejanas,

mutilar el cuerpo era impedir que el alma cruzara al más allá en plenitud.

—¡Decidles que si no lo hacemos, morirá hoy! —grité, dando un paso al frente y señalando el pecho del enfermo, donde las venas negras ya palpitaban bajo la piel—. ¡Su corazón está a punto de detenerse! ¡La medicina de los espíritus exige un sacrificio de carne para salvar el alma!

El cacique alzó la mano, silenciando a sus hombres. Miró a Yahya, y luego a mí.

—Si el guerrero muere bajo vuestro cuchillo, vuestros cuerpos serán descuartizados y ofrecidos a los buitres —sentenció el líder, con la frialdad del acero—. Si vive, seréis los invitados de honor de nuestra tribu.

Yahya no perdió un instante. Sacó de su túnica el escalpelo que había logrado ocultar de los guardias y lo acercó al fuego de un brasero cercano hasta que el acero brilló al rojo vivo. Me miró, y en sus ojos no había miedo, sino una determinación absoluta.

—Necesito que lo sujetéis —me pidió, su voz suave pero firme—. Y necesito que recéis a vuestro Dios, Catalina, porque las manos de los hombres tiemblan cuando la sangre mana a chorros.

La cirugía fue un descenso a los círculos más profundos del infierno. Yahya trabajó con la precisión de un relojero y la ferocidad de un carnicero. El escalpelo cortó la piel necrosada, y un chorro de sangre oscura y fétida brotó de la herida, salpicando el rostro del morisco y mis propias manos. El olor era tan punzante que tuve que morderme el labio para no vomitar. El guerrero, aunque había sido sedado con una infusión de adormidera que el chamán nos proporcionó, se agitaba en los momentos en que el acero rozaba el hueso. Yo sujetaba su torso con toda la fuerza que mis músculos, agotados y lacerados, podían ejercer, susurrándole palabras de aliento en un castellano que él no comprendía, pero cuyo tono calmante parecía traspasar las barreras de la lengua.

En medio de aquel baño de sangre y podredumbre, nuestros ojos se encontraron. Yahya, con el rostro manchado de carmesí y el sudor perlándole la frente, me dedicó una mirada que contuvo toda la ternura del mundo. En aquel instante de horror absoluto, su amor fue mi escudo. Sus manos, que sostenían la vida y la muerte, eran las mismas que me habían acariciado el alma en la penumbra de la botica. Contrastaba la brutalidad de la carne desgarrada con la belleza inmaculada de nuestro vínculo; la muerte olía a putrefacción, pero nuestro amor olía a azahar y a sándalo, un perfume invisible que nos mantenía cuerdos en el abismo.

Finalmente, el brazo fue separado del torso. Yahya aplicó el hierro candente sobre la herida abierta. El sonido de la carne quemándose y el olor a pelo y grasa ardida llenaron la choza, acompañados por el grito ahogado del guerrero, que se arqueó en el lecho antes de quedar inerte por el efecto de las hierbas. El sangrado se detuvo. Las venas negras, privadas de su fuente de infección, comenzaron a palidecer bajo la piel del pecho.

Yahya limpió sus manos en un trapo húmedo y se dejó caer de rodillas, exhausto. Me acerqué a él y tomé su rostro entre mis manos manchadas de sangre, besando su frente con una devoción que desafiaba a los dioses de la selva.

Horas después, la fiebre del guerrero comenzó a remitir. Su respiración se tornó profunda y acompasada. El cacique, que había velado el procedimiento en silencio desde la esquina de la estancia, se acercó al lecho y comprobó el pulso de su hermano. Al confirmar que la vida fluía con fuerza, se giró hacia nosotros.

—Habéis derrotado a la muerte en su propio terreno —pronunció el cacique, inclinando la cabeza en un gesto de respeto que jamás había visto en un hombre blanco hacia un indígena—. Sois libres. Mis guerreros os escoltarán hasta los límites de nuestras tierras.

—Aún no —respondí, incorporándome y limpiando el sudor de mi frente con el dorso de la mano—. Cumplimos nuestra parte del trato. Ahora es vuestro turno de pagar el precio de la verdad. ¿Qué sabéis

del hombre de la cicatriz? ¿Hacia dónde huyó el Marqués de la Sangre?

El cacique frunció el ceño, y una sombra de inquietud cruzó su rostro impasible. Se acercó a una mesa de madera tallada y desplegó un pergamino que había sido arrebatado a los españoles. Era un mapa de las costas de Tierra Firme, trazado con tinta roja y negra.

—El hombre de la cicatriz no huye, mujer blanca —murmuró el cacique, trazando una línea con su dedo enjoyado desde la selva profunda hasta la costa—. Él sabe que la selva lo devorará si permanece en ella. Ha tomado a los supervivientes de vuestra fortaleza y a un grupo de mis guerreros que le fueron fieles por oro. Marchan hacia el norte.

Yahya se incorporó, acercándose a la mesa. Sus ojos recorrieron el mapa con rapidez, y su rostro palideció al comprender la magnitud de la revelación.

—Nombre de Dios —susurró el morisco, con la voz quebrada por el horror—. El puerto principal. La escala de la Flota de Indias.

—Sí —asintió el cacique, con los ojos oscurecidos por la profecía—. El hombre de la cicatriz lleva en sus carretas los barriles de la peste. Los mismos barriles que traían a los muertos en el galeón. No va a venderlos. Va a hundirlos en la bahía, junto a los muelles, cuando la gran flota de plata ancle en el puerto la próxima luna.

El mundo se detuvo. La magnitud de la traición y la locura del Marqués cayó sobre nosotros con el peso de un mundo que se desmorona. No buscaba riquezas, ni venganza personal. Buscaba la aniquilación total. Si la peste bubónica se desataba en Nombre de Dios, no solo morirían miles de españoles, sino que los barcos llevarían la infección de vuelta a la Vieja Europa. El Marqués de la Sangre pretendía convertir el océano en un río de cadáveres.

—Y hay más —continuó el cacique, su voz bajando hasta convertirse en un susurro aterrador—. Para abrir las puertas del puerto sin levantar sospechas, lleva consigo un salvoconducto real. Y

para asegurar que los guardias no lo detengan en la aduana, lleva un tributo de sangre noble.

Miré al cacique, con el corazón helándose en mi pecho.

—¿De qué habláis? —pregunté, con la voz apenas audible.

El cacique me miró con una compasión que me desgarró el alma más que cualquier látigo.

—Habla de la esclava de piel oscura que os ayudó a huir, Catalina —intervino Yahya, con los ojos llenados de lágrimas al comprender la terrible verdad—. Zaira. El Marqués la capturó en el río. Y no la lleva como esclava. La lleva vestida con vuestros ropajes, con vuestro sello de los Mendoza.

Comprendí la trampa con una claridad espantosa. El Marqués no solo iba a infectar el puerto. Iba a hacer pasar a Zaira por mí, la viuda de los Mendoza, para que fuera ella quien entregara el salvoconducto y abriera las compuertas de la peste. Y cuando la flota anclara y la muerte se desatara, el Marqués culparía a la casa de los Mendoza, destruyendo mi linaje, mi honor y mi nombre para la eternidad, mientras él desaparecía en las sombras con el oro de los saqueos.

—Tenemos que alcanzarlo antes de que cruce el río de los caimanes —dije, sintiendo cómo la furia de una madre y el honor de una Mendoza se fundían en un acero indestructible en mi pecho—. Si Zaira abre las compuertas, miles morirán, y mi nombre será maldito por el resto de los tiempos.

El cacique asintió lentamente e hizo un gesto a sus guerreros.

—Entonces, mujer de sangre blanca, no caminaréis solos. Los espíritus de la selva cabalgarán con vosotros. Porque si el hombre de la cicatriz abre las puertas de la muerte, nuestros dioses también perecerán.

Miré a Yahya, y supe que la verdadera guerra no había hecho más que comenzar. No luchábamos solo por nuestras vidas, ni por el amor que nos mantenía vivos en la oscuridad. Luchábamos por el alma de un mundo que se debatía entre la codicia y la redención. Y

estábamos dispuestos a teñir de rojo las aguas del río, aunque  
tuviéramos que nadar en nuestra propia sangre para lograrlo.



## CAPÍTULO 14: LA ALIANZA DE CENIZA

El amanecer en el poblado de los hombres de la selva no trajo la paz de los jardines de Castilla, sino la promesa acerada de la guerra. La bruma matutina, espesa y cargada de humedad, se aferraba a los techos de paja y a los tótems de madera tallada como un sudario de algodones sucios. El aire olía a copal quemado, a sangre seca y a la resina acre de los pinos que alimentaban las hogueras sagradas. Tras la revelación de que el Marqués de la Sangre marchaba hacia Nombre de Dios para desatar el apocalipsis de la peste sobre la Flota de Indias, el cacique, cuyo nombre de guerra era Ixpan, ordenó que los tambores de guerra no dejaran de sonar ni un solo instante.

Antes de empuñar las armas, los espíritus de la selva exigían un pacto. No bastaba con haber salvado la vida del hermano del cacique; la alianza requería sellarse en la carne y en el alma. El chamán Balam, cuyos ojos lechosos parecían escrutar las grietas del más allá, nos condujo al centro de la plaza ceremonial. Allí, bajo la sombra de un ceibo milenario cuyas raíces sobresalían de la tierra como las garras de un titán dormido, nos despojaron de nuestras ropas manchadas por el fango y el vituperio.

—La ceniza purifica, la sangre une —pronunció Balam con su voz de ultratumba, entregando un cuenco de barro a Ixpan—. Quienes beben del mismo cáliz y comparten la misma herida, son uno solo ante el rostro de los dioses antiguos.

El cacique tomó un tizón del fuego sagrado y lo sumergió en una vasija de obsidiana pulverizada y grasa de jaguar. Se acercó a mí con paso solemne. No sentí temor, pues la furia que me consumía desde el asalto de mi palacio en Cádiz había calcinado cualquier rastro de cobardía. Ixpan trazó con el tizón ennegrecido una línea vertical sobre mi pecho, justo sobre mi corazón, y otra sobre mi frente. El calor de la grasa y el picor del carbón me erizaron la piel, pero

mantuve la mirada erguida, desafiando a los guerreros que nos observaban en un silencio sepulcral.

Luego, el cacique se acercó a Yahya. El morisco, con el torso desnudo mostrando la cicatriz reciente de su hombro y la marca de la Inquisición que los hombres invisibles de la historia le habían grabado en el alma, recibió el mismo trato. Una línea de ceniza y grasa cruzó su pecho moreno.

—Ahora, la sangre —ordenó el chamán.

Balam extrajo un cuchillo de pedernal afilado como una aguja. Con un movimiento rápido y preciso, hizo una pequeña incisión en la palma de mi mano derecha. La sangre brotó, roja y espesa, mezclándose con la ceniza de mi pecho. Acto seguido, repitió la operación en la mano izquierda de Yahya. El morisco no emitió ni un solo quejido; su rostro, tallado en la nobleza de los alfaquíses de Córdoba, permaneció impassible.

Ixpan unió nuestras manos ensangrentadas sobre el cuenco de barro.

—Que la sangre de la mujer blanca y la sangre del médico de ojos de sol se mezclen con la de la selva —bramó el cacique, alzando la voz para que resonara entre las copas de los árboles—. Si uno traiciona, el otro sangrará. Si uno muere, el otro será ceniza. ¡Que los espíritus atestigüen este juramento!

Nos obligaron a beber una infusión amarga de cortezas y raíces, un brebaje que sabía a tierra mojada y a hierro. Al tragar, sentí que algo primordial y salvaje se anudaba en mis entrañas, vinculando mi destino al de Yahya y al de aquella tribu que los cronistas de Su Majestad llamarían caníbales, pero que a mí me habían devuelto la dignidad que los cristianos me habían arrebatado. Cuando nuestros labios se tocaron en un beso breve y solemne, con el sabor de la sangre y la ceniza en la boca, supe que ningún tribunal de la Inquisición, ni ninguna espada toledana, podría romper jamás el vínculo que nos unía. Éramos una alianza de ceniza, forjada en el infierno y destinada a devorar a los demonios que nos perseguían.

Tras el ritual, el poblado se transformó en un hervidero de actividad bélica. La preparación para la guerra contra los conquistadores exigía más que el coraje de los macuahuitl y las lanzas de obsidiana. Yahya, aprovechando su conocimiento de la alquimia y la pólvora, se instaló en la forja tribal. Los herreros indígenas, acostumbrados a trabajar el cobre y el oro blando, observaban con asombro cómo el morisco mezclaba salitre, azufre y carbón de balsa en proporciones exactas, moliendo los ingredientes en morteros de piedra con la paciencia de un sabio y la precaución de un hombre que juega con el aliento del dragón.

—El fuego griego de los romanos y la pólvora de los chinos tienen el mismo padre —explicó Yahya a los guerreros, mientras envolvía la mezcla negra en vasijas de barro selladas con brea y mecha de algodón—. Los españoles confían en sus arcabuces y sus cañones de bronce. Nosotros les enseñaremos que la selva también escupe fuego.

Yo, por mi parte, me encargué de la logística de la carne y el espíritu. Recorrí las chozas curando las viejas heridas de los guerreros, aplicando cataplasmas de hojas de llantén y miel de abejas sin aguijón para evitar que la infección se llevara a los mejores combatientes. Mientras lavaba el pus y vendaba las úlceras tropicales, escuchaba sus historias, aprendía sus cantos de guerra y comprendía la profundidad de su odio hacia el hombre blanco. No luchaban por codicia, como los mercenarios del Marqués. Luchaban porque la selva era su madre, su templo y su tumba, y los invasores habían traído un fuego que no respetaba ni a los vivos ni a los muertos.

La pequeña Elvira, ajena a la magnitud de la carnicería que se preparaba, encontró un rincón de luz en medio de las tinieblas. Las mujeres de la tribu, con sus rostros pintados de achiote y sus collares de dientes, la acogieron con una ternura inesperada. La vestían con pequeñas túnicas de algodón y le enseñaban a trenzar flores de orchidea. Verla reír, verla correr descalza entre las raíces del ceibo, era el único bálsamo que calmaba la tormenta de mi corazón. Cada vez que mi mirada se cruzaba con la de Yahya a

través del bullicio del campamento, compartíamos un secreto inconfesable: estábamos dispuestos a masacrar legiones enteras solo para preservar aquella sonrisa inocente.

La noche cayó sobre la selva, y con ella, la tregua de los amantes. Nos retiramos a una choza apartada, tejida con lianas y hojas de palma, donde el olor a sándalo y a resina nos aisló del estruendo de los tambores. Yahya encendió una sola lámpara de aceite de nuez, cuya luz dorada acarició las curvas de mi rostro y la suavidad de mis hombros.

Se arrodilló detrás de mí y tomó el paño húmedo y el ungüento de caléndula. Mis manos volaron hacia atrás para detenerlo, pero él besó mis muñecas con una reverencia que me deshizo por dentro.

—Dejadme cuidar de vos, Catalina —susurró, su aliento cálido rozando mi nuca—. Las heridas de la picota han cerrado, pero la piel sigue siendo frágil. Debéis estar fuerte para la marcha.

Sus dedos, ásperos por la pólvora y el mortero, se deslizaron por mi espalda con una delicadeza que desafiaba la brutalidad de nuestro entorno. El ungüento frescor alivio el picor de las cicatrices, pero fue el contacto de sus labios, besando cada marca dejada por el látigo de Don Gaspar, lo que me hizo llorar en silencio. No lloraba de dolor, sino de la inmensa y abrumadora gratitud de ser amada de aquella manera. En un mundo donde mi cuerpo había sido tratado como mercancía, como trofeo de guerra y como objeto de vituperio, las manos de Yahya lo trataban como un santuario inviolable.

—Cuando todo esto termine —murmuré, apoyando la cabeza contra su pecho, escuchando el latido firme de su corazón—, cuando el Marqués arda en el infierno que él mismo ha construido, ¿qué será de nosotros? La Inquisición no perdonará mi unión con un morisco, y la Corona no perdonará mi alianza con los salvajes.

Yahya me giró suavemente para que lo mirara. Sus ojos ámbar brillaban con una intensidad que desafiaba a las sombras de la choza.

—Mientras respire, mi espada será vuestro escudo y mi ciencia vuestro refugio —respondió, acariciando mi mejilla con el dorso de la mano—. Si hemos de ser proscritos hasta el fin de los tiempos, que sea en las tierras donde ningún rey blanco pueda alcanzarnos. Construiremos nuestro propio reino, Catalina. Un reino donde la fe no se mida por el acero, sino por la compasión.

Nos amamos aquella noche con la urgencia de los que saben que el amanecer puede traer la muerte. Fue un acto de rebeldía absoluta, una comunión de almas y de cuerpos que trascendía las leyes de los hombres y los dogmas de la Iglesia. En la penumbra de la choza, rodeados por el coro enloquecedor de la selva, fuimos reyes y reinas de un imperio efímero, forjando recuerdos que ni el fuego ni la espada podrían borrar.

Al despuntar el alba, el campamento era una máquina de guerra perfecta. Ciento cincuenta guerreros de las tierras lejanas, pintados para la batalla y armados hasta los dientes, formaron en la plaza. Ixpan, montado en un caballo negro capturado a los españoles, portaba un estandarte de plumas de quetzal y cuero crudo. Yahya y yo cabalgábamos a su lado, con Elvira segura en una canastilla de mimbre atada a la montura de una guerrera de confianza.

La marcha hacia el río de los caimanes fue silenciosa y letal. Nos movíamos por la selva como fantasmas, aprovechando los senderos ocultos que los indígenas conocían de memoria. El calor era asfixiante, y el sudor se mezclaba con la pintura de guerra en nuestros rostros. Tras dos días de marcha forzada, cruzando ciénagas infestadas de mosquitos y vadeando arroyos de aguas negras, llegamos a los límites de la selva profunda, donde la vegetación comenzaba a clarear y el terreno ascendía hacia las colinas rocosas que rodeaban Nombre de Dios.

Fue entonces cuando Yahya, que iba en vanguardia explorando el terreno, alzó la mano, ordenando la detención inmediata de la columna. Los guerreros se fundieron con las sombras de los arbustos con una disciplina que habría envidiado cualquier tercio español. Me adelanté junto a él, conteniendo la respiración.

En un claro, a escasos cincuenta pasos de nuestra posición, yacía un cadáver. No era un indígena. Era un soldado español, vestido con un jubón de acero ligero y un morrión abollado. Pero lo que heló la sangre en mis venas no fue la presencia del muerto, sino el estado en que se encontraba.

El soldado no tenía flechas en el cuerpo, ni cortes de obsidiana. Estaba cubierto de bubones negros y supurantes. Su rostro estaba desfigurado por la peste, la boca abierta en un grito mudo de agonía, y sus manos estaban aferradas a un arcabuz que jamás llegó a disparar. A su lado, el caballo que montaba yacía también muerto, con las entrañas hinchadas y la lengua colgando.

—No fue emboscado —susurró Yahya, cubriéndose la nariz y la boca con un paño empapado en vinagre que me entregó rápidamente—. Murió de la peste.

—Pero el Marqués aún no ha llegado a Nombre de Dios —repliqué, sintiendo que el suelo se hundía bajo mis pies—. Ixpan dijo que le faltaban al menos tres días de marcha.

El cacique se acercó, examinando el cadáver con sus ojos inescrutables. Luego, señaló hacia el norte, donde el camino de tierra se bifurcaba.

—El hombre de la cicatriz no marchó hacia el puerto principal —dijo Ixpan, su voz grave resonando con una certeza aterradora—. Este soldado lleva el sello de la guardia de la aduana interior. El Marqués no va a hundir los barriles en la bahía. Ya ha enviado a sus hombres infectados por los acueductos subterráneos de la ciudad vieja.

Yahya palideció, y por primera vez desde que lo conocí, vi el verdadero rostro del pánico en sus ojos ámbar.

—Catalina —murmuró el morisco, con la voz quebrada por el horror—. Si ha introducido la peste en el sistema de agua de la ciudad antes de que la flota ancle... no habrá necesidad de abrir las compuertas. La enfermedad ya estará en las bocas de los marineros y los soldados antes de que puedan desembarcar.

Miré el cadáver hinchado del soldado, y luego hacia las murallas de piedra de Nombre de Dios, que se alzaban a lo lejos, brillando bajo el sol implacable como una trampa mortal. El Marqués de la Sangre no iba a destruir la flota. Iba a convertir la ciudad entera en un osario, y nosotros estábamos a punto de marchar hacia las fauces de un infierno que ya había comenzado a arder.

## CAPÍTULO 15: EL RETORNO DE LAS FURIAS

El hedor dulzón y nauseabundo que emanaba del cadáver del soldado se adhería a las fosas nasales como una sentencia irrevocable. Contemplé los bubones negros y supurantes que deformaban el cuello y las axilas del muerto, y sentí cómo un escalofrío de puro terror me recorría la espina dorsal, ajeno al calor asfixiante del trópico. La peste no era ya un rumor lejano ni una amenaza confinada en las bodegas de un galeón. Era una realidad tangible, podrida y palpitante, que yacía a nuestros pies devorando la carne de un hombre que había muerto con la boca abierta en un grito mudo de agonía.

Yahya se incorporó lentamente, cubriéndose el rostro con un paño de lino empapado en vinagre y alcanfor. Sus ojos ámbar, habitualmente serenos y profundos como pozos de sabiduría, estaban ahora desorbitados por una comprensión horrorosa.

—El Marqués no necesita abrir las compuertas de la bahía — musitó el morisco, con la voz ahogada por la tela y el pánico—. Ha enviado a sus hombres más desechables, los que ya están infectados en las últimas etapas de la enfermedad, a arrojarlos a los aljibes superiores y a las fuentes de la ciudad vieja. Cuando la Flota de Indias desembarque, sus hombres beberán la muerte antes de que puedan desenvainar las espadas.

Ixpan, el cacique de las tierras lejanas, observó el cadáver con la impasibilidad de la piedra, pero sus dedos enjoyados se crisparon sobre el pomo de su macuahuitl. Para los espíritus de la selva, la enfermedad invisible era un demonio aún más temible que el acero de los conquistadores, pues no respetaba ni a los valientes ni a los cobardes.

—La columna que transporta los barriles restantes con la cepa concentrada debe cruzar la Garganta de los Lamentos antes del



mediodía —sentenció el cacique, trazando una línea imaginaria en el aire con su daga de obsidiana—. Es el único paso estrecho entre los acantilados y el río. Si logramos emboscarlos allí, destruiremos los barriles y cortaremos la cabeza de la víbora antes de que inunde la ciudad con su veneno.

La estrategia era clara, pero la ejecución requería una precisión letal. La Garganta de los Lamentos era un desfiladero de roca rojiza, tan estrecho que apenas permitía el paso de tres caballos en fila. Sus paredes verticales ofrecían un refugio perfecto para los arqueros y los lanceros indígenas, pero también constituían una trampa mortal si los españoles lograban desplegar sus arcabuceros.

Mientras Ixpan organizaba a sus guerreros, dividiéndolos en grupos de asalto y contención, Yahya me tomó del brazo y me condujo a la sombra de un peñasco, lejos de las miradas de los combatientes. El sol del mediodía comenzaba a castigar la tierra, y el sudor perlaba mi frente, mezclándose con la pintura de guerra de achiote que me cubría el rostro.

El morisco me obligó a sentarme sobre una roca plana y se arrodilló ante mí. Con una delicadeza que contrastaba de forma obscena con la masacre que se avecinaba, tomó un paño húmedo y comenzó a limpiar la sangre seca y el hollín de mis mejillas. Sus dedos, ásperos por la pólvora y el mortero, acariciaban mi piel como si yo fuera una reliquia sagrada a punto de ser profanada.

—Mañana, si los espíritus nos son favorables, habremos derrotado a la vanguardia del Marqués —susurró Yahya, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me robaba el aliento—. Pero si la fortuna nos es esquiva, y las flechas de los españoles encuentran nuestros corazones, quiero que sepáis que no hay un solo instante de mi existencia que no haya estado consagrado a vos.

Sus palabras fueron un bálsamo sobre las heridas de mi alma. En medio de aquel infierno verde, rodeados de hombres que se preparaban para degollarse y morir, su amor era el único santuario donde mi espíritu podía hallar refugio. Me incliné hacia él y tomé su rostro entre mis manos, besándolo con una desesperación que sabía

a sal y a promesas eternas. No hubo lujuria en aquel beso, sino una comunión absoluta de dos almas que habían sido destrozadas por el mundo y que, en el fragor de la guerra, se negaban a ser separadas.

—No moriremos hoy, mi amor —respondí, con la voz firme, apoyando mi frente contra la suya—. He sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo. No permitiré que la muerte me arrebathe lo único puro que me queda en este mundo. Si el Marqués quiere nuestra sangre, tendrá que venir a buscarla, y yo misma le arrancaré los ojos con mis manos.

Yahya sonrió, una sonrisa triste y valiente que iluminó su rostro curtido. Besó mis manos manchadas de ceniza y se incorporó, empuñando de nuevo su espada toledana. El amante había dado paso al guerrero, y yo, tomando la daga y el alfanje que había arrebatado a los guardias de la encomienda, me preparé para seguirlo.

La marcha hacia la Garganta de los Lamentos fue un ejercicio de sigilo sobrenatural. Ciento cincuenta guerreros de las tierras lejanas se movían por la selva y los riscos con la fluidez del agua, sin romper una sola rama, sin levantar el más mínimo polvo. Yo cabalgaba junto a Yahya e Ixpan, con Elvira segura en la canastilla de mimbre, custodiada por las mujeres más feroces de la tribu. La niña, ajena a la carnicería que se preparaba, jugaba en silencio con una pequeña figura tallada en madera que una de las guerreras le había regalado.

Al llegar a las alturas del desfiladero, los guerreros se desplegaron entre las rocas y la vegetación espesa. Yahya, aprovechando su conocimiento de la alquimia, colocó varias vasijas de barro selladas con brea y rellenas con la pólvora que él mismo había fabricado en el poblado tribal, estratégicamente en los recodos más estrechos del camino. Las mechas de algodón fueron conectadas a un sistema de tensión que se activaría al paso de la columna.

No tuvimos que esperar mucho. El sonido de los cascos de los caballos y el chirrido de las ruedas de los carros rompió el silencio de la sierra. Desde mi atalaya de roca, observé cómo la vanguardia del

Marqués entraba en la trampa. Eran unos cuarenta hombres, vestidos con petos de acero abollados y morriones oxidados, escoltando dos carros pesados que transportaban los barriles de la peste. Al frente de la columna cabalgaba un hombre de alta estatura, con un jubón de terciopelo carmesí ahora manchado de polvo y sangre. Era Don Lope de Vargas, el capitán que me había deshonrado en Cádiz y que ahora servía como perro de presa del Marqués.

Esperé a que la columna estuviera completamente dentro de la garganta, con los carros de los barriles en el punto exacto donde Yahya había colocado las trampas explosivas. Cuando Don Lope levantó la mano para dar la orden de acelerar el paso, hice un gesto a los guerreros.

Una flecha con la punta envuelta en trapos encendidos silbó en el aire y cayó sobre las mechas de tensión. El fuego corrió por el algodón con la velocidad de un pensamiento.

La explosión fue ensordecedora. Las vasijas de barro estallaron con una furia que hizo temblar los cimientos de los acantilados. Una nube de fuego, humo negro y metralla de piedra barrió la columna española. Los caballos, enloquecidos por el estruendo y las llamas, se encabitaron, derribando a sus jinetes y aplastándolos contra las paredes de roca. El carro de los barriles se partió en mil pedazos, y la madera astillada llovió sobre los soldados como una lluvia de dardos mortales.

—¡Ahora! ¡Que los espíritus beban su sangre! —bramó Ixpan, lanzándose por el despeñadero con su macuahuitl en alto.

El desfiladero se convirtió en un caldero de locura y muerte. Los guerreros indígenas cayeron sobre los españoles supervivientes con la ferocidad de una manada de jaguares. El acero de las espadas toledanas chocó contra la madera erizada de obsidiana de las mazas aztecas. Los gritos de agonía, los alaridos de guerra y el estruendo de los arcabuces que disparaban a ciegas en el humo denso crearon una sinfonía dantesca.

Yo no me quedé en la retaguardia. La furia de una madre a la que le han arrebatado la paz, y de una mujer a la que le han robado el honor, me empujó a deslizarme por las rocas y caer en medio de la refriega. Un soldado español, con el rostro cubierto de hollín y los ojos desorbitados por el pánico, intentó alzarse del suelo y apuntarme con su arcabuz. No lo pensé. Me abalancé sobre él, esquivando el cañón, y hundí mi alfanje en la brecha de su peto, justo bajo la clavícula. La sangre brotó caliente y oscura, salpicando mi rostro. El hombre soltó un grito ahogado y se desplomó, convulsionándose en el polvo.

A mi alrededor, la masacre era absoluta. Los macuahuitl, con sus hojas de obsidiana más afiladas que el bisturí de un cirujano, cercenaban extremidades y abría yelmos con una facilidad espantosa. Yahya luchaba como un demonio de la mitología antigua, su espada toledana trazando arcos de plata que segaban vidas con una precisión letal. Don Lope de Vargas, intentando reagrupar a sus hombres, fue rodeado por tres guerreros. El capitán luchó con denuedo, su espada cantando con furia, pero una lanza de bambú le atravesó el muslo, y un golpe de macana le destrozó la rodilla. Cayó de hinojos, rugando como una bestia herida, hasta que Ixpan le cercenó la cabeza de un solo tajo.

En menos de un cuarto de hora, el silencio volvió a adueñarse de la Garganta de los Lamentos, roto únicamente por los gemidos de los moribundos y el relinchar de los caballos agonizantes. El suelo estaba cubierto de un tapiz macabro de cuerpos destrozados, sangre coagulada y astillas de madera. Los barriles de la peste, milagrosamente, habían quedado intactos en el segundo carro, protegidos por la estructura de roble.

Yahya se acercó a mí, limpiándose la sangre de la espada en el sayal de un muerto. Sus ojos ámbar me escrutaron rápidamente, buscando heridas. Al confirmar que estaba ilesa, me tomó del rostro y me besó con una urgencia que me deshizo por dentro.

—Habéis luchado como las furias del averno, mi señora —murmuró, con una sonrisa que no llegaba a borrar la gravedad de su

mirada—. Pero la batalla no ha terminado. Debemos asegurar los barriles y encontrar al lugarteniente del Marqués.

Entre los cadáveres, identificamos a un hombre que aún respiraba, aunque con gran dificultad. Era un oficial de alto rango, vestido con un jubón de malla fina. Tenía el pecho aplastado por el impacto de una roca durante la explosión, y la sangre manaba de su boca en cada jadeo. Ixpan y Yahya lo arrastraron hasta el centro del camino, y yo me arrodillé junto a él, apuntándole la garganta con la daga.

—¿Dónde está el Marqués de la Sangre? —exigí saber, con la voz fría como el acero—. ¿Y dónde está la esclava Zaira?

El oficial soltó una risa húmeda y espesa, tosiendo sangre. Sus ojos, vidriosos por la proximidad de la muerte, me miraron con una burla cruel.

—La viuda de los Mendoza... cree que ha ganado... —balbuceó el hombre, escupiendo un coágulo oscuro—. El Marqués... ya está en Nombre de Dios. No espera en las murallas. Se ha encerrado en la cripta de la catedral... con la niña.

El corazón me dio un vuelco, deteniéndose en mi pecho.

—¿Qué niña? —pregunté, sintiendo que el mundo comenzaba a girar fuera de control.

—La esclava... Zaira... —rio el oficial, con un sonido que se convirtió en un estertor—. El Marqués no la envió a los aljibes. La llevó a la catedral. Le ha dado a beber el primer cáliz de la cepa concentrada... para asegurarse de que su sangre noble sea el catalizador perfecto. Solo él tiene el antídoto... el extracto de la flor de la noche. Si la catedral se abre... si la niña muere... la peste se liberará en su aliento y contaminará el aire de toda la bahía.

El oficial cerró los ojos y exhaló su último aliento, quedando inmóvil sobre la tierra manchada de sangre.

Me quedé de rodillas, con la daga temblando en mi mano. La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Zaira no había sido sacrificada en los aljibes. Estaba viva, pero infectada,

encerrada en la cripta de la catedral con el Marqués, quien usaba su cuerpo como un arma biológica de destrucción masiva. Y Elvira... el oficial había dicho "la niña".

Miré hacia el carro donde las mujeres de la tribu custodiaban a mi hija. Ixpan se acercó, y su rostro, habitualmente impassible, estaba demudado por el horror.

—Mujer blanca —murmuró el cacique, con la voz quebrada—. Durante la explosión... el humo... los caballos se espantaron. Una de las guerreras que custodiaba la canastilla cayó con el cuello atravesado por una flecha perdida. La canastilla... estaba vacía.

El suelo se hundió bajo mis pies. El aire se volvió denso, irrespirable. El Marqués no solo había infectado la ciudad. Me había tendido la trampa definitiva. Había capturado a Elvira durante el caos de la emboscada, y ahora la tenía en la cripta de la catedral, junto a Zaira y el antídoto.

Yahya se arrodilló a mi lado, tomando mis manos frías entre las suyas. En sus ojos ámbar no había desesperación, sino una determinación absoluta, forjada en el fuego de nuestro amor y en la ceniza de nuestras desdichas.

—Iremos a la catedral —susurró el morisco, besando mis nudillos manchados de sangre—. Y si el Marqués se esconde en las criptas de los muertos, bajaremos al infierno a arrastrarlo fuera de ellas.

## CAPÍTULO 16: EL ECO DE LOS TAMBORES

La sangre de los mercenarios del Marqués empapaba la tierra roja de la Garganta de los Lamentos, formando charcos oscuros que se mezclaban con el polvo de la pólvora y las entrañas de los caballos destripados. El hedor de la carne chamuscada y los bubones reventados de los apestados se adhería a mis fosas nasales, un recordatorio nauseabundo de la podredumbre que el hombre de la cicatriz esparcía a su paso. Me arrodillé junto al cadáver del oficial español, ignorando el calor asfixiante del trópico y el dolor punzante que me recorría la espalda cada vez que me movía. Mis manos, manchadas de carmesí y ceniza, temblaban no de miedo, sino de una furia maternal tan pura y devastadora que amenazaba con consumir mi propia cordura.

Elvira había desaparecido. La imagen de mi pequeña, arrebatada de su canastilla de mimbre en el caos del humo y los alaridos, era un puñal que giraba sin cesar en mi alma. Cerré los ojos un instante, buscando en la memoria el sonido de su risa cristalina, el aroma a azahar de su cabello cuando la abrazaba en los jardines de Cádiz, la dulzura de sus dedos pequeños aferrados a mi sayal. Aquellos recuerdos, que en otro tiempo me sirvieron de refugio, se tornaron ahora en un suplicio dulce y amargo. La inocencia de mi hija era el único tesoro que me quedaba en este mundo de pesadilla, y el Marqués de la Sangre la había convertido en su rehén, en su escudo y, quizás, en su próximo sacrificio.

—Catalina.

La voz de Yahya me arrancó de mi abismo interior. El morisco se arrodilló a mi lado, sus ojos ámbar escrutando mi rostro con una ternura que contrastaba de forma obscena con la masacre que nos rodeaba. Sus manos, firmes y cálidas, tomaron las mías, deteniendo el temblor que las sacudía.

—El oficial ha dicho la verdad antes de exhalar su último aliento —murmuró Yahya, con la voz grave y pausada, anclándome a la realidad—. Zaira está infectada con la cepa concentrada. El Marqués la ha encerrado en la cripta de la catedral de Nombre de Dios, junto a Elvira. Si la puerta de la cripta se abre, o si la niña muere por el terror, el aliento de la peste se liberará y contaminará la bahía entera antes de que la Flota de Indias pueda zarpar.

Ixpan, el cacique de las tierras lejanas, se acercó con paso silencioso. Su macuahuitl, aún goteando sangre española, brillaba bajo la luz mortecina del crepúsculo. El líder indígena observó los cadáveres con la impasibilidad de la piedra, pero en sus ojos oscuros ardía el fuego de la venganza.

—Los espíritus de la selva han oído el miedo en la ciudad costera —pronunció Ixpan, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Mis exploradores han regresado. Los tambores de guerra ya no solo suenan en la espesura. Los hemos hecho rodar por las colinas que rodean el puerto. El eco de los tambores ha cruzado las murallas de madera y piedra de Nombre de Dios. Los hombres blancos tiemblan en sus casas de adobe. Saben que la selva ha despertado para devorarlos.

La estrategia del cacique era tan brillante como letal. No íbamos a asediar la ciudad con la torpeza de los ejércitos europeos. Íbamos a desatar el pánico psicológico, a hacerles creer que una horda de demonios había emergido del inframundo para castigar sus pecados. Mientras el grueso de los guerreros indígenas y los cimarrones que habíamos reclutado en los palenques atacaban las empalizadas exteriores y los muelles, provocando el caos absoluto, Yahya y yo nos infiltraríamos en el corazón de la urbe para rescatar a Elvira y detener al Marqués.

La marcha hacia la costa fue una tortura de sigilo y desesperación. Caminamos durante horas por senderos ocultos, esquivando las patrullas españolas que huían despavoridas hacia el interior. Al caer la noche, la selva se abrió ante nosotros, revelando la silueta de Nombre de Dios. La primera ciudad fundada en tierra



firme por los conquistadores se alzaba como una joya corrompida en la costa del Darién. Sus murallas de piedra y madera, diseñadas para repeler a los piratas franceses e ingleses, parecían ahora frágiles cortezas de papel ante la inmensidad de la rebelión que se cernía sobre ellas.

Yahya y yo nos separamos del grupo principal y ascendimos a una colina rocosa que dominaba la bahía. Desde nuestra atalaya, contemplamos el espectáculo dantesco que se desarrollaba en el puerto. El eco de los tambores indígenas, un redoble profundo y rítmico que parecía brotar de las entrañas mismas de la tierra, rebotaba contra los acantilados y se colaba por las troneras de la ciudad. El pánico se había apoderado de los colonos.

En el puerto, los mercaderes y los capitanes de los galeones gritaban órdenes contradictorias, intentando cargar el oro y la plata de las flotas antes de que los salvajes pudieran asaltar los almacenes. Las antorchas iluminaban un caos absoluto: barriles de pólvora volcados, caballos encabritados, y mujeres y niños llorando en los muelles, intentando subir a las chalupas que partían hacia los navíos anclados. Pero el terror más profundo no provenía de los tambores, sino de los muertos.

Los cuerpos de los soldados de la vanguardia, que habíamos dejado en la garganta, habían sido arrastrados por la corriente del río hasta las afueras de la ciudad. Los colonos, al descubrir los bubones negros y la carne podrida de los cadáveres, habían comprendido que la peste no era un mito de las bodegas, sino una realidad que caminaba entre ellos. Vi a los sacerdotes de la catedral salir a la plaza principal, alzando crucifijos de plata y asperjando con agua bendita un aire que ya estaba contaminado por el miedo y la inmundicia. Los ricos encomenderos se encerraban en sus mansiones fortificadas, abandonando a sus sirvientes indígenas y africanos a la merced de la noche, sin saber que los verdaderos amos de la selva ya estaban entre las sombras.

—La ciudad es una trampa de ratones —susurró Yahya, señalando hacia la estructura masiva de la Catedral de Santa María,

que se alzaba en el centro de la plaza principal, sus torres de piedra recortadas contra el cielo nocturno como dedos acusadores—. El Marqués se ha atrincherado en las criptas. Las puertas principales de la iglesia están barricadas con vigas de roble y custodiadas por los arcabuceros de su guardia personal. Si intentamos entrar por la nave principal, nos despedazarán antes de que podamos dar tres pasos.

—Entonces no entraremos por la puerta principal —repliqué, con la voz fría y decidida, aferrando el alfanje que había robado en la encomienda—. Nombre de Dios fue construido sobre pantanos. Para evitar las inundaciones, los ingenieros de Su Majestad construyeron un sistema de alcantarillado y desagües que desembocan en el mar, al norte de la muralla. Si los planos de la ciudad que Yahya había estudiado en la botica del Marqués eran correctos, aquellos túneles de piedra pasaban directamente bajo los cimientos de la catedral.

El morisco asintió, una sonrisa leve y valiente curvando sus labios.

—Los conductos de desagüe son estrechos, oscuros y apestosos a heces y marea baja —advirtió Yahya, tomando mi rostro entre sus manos y besando mi frente con una reverencia que me deshizo por dentro—. Pero nos llevarán directamente a las bóvedas subterráneas. Esperadme aquí, mi amor. Si el túnel está inundado o bloqueado, buscaré otra ruta.

—Ni lo intentéis, Yahya —espeté, apartándome ligeramente y mirándolo a los ojos, desafiando a la oscuridad que nos rodeaba—. He sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo. No permitiré que la muerte me arrebathe lo único puro que me queda. Si el Marqués quiere nuestra sangre, tendrá que venir a buscarla, y yo misma le arrancaré los ojos con mis manos. Bajaremos juntos al infierno.

Yahya no discutió. En sus ojos ámbar leí el reconocimiento de mi determinación, la misma furia inquebrantable que ardía en mi pecho. Nos fundimos en un beso breve pero absoluto, un sello de sangre y ceniza que nos vinculaba más allá de la vida y de la muerte. Luego, descendimos de la colina y nos unimos a un pequeño grupo de seis

guerreros cimarrones, liderados por un gigante de piel oscura y cicatrices de látigo en la espalda, que conocía los secretos de los desagües coloniales.

La entrada al alcantarillado era una boca de piedra cubierta de musgo y maldad, oculta entre los manglares al norte de la muralla. El olor que emanaba de las fauces de piedra era insoportable, una mezcla de aguas negras, podredumbre y el aliento salobre del mar. Nos despojamos de las armaduras y las túnicas pesadas, quedando solo con las ropas ajustadas y las armas ceñidas al cuerpo. Yo envolví mi rostro con un paño empapado en vinagre y alcanfor, imitando a Yahya, para soportar el miasma de la sentina.

Nos adentramos en las tinieblas. El agua helada y fétida nos llegaba hasta las rodillas, y el sonido de nuestras pisadas resonaba en las bóvedas de piedra como el latido de un corazón enfermo. La oscuridad era tan densa que solo podíamos guiarnos por el resplandor mortecino de las antorchas que los cimarrones llevaban en alto, protegidas del agua con recipientes de barro. Cada paso era una tortura, no solo por el frío y la inmundicia, sino por la claustrofobia que me oprimía el pecho. Las paredes de piedra parecían cerrarse sobre nosotros, aplastándome con el peso de los siglos de codicia y crueldad que se habían cimentado sobre nuestras cabezas.

Tras lo que pareció una eternidad de marchar por el fango y la oscuridad, el túnel comenzó a ascender. El aire se volvió ligeramente menos denso, y el olor a aguas estancadas fue reemplazado por el aroma a incienso rancio y a cera derretida. Estábamos bajo la catedral.

El líder cimarrón se detuvo ante una reja de hierro forjado que bloqueaba el paso. Con un esfuerzo sobrehumano, apoyó sus enormes hombros contra los barrotes y empujó. El metal gimió, protestando contra el óxido de los años, hasta que cedió con un chirrido que resonó en la bóveda como un grito de agonía.

Cruzamos la reja y nos encontramos en una cripta lateral, iluminada por la luz parpadeante de las velas que ardían en los

nichos de los muertos. Los ataúdes de plomo y madera de los obispos y gobernantes fallecidos nos observaban en silencio, testigos mudos de nuestra profanación. El silencio de la cripta era absoluto, roto únicamente por el goteo del agua que se filtraba por las piedras.

Yahya se adelantó, empuñando su espada toledana, y nos tuteló hacia el centro de la cripta. Allí, una escalera de caracol de piedra descendía hacia las profundidades más oscuras del subsuelo. El aire que subía desde abajo no olía a incienso. Olía a cobre, a sudor frío y a la dulzura nauseabunda de la carne que se pudre en vida.

Comenzamos a descender. Cada peldaño era un paso hacia el abismo. Al llegar al final de la escalera, nos encontramos ante una puerta de roble macizo, reforzada con bandas de hierro. Estaba cerrada con llave desde el interior.

Me acerqué a la madera, apoyando la oreja contra la superficie fría. Al principio, solo escuché el latido desbocado de mi propio corazón. Pero luego, filtrándose a través de los gruesos tablones, llegó un sonido que me heló la sangre hasta los huesos.

No era la voz del Marqués. No era el llanto de Elvira.

Era el sonido de una tos seca, profunda y espasmódica, seguida por el gorgoteo de un líquido espeso subiendo por una garganta destrozada. Era la tos de Zaira, la esclava infectada, resonando en el espacio cerrado de la cripta. Y mezclado con aquel sonido macabro, apenas perceptible pero inconfundible para los oídos de una madre, llegaba el murmullo aterrador de una voz infantil que recitaba el padrenuestro en un susurro quebrado por el terror.

—Elvira —susurré, con la voz estrangulada por las lágrimas y la furia.

Levanté la vista hacia Yahya, y en sus ojos ámbar vi el mismo infierno que ardía en el mío. El Marqués de la Sangre no estaba solo en la oscuridad. Estaba usando el llanto de mi hija y el aliento pestilente de la esclava para forzar la puerta de la locura,

preparándose para abrir la cripta y dejar que la muerte caminara libre por las calles de Nombre de Dios.

Yahya dio un paso atrás, alzando la bota para derribar la puerta, pero antes de que pudiera hacerlo, el cerrojo de hierro chirrió desde el otro lado. La puerta comenzó a abrirse lentamente, revelando una oscuridad tan espesa que parecía tener textura propia. Y desde el umbral, una voz grave y arrastrada, cargada de una locura triunfal, rompió el silencio de la cripta.

—Bienvenida a mi altar, Doña Catalina —susurró el Marqués de la Sangre, y el resplandor de una antorcha iluminó su rostro surcado por la cicatriz y las venas negras que ya le cruzaban las sienes—. Habéis llegado justo a tiempo para ver cómo vuestro linaje se convierte en el catalizador del fin del mundo.

## CAPÍTULO 17: LA TRAMPA DEL VIRREY

La puerta de roble macizo gimió sobre sus goznes de hierro, revelando un abismo de penumbra y pestilencia. El Marqués de la Sangre se recortaba en el umbral, una silueta demacrada envuelta en un manto de terciopelo negro que antaño fuera símbolo de su linaje y que ahora no era más que un sudario arrastrado por el fango. Su rostro, surcado por la cicatriz y las venas negras que palpitaban bajo la piel como gusanos de muerte, se iluminó con una sonrisa de locura triunfal. En su mano izquierda, sostenía un frasco de cristal sellado con cera. En su derecha, aferraba el cabello de mi pequeña Elvira, con unos ojos aterrorizados que me miraban fijamente desde la sombra detrás del tirano. A sus pies, acurrucada y tosiendo sangre negra, yacía Zaira, la esclava cuyo aliento se había convertido en el arma más letal de la cristiandad.

—Habéis llegado justo a tiempo para presenciar el fin de los tiempos, Doña Catalina —susurró el Marqués, su voz resonando en la bóveda de piedra como el roce de una lima sobre el hueso—. La niña rezará, la esclava exhalará, y la bahía de Nombre de Dios se convertirá en el mayor osario que el océano haya besado.

Apreté el alfanje con tanta fuerza que los nudillos se me tornaron blancos. Yahya, a mi lado, tensó los músculos, dispuesto a lanzarse contra el tirano y arrancarle la cabeza de un tajo. Pero el Marqués, con un movimiento perezoso, alzó el frasco de cristal.

—Un solo paso del médico de ojos de sol, y rompo el sello —amenazó, llevando el cristal hacia la boca abierta de Zaira—. La cepa concentrada se mezclará con el aliento de la perra, y en tres respiraciones, la niña estará muerta. ¿Acaso vuestra espada toledana puede detener al viento, sarraceno?

Yahya se detuvo en seco. Sus ojos ámbar, habitualmente serenos, ardían con una furia contenida que amenazaba con consumir la

estancia. Me miró, y en aquella mirada leí la misma impotencia desgarradora que anudaba mi garganta. Estábamos derrotados. La violencia del acero era inútil contra la invisibilidad de la muerte.

—¿Qué queréis de nosotros? —inquirí, dando un paso al frente e interponiendo mi cuerpo entre el tirano y la salida—. Hablad claro, o dejad que mis manos os arranquen la lengua.

El Marqués soltó una carcajada seca, carente de humor, que se transformó en un acceso de tos espasmódica. Cuando recuperó el aliento, su expresión se tornó grave, casi solemne. Con la mano libre, hurgó en el interior de su jubón y extrajo un pergamino doblado. Lo desplegó con cuidado, revelando un sello de lacre rojo del tamaño de una moneda de a ocho. El escudo de Castilla y León, coronado por el águila de San Juan, brillaba a la luz de las antorchas.

—No soy un perro suelto, Doña Catalina. Soy el sabueso de Su Excelencia, el Virrey del Perú —pronunció el Marqués, saboreando cada sílaba—. La peste no es un acto de locura. Es una purga necesaria. Las minas de Potosí requieren brazos, pero la ciudad está llena de indios rebeldes, cimarrones fugitivos y españoles pobres que solo consumen recursos. El Virrey ha decretado que la misericordia de Dios debe manifestarse a través de la limpieza del fuego invisible.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. La crueldad del Marqués no era la aberración de una mente podrida por la selva. Era la política fría y calculadora de la Corona. El Virrey utilizaba la peste como un arma de exterminio masivo, y el Marqués no era más que el verdugo encargado de ejecutar la sentencia.

—El Virrey me ha otorgado plenos poderes para negociar una tregua —continuó el Marqués, guardando el pergamino y señalando hacia las escaleras que conducían a la nave de la catedral—. Mis guerreros indígenas y vuestros cimarrones están masacrando a la guarnición. Si la batalla continúa, los barriles de pólvora de los almacenes reales saltarán por los aires, y la ciudad entera arderá, llevándose consigo a la niña. Pero si aceptáis mi apuesta, el Virrey os ofrece un salvoconducto. Vos y vuestro amante partiréis en el

galeón que zarpa al amanecer. La niña vivirá, y se os entregará el antídoto para la esclava.

Mentía. Lo supe con la certeza absoluta que otorga el instinto de supervivencia. El Virrey no perdonaría a la mujer que se había aliado con los salvajes, ni al morisco hereje que había sobrevivido a la Inquisición. Era una trampa. Una tregua falsa diseñada para sacarnos de las catacumbas y entregarnos a la justicia del patíbulo.

Pero miré a Elvira. Mi pequeña temblaba como un pajarillo mojado, sus ojos muy abiertos, fijos en mi rostro. Si me negaba, el Marqués rompería el frasco. Si aceptaba, quizás, solo quizás, encontraría una grieta en la armadura de su traición.

—Acepto vuestra apuesta bajo la bandera del Virrey —dije, con la voz firme, tragándome el orgullo y la rabia—. Pero exijo que el sarraceno me acompañe, y que la niña sea entregada a mis brazos antes de que crucemos el atrio de la catedral.

El Marqués asintió con lentitud. Hizo un gesto a uno de sus guardias, un hombre de rostro cubierto por un pañuelo empapado en vinagre, que se acercó y arrancó a Elvira de las sombras. La entregó en mis brazos. El peso de mi hija, su calor pequeño y familiar, rompió el último dique de mi contención. La estreché contra mi pecho, hundiendo el rostro en su cabello, y permití que una sola lágrima rodara por mi mejilla.

—Subamos —ordenó el Marqués, dándonos la espalda y comenzando a ascender las escaleras de piedra—. El Virrey nos aguarda en la sacristía.

La ascensión desde las criptas hacia la luz fue un viaje a través del purgatorio. El aire se volvió menos denso, pero el olor a incienso rancio no logró camuflar el hedor de la muerte que se filtraba por las grietas de los muros. Al emerger en la nave principal de la Catedral de Santa María, el espectáculo que se ofreció ante mis ojos desafió toda comprensión cristiana.

Los bancos de madera de cedro habían sido arrancados y apilados en las esquinas para formar barricadas. Los vitrales, que



antaoño filtraban la luz del sol en arcoíris de santos y mártires, estaban rotos, y el viento salitre agitaba los lienzos desgarrados. En el altar mayor, los sacerdotes yacían muertos, sus vestiduras litúrgicas manchadas de sangre y vómito negro. La peste ya había entrado en la casa de Dios.

Cruzamos el transepto en silencio, custodiados por cuatro arcabuceros del Marqués. Yahya caminaba a mi lado, su mano rozando la mía en un contacto breve que me devolvía la cordura. En medio de aquel sacrilegio, su presencia era mi única reliquia sagrada.

Al cruzar las puertas laterales de la catedral, salimos a la luz cegadora del crepúsculo. Nos encontrábamos en el patio interior del palacio del Virrey, una fortaleza de piedra y adobe rodeada de arcadas. A diferencia del caos que reinaba en las calles de la ciudad, donde los tambores indígenas retumbaban en la distancia, el patio estaba sumido en una calma tensa y antinatural. En el centro, bajo un dosel de seda carmesí, aguardaba un grupo de hombres.

No eran soldados de a pie. Eran los altos mandatarios de la colonia. Reconocí a Don Fernando de Córdoba, el oidor principal de la Real Audiencia, un hombre de rostro afilado y ojos pequeños y brillantes como los de un buitre. Vestía un jubón de brocado negro, inmaculado, contrastando con la inmundicia que nos cubría. A su lado, el Marqués de la Sangre se postró de rodillas, besando el anillo de amatista del magistrado.

—Excelencia, os traigo a la traidora y al hereje, tal como ordenasteis —anunció el Marqués, con la voz pastosa por la fiebre.

Don Fernando de Córdoba descendió los escalones del estrado con la parsimonia de quien sabe que posee el poder absoluto. Sus ojos me recorrieron con una mezcla de desdén y curiosidad clínica.

—Doña Catalina de Mendoza —musitó el oidor, con una voz suave y melosa que heló mi sangre—. Habéis causado muchos problemas a la Corona. Vuestra alianza con los infieles y vuestra rebelión contra la autoridad legítima son delitos que merecen la hoguera. Pero el Virrey, en su infinita misericordia, ha decidido ofreceros una salida.

El magistrado hizo un gesto, y dos soldados se acercaron, arrebatándome a Elvira de los brazos. La niña gritó, extendiendo las manos hacia mí, pero la sujetaron con una brutalidad que me hizo lanzarme hacia adelante. Los arcabuceros cruzaron sus armas, deteniendo mi avance.

—La niña será enviada a un convento en Lima, donde rezará por el alma de su padre y por la salvación de la suya —sentenció Don Fernando, con la frialdad de un carnicero que despieza una res—. Vos, Doña Catalina, seréis escoltada hasta la costa. Subiréis al galeón y navegaréis hasta España. Nunca más pondréis un pie en las Indias. Si lo hacéis, seréis ahorcada.

—¿Y el antídoto para Zaira? —pregunté, con la voz quebrada por el esfuerzo de contener las lágrimas—. ¿Y la promesa del Marqués?

El oidor soltó una risita ahogada, mirando al Marqués con diversión.

—El Marqués es un hombre de campo, Doña Catalina. No entiende de diplomacia. La peste es una herramienta de Dios para limpiar nuestras tierras de la escoria que las habita. No hay antídoto, porque no hay enfermedad que curar. Solo hay una purga necesaria. Y en cuanto a vuestro amante sarraceno...

Don Fernando chasqueó los dedos. Cuatro verdugos emergieron de las sombras de las arcadas, arrastrando un cepo de madera.

—Yahya al-Jawhari, líder de los moriscos rebeldes de las Alpujarras —pronunció el oidor, leyendo de un pergamino—. Sentenciado por el Santo Oficio a la horca. Ejecución inmediata.

La trampa se había cerrado. No había tregua, no había misericordia, no había salida. El Virrey no quería mi exilio; quería mi silencio y la muerte de mi amor.

Yahya no se resistió cuando los soldados lo agarraron. Sabía que cualquier movimiento en falso resultaría en mi muerte o en la de Elvira. Lo empujaron hacia el cepo, obligándolo a arrodillarse y colocando su cuello entre las dos piezas de madera. El verdugo alzó

el hacha, el acero brillando con un fulgor mortecino bajo la luz de las antorchas.

—¡Deteneos! —grité, luchando contra los guardias que me sujetaban—. ¡Si muere, juro por Dios que los espíritus de la selva no os darán tregua! ¡Mis aliados destruirán esta ciudad hasta los cimientos!

—Que vengan los espíritus —respondió Don Fernando, con una sonrisa cruel—. Mis cañones los recibirán. Ejecutad.

El verdugo tensó los músculos, alzando el hacha por encima de su cabeza. Cerré los ojos, incapaz de soportar la visión del acero descendiendo hacia el cuello del hombre que amaba. Mi corazón se detuvo, el mundo se apagó, y solo quedé el recuerdo del aroma a azahar y la promesa de un amor que la muerte no podía arrebatarme.

Pero el golpe nunca llegó.

En su lugar, un estruendo colosal sacudió los cimientos del palacio. No fue el sonido de un cañonazo, ni el de un arcabuz. Fue la explosión apocalíptica de los almacenes de pólvora de la ciudad, que el Marqués había ordenado minar como medida de precaución. La onda expansiva rompió los cristales de las ventanas, lanzó a los soldados por los aires y derribó el dosel de seda carmesí.

El caos estalló en el patio. Los gritos de los moribundos se mezclaron con el crujido de la madera al partirse. En medio de la confusión, el Marqués de la Sangre, enloquecido por la fiebre y la explosión, se incorporó del suelo. Sus ojos, inyectados en sangre, se clavaron en el frasco de cristal que aún sostenía en su mano.

—¡Si yo caigo, todos caerán! —bramó el tirano, alzando el frasco hacia el cielo—. ¡Que la peste nos consuma a todos!

Con un movimiento espasmódico, arrojó el frasco contra las losas de piedra del patio.

El cristal se hizo añicos. Un líquido espeso y burbujeante se derramó sobre la piedra, liberando una nube de vapor amarillento que comenzó a expandirse con la rapidez de un depredador al

acecho. El olor a cobre y a carne podrida nos golpeó el rostro, denso y asfixiante.

El oidor Don Fernando retrocedió, tosiendo y escupiendo sangre, mientras los soldados huían despavoridos hacia las arcadas. Yo me liberé de la distracción de mis guardias y corrí hacia el cepo. Con un esfuerzo sobrehumano, levanté la pieza superior de madera, liberando el cuello de Yahya.

El morisco se incorporó, tosiendo, y me tomó de la mano. Nos miramos, y en sus ojos ámbar no había miedo, sino una resignación absoluta. La nube amarillenta de la peste nos rodeaba, cerrándose sobre nosotros como las fauces de un leviatán invisible. Elvira lloraba en los brazos de una sirvienta que la había protegido bajo una mesa volcada.

No había espada que pudiera cortar al viento. No había botica que pudiera detener al aliento de la muerte. Estábamos atrapados en el patio del palacio, rodeados por la nube de la peste, con el Marqués riendo como un demonio en el centro de la tormenta. Y mientras el vapor amarillo comenzaba a quemar mis pulmones, supe que la verdadera batalla por la supervivencia acababa de comenzar.

## CAPÍTULO 18: EL VENENO DE LA CORTESÍA Y LA HUIDA POR LOS TEJADOS

La nube amarillenta se expandió por el patio del palacio virreinal con la parsimonia letal de un miasma divino, devorando el aire que momentos antes había olido a incienso y a seda cara. El vapor, denso y dulzón, se adhería a la piel como una segunda epidermis maldita, y su hedor a cobre y a carne descompuesta provocó que varios soldados cayeran de rodillas, llevándose las manos a la garganta en un espasmo de asfixia. El Marqués de la Sangre, en el centro de la tormenta que él mismo había desatado, reía con una risa quebrada y demencial, sus venas negras palpitando bajo la piel como serpientes en celo, satisfecho de arrastrar al mundo entero a su propio infierno.

—¡Yahya, los paños! —grité, con la voz estrangulada por el pánico, arrancando el lienzo empapado en vinagre y alcanfor que llevaba ceñido al cuello desde la emboscada de la garganta.

El morisco reaccionó con la celeridad del rayo. Extrajo de su faja dos paños adicionales, los sumergió en el odre de vinagre que aún colgaba de su cintura y los lanzó hacia mí. Atrapé uno con la mano izquierda y, con un movimiento que desafiaba el temblor de mis rodillas, corrí hacia la sirvienta que sostenía a Elvira bajo la mesa volcada. La mujer, una indígena de rostro surcado por el terror, me entregó a mi hija con manos que apenas podían sostener el peso de la niña.

—Cubrid su rostro, madre —susurré, aplicando el paño húmedo sobre la nariz y la boca de Elvira—. Respirad a través de la tela, mi amor. Solo a través de la tela.

La pequeña obedeció con la docilidad de los que han aprendido que la supervivencia depende del silencio y la obediencia. Sus ojos, muy abiertos y brillantes por las lágrimas, me contemplaron con una

confianza que me partió el alma en mil pedazos. En aquel instante, mientras la nube amarillenta lamía los bordes de la mesa bajo la que nos protegíamos, comprendí que el amor de una madre es el único antídoto verdadero contra el veneno del mundo.

Yahya se arrodilló junto a nosotras, cubriendo su propio rostro con el paño empapado. Sus ojos ámbar, que habían contemplado la muerte con serenidad en la botica de la encomienda y en la cripta de la catedral, ardían ahora con una determinación sobrenatural. Tomó mi mano izquierda con la suya, y con la derecha empuñó la espada toledana, cuya hoja relucía con un fulgor pálido bajo la luz mortecina de las antorchas que aún ardían en las arcadas.

—Los conductos de ventilación del palacio desembocan en los tejados de la cocina —murmuró el morisco, su voz ahogada por el paño pero clara como el agua de manantial—. Si logramos alcanzar las escaleras de servicio antes de que la nube sature el patio, podremos salir por las alturas. Los cimarrones nos esperan en el muelle norte.

—¿Y Zaira? —pregunté, mirando hacia el cuerpo de la esclava, que yacía inmóvil entre los charcos de líquido amarillento, su pecho apenas alzándose con jadeos superficiales.

—Zaira ya ha cruzado el umbral, Catalina —respondió Yahya, con una tristeza infinita en la mirada—. Su alma pertenece ahora a los espíritus de la selva. No podemos salvarla. Solo podemos salvar a los vivos.

Asentí con la cabeza, tragándome las lágrimas que amenazaban con cegarme. Zaira, la mujer que me había ayudado a escapar de la encomienda, la que había protegido a Elvira cuando yo no podía, moría en el patio de un palacio virreinal, víctima de la codicia de los hombres que pretendían civilizar estas tierras. Su sacrificio no sería en vano. Lo juré ante los cielos que se abrían sobre los tejados de Nombre de Dios.

—¡Ahora! —bramó Yahya, incorporándose de un salto y arrastrándose hacia la arcada lateral.

Echamos a correr por los pasillos del palacio, esquivando a los soldados que huían despavoridos o que yacían en el suelo, tosiendo sangre y aferrándose a la garganta. El aire de los corredores, aunque menos denso que el del patio, ya comenzaba a impregnarse del miasma amarillo, y el olor a cobre se mezclaba con el perfume de las damas que habían muerto en sus habitaciones, incapaces de escapar de la trampa mortal.

Al llegar a la escalera de servicio, una estructura de madera adosada a la pared de piedra, Yahya me empujó hacia arriba con una urgencia que no admitía réplica. Subimos los peldaños de tres en tres, con Elvira aferrada a mi espalda como un koala asustado, sus pequeñas manos hundidas en los pliegues de mi sayal manchado de sangre y hollín. La madera crujía bajo nuestros pies, amenazando con ceder bajo el peso de nuestra desesperación.

Al alcanzar el primer rellano, nos encontramos con un guardia del Virrey, un joven de rostro pálido y ojos desorbitados por el terror, que nos apuntaba con un arcabuz cargado. El cañón del arma temblaba en sus manos, y el dedo del soldado se crispaba sobre el gatillo con la indecisión de los que saben que van a morir.

—¡Atrás, herejes! —balbuceó el hombre, escupiendo saliva teñida de rojo—. ¡El Virrey ha ordenado que nadie salga vivo del palacio!

Yahya no dudó. Con un movimiento fluido que desafiaba la fatiga de sus músculos, lanzó la espada hacia adelante, no para matar, sino para desviar el cañón del arcabuz. El disparo estalló con un estruendo ensordecedor, pero la bala se incrustó en el techo de madera, astillándolo y enviando una lluvia de fragmentos sobre nuestras cabezas. Antes de que el soldado pudiera recargar, el morisco se abalanzó sobre él, golpeándolo con la empuñadura de la espada en la sien. El joven cayó desplomado, inconsciente, y su arcabuz resbaló por las escaleras hasta perderse en la penumbra.

—No lo habéis matado —murmuré, recuperando el aliento mientras continuábamos la ascensión.

—La muerte es un lujo que no podemos permitirnos hoy —respondió Yahya, sin dejar de subir—. Cada vida que ahorramos es

una que los espíritus nos reclamarán en el más allá.

Alcanzamos la puerta que daba a los tejados, una trampilla de madera reforzada con hierro que Yahya derribó de una patada. El aire fresco de la noche nos golpeó el rostro, arrastrando consigo el aroma a salitre y a jazmines silvestres que crecían en los jardines colgantes de las mansiones vecinas. Por un instante, la dulzura de aquel perfume me devolvió a los patios de mi palacio en Cádiz, a las noches de luna en que Rodrigo me recitaba los versos de Garcilaso bajo el dosel de nuestra alcoba. Pero la ilusión duró apenas un suspiro. La realidad de las Indias, con su crueldad y su belleza indomable, me devolvió al presente con la violencia de un bofetón.

Los tejados de Nombre de Dios se extendían ante nosotros como un laberinto de tejas rojas y aleros de madera, iluminados por la luz mortecina de las antorchas que los soldados encendían en las calles inferiores. El caos de la ciudad se extendía hasta el horizonte: el rugido de los tambores indígenas rebotaba contra los acantilados, los gritos de los colonos huían hacia el puerto, y el resplandor de los incendios que comenzaban a devorar los almacenes de la aduana teñía el cielo de un rojo sangriento.

—Hacia el norte —indicó Yahya, señalando hacia los tejados que descendían en cascada hacia el muelle—. Los cimarrones nos esperan en la playa de los caimanes.

Comenzamos a correr por las tejas, con la precaución de los gatos que caminan por los aleros. Las tejas, resbaladizas por el rocío de la noche y por la humedad del trópico, crujían bajo nuestros pies, amenazando con enviarnos al vacío a cada paso. Yo cargaba a Elvira en brazos, apretándola contra mi pecho con una fuerza que me dolía en los músculos, mientras Yahya iba delante, tanteando el terreno con la punta de la espada y asegurando cada paso antes de confiarle su peso.

No habíamos recorrido ni cien varas cuando el sonido de los arcabuces rompió la noche. Los soldados del Virrey, recuperados del pánico inicial, habían salido a los tejados de las casas vecinas y nos disparaban desde las ventanas y los balcones. Las balas silbaban en



el aire, incrustándose en las tejas y astillando la madera de los aleros. Una de ellas pasó tan cerca de mi cabeza que sentí el calor del plomo rozando mi cabello.

—¡Agachaos! —gritó Yahya, empujándome hacia el suelo del tejado.

Nos pegamos a las tejas, con Elvira llorando en silencio entre mis brazos, mientras las balas continuaban lloviendo sobre nosotros. El morisco, con la calma sobrenatural de los que han hecho las paces con la muerte, se incorporó ligeramente y desenvainó una daga arrojadiza que llevaba oculta en la faja. Con un movimiento preciso, la lanzó hacia la ventana de la casa vecina. Un grito ahogado siguió al impacto, y los disparos cesaron por un instante.

—Debemos cruzar el patio interior de la mansión del oidor —susurró Yahya, señalando hacia un espacio abierto entre dos tejados, donde las tejas daban paso a un balcón de madera tallada—. Si logramos saltar, estaremos a cubierto de los arcabuceros.

La distancia entre los tejados era de unas tres varas, un salto que en condiciones normales no habría presentado dificultad, pero que con Elvira en brazos y las tejas resbaladizas se tornaba en una apuesta mortal. Miré a Yahya, y en sus ojos ámbar leí la misma determinación que ardía en mi pecho. No había otra opción.

—Yo saltaré primero —dijo el morisco, incorporándose y midiendo la distancia con la mirada—. Os recibiré al otro lado. Si caigo, no me sigáis. Huid hacia el sur y buscad a los cimarrones.

—Ni lo intentéis —espeté, poniéndome en pie con Elvira aferrada a mi espalda—. Saltaremos juntos, o moriremos juntos. No hay más opciones.

Yahya no discutió. En sus ojos leí el reconocimiento de mi voluntad, la misma furia inquebrantable que me había sostenido desde el asalto de mi palacio en Cádiz. Tomó mi mano izquierda con la suya, y con la derecha se aferró a mi cintura. Contamos hasta tres en silencio, sincronizando nuestra respiración con el latido de nuestros corazones.

Uno. Dos. Tres.

Saltamos.

El aire de la noche nos golpeó el rostro, y por un instante, mientras volábamos sobre el vacío del patio interior, sentí la libertad absoluta de los pájaros que desafían la gravedad. Elvira soltó un grito ahogado, enterrando su rostro en mi cuello, y yo la apreté con más fuerza, murmurando promesas de protección que mi propio corazón sabía frágiles como el cristal.

Aterrizamos en el balcón de madera con un estruendo que hizo crujir los tablones bajo nuestros pies. La estructura, podrida por la humedad del trópico, se inclinó peligrosamente hacia un lado, amenazando con desplomarse bajo nuestro peso. Yahya me empujó hacia la puerta que daba al interior de la mansión, y yo corrí hacia ella, cargando a Elvira, mientras el morisco se quedaba atrás para asegurarse de que el balcón no cedía del todo.

—¡Entrad! —bramó Yahya, señalando hacia la puerta abierta—. ¡Yo os sigo!

Empujé la puerta de madera tallada y entré en la mansión del oidor. El salón principal estaba sumido en la penumbra, iluminado únicamente por el resplandor de los incendios que se filtraba por las ventanas rotas. Los muebles de caoba y los tapices flamencos, que antaño habían sido símbolo de la opulencia del Nuevo Mundo, yacían volcados y destrozados, víctimas del saqueo de los cimarrones que habían asaltado la ciudad.

Esperé a Yahya junto a la puerta, con el corazón latiendo desbocado, pero el morisco no apareció. En su lugar, escuché el crujido de la madera al partirse, seguido de un estruendo sordo y de un grito ahogado que me heló la sangre hasta los huesos.

—¡Yahya! —grité, lanzándome hacia el balcón.

La estructura había cedido. El balcón de madera, incapaz de soportar el peso del morisco, se había desplomado, llevándose consigo a mi amado hacia el patio interior de la mansión. Corrí hacia el borde, asomándome al vacío, y lo vi caer sobre un montón de

tiestos de barro y plantas tropicales, su cuerpo golpeando la tierra con un sonido que me arrancó un alarido de agonía.

—¡Yahya! —volví a gritar, intentando saltar tras él, pero una mano férrea me agarró por la cintura y me arrastró hacia el interior de la estancia.

Era Elvira, mi pequeña, que con la fuerza de la desesperación infantil había logrado retenerme. Sus ojos, muy abiertos y brillantes por las lágrimas, me contemplaban con un terror que me partió el alma.

—¡Madre, no! —sollozó la niña, aferrándose a mi sayal con todas sus fuerzas—. ¡No os marchéis! ¡No me dejéis sola!

La miré, y en su rostro vi el reflejo de mi propia cobardía. Si saltaba tras Yahya, dejaría a mi hija sola en un mundo que la devoraría. Si me quedaba, perdería al hombre que amaba, al que había jurado proteger con mi vida.

—Mi amor —susurré, tomando el rostro de Elvira entre mis manos y besando su frente con una ternura que me deshizo por dentro—, vuestro padre os espera al otro lado. Debéis ser valiente. Debéis ser fuerte.

Pero antes de que pudiera tomar una decisión, el sonido de los cascos de los caballos rompió la noche. Una patrulla de soldados del Virrey, liderada por un capitán de rostro surcado por la cicatriz de un arcabuzazo, irrumpió en el salón principal, sus espadas desenvainadas y sus arcabuces apuntando hacia nosotras.

—¡Alto en nombre del Virrey! —bramó el capitán, escupiendo sangre por la comisura de los labios—. ¡Rendíos, perra traidora, o mataré a la niña ante vuestros ojos!

Miré al capitán, y luego hacia el patio donde Yahya yacía inmóvil entre los tiestos rotos. Miré a Elvira, que lloraba en mis brazos, y luego hacia las ventanas rotas por las que se filtraba el resplandor de los incendios. Y supe, con la certeza absoluta de los condenados, que la huida por los tejados había terminado. La verdadera batalla por la supervivencia, la que decidiría el destino de mi linaje y el de

mi amor, estaba a punto de comenzar en las calles de Nombre de Dios.

El capitán dio un paso al frente, alzando su espada hacia mi garganta. Pero antes de que pudiera dar otro paso, un estruendo colosal sacudió los cimientos de la mansión. No fue el sonido de un cañonazo, ni el de un arcabuz. Fue el rugido de cientos de gargantas humanas, un aullido colectivo que heló la sangre de los soldados y encendió el fuego de la rebelión en los ojos de los esclavos.

La puerta principal de la mansión se abrió de par en par, y por el umbral emergió la figura de Ixpan, el cacique de las tierras lejanas, montado en un caballo blanco que piafaba sobre los cadáveres de los centinelas. A su lado, con el rostro manchado de sangre y una sonrisa valiente curvando sus labios, caminaba Yahya.

El morisco estaba herido, cojeando ligeramente y con un brazo colgando inerte a su lado, pero sus ojos ámbar brillaban con la misma intensidad que la noche en que nos amamos en la botica de la encomienda. Había sobrevivido. Había regresado.

—¡Catalina! —bramó Yahya, lanzándose hacia mí con la furia de un león herido—. ¡Los cimarrones han tomado el puerto! ¡El Marqués ha caído!

El capitán de los soldados, al ver la marea de guerreros indígenas y cimarrones que se derramaba por las calles, soltó su espada y alzó las manos en señal de rendición. Sus hombres lo imitaron, arrojando sus armas al suelo y arrodillándose ante la inevitabilidad de la derrota.

Me lancé hacia Yahya, abrazándolo con una fuerza que me dolía en las heridas de la espalda, y hundí mi rostro en su cuello, aspirando el aroma a sudor y a pólvora que impregnaba su piel. Elvira corrió hacia nosotros, abrazando las piernas del morisco con la inocencia de los que aún no comprenden la magnitud del peligro.

—Pensé que os había perdido —susurré, con la voz quebrada por las lágrimas—. Pensé que la muerte nos había separado para siempre.

—La muerte no puede separar lo que los espíritus han unido, mi amor —respondió Yahya, besando mi frente con una ternura que me devolvió la dignidad arrebatada—. Mientras respire, mi espada será vuestro escudo y mi ciencia vuestro refugio.

Ixpan se acercó a nosotras, su rostro impasible iluminado por el resplandor de los incendios. El cacique observó a los soldados rendidos con la frialdad de la piedra, y luego me miró con una gravedad que me heló la sangre.

—Mujer de sangre blanca —pronunció Ixpan, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. El Marqués ha caído, pero su veneno aún corre por las calles de la ciudad. Los barriles de la peste que no explotaron en la garganta han sido abiertos por sus hombres en los aljibes de la ciudad vieja. La enfermedad ya está en el agua que beben los hombres blancos.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Habíamos derrotado al Marqués, habíamos rescatado a Elvira, habíamos sobrevivido a la huida por los tejados, pero la peste seguía su marcha implacable, devorando las vidas de los inocentes y los culpables por igual.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté, con la voz quebrada por el cansancio y la desesperación—. ¿Cómo detendremos el veneno invisible?

Yahya me tomó del rostro, sus ojos ámbar brillando con una determinación que desafiaba a la muerte.

—Hay un antídoto, Catalina —murmuró el morisco, con la voz grave y pausada—. Pero no crece en las boticas de los españoles, ni en las selvas de las tierras lejanas. Crece en las montañas del sur, en las tierras que los cronistas llaman el desierto de sal. Y para alcanzarlo, debemos cruzar un territorio que ningún hombre blanco ha pisado jamás.

Miré a Yahya, y luego a Elvira, que dormía en mis brazos, ajena a la tormenta que se cernía sobre nosotros. Y supe, con la certeza

absoluta de los condenados, que nuestra guerra en el Nuevo Mundo no había terminado. Solo había entrado en su fase más peligrosa.

## CAPÍTULO 19: EL PRECIO DE LA LIBERTAD

La victoria en Nombre de Dios sabía a ceniza y a bilis. Mientras los últimos rescoldos de los incendios se extinguían bajo la llovizna salobre que el mar enviaba desde la bahía, contemplé desde el alféizar de una ventana rota el espectáculo desolador de la ciudad conquistada. Los cadáveres de los soldados del Virrey yacían amontonados en las esquinas de la plaza mayor, sus jubones de brocado empapados en la sangre que se mezclaba con el lodo y las cenizas. Los cimarrones y los guerreros de Ixpan patrullaban las calles con la suspicacia de los lobos que acaban de devorar al pastor, y el eco lejano de los tambores indígenas seguía marcando el pulso de una rebelión que aún no había saciado su hambre.

Yahya dormía en el camastro de una posada saqueada, su respiración acompasada el único sonido que me devolvía la cordura. Su brazo izquierdo, dislocado durante la caída del balcón, había sido reducido por sus propias manos con una destreza que me había dejado sin aliento. Ahora, inmovilizado en una tablilla de corteza de ceiba, descansaba bajo la luz mortecina de una lámpara de aceite, y su rostro, surcado por el hollín y la sangre seca, parecía el de un ángel caído que hubiera olvidado cómo regresar al cielo.

Elvira, acurrucada a los pies del lecho, jugaba en silencio con una muñeca de trapo que una de las mujeres cimarronas le había regalado. La niña había enmudecido tras la huida por los tejados, y sus ojos, oscuros y profundos como los de su padre, observaban el mundo con la prudencia de los que han aprendido demasiado pronto que la vida es un hilo frágil tendido sobre el abismo.

Me acerqué a Yahya y acaricié su frente con el dorso de la mano. Su piel ardía bajo mi tacto, y el pulso que le tomé en la muñeca sana era rápido y febril. La infección de la herida del balcón, aunque limpia con los ungüentos que yo misma había preparado, amenazaba con propagarse si no encontrábamos los ingredientes

adecuados. Pero el antídoto para la peste, según me había susurrado el morisco antes de caer en el sueño, crecía únicamente en las tierras del sur, en el desierto de sal que los cronistas llamaban la frontera del olvido.

—Descansad, mi amor —murmuré, besando sus párpados cerrados—. Mañana partiremos hacia el sur. Encontraremos la flor de la noche, y curaremos vuestro brazo y las heridas de la ciudad.

Pero el destino, ese tejedor implacable de hilos sangrientos, tenía otros designios para nosotros.

El estruendo de las campanas de la catedral me sobresaltó. No eran las campanadas pausadas de la hora, sino un tañido frenético y desordenado, el mismo que en las ciudades de Castilla anunciaba la llegada de una flota enemiga o el estallido de una rebelión. Corrí hacia la ventana y contemplé la bahía.

Anclado en el puerto, con las velas plegadas y los cañones apuntando hacia la ciudad, se alzaba un galeón de guerra que no había formado parte de la Flota de Indias. Era un navío de líneas esbeltas y casco negro, con la popa adornada por un estandarte que reconocí con un escalofrío: el escudo del Santo Oficio de la Inquisición, bordado en hilo de oro sobre seda carmesí.

—¡No puede ser! —exclamé, sintiendo que el suelo se hundía bajo mis pies.

Ixpan, que había entrado en la estancia sin que lo escuchara, se acercó a la ventana y observó el navío con sus ojos inescrutables. El cacique de las tierras lejanas, que había enfrentado a ejércitos enteros sin parpadear, frunció el ceño con una inquietud que me heló la sangre.

—Los hombres blancos tienen más demonios de los que mis espíritus pueden contar —murmuró Ixpan, su voz grave resonando como piedras rodando por un barranco—. Ese navío no trae soldados. Trae jueces. Y los jueces, en vuestras tierras, son peores que los verdugos.



La predicción del cacique se cumplió antes de que el sol alcanzara su cenit. Una comitiva de sesenta hombres, vestidos con las túnicas negras y los escapularios blancos del Santo Oficio, desembarcó en el muelle principal. A su frente caminaba un hombre de estatura mediana y rostro afilado, cuyos ojos, del color del hielo derretido, escrutaban las calles de Nombre de Dios con la frialdad de un buitre que sobrevuela un camposanto. Era el inquisidor general de Tierra Firme, fray Bartolomé de Esteban, un hombre cuya fama de crueldad había cruzado los mares y llegaba hasta los rincones más remotos de la selva.

El inquisidor no venía solo. Lo acompañaban dos notarios del tribunal, un pelotón de alabarderos y una docena de familiares de la Inquisición, armados con cadenas y grilletes. En sus manos portaban pergaminos sellados con lacre rojo, y sus labios se movían en un rezo silencioso que parecía más una maldición que una plegaria.

La ciudad, aún humeante por los incendios de la noche anterior, se rindió sin ofrecer resistencia. Los cimarrones, al ver el estandarte del Santo Oficio, se retiraron hacia las colinas con la prudencia de los que conocen el precio de la herejía. Los guerreros de Ixpan, que habían jurado protegerme, me miraron con una mezcla de compasión y temor, sabiendo que contra los jueces de la fe ni siquiera los espíritus antiguos podían vencer.

Fray Bartolomé de Esteban se instaló en el palacio del Virrey, cuyas paredes aún estaban manchadas por la sangre de Don Fernando de Córdoba, muerto por la peste en los primeros compases del caos. Desde allí, emitió edictos con la rapidez de un relámpago. Todos los que hubieran participado en la rebelión, todos los que hubieran tratado con los indígenas, todos los que hubieran dudado de la fe verdadera, serían juzgados por el tribunal. Y el primer nombre en la lista de los condenados no fue el mío.

Fue el de Yahya al-Jawhari.

El inquisidor había llegado con información precisa. Sabía que el morisco no era un simple médico de Córdoba, sino el líder de los rebeldes de las Alpujarras, el hereje que había escapado de la

hoguera de Granada y que había cruzado los mares con un nombre falso y una ciencia maldita. Sabía que yo, Doña Catalina de Mendoza, viuda de un hidalgo gaditano, me había entregado a él en pecado de lujuria y herejía. Sabía, en definitiva, todo lo que yo había intentado olvidar.

Los alabarderos del Santo Oficio irrumpieron en la posada al mediodía. Yo estaba sentada junto al lecho de Yahya, velando su sueño febril, cuando la puerta se abrió de par en par y los hombres de negro entraron con las cadenas tintineando.

—Yahya al-Jawhari, también conocido como Alí ibn Sahl, médico de Córdoba y líder de los moriscos rebeldes —pronunció el capitán de los alabarderos, leyendo de un pergamino con voz monótona—. Quedáis arrestado por delito de herejía, apostasía y trato con infieles. Seréis conducido ante el tribunal del Santo Oficio para recibir la sentencia que merecen vuestras culpas.

Yahya despertó con la brusquedad de un hombre que ha vivido toda su vida con la certeza de que este momento llegaría. Sus ojos ámbar, aún nublados por la fiebre, se clavaron en los alabarderos con una serenidad que me desgarró el alma. No intentó resistirse. No suplicó clemencia. Simplemente, me miró a mí, y en aquella mirada hubo un universo entero de amor, de despedida y de promesas eternas.

—Catalina —murmuró, con la voz quebrada por la debilidad—, no lloréis por mí. La hoguera es el último refugio de los que han vivido con honor.

—¡No permitiré que os quemen! —grité, lanzándome entre el lecho y los alabarderos, con la daga desenvainada en la mano derecha—. ¡Si tocáis un solo cabello de su cabeza, juro por Dios que os arrancaré los ojos uno a uno!

El capitán de los alabarderos soltó una risa seca, carente de humor, y me agarró por la muñeca con una fuerza que me hizo soltar la daga.

—Doña Catalina de Mendoza —pronunció el hombre, con el desdén de los que se saben respaldados por el poder absoluto—, vuestra vida ha sido perdonada por la misericordia del tribunal, dada la nobleza de vuestro linaje. Pero no intentéis interponeros en el camino de la justicia de Dios. El sarraceno será juzgado esta misma tarde.

Me arrancaron de la estancia a la fuerza, y me encerraron en una habitación del palacio, custodiada por dos guardias armados con arcabuces. Desde la ventana, a través de los barrotes de hierro, contemplé cómo sacaban a Yahya de la posada. El morisco caminaba con la cabeza alta, a pesar de las cadenas que le mordían las muñecas y los tobillos, a pesar de la fiebre que lo hacía tambalearse, a pesar del brazo dislocado que colgaba inerte a su lado. Los ciudadanos de Nombre de Dios, los mismos que la noche anterior habían sido salvados por su ciencia y por mi espada, lo escupían y lo insultaban desde las ventanas, cegados por el miedo y por los edictos del inquisidor.

El juicio fue una farsa macabra que duró apenas dos horas. Fray Bartolomé de Esteban, sentado en un estrado de madera tallada, leyó los cargos con la parsimonia de un carnicero que afila su cuchillo. Yahya, de pie en el centro de la sala, con las cadenas tintineando a cada movimiento, escuchó la sentencia sin inmutarse. No se le permitió llamar a testigos, ni presentar pruebas, ni defenderse con las palabras de los sabios que había estudiado en las bibliotecas de Córdoba. Su única culpa era haber nacido morisco, haber amado a una cristiana y haber desafiado a los hombres que pretendían monopolizar la verdad.

La sentencia cayó sobre la sala como una losa de mármol.

—Yahya al-Jawhari, por los delitos de herejía, apostasía y rebelión contra la fe verdadera, sois condenado a la pena de muerte en la hoguera —pronunció el inquisidor, con la voz desprovista de toda emoción—. Sin embargo, en consideración a la utilidad de vuestros brazos para las galeras de Su Majestad, y antes de que el fuego purificador consuma vuestro cuerpo, serviréis como galeote en las

naves de la Armada del Mar Océano durante el tiempo que el tribunal disponga.

La condena era peor que la hoguera. Las galeras eran el infierno en la tierra, un lugar donde los hombres vivían encadenados a los bancos, remando bajo el látigo hasta que la muerte los liberaba de su miseria. Era una sentencia de agonía lenta, de dolor absoluto, de deshumanización total.

Me llevaron a la sala donde Yahya esperaba la ejecución de la sentencia. Los guardias me permitieron acercarme a él, pero solo por un instante, solo el tiempo suficiente para que nuestras miradas se cruzaran y nuestras almas se despidieran.

—Catalina —susurró el morisco, con la voz quebrada por la fiebre y las cadenas—, no intentéis rescatarme. Las galeras son un infierno del que ni los espíritus de la selva pueden liberar a un hombre. Huid hacia el sur con la niña. Buscad la flor de la noche. Vivid.

—No hay vida sin vos —respondí, tomando su rostro entre mis manos y besando sus labios con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas—. Juro por Dios, por los espíritus de la selva y por la memoria de Rodrigo que os sacaré de esas cadenas. Aunque tenga que quemar el mundo entero para lograrlo.

Yahya sonrió, una sonrisa triste y valiente que iluminó su rostro curtido.

—Entonces, mi amor, preparad las antorchas —murmuró, antes de que los guardias lo arrancaran de mis brazos y lo condujeran hacia el muelle.

Lo vi partir desde la ventana del palacio. Yahya caminaba entre los alabarderos, su figura encadenada recortada contra el cielo rojizo del crepúsculo. Los cimarrones, que se habían reunido en las colinas circundantes, lo observaban en silencio, sus rostros pintados para la guerra, sus lanzas de obsidiana brillando bajo la luz mortecina. Ixpan, montado en su caballo blanco, se acercó a la ventana del palacio y me miró con una gravedad que me heló la sangre.

—Mujer de sangre blanca —pronunció el cacique, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—, los espíritus de la selva no pueden luchar contra los jueces de vuestra fe. Pero si vos decidís bajar al infierno a buscar a vuestro amado, mis guerreros cabalgarán con vos. Porque el hombre de ojos de sol nos devolvió la vida en la garganta, y la deuda de la sangre solo se paga con sangre.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo la furia de una madre, el honor de una Mendoza y el amor de una mujer se fundían en un acero indestructible en mi pecho. No había espada toledana que pudiera cortar las cadenas de Yahya. No había botica que pudiera curar las heridas de su alma. Pero había algo que los inquisidores no habían previsto: la alianza entre una noble castellana, un cacique de las tierras lejanas y cien cimarrones fugitivos que no tenían nada que perder.

Esa misma noche, mientras la ciudad dormía bajo el yugo del Santo Oficio, me deslicé por las alcantarillas de Nombre de Dios y alcancé el campamento de los cimarrones en las colinas. Zaira, la esclava que me había ayudado a escapar de la encomienda y que había sobrevivido milagrosamente a la peste gracias a los ungüentos que yo misma había preparado, me recibió con los brazos abiertos.

—Mi señora —murmuró la mujer, con los ojos brillando por las lágrimas—, los cimarrones han jurado lealtad a vuestra causa. Somos doscientos, armados con arcabuces robados y machetes de caña. Conocemos cada sendero, cada pantano, cada escondite de estas tierras. Si decidís asaltar las galeras, os seguiremos hasta el fin del mundo.

—No vamos a asaltar las galeras —respondí, con la voz fría y decidida, aferrando el alfanje que había robado en la encomienda—. Vamos a hundirlas.

La revelación cayó sobre el campamento como un rayo. Los cimarrones se miraron entre sí, sus rostros surcados por la duda y el temor. Asaltar un galeón de guerra era una locura. Hundirlo, con los

inquisidores y los alabarderos a bordo, era un acto de guerra contra la Corona que no tendría perdón ni en esta vida ni en la otra.

—El galeón del Santo Oficio zarpa al amanecer —continué, desplegando un mapa de las costas que había robado del palacio del Virrey—. Lleva a Yahya y a otros treinta galeotes encadenados a los bancos. Si logramos alcanzar el navío antes de que salga de la bahía, y si provocamos una vía de agua en el casco, los inquisidores tendrán que elegir entre salvarse o salvar a los condenados. Y en el caos, liberaremos a Yahya.

Ixpan, que había escuchado mi plan en silencio, asintió con gravedad.

—La selva nos ha enseñado a cazar al jaguar en su propia guarida —pronunció el cacique, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Pero el mar es un jaguar distinto. Necesitamos canoas rápidas, y necesitamos hombres que conozcan las corrientes de la bahía.

—Los tengo —respondió Zaira, señalando hacia un grupo de cimarrones que se acercaban desde las sombras—. Son pescadores de la costa. Conocen cada roca, cada banco de arena, cada escondite donde el mar guarda sus secretos.

La preparación del asalto fue una danza de sombras y acero. Mientras la ciudad dormía bajo el yugo del Santo Oficio, los cimarrones y los guerreros de Ixpan cargaron las canoas con pólvora, antorchas de resina y barriles de brea. Yo, con las manos manchadas de hollín y el corazón latiendo desbocado, revisé cada detalle del plan, cada movimiento, cada posibilidad de fracaso.

Al despuntar el alba, cuando la bruma matutina aún cubría la bahía con un sudario de algodones sucios, nos lanzamos al mar. Ciento veinte hombres, distribuidos en veinte canoas, remamos en silencio hacia el galeón del Santo Oficio. El navío, enorme y negro como una bestia de pesadilla, se alzaba ante nosotros con sus cañones apuntando hacia la ciudad, sus velas comenzando a desplegarse con la parsimonia de un leviatán que despierta.

Desde la cubierta del galeón, los vigías nos divisaron demasiado tarde. Los gritos de alarma resonaron en el aire, seguid por el estruendo de los cañones que disparaban a ciegas hacia la bruma. Las balas de hierro silbaban sobre nuestras cabezas, levantando columnas de agua que nos bañaban con el rocío salobre del mar.

—¡Ahora! —bramé, lanzando la primera antorcha de resina hacia el casco del galeón.

Las antorchas cayeron sobre la madera, y la brea que habíamos vertido en las canoas se incendió con un rugido que ahogó los gritos de los soldados. Las llamas treparon por el casco del navío, devorando la madera y el alquitrán, mientras los cimarrones lanzaban los barriles de pólvora contra las troneras de los cañones.

El caos estalló en el galeón. Los inquisidores, los alabarderos y los marineros corrían de un lado a otro, intentando apagar los incendios y responder al ataque. Los cañones disparaban a diestro y siniestro, sin saber a quién atacar en la bruma densa de la mañana.

Aprovechando la confusión, Zaira y un grupo de cimarrones se acercaron al costado del galeón, escalando las cadenas de las anclas con la agilidad de los monos que trepan por los ceibos. Llegaron a la cubierta superior, y con un grito de guerra que heló la sangre de los inquisidores, se lanzaron sobre los guardias que custodiaban la escotilla de los galeotes.

Yo, mientras tanto, había alcanzado el casco del galeón y, con la ayuda de un cincel y un martillo que había robado en la encomienda, comencé a abrir una vía de agua en la línea de flotación. La madera crujió bajo mis golpes, y el agua del mar comenzó a filtrarse en el interior del navío con un sonido que me devolvió la esperanza.

—¡Catalina! —bramó una voz conocida desde la escotilla de los galeotes.

Alcé la vista, y allí, encadenado al banco de los remeros, con el rostro manchado de sangre y los ojos ámbar brillando con una intensidad sobrenatural, estaba Yahya. El morisco había aprovechado el caos del ataque para liberar a los otros galeotes, y ahora, con las

cadenas tintineando, se lanzaba sobre los guardias que intentaban detenerlo.

—¡Yahya! —grité, extendiendo la mano hacia él—. ¡Saltad! ¡El agua os recibirá!

El morisco no lo dudó. Con un esfuerzo sobrehumano, rompió las cadenas que lo unían al banco y se lanzó por la escotilla, cayendo al mar con un estruendo que levantó una columna de agua. Nadó hacia mí con la desesperación de los que han visto la muerte de cerca y han decidido que no es su día.

Lo alcancé en el agua, y lo abracé con una fuerza que me dolía en las heridas de la espalda. Sus labios buscaron los míos, y en aquel beso, en medio del caos de los cañonazos y los incendios, hubo una promesa de eternidad que desafiaba a los inquisidores, a la Corona y a los dioses antiguos.

—Pensé que no vendríais —susurró Yahya, con la voz quebrada por las lágrimas y el agua salada—. Pensé que la muerte nos habría separado para siempre.

—La muerte no puede separar lo que los espíritus han unido, mi amor —respondí, besando su frente con una ternura que me devolvió la dignidad arrebatada—. Mientras respire, mi espada será vuestro escudo y mi ciencia vuestro refugio.

Pero la victoria no había llegado aún. El galeón, aunque incendiado y con una vía de agua, aún no se hundía. Y desde la cubierta, fray Bartolomé de Esteban, el inquisidor general de Tierra Firme, nos observaba con una sonrisa cruel. En sus manos, sostenía un pergamino sellado con lacre rojo, y sus labios se movían en un rezo silencioso que parecía más una maldición que una plegaria.

—¡Doña Catalina de Mendoza! —bramó el inquisidor, su voz resonando sobre el estruendo de los cañones—. ¡Habéis cometido el delito más grave que una mujer puede cometer contra la fe! ¡Habéis liberado a un hereje condenado por el Santo Oficio! ¡Por este delito, sois excomulgada, y vuestra cabeza tiene precio en todos los puertos de la cristiandad!



El pergamino cayó al agua, y las olas se lo llevaron hacia el horizonte. Pero las palabras del inquisidor se grabaron en mi alma con la profundidad de un hierro candente. Ya no era una noble castellana. Ya no era la viuda de un hidalgo gaditano. Ya no era ni siquiera una mujer. Era una proscrita, una excomulgada, una enemiga de la fe que los hombres de negro perseguirían hasta el fin de los tiempos.

Pero mientras nadaba hacia la orilla, con Yahya a mi lado y Elvira esperándonos en las colinas, supe que no me importaba. Había pagado el precio de la libertad, y el precio había sido mi alma. Pero mi alma, ahora, pertenecía a los espíritus de la selva, a los cimarrones fugitivos y al hombre de ojos ámbar que caminaba a mi lado.

Y mientras el galeón del Santo Oficio comenzaba a hundirse en las aguas de la bahía, arrastrando consigo a los inquisidores y a los alabarderos, supe que nuestra guerra en el Nuevo Mundo no había terminado. Solo había entrado en su fase más peligrosa. Porque ahora, no solo luchábamos contra el Marqués de la Sangre, contra los encomenderos y contra los salvajes de las tierras lejanas. Ahora, luchábamos contra la Corona, contra la Iglesia y contra el mundo entero.

Aunque estábamos dispuestos a teñir de rojo las aguas del mar, aunque tuviéramos que nadar en nuestra propia sangre para lograrlo.

## CAPÍTULO 20: LA FORJA DE LA ESPADA Y EL JURAMENTO DE LOS CONDENADOS

El palenque de la Ceiba Negra se alzaba en las entrañas de la selva como un santuario de hierro y barro, oculto tras una cortina de lianas tan espesa que ni los rayos del sol lograban atravesarla. El aire vibraba con el ritmo ancestral de los fuelles y el golpeteo sordo de los mazos contra el yunque. No era el sonido de la paz, sino la cadencia de la supervivencia. Tras el hundimiento del galeón del Santo Oficio y la excomunión que me convertía en una paria ante los ojos de Dios y de los hombres, nuestra hueste de proscritos había buscado refugio en las montañas del Darién. Allí, lejos de la codicia de los virreyes y de las hogueras de la Inquisición, los cimarrones y los guerreros de Ixpan habían levantado una fortaleza que desafiaba a la Corona de Castilla.

Me encontraba de pie junto a la fragua principal, contemplando cómo las llamas devoraban el carbón de leña hasta tornarlo blanco como el hueso. El calor era asfixiante, un manto invisible que se adhería a la piel y empapaba mi jubón de cuero curtido. Frente a mí, Antón, un gigante cimarrón cuyas espaldas conservaban las cicatrices de mil latigazos, manejaba las tenazas con la destreza de un maestro artesano. En el corazón del fuego se consumía el acero de nuestra venganza: los restos de los alabarderos del inquisidor, los grilletes de los galeotes y los cañones de bronce rescatados de las aguas de la bahía. Todo aquel metal maldito, forjado para oprimir, se derretía ahora para nacer de nuevo como instrumento de libertad.

—El hierro de los tiranos se vuelve blando cuando conoce el abrazo del fuego, mi señora —musitó Antón, sin apartar la vista del crisol. Su voz era un ronquido grave que competía con el crepitar de las llamas—. Pronto estará listo para recibir la forma que vuestro corazón dictamine.

—Que sea una hoja que no conozca la clemencia, Antón —respondí, manteniendo la mirada fija en el metal incandescente—. Que corte las cadenas que aún oprimen a los nuestros y que abra el camino hacia el sur.

El gigante asintió con gravedad, alzando un mazo de diez libras. El primer golpe contra el yunque resonó en mi pecho como un latido de guerra. Con cada impacto, las chispas volaban hacia el techo de paja de la forja, dibujando constelaciones efímeras en la penumbra. Era la metáfora perfecta de nuestra existencia: éramos chispas arrancadas a la oscuridad, destinadas a arder con furia antes de que el viento de la historia nos extinguiera.

Un roce suave en mi hombro me sacó de mis cavilaciones. Yahya se había acercado en silencio, apoyando su peso en un bastón de madera de ébano tallada. Su brazo izquierdo, el que había sido dislocado en la huida por los tejados de Nombre de Dios, aún pendía inmovilizado en un cabestrillo de lino, pero su rostro había recuperado la palidez noble de los alfaquíses de Córdoba. Los efectos de la fiebre habían remitido, gracias a las cataplasmas de corteza de quina y las plegarias silenciosas que yo había elevado a los espíritus de la selva y al Dios de mis padres.

—Os contempláis en el fuego, Catalina, pero es en vuestros ojos donde arde la verdadera fragua —susurró el morisco, acercando su rostro al mío. El aroma a sándalo y a hierbas medicinales que emanaba de su piel logró, por un instante, eclipsar el hedor a azufre y a brea que impregnaba el palenque.

Me giré para enfrentarlo, y mis manos, manchadas de hollín y grasa, se posaron con infinita delicadeza sobre su pecho. Bajo la túnica de lino, podía sentir el ritmo firme de su corazón, un tambor de vida que desafiaba a la muerte. En aquel refugio de barro y acero, nuestro amor florecía con una intensidad que rozaba lo sacrílego. Él, el hereje condenado por el Santo Oficio; yo, la noble excomulgada que había traicionado a su linaje y a su fe. Éramos dos almas desterradas, encontrando en la geografía de nuestros cuerpos el único territorio que ninguna inquisición podría jamás conquistar.

—Sin vos, mi amor, este acero no sería más que roca muerta —murmuré, alzándome sobre las puntas de los pies para rozar mis labios con los suyos. El beso fue lento, profundo, cargado de la ternura de los que han bailado con la parca y han decidido abrazarse en la antesala del abismo. Sus manos sanas me rodearon la cintura, atrayéndome hacia sí, y por un instante eterno, el estruendo de la forja, los gritos de los guerreros y el peso de nuestra condena se desvanecieron. Solo existía el calor de su aliento, la suavidad de su tacto y la promesa silenciosa de que, mientras nuestros pechos se alzaran al unísono, ningún rey ni ningún dios podría separarnos.

Un carraspeo discreto rompió el hechizo. Ixpan, el cacique de las tierras lejanas, aguardaba en el umbral de la forja. Su rostro, pintado con las líneas geométricas de su linaje, permanecía impassible, pero sus ojos oscuros reflejaban la urgencia del mensajero que traía consigo.

—Los espíritus del viento han traído noticias de la costa, mujer de sangre blanca —pronunció el cacique, su voz resonando con la gravedad de las piedras de los ríos—. Los hombres de negro no han olvidado su afrenta. Y los que empuñan la cruz de plata marchan hacia nuestras montañas.

Yahya se separó de mí, y la ternura de sus ojos ámbar fue reemplazada instantáneamente por la frialdad calculadora del estratega.

—¿Cuántos son, Ixpan? ¿Y quién los guía? —inquirió el morisco, ajustándose el cabestrillo con un gesto de dolor contenido.

—Tres compañías de los Tercios, acompañadas por una jauría de sabuesos de presa —respondió el cacique, desenvolviendo un pergamino arrugado que extrajo de su faja—. Los dirige el maestro de campo Don García de Toledo. Un hombre que no conoce la piedad y que ha jurado traer vuestras cabezas clavadas en picas hasta la plaza mayor de Cartagena. Marchan por el sendero de los caimanes. Estarán a dos días de marcha de nuestro palenque.

La revelación cayó sobre nosotros como un jarro de agua helada. Don García de Toledo era un veterano de las guerras de Flandes, un

táctico despiadado que había aprendido a cazar hombres en los pantanos de Holanda y que ahora aplicaba sus métodos en la selva americana. Si nos sorprendía en el palenque, la masacre sería inevitable. Nuestras mujeres, nuestros niños y los heridos no podrían escapar a través de la espesura con la rapidez suficiente.

—No podemos presentar batalla en campo abierto contra la infantería española —sentenció Yahya, analizando el terreno en su mente con la rapidez del rayo—. Sus arcabuceros y sus picas nos despedazarían antes de que nuestras flechas alcancen la segunda línea. Debemos abandonar la Ceiba Negra.

—¿Abandonar nuestro refugio? —bramó Antón, dejando caer el mazo sobre el yunque con un estruendo que hizo vibrar el suelo—. ¡Hemos construido estas empalizadas con nuestro sudor! ¡Hemos defendido este suelo con la sangre de nuestros hermanos!

—El suelo no es el refugio, Antón. El refugio es la libertad —repliqué, dando un paso al frente y alzando la voz para que resonara en cada rincón de la forja, atrayendo las miradas de los herreros y los guerreros que se agolpaban en la entrada—. Si nos quedamos a defender estas paredes de barro, moriremos como ratones acorralados. Pero si marchamos hacia el sur, hacia el desierto de sal, nos adentraremos en un territorio que los españoles temen más que a la misma muerte. La selva profunda y los páramos del sur serán nuestro escudo.

Ixpan asintió con lentitud, comprendiendo la sabiduría de mis palabras.

—Las tierras del sur pertenecen a los señores del viento y a los demonios de la sal —advirtió el cacique—. Ningún hombre blanco ha sobrevivido a la travesía del gran desierto blanco. Los espíritus de la sequía devoran la carne y calcinan el alma.

—Entonces será nuestro aliado —respondí, con una firmeza que no admitía réplica—. Don García de Toledo y sus sabuesos no se adentrarán en un infierno de sal y espinas. Nosotros sí. Porque en esas tierras yermas, según los mapas antiguos que Yahya ha

estudiado, crece la flor de la noche. El único antídoto para las cepas que el Marqués de la Sangre liberó en las aguas de la ciudad.

La mención de la flor de la noche encendió un murmullo de temor y reverencia entre los guerreros indígenas. Para ellos, el desierto de sal era el umbral del inframundo, un lugar donde los dioses antiguos dormían bajo costras de cristal blanco. Pero la perspectiva de curar la peste que aún acechaba en las sombras de nuestra victoria fue un aliciente más poderoso que el miedo.

En aquel instante, Antón extrajo la hoja del crisol con las tenazas. El acero, aún brillando con un rojo cereza intenso, fue sumergido en un barril de aceite de ricino. Un siseo furioso llenó la estancia, seguido de una columna de humo denso y acre. Cuando el herrero alzó la espada, el metal había adquirido el color de la noche cerrada, veteado con líneas ondulantes que parecían capturar el reflejo de las llamas.

El gigante caminó hacia mí con la solemnidad de un sacerdote que porta una reliquia sagrada. Se arrodilló ante mí y me ofreció la empuñadura. El pomo estaba forjado con la plata fundida de un cáliz del Santo Oficio, y la guarda de cazoleta tenía la forma de las alas de un jaguar.

—Esta hoja ha nacido de las cadenas que nos oprimían y de la cruz que nos condenaba —pronunció Antón, con los ojos brillando por el reflejo del fuego—. No tiene nombre, mi señora. Espera a que vuestra mano la bautice con su primera sangre.

Tomé la espada. El peso del acero era perfecto, una extensión natural de mi brazo y de mi voluntad. La empuñadura, envuelta en cuero de serpiente, se ajustaba a mi palma como si hubiera sido tallada para mi mano. Al alzarla, el filo capturó la luz mortecina de la forja, prometiendo una muerte rápida y silenciosa a quienes osaran interponerse en nuestro camino. Ya no era Doña Catalina de Mendoza, la viuda asustada que había suplicado piedad en los patios de Cádiz. Era la loba de la selva, la madre de la resistencia, la espada de los proscritos.

—Que se llame La Tizona—sentencié, con la voz clara y resonante, desafiando a los cielos que me habían dado la espalda—. Porque lleva la maldición de los que nos han juzgado sin escucharnos.

Un rugido de aprobación brotó de las gargantas de los cimarrones y los guerreros indígenas. Aquel grito no era solo un alarido de guerra; era el juramento de una hermandad forjada en el dolor y templada en la adversidad.

—¡Preparad las canoas y los hatillos! —ordenó Ixpan, girándose hacia sus capitanes—. ¡Dejad solo lo que pueda ser cargado a la espalda! ¡El palenque arderá antes de que el sol alcance su cenit! ¡Que los espíritus del humo cieguen a los sabuesos de Toledo!

El campamento se transformó en un torbellino de actividad febril. Las mujeres desmontaron los telares, los guerreros afilaron sus macuahuitls y los herreros enterraron los lingotes de oro y plata que no podían transportar. Yo me situé en el centro de la plaza, con la espada Anatema ceñida a la cintura, supervisando la evacuación. Elvira, vestida con una pequeña túnica de algodón y con el rostro pintado con las marcas de protección de la tribu, caminaba de la mano de Zaira, sus ojos oscuros absorbiendo cada movimiento con la madurez prematura de los hijos de la guerra.

Yahya se acercó a mí, portando su arco de tejo y un carcaj repleto de flechas con puntas de obsidiana. A pesar de la cojera y el dolor que aún le cruzaba el rostro en cada paso, su presencia era un pilar inquebrantable.

—El camino hacia el desierto de sal es una senda de espinas, Catalina —murmuró el morisco, tomando mi mano libre y besando los nudillos manchados de hollín—. Muchos de los nuestros no verán la luna de la cosecha. El hambre, la sed y las fiebres serán enemigos más crueles que los arcabuces de Toledo.

—Lo sé, mi amor —respondí, acariciando su mejilla curtida, sintiendo la aspereza de la barba naciente bajo mis yemas—. Pero no caminaremos solos. Llevamos con nosotros la ciencia de Córdoba, la furia de la selva y el acero de los tiranos. Si hemos de morir en las

arenas blancas del sur, que sea con las botas puestas y las espadas desenvainadas.

De repente, el sonido de un cuerno de caza rompió el aire viciado de la selva. No era el cuerno de los vigías de Ixpan. Era un sonido profundo, metálico, que resonó con la disciplina marcial de los Tercios españoles. El aullido de los sabuesos de presa, un coro de bestias hambrientas y enfurecidas, respondió desde las profundidades del valle, mucho más cerca de lo que los cálculos del cacique habían previsto.

Ixpan emergió de la espesura, deslizándose entre los helechos con la agilidad de un felino. Su rostro, habitualmente impassible, estaba demudado por una palidez cadavérica.

—Los sabuesos no han seguido el sendero de los caimanes —bramó el cacique, desenvainando su daga de pedernal con un movimiento espasmódico—. Don García de Toledo ha dividido sus fuerzas. Una compañía nos está flanqueando por el río de las lágrimas. Están a menos de una hora de marcha. Si no abandonamos el palenque ahora, nos atraparán en la trampa del valle.

Miré hacia el norte, donde el sonido de los tambores de guerra españoles comenzaba a marcar el paso de la muerte a través de la vegetación. Miré a Yahya, cuyos ojos ámbar se habían entornado, calculando las probabilidades de supervivencia con la frialdad de un matemático. Miré a Elvira, que se aferraba a la pierna de Zaira, y supe que el destino nos había acorralado en el umbral del abismo.

—¡Encended la pólvora! —grité, alzando la espada hacia el cielo plomizo de la selva—. ¡Que la Ceiba Negra arda hasta los cimientos! ¡Que el humo de nuestra venganza sea la última señal que vean los perros de Toledo antes de que los devore el desierto!

Mientras las primeras llamas comenzaban a lamer los techos de paja del palenque, y el estruendo de los arcabuces españoles rompía la quietud de la mañana, comprendí que la forja de la espada había terminado. Ahora, comenzaba la prueba del fuego. Y el desierto de



sal nos aguardaba con sus demonios de cristal, dispuesto a cobrar el precio de nuestra libertad.

## CAPÍTULO 21: EL ASALTO A LA FORTALEZA Y LA NOCHE DE ACERO Y PÓLVORA

La fortaleza del Marqués de la Sangre se alzaba en la cima de un cerro rocoso como una bestia de piedra y madera que vigilaba el valle con ojos de antorchas. Sus murallas, construidas con troncos de ceiba reforzados con adobe, se recortaban contra el cielo nocturno como los dientes de un leviatán petrificado. Desde nuestra posición en la espesura, a trescientas varas de la empalizada principal, podía distinguir el movimiento de los centinelas que patrullaban los adarves, sus siluetas iluminadas por el resplandor anaranjado de las hogueras que ardían en los patios interiores.

—La guarnición consta de ochenta hombres, distribuidos en cuatro puestos de guardia —murmuró Ixpan, sus ojos oscuros escrutando la fortaleza con la atención de un cazador que evalúa a su presa—. Veinte en la puerta principal, quince en cada torre de vigía, y el resto en los barracones. Están confiados. Creen que la selva los protege.

Yahya, agazapado a mi lado entre los helechos, asintió con gravedad. Su brazo izquierdo, aún vendado tras la cirugía que yo misma le había practicado en el campamento, descansaba inmovilizado en un cabestrillo de cuero. Pero su mano derecha empuñaba la espada toledana con la firmeza de un veterano, y sus ojos ámbar brillaban con una determinación que desafiaba a las sombras.

—El Marqués no espera un ataque —susurró el morisco, su voz apenas audible sobre el coro de las cigarras—. Sus exploradores han registrado los senderos del norte y del este. No saben que hemos cruzado el río de los caimanes por el sur, ni que los cimarrones conocen los pasos secretos de la montaña.

Yo me encontraba de pie junto a ellos, con la espada ceñida a la cintura y el rostro pintado con las marcas de guerra de los cimarrones. El corazón me latía con una furia contenida que me hacía temblar las manos, no de miedo, sino de la anticipación de la venganza. Habían pasado tres semanas desde que habíamos escapado de la encomienda, tres semanas de marcha forzada a través de la selva, de alianzas forjadas con los proscritos y los rebeldes, de preparación meticulosa para este momento.

—Los barriles de pólvora están en posición —informó Antón, el gigante cimarrón que había forjado mi espada, deslizándose entre la vegetación con la agilidad de un felino—. Zaira y sus hombres han colocado veinte cargas explosivas en los puntos débiles de la empalizada. Las mechas están conectadas. Solo necesitamos la señal.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo el acero de mi espada pesaba contra mi muslo, una extensión de mi voluntad y de mi furia. Miré hacia el sur, donde la silueta de la montaña se recortaba contra el cielo estrellado. En algún lugar de aquella fortaleza, en las mazmorras que yo misma había conocido en mi cautiverio, yacían los prisioneros que el Marqués había capturado en sus incursiones: indígenas, cimarrones, incluso algunos españoles pobres que habían osado desafiar su tiranía. Y entre ellos, según los informes de nuestros exploradores, se encontraba Don Rodrigo de Mendoza, mi esposo, a quien yo creía muerto en el asalto de mi palacio en Cádiz, pero que los espíritus de la selva, en su infinita sabiduría, me habían revelado que aún respiraba, prisionero del Marqués desde hacía meses, antes de que la tragedia me arrebatara todo.

La revelación había sido un golpe tan devastador como esperanzador. Rodrigo, mi dulce y valiente Rodrigo, había sobrevivido al asalto de nuestro palacio, pero había sido capturado por los mercenarios del Marqués y llevado a las Indias como prisionero. El Marqués, al descubrir su identidad y la riqueza de mi linaje, lo había mantenido con vida como rehén, esperando obtener un rescate que nunca llegaría, pues yo había sido dada por muerta en el mar.

—La luna alcanzará su cenit en una hora —pronunció Ixpan, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Cuando su luz toque la torre del norte, Antón encenderá las mechas. Las explosiones abrirán tres brechas en la empalizada. Los guerreros de la selva entrarán por el sur y el este. Los cimarrones atacarán la puerta principal. Vosotros —señaló hacia Yahya y hacia mí— entraréis por la brecha del norte y llegaréis a las mazmorras. Liberad a los prisioneros. Matad al Marqués.

Yahya me tomó de la mano, sus dedos ásperos acariciando los míos con una ternura que contrastaba con la crueldad de la misión que nos aguardaba.

—Si algo sale mal, Catalina, si las explosiones no son suficientes o si la guarnición responde con rapidez, huid hacia el río —murmuró el morisco, sus ojos ámbar fijos en los míos con una intensidad que me deshizo por dentro—. No os quedéis a luchar. Buscad a Elvira con Zaira y escapad hacia las montañas.

—No huiré sin vos —repliqué, con la voz firme, tomando su rostro entre mis manos y besándolo con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas—. Juntos entramos en este infierno, juntos saldremos de él. O juntos moriremos en las llamas.

Yahya sonrió, una sonrisa triste y valiente que iluminó su rostro curtido.

—Entonces, mi amor, que los espíritus de la selva nos guíen —susurró, besando mi frente con una reverencia que me devolvió la dignidad arrebatada—. Y que el acero de los tiranos beba su propia sangre esta noche.

Esperamos en silencio, con la respiración contenida y los músculos tensos como cuerdas de arco. El bosque que nos rodeaba era un santuario de sombras y sonidos: el croar de las ranas venenosas, el aullido lejano de los jaguares, el susurro del viento entre las copas de los árboles. Cada sonido era un recordatorio de que éramos intrusos en un reino que no nos pertenecía, pero también de que la selva era nuestra aliada, nuestra madre y nuestra arma.

La luna alcanzó su cenit. Su luz plateada tocó la torre del norte de la fortaleza, y en ese instante exacto, un resplandor anaranjado iluminó la espesura al sur de la empalizada.

—¡Ahora! —bramó Ixpan, desenvainando su macuahuitl con un movimiento que hizo chisporrotear el acero de obsidiana.

Las explosiones estallaron con una furia que hizo temblar los cimientos de la tierra. Tres columnas de fuego y humo negro se alzaron hacia el cielo, desgarrando la noche con un estruendo que ahogó los gritos de los centinelas. Las brechas en la empalizada se abrieron como heridas sangrantes, y por ellas se derramó la marea de los guerreros de la selva, sus rostros pintados para la guerra, sus lanzas y macanas reluciendo a la luz de las llamas.

—¡Por los espíritus antiguos! —rugió Ixpan, lanzándose hacia la brecha del sur.

Los cimarrones, liderados por Antón, cargaron contra la puerta principal con arietes de madera y antorchas de resina. El estruendo del metal contra el metal, los gritos de los moribundos y el crepitar de las llamas crearon una sinfonía dantesca que resonó en mi pecho como un tambor de guerra.

Yahya y yo corrimos hacia la brecha del norte, esquivando los cadáveres de los centinelas que yacían destrozados por las explosiones. El humo era denso y acre, quemando mis pulmones y cegando mis ojos, pero la furia me guiaba, una fuerza primitiva que me empujaba hacia adelante, hacia las mazmorras, hacia Rodrigo.

Al cruzar la empalizada rota, nos encontramos en el patio interior de la fortaleza. El caos era absoluto. Los soldados españoles, sorprendidos en sus barracones, intentaban formar líneas de defensa, pero los guerreros indígenas caían sobre ellos con la ferocidad de una manada de jaguares. Las espadas toledanas chocaban contra las macanas de obsidiana, los arcabuces disparaban a ciegas en el humo, y los gritos de agonía se mezclaban con los alaridos de guerra de los atacantes.

Un soldado, con el rostro cubierto de hollín y los ojos desorbitados por el pánico, intentó alzarse del suelo y apuntarme con su arcabuz. No lo pensé. Me abalancé sobre él, esquivando el cañón, y hundí mi alfanje en la brecha de su peto, justo bajo la clavícula. La sangre brotó caliente y oscura, salpicando mi rostro. El hombre soltó un grito ahogado y se desplomó, convulsionándose en el polvo.

—¡Catalina, las mazmorras! —bramó Yahya, señalando hacia una estructura de piedra en el extremo norte del patio—. ¡La entrada está allí!

Corrimos hacia la estructura, esquivando los cadáveres y los combates que se libraban en cada rincón de la fortaleza. La puerta de las mazmorras estaba custodiada por dos guardias, pero Ixpan, que había aparecido de repente entre las sombras, los degolló con su macuahuitl antes de que pudieran desenvainar sus espadas.

—Id —gruñó el cacique, limpiándose la sangre del rostro con el dorso de la mano—. Yo cubriré la entrada. Si los españoles intentan reforzar las mazmorras, tendrán que pasar sobre mi cuerpo.

Empujamos la puerta de madera y descendimos por las escaleras de piedra que conducían a las profundidades de la fortaleza. El aire se volvió frío y húmedo, impregnado del olor a moho, a heces y a desesperación. Las antorchas que ardían en las paredes proyectaban sombras danzantes sobre los muros, y el sonido de los combates en el patio superior llegó a nosotros como un eco lejano, amortiguado por el grosor de la piedra.

Al llegar al final de la escalera, nos encontramos ante un pasillo largo y estrecho, flanqueado por celdas cuyas puertas de hierro estaban cerradas con cerrojos. El olor a podredumbre era tan intenso que tuve que cubrirme la nariz y la boca con el borde de mi sayal. En las celdas, los prisioneros se agazapaban en las esquinas, sus rostros demacrados y sus ojos brillando con el reflejo de las antorchas.

—¡Rodrigo! —grité, corriendo por el pasillo y examinando cada celda—. ¡Rodrigo, mi amor, estoy aquí!

Yahya me seguía, su espada desenvainada y sus ojos ámbar escrutando las sombras con la atención de un cazador. Al llegar a la última celda del pasillo, me detuve en seco.

Allí, encadenado a la pared de piedra, con el rostro surcado por cicatrices y la barba larga y descuidada, yacía un hombre cuyo cuerpo estaba tan demacrado que apenas reconocí los rasgos que antaño habían sido los de mi esposo. Rodrigo levantó la cabeza al escuchar mis pasos, y sus ojos, hundidos en las órbitas y brillando con la fiebre, se clavaron en los míos con una incredulidad que me partió el alma.

—¿Catalina? —susurró, con la voz quebrada por la deshidratación y el dolor—. ¿Eres tú... o es otro sueño de la locura?

Me lancé hacia él, arrodillándome junto a su cuerpo y tomando su rostro entre mis manos. Sus mejillas estaban hundidas, sus labios agrietados y sangrantes, y su piel ardía bajo mi tacto con la fiebre de una infección que amenazaba con consumirlo. Pero sus ojos, aquellos ojos oscuros que me habían amado con una dulzura que desafiaba a la muerte, seguían siendo los mismos.

—Soy yo, mi amor —sollocé, besando sus labios con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas—. He venido a sacarte de este infierno. He venido a llevarte a casa.

Rodrigo soltó una risa ahogada, que se transformó en un acceso de tos espasmódica. Cuando recuperó el aliento, su expresión se tornó grave, casi solemne.

—No hay casa, Catalina —murmuró, con la voz quebrada por el dolor—. El Marqués... ha envenenado las aguas. La peste... ya está en la fortaleza. Los prisioneros... hemos sido infectados. Soy el único que queda.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Miré a Yahya, cuyos ojos ámbar se habían oscurecido por la gravedad del diagnóstico. El morisco se arrodilló junto a Rodrigo, examinando sus bubones con la atención de un médico que evalúa a un condenado.

—Es la peste bubónica —sentenció Yahya, con la voz grave y pausada—. Está en las últimas etapas. No hay tiempo para curarlo. Solo podemos... aliviar su dolor.

Rodrigo me tomó de la mano, sus dedos huesudos aferrando los míos con una fuerza que me deshizo por dentro.

—Catalina... escúchame —susurró, con la voz quebrada por la agonía—. El Marqués... no está en la fortaleza. Ha huido... hacia el barranco de los lamentos. Lleva consigo... el antídoto. Solo él sabe... dónde está la flor de la noche. Si muero... si la peste me consume... tú debes... encontrarlo. Debes... vengarte.

Antes de que pudiera responder, Rodrigo exhaló su último aliento, su cuerpo se relajó en mis brazos, y sus ojos se cerraron para siempre. El silencio que cayó sobre la celda fue más denso que la piedra que nos rodeaba.

Me quedé de rodillas, con el cuerpo de mi esposo en mis brazos, llorando en silencio mientras las lágrimas se mezclaban con la sangre y el sudor que manchaban mi rostro. Yahya me tomó del hombro, sus ojos ámbar brillando con una tristeza infinita.

—Debemos irnos, Catalina —murmuró el morisco, con la voz quebrada por la emoción—. La fortaleza arde. Si no salimos ahora, moriremos atrapados en las llamas.

Asentí con la cabeza, incorporándome con esfuerzo y dejando el cuerpo de Rodrigo sobre la paja sucia de la celda. Tomé su mano una última vez, besando sus dedos huesudos con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada, y me puse en pie.

—Que los espíritus de la selva te guarden, mi amor —susurré, con la voz firme a pesar de las lágrimas—. Tu venganza será mi venganza. Tu muerte será mi espada.

Salimos de la celda y corrimos por el pasillo, ascendiendo las escaleras hacia el patio superior. La fortaleza era un infierno de llamas y humo. Los barracones ardían con una furia que devoraba la madera y el adobe, y los gritos de los moribundos se mezclaban con el crujido de las vigas al partirse.



Al emerger en el patio, nos encontramos con Ixpan, que luchaba contra un grupo de soldados españoles que intentaban reagruparse junto a los almacenes de pólvora. El cacique, con el rostro pintado de sangre y los ojos brillando con la furia de la batalla, nos vio y nos hizo un gesto para que nos acercáramos.

—¡El Marqués ha huido! —bramó Ixpan, degollando a un soldado con su macuahuitl—. ¡Ha escapado por el sendero del norte, hacia el barranco de los lamentos!

Yahya y yo nos miramos, y en nuestros ojos leímos la misma determinación inquebrantable. Rodrigo había muerto, pero su última voluntad era nuestra misión. Debíamos cazar al Marqués, debíamos encontrar el antídoto, debíamos vengar la muerte de mi esposo y la de todos los que habían caído bajo la tiranía del hombre de la cicatriz.

—¡Seguidme! —grité, desenvainando la espada y lanzándome hacia el sendero del norte—. ¡Esta noche, el Marqués de la Sangre beberá su propio veneno!

Y mientras la fortaleza ardía a nuestras espaldas, y los gritos de los moribundos se apagaban bajo el estruendo de las llamas, eché a correr hacia la oscuridad de la selva, con Yahya a mi lado y la furia de una viuda ardiendo en mi pecho. La caza había comenzado. Y no terminaría hasta que la cabeza del Marqués rodara por el suelo del barranco de los lamentos, o hasta que la mía la acompañara en la muerte.

## CAPÍTULO 22: EL CALABOZO DE LOS LAMENTOS Y EL REENCUENTRO DE LAS ALMAS

El estruendo de la fortaleza agonizante resonaba en mis sienes como el martilleo de un yunque sobre el cráneo. Las llamas devoraban los barracones y el humo negro de la pólvora y la brea formaba un sudario asfixiante sobre el patio de armas. Mientras Ixpan y sus guerreros contenían a los últimos supervivientes de la guarnición, mi mente, ofuscada por la conmoción de la muerte de Rodrigo y el hedor de la peste, había sufrido un lapsus imperdonable. La furia de la batalla me había hecho olvidar el propósito primordial que me había llevado a cruzar el océano de las sombras y a forjar la Tizona: Allí.

El Marqués de la Sangre, en su infinita perfidia, no había ejecutado a mi amado. Lo había arrojado al Calabozo de los Lamentos, la fosa más profunda e infame de la fortaleza, un abismo de tortura donde el tirano guardaba a sus prisioneros más valiosos para quebrantar sus espíritus antes de extraerles los secretos. Tomé una antorcha que ardía en un candelabro de hierro forjado y, dejando el caos de la superficie a mis espaldas, me adentré en las fauces de piedra que descendían hacia las entrañas de la tierra.

El descenso fue una travesía por los círculos más oscuros del purgatorio. La escalera de caracol, tallada en la roca viva de la montaña, estaba resbaladiza por la humedad y los fluidos corporales de los condenados. El aire se tornó gélido y denso, impregnado de un miasma tan espeso que raspaba la garganta: una mezcla de vitriolo, carne gangrenada, excrementos y el miedo ácido de los hombres que han abandonado toda esperanza. Las paredes de la espiral estaban manchadas de un carmesí oscuro, salpicaduras de sangre seca que contaban las historias de las almas que habían descendido por allí y jamás habían vuelto a ver la luz del sol.

Al llegar al fondo, la antorcha iluminó una bóveda lúgubre y vasta, sostenida por arcos de piedra que goteaban agua fétida. El Calabozo de los Lamentos no era una simple prisión; era un museo de la crueldad humana, un testimonio de la barbarie que los hombres de mi siglo eran capaces de infligir a sus semejantes en nombre de la codicia y de una falsa fe. En las paredes colgaban los instrumentos del suplicio: la garrucha con sus poleas engrasadas, el potro de madera con las cuerdas tensas, las tenazas de bronce para arrancar la carne, y los cascotes de hierro que se calentaban al rojo vivo para freír el cerebro de los herejes. La sola visión de aquellas herramientas me revolvió las entrañas, pero mi corazón no latía de temor, sino de una congoja inmensa al imaginar a Alí, el hombre más noble y compasivo que había caminado sobre la faz de la tierra, sometido a la iniquidad de aquellos artefactos.

Avancé por el pasillo central, mis botas chapoteando en un líquido oscuro que preferí no identificar. En las celdas laterales, los prisioneros se arrastraban como espectros, sus ojos hundidos en las órbitas brillando con la locura de la privación. Pero yo buscaba una celda en particular, la que se encontraba al final del corredor, custodiada por un pesado portón de roble reforzado con bandas de acero. El cerrojo estaba echado, pero la madera, podrida por la humedad y el tiempo, cedió ante los embates de mi Tizona. El acero toledano, forjado para cortar las cadenas de la tiranía, hendió la madera con un chirrido agónico.

Empujé la puerta y el hedor a carne quemada y a azufre me golpeó el rostro. En el centro de la estancia, iluminado por el resplandor mortecino de mi antorcha, colgaba Alí.

Un grito ahogado, un lamento de pura agonía, brotó de mi garganta. Mi amado estaba atado a una cruz de madera mediante grilletes de hierro que le aprisionaban las muñecas y los tobillos, estirando su cuerpo en una postura que desafiaba la anatomía humana. Su torso, desnudo y cubierto de una capa de sudor y sangre, era un mapa del sufrimiento. Las marcas del látigo se entrecruzaban con las quemaduras de las tenazas, y sus pies, descalzos y desgarrados, descansaban sobre un lecho de piedras

afiladas. La tortura del agua, la más infame de las inquisiciones, había dejado su rostro hinchado y sus labios azulados, con el agua estancada aún goteando de su cabello oscuro.

¡Alí! ¡Amor mío! exclamé, lanzándome hacia él y sosteniendo su peso para que las cadenas no le dislocaran los hombros.

Sus párpados se entreabrieron con lentitud. Los ojos ámbar, que antaño reflejaban la sabiduría de las bibliotecas de Córdoba y la ternura de los jardines de la infancia, estaban ahora velados por el dolor y la fiebre. Tardó un instante en enfocar mi rostro, en comprender que la figura encapuchada y manchada de sangre que lo sostenía no era otro verdugo más enviado por el Marqués.

Catalina susurró, con la voz quebrada por la garganta destrozada y los pulmones llenos de líquido. Eres un espejismo. La fiebre me ha llevado al paraíso antes de la hoguera.

No soy un espejismo, mi vida respondí, tomando la daga que llevaba en la faja y comenzando a serrar los grilletes que le aprisionaban las muñecas. Soy yo. He venido a sacarte de este infierno. He venido a devolverte al mundo de los vivos.

El hierro cedió con un chasquido metálico. El cuerpo de Alí se desplomó hacia adelante, pero yo lo recibí en mis brazos, abrazándolo con una fuerza desesperada. Su peso era el de un niño, la desnutrición y el suplicio habían consumido la musculatura firme del médico que había conocido en la botica de la encomienda. Lo arrastré hasta un rincón seco de la celda, apartándolo de los charcos de inmundicia, y tomé mi odre de agua, humedeciendo un paño de lino para limpiar la sangre coagulada de su rostro.

El reencuentro fue un torrente de lágrimas y caricias frenéticas. En medio de aquel osario, rodeados de los instrumentos de la crueldad más absoluta, floreció una ternura que desafiaba a la lógica y a la razón. Mis manos, que horas antes habían segado vidas y empuñado el acero de la venganza, se tornaron ahora en instrumentos de una devoción inefable. Recorrí las cicatrices de su pecho con la yema de los dedos, besando cada marca dejada por la

barbarie de los conquistadores, transformando el dolor en un sacramento de amor.

Habéis luchado con el coraje de los leones, mi señora murmuró Alí, apoyando su frente contra la mía, su aliento caliente y febril rozando mis labios. Pero habéis llegado tarde. El veneno ya ha entrado en mi sangre. El Marqués me ha obligado a beber la cepa concentrada de la peste.

No digáis tal cosa, Yahya repliqué, con la voz firme, sacando de mi sayal los frascos de ungüentos y las hierbas de la selva que había guardado como un tesoro. Conozco los antídotos. Conozco los remedios. No permitiré que la muerte os arrebate de mi lado.

Lo despojé de los harapos empapados y apliqué cataplasmas de corteza de quina y miel de abejas sobre sus heridas más profundas. Cada toque era una caricia, cada suspiro de dolor que él emitía era un puñal que se clavaba en mi propio corazón. Contrastaba la extrema crudeza de su cuerpo destrozado con la belleza inmarcesible de nuestro vínculo. La sociedad que nos había condenado, la Inquisición que lo había marcado, los encomenderos que lo habían torturado, todos ellos eran esclavos de su propia brutalidad. Nosotros, en cambio, en la penumbra de aquel calabozo, éramos los únicos seres libres, porque nuestro amor trascendía la carne, desafiaba el dolor y se elevaba por encima de la podredumbre de la época.

Cuando logré estabilizar su respiración y vendar sus heridas más graves, Alí me tomó del rostro con sus manos temblorosas. Sus ojos ámbar recuperaron un destello de la luz que yo amaba, y me atrajo hacia él. Nuestros labios se encontraron en un beso que no conocía la lujuria, sino la urgencia de la supervivencia y la promesa de la eternidad. Fue un beso salado por las lágrimas, doloroso por la cercanía de la muerte, pero infinitamente dulce. En aquel abrazo, el siglo dieciséis con sus hogueras, sus galeras y sus matanzas dejó de existir. Solo existía el latido de nuestros corazones, sincronizados en la oscuridad, dos almas que se negaban a ser separadas por la iniquidad de los hombres.

Pero la dulzura de aquel instante fue brutalmente interrumpida. Un estruendo sordo, seguido de una vibración que sacudió los cimientos de la bóveda, nos obligó a separarnos. El polvo cayó del techo, y el olor a pólvora quemada se filtró por las grietas de la piedra. Los almacenes de la fortaleza, situados en la planta superior, estaban a punto de estallar.

Debemos salir de aquí, Catalina jadeó. Alí, intentando incorporarse, pero sus piernas cedieron y tuve que sostenerlo de nuevo. El Marqués ha minado los cimientos. Sabe que lo hemos derrotado, y pretende enterrarnos con su fortaleza.

Lo levanté, pasando su brazo sano por mis hombros, y cargué con su peso hacia la puerta. Pero antes de que pudiéramos cruzar el umbral, Alí se detuvo en seco, clavando sus dedos huesudos en mi brazo con una fuerza que me sorprendió. Sus ojos se habían desorbitado, y una expresión de horror absoluto había reemplazado la paz de nuestro reencuentro.

Catalina susurró, con la voz estrangulada por el pánico. El Marqués no ha huido solo hacia el barranco.

¿De qué habláis? pregunté, mirando hacia el pasillo, donde el fuego comenzaba a lamer las paredes de piedra.

Alí me miró, y las lágrimas comenzaron a surcar sus mejillas manchadas de hollín. Cuando me capturaron y me trajeron a este calabozo, el Marqués cometió el error de jactarse ante mí, creyendo que la tortura me había vuelto loco. Me dijo que el verdadero precio de su alianza con los espíritus de la selva no era el oro, ni la peste. Me dijo que la flor de la noche, el único antídoto para la cepa que ha liberado, requiere un catalizador de sangre real para ser activado en el cenote sagrado.

El suelo tembló de nuevo, con mayor violencia, y una de las vigas de piedra del techo cedió, aplastando el potro de tortura a pocos pasos de nosotros.

Catalina, por favor, suplicó Alí, aferrándose a mi jubón con la desesperación de un niño. No está con Zaira. Elvira no está segura.

El Marqués la raptó de las colinas mientras la fortaleza ardía. La ha llevado al Cenote de los Sacrificios. Si sumerge a la niña en las aguas sagradas antes de que la luna alcance su cenit, la peste no solo contaminará la costa, sino que se extenderá por las venas de la tierra hasta devorar el mundo entero.

Un frío glacial, más terrible que cualquier tormento del Calabozo de los Lamentos, me caló hasta los huesos. Miré hacia la salida, donde las llamas rugían, cerrando el paso. Miré a Alí, cuyo cuerpo temblaba por la fiebre y el veneno. Y luego miré hacia una pequeña rejilla de ventilación en la pared opuesta, por la cual se colaba el viento nocturno de la selva y el sonido lejano de los tambores de guerra.

El techo comenzó a desplomarse en grandes bloques de piedra, y el fuego avanzaba implacable hacia nosotras, devorando el oxígeno y la esperanza. Estábamos atrapadas en el abismo, con el hombre que amaba envenenado y a punto de morir, y mi hija marchando hacia un sacrificio apocalíptico en las fauces de la selva. ¿Cómo podría una mujer, sola y acorralada en el infierno, detener el fin del mundo?

## CAPÍTULO 23: LA CAZA DEL TIRANO Y LA SELVA DE LAS SOMBRAS

El techo de la bóveda se desplomó con un estruendo que sacudió los cimientos del mundo. Un bloque de piedra del tamaño de un barril aplastó el potro de tortura, enviando una nube de polvo y esquirlas que me cegó por un instante. El calor era ya insoportable, un horno de aliento seco que consumía el poco oxígeno que quedaba en el Calabozo de los Lamentos. No había tiempo para el llanto, ni para la desesperación. La imagen de mi pequeña Elvira, arrastrada hacia las fauces del Cenote de los Sacrificios, actuó en mi sangre con la potencia de un elixir de furia pura.

—¡Yahya, la rejilla! —bramé, señalando con la espada hacia la estrecha abertura de ventilación que se abría en la pared opuesta, a tres varas de altura sobre el suelo.

El morisco, apoyado contra mi hombro, alzó la vista. Su rostro, hinchado por los tormentos y pálido por el veneno de la peste, se contrajo en una mueca de dolor cuando intentó dar un paso.

—No podré subir, Catalina —jadeó, su voz sonando como el roce de la piedra contra el hierro—. Mis piernas no me sostienen. Debéis escapar vos. Buscad a Ixpan. Salvad a la niña.

—¡Callad, necio orgulloso! —repliqué, envainando la espada y entrelazando mis brazos con los suyos, levantándolo a pulso—. Os he arrancado de las garras del infierno y no permitiré que os quedéis en la antesala. Si habéis de morir, que sea bajo el cielo abierto, no enterrado bajo la codicia de este tirano.

Con un esfuerzo que desgarró las cicatrices de mi espalda, reabriendo las heridas que el látigo de Don Gaspar había dejado en mi carne, alcé a Yahya y lo impulsé hacia la rejilla. El hueco era apenas lo suficientemente ancho para un hombre de complexión delgada. Él se aferró al borde de piedra, sus dedos huesudos



dejando marcas de sangre en el granito, y logró introducir el torso. Luego, con una agonía que me partió el alma, estiró los brazos y me ofreció la mano para que yo trepara tras él. El fuego ya lamía los muros de la celda, y el humo negro nos envolvía en un sudario asfixiante. Logré pasar el cuerpo justo cuando la madera de la puerta principal estallaba en mil pedazos, consumida por las llamas.

Emergimos al exterior rodando por la tierra húmeda de la selva. El aire nocturno, cargado de la fragancia de las orquídeas silvestres y el hedor de la pólvora, llenó mis pulmones como el más dulce de los néctares. A pocos pasos, la silueta imponente de Ixpan surgió de entre los helechos, seguido por una docena de sus guerreros más feroces. El cacique observó la fortaleza, que ahora era una pira funeraria que iluminaba la noche con un resplandor apocalíptico, y luego clavó sus ojos oscuros en mí.

—El hombre de la cicatriz ha escapado —pronunció Ixpan, su voz grave resonando sobre el crepitar de las llamas—. Ha tomado el sendero del norte. Pero sus hombres huelen a miedo y a podredumbre. Dejan un rastro que hasta un ciego podría seguir.

—No ha escapado solo —respondí, limpiando la sangre y el hollín de mi rostro con el dorso de la mano, mientras ayudaba a Yahya a incorporarse—. Ha raptado a mi hija. La lleva al Cenote de los Sacrificios, en el fondo del Barranco de los Lamentos. Si la sumerge en las aguas con la flor de la noche, la peste se extenderá por las venas de la tierra.

Un silencio sepulcral cayó sobre los guerreros. Para los hombres de las tierras lejanas, el Cenote no era un simple accidente geográfico; era la boca del inframundo, el lugar donde los espíritus antiguos bebían las almas de los inocentes. Ixpan apretó la empuñadura de su macuahuitl, y sus nudillos se tornaron blancos.

—Entonces la caza ha comenzado —sentenció el cacique, desenvainando su daga de pedernal y trazando una línea de sangre en su propia palma, que ofreció a la noche—. Que los espíritus del viento guíen nuestras flechas. Esta noche, la selva beberá la sangre del tirano.

La persecución se inició con una urgencia que desafiaba los límites de la carne humana. La selva, que de día era un laberinto de esmeralda y sombras, se transformaba de noche en un reino de pesadilla. Las raíces de los árboles colosales se alzaban como garras de titanes dormidos, y las lianas colgantes intentaban atraparnos como los dedos de los condenados. Avanzábamos en silencio, guiados por la luz mortecina de la luna que se filtraba a través del dosel y por el instinto infalible de los guerreros indígenas.

Yo caminaba en la vanguardia, con el hierro desenvainado, su acero negro bebiendo la luz de las estrellas. Yahya, apoyado en un bastón tallado por Antón y sostenido por dos guerreros, marchaba a mi lado. A pesar de la fiebre que consumía su cuerpo y del veneno que corroía sus venas, la mente del médico permanecía afilada como un bisturí. Cada pocas millas, me obligaba a detenerme para masticar una raíz amarga de la selva y escupir el jugo sobre las heridas de mi espalda, que la marcha había vuelto a abrir. El dolor era una presencia constante, un fuego líquido que me recorría la columna, pero lo soportaba con la estoicidad de una mártir. El sufrimiento físico palidecía ante la angustia de saber que mi hija, mi pequeña flor de azahar, estaba en manos del demonio.

En medio de aquella brutalidad, en los breves instantes en que nos deteníamos a beber del odre, Yahya me ofrecía refugios de una ternura inmensa. Me tomaba del rostro con sus manos temblorosas, y sus ojos ámbar, brillantes por la fiebre, me devolvían la dignidad que el mundo intentaba arrebatarme.

—Vuestro espíritu es más fuerte que el acero de Toledo, mi amor —susurró en una de aquellas pausas, acariciando mi mejilla manchada de barro—. Rodrigo os amó con la dulzura de los jardines de Cádiz, pero yo os amo con la furia de las tormentas de la selva. Juntos, somos invencibles.

—Solo quiero que nuestra hija viva, Yahya —respondí, apoyando mi frente contra la suya, cerrando los ojos para evocar el aroma de su piel, ese perfume a sándalo y a hierbas medicinales que lograba

eclipsar el hedor de la muerte que nos rodeaba—. Si la pierdo, no quedará nada de mí que valga la pena salvar.

La marcha continuó durante horas interminables. El terreno comenzó a descender bruscamente, y la vegetación espesa dio paso a un bosque de cipreses enanos y rocas cubiertas de musgo. El aire se volvió gélido, y un miasma sulfuroso comenzó a ascender desde las profundidades del barranco. Estábamos cerca. El sonido de los tambores, que hasta entonces había sido un eco lejano, se tornó ahora en un redoble profundo y rítmico que hacía vibrar la tierra bajo nuestras botas.

De repente, Ixpan alzó la mano, ordenando la detención inmediata. Los guerreros se fundieron con las sombras de los árboles con una disciplina sobrenatural. Me agazapé junto a una roca, conteniendo la respiración, y observé el sendero que se abría ante nosotros.

A escasos veinte pasos, dos mercenarios del Marqués custodiaban un paso estrecho entre dos peñascos. Estaban armados con arcabuces y alabardas, y sus rostros reflejaban el terror absoluto de los hombres que saben que caminan hacia la muerte. No eran los fanáticos de la encomienda; eran los cobardes que el Marqués había obligado a seguirlo hasta el fin del mundo.

—Dejadme a mí —susurré a Ixpan, quien asentía con gravedad.

Me deslicé entre las sombras con el sigilo de una pantera. El primer mercenario giró la cabeza al escuchar el crujido de una rama, pero fue demasiado tarde. La Tizona silbó en el aire y le segó la cabeza con un corte limpio y brutal. El cuerpo cayó al suelo antes de que la cabeza dejara de rodar por la tierra húmeda. El segundo hombre, al ver a su compañero decapitado, soltó un grito ahogado y levantó el arcabuz. Pero yo ya estaba sobre él. Hundí la hoja en su pecho, atravesando el jubón de cuero y el corazón. El hombre boqueó, escupiendo sangre negra, y se desplomó contra la roca.

No sentí piedad, ni remordimiento. La mujer noble que había llegado a las Indias había muerto en la picota de la encomienda. La que ahora empuñaba el acero era una loba de la selva, una madre

dispuesta a bañarse en sangre para salvar a su cachorra. Limpié la hoja en el sayal del muerto y miré hacia el borde del barranco.

—Estamos aquí —murmuró Ixpan, acercándose y señalando hacia el vacío—. El Cenote de los Sacrificios.

Nos arrastramos hasta el borde del acantilado y contemplamos el espectáculo que se ofrecía ante nuestros ojos. El Barranco de los Lamentos era una herida abierta en la tierra, de paredes verticales y oscuras. En el fondo, a más de cien varas de profundidad, se abría el Cenote. Sus aguas no eran azules ni cristalinas; eran de un negro espeso y viscoso, y brillaban con una bioluminiscencia enfermiza, de un tono verde pálido que iluminaba las estalactitas de piedra como los colmillos de un leviatán.

En la orilla del cenote, sobre una plataforma de piedra tallada con los rostros de los dioses antiguos, se encontraba el Marqués de la Sangre.

Su figura era una pesadilla hecha carne. La enfermedad y el veneno de la selva habían consumido su humanidad. Su piel era de un gris ceniciento, cubierta de pústulas que supuraban un líquido negro. Sus ojos eran dos cuencas vacías, ardiendo con un fuego sobrenatural, y su brazo derecho, el que había estado infectado desde el principio, estaba hinchado y deformado, cubierto de escamas parecidas a las de un reptil. En su mano izquierda, sostenía la flor de la noche, un tallo de pétalos plateados que pulsaba con una luz propia.

Y a sus pies, atada de manos y pies, con el rostro bañado en lágrimas y los ojos desorbitados por el terror, estaba Elvira.

—¡Elvira! —grité, mi voz resonando en las paredes del barranco como un trueno.

El Marqués alzó la cabeza lentamente. A pesar de la distancia, sentí el peso de su mirada podrida clavándose en mi alma. Una sonrisa cruel, que revelaba unos dientes negros y afilados, se dibujó en su rostro desfigurado.

—¡Doña Catalina! —bramó el tirano, su voz sonando como el chirrido de dos piedras de molino frotándose—. ¡Llegáis justo a tiempo para presenciar el nacimiento de un nuevo mundo! ¡El mundo de la podredumbre y la purga!

Comencé a descender por el sendero empinado que llevaba al fondo del barranco, con Yahya y los guerreros pisándome los talones. El aire se volvía cada vez más denso, y el olor a azufre y a carne quemada me provocaba arcadas. Pero mis ojos estaban fijos en mi hija.

Cuando llegamos a la plataforma de piedra, el Marqués no intentó huir. Se irguió en toda su estatura, alzando la flor de la noche sobre las aguas negras del cenote. El líquido comenzó a burbujear con furia, y una niebla verde y pestilente ascendió desde la superficie, envolviendo la plataforma en un sudario de muerte.

—La flor exige un catalizador de sangre real —susurró el Marqués, con una voz que ya no era humana, sino el eco de mil demonios—. Pero la sangre de la niña no es suficiente. Los espíritus exigen la sangre de la que la engendró. La sangre de la loba que ha desafiado a la Corona y a la Inquisición.

El Marqués dio un paso hacia el borde, sosteniendo a Elvira por el cabello con su mano deforme. La niña gritó, un sonido agudo y desgarrador que me atravesó el corazón como una lanza de hielo.

—Si no os arrojáis a las aguas, mujer blanca, la niña morirá lentamente, y su agonía alimentará la peste durante mil lunas —sentenció el tirano, sus ojos ardiendo con la locura absoluta—. Si os arrojáis, la flor se cerrará, la peste morirá, y yo os permitiré vivir lo suficiente para ver cómo devoro vuestro cadáver.

Miré las aguas negras y burbujeantes. Miré a Yahya, cuyos ojos ámbar me suplicaban en silencio que no lo hiciera, que buscáramos otra salida. Miré a Ixpan, que tensaba su arco, pero sabía que una flecha no llegaría a tiempo antes de que el Marqués soltara a mi hija al abismo.

Y entonces, el Marqués cometió su último y más fatal error. Alzó la mano para empujar a Elvira al agua, y en ese instante de distracción, la flor de la noche resbaló de sus dedos deformes y cayó hacia las aguas negras.

El tiempo se detuvo. El Marqués lanzó un aullido de rabia y se lanzó tras la flor, soltando a mi hija. Elvira cayó hacia el vacío, pero yo ya me estaba moviendo. Me lancé al suelo, deslizándome por la piedra lisa, y mis manos lograron aferrar la túnica de mi hija justo cuando sus pies tocaban el borde del abismo.

Tiré de ella con toda la fuerza de mis músculos, arrastrándola hacia mi pecho, pero al levantar la vista, vi al Marqués emergiendo de las aguas negras. La flor se había disuelto en el líquido, y el cuerpo del tirano comenzaba a transformarse, a crecer, a fundirse con la podredumbre del cenote. Ya no era un hombre. Era la encarnación de la peste, y sus brazos deformes se extendían hacia nosotras, prometiendo una muerte que trascendía la carne.

Yahya desenvainó su espada, pero el veneno en su sangre lo traicionó, y cayó de rodillas, tosiendo sangre negra. Ixpan tensó el arco, pero las flechas se deshacían en el aire al tocar la niebla verde. Estábamos solos en la plataforma, con mi hija en los brazos, frente a un monstruo que había dejado de ser humano, y con la espada como única aliada contra el fin del mundo.

## CAPÍTULO 24: EL DUELO EN EL BARRANCO Y LA ESPADA DE LA VIUDA

La niebla verde del cenote ascendía con la parsimonia de un sudario que envuelve al condenado, y el hedor a carne podrida y a azufre me quemaba las fosas nasales hasta hacerme lagrimear los ojos. En mis brazos, Elvira se aferraba a mi cuello con la fuerza desesperada de un náutico, su pequeño cuerpo temblando como una hoja en la tormenta. Frente a nosotras, emergiendo de las aguas negras como un demonio bautizado en la podredumbre, se alzaba el Marqués de la Sangre.

No era ya el hombre arrogante y cruel que me había deshonrado en Cádiz, ni el tirano que había gobernado la encomienda con látigo y fuego. La enfermedad y el veneno de la selva, combinados con la corrupción del cenote, habían consumido su humanidad hasta dejar solo la cáscara de una bestia impulsada por el odio y la locura. Su piel, de un gris ceniciento y cubierto de pústulas que supuraban un líquido negro, se adhería a los huesos como un pergamino mojado. Su brazo derecho, hinchado y deformado, terminaba en una garra de uñas negras y retorcidas. Pero lo más aterrador eran sus ojos: dos cuencas vacías donde ardía un fuego sobrenatural, una luz verdosa que no pertenecía a este mundo.

—¡La loba ha venido a morir a su guarida! —bramó el Marqués, su voz sonando como el chirrido de dos piedras de molino frotándose—. ¡Vuestra sangre alimentará a los espíritus, y vuestra hija será la semilla de la nueva plaga!

Se lanzó hacia nosotras con una velocidad que desafiaba su cuerpo destrozado. La garra de su mano derecha silbó en el aire, buscando mi garganta. Me aparté con un movimiento fluido, girando sobre mis talones y arrastrando a Elvira conmigo. La espada la

Tizona, forjada con el acero de las cadenas que nos oprimieron, cantó en el aire y hendió el brazo del Marqués.

El corte fue profundo, pero la sangre que manó no era roja. Era un líquido negro y viscoso que humeaba al contacto con el aire, y el olor era tan punzante que tuve que apartar el rostro para no vomitar. El Marqués ni siquiera pareció sentir el dolor. Soltó una risa quebrada, carente de toda humanidad, y me atacó de nuevo.

—¡Yahya! —grité, esquivando otro zarpazo que habría podido decapitarme—. ¡Necesito vuestra espada! ¡El acero común no lo detiene!

El morisco, apoyado contra una roca y tosiendo sangre negra, intentó incorporarse. Sus ojos ámbar, brillantes por la fiebre, me contemplaron con una mezcla de amor y desesperación.

—Catalina, la flor de la noche se ha disuelto en el agua —jadeó, su voz sonando como el roce de la seda contra el hierro—. El veneno del cenote lo ha transformado en un receptáculo de la peste. Solo el fuego puede purificarlo. Solo el fuego puede detenerlo.

Comprendí la verdad de sus palabras con la claridad que otorga el peligro mortal. El Marqués ya no era un hombre; era un vehículo de la enfermedad, un cáncer encarnado que se extendía por las venas de la tierra. Si lograba escapar del barranco, si conseguía alcanzar la superficie, la peste que llevaba en su sangre contaminaría todo lo que tocara.

—¡Ixpan! —bramé, sin apartar la vista del monstruo que me acechaba—. ¡Fuego! ¡Necesito fuego!

El cacique, que había permanecido agazapado tras una roca con su arco tenso, entendió mi intención. Extrajo de su faja un pedernal y una yesca, y comenzó a golpearlos con furia. Las chispas volaron hacia la antorcha que sostenía en la mano izquierda, y en un instante, la tea se encendió con un rugido que ahogó el sonido del agua burbujeante.

—¡Lobezna! —gritó Ixpan, lanzándome la antorcha con un movimiento preciso—. ¡Que los espíritus del fuego guíen tu acero!



Atrapé la tea al vuelo, su calor me lamió el rostro y el humo me hizo lagrimear los ojos. Con la antorcha en la mano izquierda y la Tizona en la derecha, me enfrenté al Marqués por última vez.

—¡Venid, demonio! —grité, con la voz resonando en las paredes del barranco como un trueno—. ¡Hoy beberéis vuestro propio veneno!

El Marqués se lanzó hacia mí con un aullido que heló la sangre en mis venas. Sus garras buscaron mi rostro, pero yo me agaché, pasando bajo su ataque, y hundí la espada en su muslo izquierdo. El acero toledano penetró la carne podrida con un sonido húmedo y nauseabundo, y el Marqués soltó un rugido de dolor que no era humano, sino el lamento de mil almas condenadas.

Se tambaleó, pero no cayó. Su mano derecha, la garra deformada, se cerró alrededor de mi muñeca izquierda, la que sostenía la antorcha. El contacto fue helado, una sensación de muerte que me caló hasta los huesos. Intenté zafarme, pero su fuerza era sobrenatural, alimentada por la locura y la podredumbre.

—¡Moriréis conmigo, perra! —bramó, atrayéndome hacia él con un tirón brutal—. ¡Vuestra carne se fundirá con la mía, y juntos seremos eternos!

El dolor fue cegador. Sentí cómo sus garras se clavaban en mi piel, cómo la carne se desgarraba y la sangre manaba caliente. Pero el dolor físico palidecía ante la angustia de saber que Elvira estaba sola, que Yahya moría a mis espaldas, que el mundo entero pendía de un hilo.

Con un esfuerzo que desgarró las cicatrices de mi espalda, liberé mi muñeca de un tirón violento, dejando un jirón de mi carne en las garras del Marqués. La antorcha cayó al suelo, pero no se apagó. Rodó hacia el borde de la plataforma, y las llamas comenzaron a lamer las lianas secas que colgaban de las rocas.

El Marqués se abalanzó sobre mí, sus cuencas vacías ardiendo con una furia que desafiaba a la muerte. Pero yo ya no era la mujer noble que había llegado a las Indias. Era la loba de la selva, la

madre de la resistencia, la espada de los proscritos. Y no permitiría que aquel monstruo tocara ni un solo cabello de mi hija.

Me agaché, esquivando su ataque, y hundí la espada en su pecho. El acero penetró la carne podrida hasta la empuñadura, y el Marqués soltó un alarido que resonó en las paredes del barranco como el lamento de los condenados. Pero no cayó. Su cuerpo, sostenido por la fuerza de la peste y la locura, se aferró a la espada, intentando arrancarla de mis manos.

—¡No podéis matarme! —bramó, su voz sonando como el eco de mil demonios—. ¡Soy la peste! ¡Soy la purga! ¡Soy el futuro!

—Sois un cadáver que aún no lo sabe —respondí, con la voz firme, clavando mis manos en la empuñadura de la espada y empujando con toda la fuerza de mi desesperación—. Y hoy, los muertos entierran a los muertos.

Con un último empujón, hundí la espada hasta el fondo, atravesando su corazón podrido y clavándolo en la piedra de la plataforma. El Marqués se arqueó en un espasmo final, sus cuencas vacías ardiendo con una luz verdosa que se apagó lentamente. Su cuerpo se desplomó sobre la espada, y la sangre negra que manó de su herida comenzó a humear al contacto con el aire.

Pero la batalla no había terminado. El fuego de la antorcha había prendido las lianas secas, y las llamas comenzaban a extenderse por la plataforma, acercándose peligrosamente a Elvira, que lloraba en silencio tras una roca. El humo negro y denso nos envolvía, y el calor era ya insoportable.

—¡Catalina! —bramó Yahya, incorporándose con un esfuerzo sobrehumano y avanzando hacia nosotras—. ¡El fuego! ¡Debemos salir de aquí!

Corrí hacia Elvira, la tomé en brazos y la apreté contra mi pecho. Su pequeño cuerpo temblaba, pero sus ojos, oscuros y profundos como los de su padre, me contemplaban con una confianza que me partió el alma.

—Madre, el hombre malo está muerto —susurró, con la voz quebrada por las lágrimas—. ¿Podemos irnos a casa?

—Sí, mi amor —respondí, besando su frente con una ternura que me deshizo por dentro—. Podemos irnos a casa.

Yahya me tomó de la mano, sus dedos ásperos y febriles acariciando los míos con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada. Juntos, con Elvira en mis brazos y el cacique Ixpan cubriendo nuestra retaguardia, comenzamos a ascender por el sendero empinado que llevaba fuera del barranco.

El fuego nos seguía, devorando la plataforma y las aguas negras del cenote. El cuerpo del Marqués, clavado en la Tizona, ardía con una furia que iluminaba las paredes del barranco con un resplandor apocalíptico. Las llamas consumían su carne podrida, purificando la peste que había llevado en su sangre, y el humo negro ascendía hacia el cielo nocturno como una columna de ceniza y muerte.

Al llegar a la cima del barranco, me detuve y miré hacia atrás. El fuego devoraba el fondo del abismo, y el cuerpo del Marqués era ahora una antorcha funeraria que iluminaba la noche con un resplandor verdoso. La peste que había llevado en su sangre se consumía con él, y los espíritus de la selva, en su infinita sabiduría, habían reclamado su tributo.

—Ha terminado —susurró Yahya, apoyando su frente contra la mía, sus ojos ámbar brillando con una tristeza infinita—. El tirano ha caído. La peste ha sido purificada.

—Pero el precio ha sido alto —respondí, con la voz quebrada por las lágrimas—. Rodrigo ha muerto. Zaira ha muerto. Cientos de inocentes han muerto. ¿Qué hemos ganado, Yahya? ¿Qué hemos ganado con tanta sangre?

El morisco me tomó del rostro, sus dedos ásperos acariciando mis mejillas manchadas de hollín y lágrimas.

—Hemos ganado la libertad, mi amor —murmuró, besando mis labios con una ternura que me devolvía la esperanza—. Hemos ganado el derecho a vivir sin cadenas, a amar sin miedo, a criar a

nuestra hija en un mundo donde la codicia y la crueldad no tengan la última palabra.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo las lágrimas se mezclaban con el sudor y la sangre en mi rostro. Miré a Elvira, que dormía en mis brazos, ajena a la tormenta que había devastado nuestro mundo. Y supe que, a pesar de todo el dolor, a pesar de todas las pérdidas, había valido la pena. Había valido la pena cada gota de sangre, cada lágrima, cada instante de desesperación.

Pero la victoria no estaba completa. Mientras descendíamos por el sendero que llevaba de vuelta al campamento, Ixpan se acercó a mí con el rostro demudado por una noticia que heló la sangre en mis venas.

—Mujer de sangre blanca —pronunció el cacique, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Mientras cazábamos al hombre de la cicatriz, mis exploradores han descubierto algo terrible. Los capataces de la encomienda, al ver que la fortaleza ardía, han encerrado a todos los esclavos en los barracones. Han prendido fuego a las chozas de los cimarrones, y han jurado que si no pueden tener a los esclavos, nadie los tendrá.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. El Marqués había muerto, pero su legado de crueldad aún vivía. Los capataces, en su desesperación, estaban masacrando a los inocentes, quemando las chozas y encerrando a los esclavos en los barracones para que ardieran con ellos.

—¿Cuántos esclavos hay encerrados? —pregunté, con la voz firme, sintiendo cómo la furia de una madre y el honor de una Mendoza se fundían en un acero indestructible en mi pecho.

—Más de trescientos —respondió Ixpan, con los ojos oscurecidos por la gravedad de la noticia—. Hombres, mujeres, niños. Todos encerrados en los barracones de piedra, con las puertas cerradas con cadenas y candados. Si no los liberamos antes del amanecer, arderán vivos.

Miré a Yahya, y en sus ojos ámbar leí la misma determinación que ardía en mi pecho. No podíamos dejar que aquellos inocentes murieran. No después de todo lo que habíamos luchado, no después de toda la sangre que habíamos derramado.

—Entonces no hemos terminado —sentencié, desenvainando la daga que llevaba en la faja y trazando una línea de sangre en mi propia palma, que ofrecí a la noche—. Vamos a liberar a los esclavos. Vamos a quemar la hacienda hasta los cimientos. Y vamos a asegurar que el legado del Marqués de la Sangre sea solo ceniza y olvido.

Mientras el fuego del barranco se apagaba lentamente, y el cuerpo del tirano se consumía en las llamas purificadoras, eché a caminar hacia la encomienda, con Yahya a mi lado y Elvira en mis brazos. La caza había terminado, pero la guerra por la libertad acababa de comenzar. Y no descansaría hasta que el último esclavo fuera libre, hasta que la última cadena fuera rota, hasta que la última hoguera de la tiranía se extinguiera para siempre.

## CAPÍTULO 25: LAS CENIZAS DEL IMPERIO Y EL VENENO DE LA LIBERTAD

La marcha de regreso hacia la encomienda fue una procesión de sombras y dolor. La selva, que horas antes había sido el escenario de nuestra victoria sobre el Marqués de la Sangre, se había transformado en un laberinto hostil que parecía conspirar contra nuestros cuerpos agotados. El aire nocturno, cargado de la humedad del trópico y el hedor de la pólvora quemada, se adhería a la piel como una segunda túnica de sufrimiento. Yo caminaba en la vanguardia, con la espada desenvainada, pero cada paso era una tortura. La herida que las garras deformes del Marqués me habían infligido en la muñeca izquierda no dejaba de sangrar, y un ardor extraño, distinto al dolor físico de los cortes, me subía por el brazo como un hilo de plomo derretido.

A mi lado, Yahya avanzaba apoyado en un bastón de ébano, sostenido por dos guerreros de Ixpan. La fiebre de la peste, que el morisco había logrado contener con las hierbas de la selva y su propia voluntad de hierro, volvía a hacer mella en su cuerpo. Sus ojos ámbar, velados por el delirio, brillaban con una luz febril en la penumbra, pero su mente seguía afilada, guiándonos por los senderos ocultos que llevaban al valle donde se alzaba la fortaleza del tirano.

—El humo nos precede —murmuró Yahya, deteniéndose y alzando la mano sana para señalar el horizonte.

Era cierto. Una columna de humo negro y denso se alzaba hacia el cielo estrellado, tiñendo las nubes de un púrpura enfermizo. El olor a madera quemada y a carne chamuscada nos golpeó las fosas nasales, confirmando los peores temores que Ixpan había expresado. Los capataces, al ver arder la fortaleza y saber a su amo

muerto, habían decidido que si ellos perdían su fuente de riqueza, nadie más la disfrutaría.

Al llegar a la cresta de la colina que dominaba el valle, el espectáculo que se ofreció ante nuestros ojos desafió toda comprensión cristiana. La encomienda, que antaño fuera un monumento a la codicia y al poder de la Corona, era ahora un caldero de llamas y desesperación. Las chozas de paja de los esclavos ardían como antorchas gigantes, iluminando la noche con un resplandor dantesco. Pero el horror absoluto se encontraba en los barracones de piedra, situados en el centro del patio principal. Eran estructuras macizas, construidas con muros de adobe de tres varas de grosor y techos de teja, diseñadas para resistir los huracanes del Caribe y las rebeliones de los esclavos. Las pesadas puertas de roble, reforzadas con bandas de hierro, estaban cerradas y aseguradas con gruesos candados. Desde el interior, los gritos de más de trescientos hombres, mujeres y niños se mezclaban con el estruendo del fuego y el crujir de la madera al partirse.

En el patio, una veintena de capataces y guardias, embriagados por el miedo y el aguardiente, vigilaban los barracones con arcabuces y látigos. Reían con una crueldad que helaba la sangre, arrojando antorchas encendidas contra las ventanas enrejadas de las celdas, deleitándose en el pánico de los condenados.

—Que los espíritus de la venganza los devoren —susurró Ixpan, su rostro pintado para la guerra, los ojos oscuros ardiendo con una furia contenida—. Ordenad el ataque, mujer de sangre blanca. Que el acero de los tiranos beba su propia sangre esta noche.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo la furia de una madre y el honor de una Mendoza se fundían en un acero indestructible en mi pecho.

—No dejéis a ninguno con vida —sentencié, con la voz fría y clara, desafiando el estruendo de las llamas—. Que esta noche sea el fin de la encomienda. Que las cenizas de su imperio sirvan de abono para la libertad.

El ataque fue una danza de sombras y acero. Ixpan y sus guerreros descendieron por la ladera con la sigilidad de los jaguares que acechan en la espesura. Los capataces, cegados por el humo y el aguardiente, no escucharon el susurro de las flechas ni el crujido de las macanas de obsidiana. Los primeros guardias cayeron degollados antes de que pudieran soltar un grito, sus cuerpos desplomándose sobre la tierra apisonada mientras la sangre negra se mezclaba con el hollín.

Cuando el resto de los capataces comprendió que estaban siendo atacados, el patio se convirtió en un matadero. Los arcabuces dispararon a ciegas, las balas silbando en el aire y astillando los muros de adobe. Yo me lancé al centro de la refriega, esquivando las bayonetas y los látigos. La espada cantó en el aire, segando vidas con una precisión letal. Un capataz, un hombre de rostro surcado por la viruela y los ojos inyectados en sangre, intentó apuntarme con su arcabuz. Me deslicé bajo su ataque, hundiendo mi hoja en su muslo y luego en su garganta. El hombre soltó un gorgoteo ahogado y cayó de rodillas, escupiendo sangre sobre las losas que antaño habían sido lavadas con el sudor de los esclavos.

—¡A los barracones! —bramé, señalando hacia las puertas de roble—. ¡Yahya, los cerrojos!

El morisco, apoyado en su bastón, se acercó a las pesadas puertas. Sus manos, temblorosas por la fiebre, extrajeron un frasco de pólvora que había guardado en su faja. Con la destreza del alquimista que conoce los secretos del fuego, Yahya vertió el polvo negro en las cerraduras y colocó una mecha rápida.

—¡Atrás! —gritó, empujándome hacia un muro de piedra.

La explosión fue ensordecedora. Una bola de fuego y humo negro estalló en las puertas, arrancando los cerrojos de hierro y astillando la madera maciza. Las puertas cedieron con un chirrido agónico, y una nube de humo denso y asfixiante se derramó hacia el patio.

Corrí hacia el interior de los barracones, cubriéndome el rostro con el borde de mi sayal. El calor era insoportable, y el humo me quemaba los pulmones. En el suelo, apiñados contra las paredes,



yacían los esclavos. Muchos estaban inconscientes, asfixiados por el humo; otros lloraban en silencio, con los rostros tiznados y los ojos desorbitados por el terror.

—¡Estáis a salvo! —grité, con la voz resonando en la bóveda de piedra—. ¡La encomienda ha caído! ¡El Marqués ha muerto! ¡Seguidme hacia la luz!

Los guerreros de Ixpan y los cimarrones que nos habían seguido entraron en los barracones, cargando a los más débiles y guiando a los que podían caminar. La escena era un torrente de dolor y alivio. Madres que abrazaban a sus hijos con la fuerza de la desesperación, hombres que lloraban al sentir el aire fresco en sus rostros, ancianos que besaban la tierra del patio como si fuera una reliquia sagrada.

Yahya, a pesar de su propio estado, se movía entre los liberados, aplicando cataplasmas de hierbas frescas a los quemados y limpiando el hollín de los rostros de los niños. Su presencia era un bálsamo en medio del infierno. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban en medio del caos, sus ojos ámbar me devolvían la cordura, recordándome por qué habíamos luchado, por qué habíamos matado, por qué habíamos sobrevivido.

Cuando el último esclavo hubo cruzado las puertas destrozadas, me giré hacia la casa principal. La mansión del Marqués, una estructura de dos plantas con balcones de madera tallada y ventanas enrejadas, aún se mantenía en pie, ajena a la destrucción que la rodeaba. Era el símbolo máximo de su tiranía, el lugar donde había planeado mis torturas, donde había guardado sus riquezas robadas y donde había intentado quebrantar mi espíritu.

—Antón —llamé, dirigiéndome al gigante cimarrón que había forjado mi espada—. Traed las antorchas. Que la casa del tirano arda hasta los cimientos. Que no quede ni una sola piedra en pie que pueda recordar su nombre.

El gigante asintió con gravedad, y junto a sus hombres, comenzó a arrojar las teas encendidas contra los balcones y las puertas de la mansión. La madera seca, impregnada de los aceites y las ceras que el Marqués usaba para presumir de su riqueza, prendió con una furia

voraz. Las llamas treparon por las paredes, devorando los tapices flamencos y los muebles de caoba, convirtiendo los símbolos de la opulencia en ceniza y humo.

Me quedé de pie en el centro del patio, contemplando la destrucción. El fuego iluminaba mi rostro y el de los trescientos esclavos que ahora eran libres. Elvira, que había permanecido custodiada por Zaira en la retaguardia, corrió hacia mí y se aferró a mis piernas. La tomé en brazos, hundiendo mi rostro en su cabello, aspirando el aroma de su piel que lograba eclipsar el hedor de la muerte.

—Se acabó, mi amor —susurré, besando su frente—. Ya nadie nos hará daño.

Pero la dulzura de aquel instante fue brutalmente interrumpida. Un dolor agudo, como si mil agujas candentes me atravesaran la carne, me obligó a soltar a mi hija y llevarme la mano izquierda al pecho. Un grito ahogado brotó de mi garganta.

Yahya, al escuchar mi lamento, se acercó con rapidez, sus ojos ámbar escrutando mi rostro con preocupación.

—Catalina, ¿qué ocurre? —preguntó, tomando mi brazo izquierdo con delicadeza.

Con el corazón latiendo desbocado, me quité el pañuelo que envolvía mi muñeca. La luz de las llamas de la mansión iluminó la herida, y el espectáculo que se ofreció ante mis ojos me heló la sangre hasta los huesos.

Los cortes que las garras del Marqués me habían infligido ya no sangraban rojo. La carne alrededor de las heridas se había tornado de un negro violáceo, y una red de venas oscuras, idénticas a las que habían consumido el cuerpo del tirano, se extendía desde mi muñeca hacia mi codo, palpitando con un ritmo propio y enfermizo. El dolor no era físico; era una presencia alienígena que me devoraba las entrañas, un fuego frío que me susurraba al oído que mi cuerpo ya no me pertenecía.

—No puede ser —susurró Yahya, palideciendo bajo su tez curtida, sus manos temblorosas rozando las venas negras sin atreverse a presionar—. La peste... el Marqués no solo la llevaba en su sangre. La llevaba en su aliento, en su sudor, en su última esencia. Al heriros, al clavar sus garras en vuestra carne, os ha transmitido la cepa más pura. Os ha infectado, Catalina.

El mundo dejó de girar. El estruendo de la mansión al derrumbarse, los vítores de los esclavos liberados, el crepitar de las llamas, todo se apagó, dejando solo el sonido de mi propia respiración entrecortada y el latido desbocado de mi corazón enfermo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, con la voz quebrada, mirando a los ojos al hombre que amaba, buscando en su sabiduría una mentira piadosa que me devolviera la esperanza.

Yahya bajó la mirada, incapaz de sostener mi escrutinio. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, perdiéndose entre el hollín y la sangre seca.

—Las venas ya han alcanzado vuestro codo —murmuró, con la voz estrangulada por la agonía—. Cuando lleguen a vuestro corazón, la transformación comenzará. Perderéis la razón, perderéis vuestra humanidad. Tendréis... quizás tres días. Cuatro, si los espíritus nos son favorables.

Elvira, al sentir mi temblor, me miró con sus ojos oscuros, llenos de una inocencia que contrastaba con la sentencia de muerte que pendía sobre mi cabeza.

—Madre, ¿estás enferma? —preguntó, extendiendo su pequeña mano para tocar mi rostro.

La aparté con suavidad, incapaz de soportar el contacto de su piel pura con mi carne maldita. Miré hacia el norte, hacia las montañas que se recortaban contra el cielo púrpura del amanecer. Ixpan se acercó, su rostro impassible, pero sus ojos oscuros reflejando una gravedad que me desgarró el alma.

—En las montañas del sur, en el desierto de sal que los chibchas llaman el umbral de los dioses, crece la raíz del olvido —pronunció el cacique, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Es el único remedio conocido para purificar la sangre de la podredumbre. Pero el camino es largo, y los espíritus de la sequía no perdonan a los que caminan con la muerte en las venas.

Miré a Yahya, cuya propia fiebre lo hacía tambalear, y luego a mi hija, que me observaba con el terror incipiente de los que comienzan a comprender la fragilidad de la vida. La encomienda ardía a nuestras espaldas, convirtiendo en cenizas el imperio de codicia y crueldad que nos había destrozado. Habíamos liberado a los esclavos, habíamos vengado a Rodrigo, habíamos derrotado al Marqués. Pero la victoria tenía un precio que mi propio cuerpo estaba pagando.

—Preparad las canoas y los hatillos —ordené, con la voz firme, tragándome el dolor y el pánico, aferrando la espada con mi mano sana—. Dejaremos a los esclavos bajo el cuidado de los cimarrones en la costa. Nosotros debemos marchar hacia el sur. Hacia las montañas. Hacia el desierto de sal.

Pero mientras el sol comenzaba a teñir de rojo las copas de los árboles, y las cenizas de la encomienda se elevaban hacia el cielo como una columna de fantasmas, eché a caminar hacia lo desconocido, con la muerte latiendo en mis venas y la necesidad imperiosa de sobrevivir ardiendo en mi pecho. Porque si el destino quería llevarme al infierno, yo arrancaría la raíz del olvido de las propias fauces de los dioses, aunque tuviera que devorar el mundo entero para lograrlo.

## CAPÍTULO 26: EL REFUGIO EN LAS MONTAÑAS Y LA LUCHA CONTRA LA SOMBRA

La travesía hacia las montañas del sur fue un calvario que desafiaba los límites de la carne humana. Durante siete días, nuestra pequeña hueste avanzó por senderos de cabras que serpenteaban por acantilados vertiginosos, cruzando ríos de aguas heladas que me mordían los huesos hasta la médula. Yo caminaba en la vanguardia, sostenida por Yahya y por Ixpan, pero cada paso era una tortura. La infección del Marqués se extendía por mi cuerpo con la parsimonia implacable de una marea negra que devora la costa. Las venas oscuras, que antaño habían sido una red visible en mi muñeca, ahora palpitaban bajo mi piel como gusanos de sombra, ascendiendo lentamente hacia mi corazón.

El dolor no era físico, sino existencial. Era una presencia alienígena que habitaba mis entrañas, un fuego frío que me susurraba al oído que mi cuerpo ya no me pertenecía, que mi alma estaba siendo devorada desde dentro por la podredumbre del tirano. Cada amanecer, al despertar en los campamentos improvisados que montábamos al abrigo de las rocas, me llevaba la mano al pecho y sentía el latido de mi corazón, preguntándome si sería el último antes de que la locura me consumiera.

Yahya, a pesar de su propia fiebre y de las heridas que aún no habían cicatrizado, se dedicó a mí con una devoción que rozaba lo sacrílego. Cada noche, cuando los guerreros de Ixpan y los cimarrones dormían alrededor de las hogueras, el morisco se arrodillaba junto a mi camastro de hojas secas y preparaba los remedios que su ciencia y la sabiduría de la selva le dictaban. Masticaba raíces amargas de la montaña y escupía el jugo sobre mis venas negras, aplicaba cataplasmas de corteza de sauce y miel de abejas sobre mi pecho, y murmuraba plegarias en árabe y en castellano, invocando a Allah y a Cristo, a los espíritus de la selva y a

los santos de Córdoba, en un sincretismo desesperado que desafiaba a los dogmas de la Inquisición.

—La raíz del olvido crece en el desierto de sal, a diez días de marcha hacia el sur —murmuró Yahya en la séptima noche, cuando acampamos en un valle escondido entre picos de roca roja, cuyas laderas estaban cubiertas de pinos enanos y arbustos de flores blancas—. Si logramos alcanzarla antes de que la infección llegue a vuestro corazón, quizás, solo quizás, podamos purificar vuestra sangre.

—¿Y si no lo logramos? —pregunté, con la voz quebrada por el dolor y la fiebre, tomando su rostro entre mis manos temblorosas—. ¿Qué será de vos y de Elvira si me convierto en el monstruo que el Marqués fue?

Yahya me miró con sus ojos ámbar, brillantes por la fiebre y las lágrimas contenidas. Sus dedos ásperos acariciaron mi mejilla con una ternura que me deshizo por dentro.

—Si la muerte os reclama, mi amor, yo os seguiré —respondió con voz firme, besando mis labios con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas—. No permitiré que viváis en la locura, ni que Elvira os vea convertida en una bestia. Si la raíz del olvido no os salva, yo mismo os daré el descanso eterno con mis propias manos.

La promesa era tan cruel como necesaria. La conocía, la aceptaba, y la amaba por su honestidad brutal. En aquel valle de pinos y flores blancas, rodeados por la inmensidad de las montañas y el coro enloquecedor de las cigarras, nuestro amor floreció con una intensidad que desafiaba a la muerte. Nos amamos aquella noche con la urgencia de los que saben que el amanecer puede ser el último, con la ternura de los que han bailado con la parca y han decidido abrazarse en la antesala del abismo. Fue un acto de rebeldía absoluta, una comunión de almas y de cuerpos que trascendía las leyes de los hombres y los dogmas de la Iglesia. En la penumbra del campamento, bajo el dosel de estrellas que se filtraba entre las copas de los árboles, fuimos reyes y reinas de un imperio

efímero, forjando recuerdos que ni el fuego ni la espada podrían borrar.

Al octavo día, el valle se abrió ante nosotros, revelando un paisaje que desafiaba toda comprensión cristiana. No era el desierto de sal que Ixpan había descrito, sino un paraíso escondido en las entrañas de las montañas: un valle fértil, rodeado por acantilados de roca roja, con un arroyo de aguas cristalinas que cruzaba el centro y alimentaba un lago pequeño donde los peces nadaban en cardas plateadas. La tierra era negra y rica en humus, y los árboles frutales silvestres ofrecían manzanas, peras y ciruelas en abundancia. El aire, fresco y puro, olía a pino y a tierra mojada, y el cielo se llenaba de estrellas tan brillantes que parecían al alcance de la mano.

—Este lugar se llama el Valle de los Espíritus Dormidos —explicó Ixpan, señalando hacia los acantilados que nos rodeaban—. Mis ancestros cazaron aquí antes de que los hombres blancos llegaran con sus cruces y sus espadas. Los espíritus de la montaña son antiguos y poderosos. Si les mostramos respeto, nos protegerán.

Elegimos aquel valle para establecer nuestro nuevo hogar. No era una fortaleza, ni una encomienda, ni un palenque de guerra. Era un santuario, un refugio donde la codicia de los hombres no podía alcanzarnos, donde la Inquisición no podía encender sus hogueras, donde la peste del Marqués no podía devorar nuestras almas.

La construcción del asentamiento fue una obra de comunidad y de supervivencia. Los cimarrones, con su conocimiento de las técnicas de construcción africanas, levantaron chozas de adobe y paja con techos inclinados para resistir las lluvias torrenciales. Los guerreros de Ixpan, maestros en el arte de la carpintería indígena, tallaron vigas de cedro y puentes de madera que conectaban las diferentes zonas del asentamiento. Yo, a pesar de la infección que consumía mi cuerpo, participé en la siembra de los campos, plantando maíz, frijoles y calabazas que crecieron con una rapidez milagrosa bajo el sol benévolo de las alturas. Cada movimiento era una tortura, cada gota de sudor que se deslizaba por mi frente era

un recordatorio de que mi tiempo se agotaba, pero la furia de vivir, el amor por Yahya y por Elvira, me mantenían en pie.

Yahya estableció su botica en una cueva natural que se abría en la ladera de la montaña, cuyas paredes estaban cubiertas de musgo y helechos que goteaban agua fresca. Allí, rodeado de frascos de cristal y morteros de piedra, el morisco preparaba los remedios que curaban las fiebres, las heridas y los males del alma. Yo lo ayudaba en su trabajo, aprendiendo de él los secretos de las plantas de las montañas, y juntos fusionábamos la medicina de la vieja Europa con la sabiduría ancestral de las tierras americanas.

Las noches en el Valle de los Espíritus Dormidos eran un regalo de los dioses. El aire, fresco y puro, olía a pino y a tierra mojada, y el cielo se llenaba de estrellas tan brillantes que parecían al alcance de la mano. Yahya y yo nos sentábamos junto al fuego de la hoguera central, con Elvira dormida en nuestros regazos, y contemplábamos el espectáculo celestial en silencio. En aquellos momentos, el mundo exterior, con sus inquisidores y sus virreyes, con sus encomenderos y sus esclavistas, dejaba de existir. Solo éramos nosotros, dos almas que habían encontrado en la geografía de las montañas el refugio que los hombres les habían negado.

—¿Crees que algún día podremos vivir sin miedo, Yahya? —le pregunté una noche, mientras las llamas de la hoguera danzaban en sus ojos ámbar.

El morisco me tomó de la mano, sus dedos ásperos acariciando los míos con una ternura que me deshizo por dentro.

—El miedo es la sombra del amor, Catalina —respondió con voz suave—. Mientras amemos, temeremos perder lo que amamos. Pero el miedo no es nuestro enemigo. Es el recordatorio de que la vida vale la pena ser vivida.

Me acerqué a él y apoyé mi cabeza en su pecho, escuchando el latido firme de su corazón. En aquel instante, supe que no importaba si los ejércitos del rey llegaban a las montañas, si la Inquisición enviaba a sus sabuesos a cazarnos, si el mundo entero se conjuraba para destruirnos. Mientras respiráramos, mientras nuestros pechos



se alzarán al unísono, mientras nuestras manos se buscarán en la oscuridad, seríamos libres.

La paz del valle duró tres lunas. Tres lunas en las que Elvira creció fuerte y sana, corriendo descalza por los prados y aprendiendo de los guerreros indígenas el arte de la caza y el respeto por los espíritus de la montaña. Tres lunas en las que los campos dieron sus primeros frutos, y las chozas se llenaron del aroma a pan de maíz y a caldo de venado. Tres lunas en las que Yahya y yo nos amamos con la intensidad de los que saben que cada día puede ser el último, forjando recuerdos que ni el fuego ni la espada podrían borrar.

Y durante aquellas tres lunas, la infección que el Marqués había sembrado en mi cuerpo comenzó a retroceder. Las venas negras, que habían alcanzado mi hombro, palidecieron lentamente, retrocediendo hacia mi muñeca. El dolor existencial, ese fuego frío que me susurraba al oído que mi cuerpo ya no me pertenecía, se apagó como una brasa que el viento de la montaña había logrado extinguir. La raíz del olvido, que Ixpan había traído de las tierras del sur después de una expedición de veinte días, había purificado mi sangre, devolviéndome la vida que el tirano había intentado arrebatarme.

Pero el destino, ese tejedor implacable de hilos sangrientos, no había terminado con nosotros.

Fue al amanecer del noventa y un día, cuando la bruma matutina aún cubría el valle con un sudario de algodones sucios, cuando los vigías de Ixpan divisaron la columna de jinetes que ascendía por el sendero de la montaña. No eran los salvajes de las tierras lejanas, ni los cimarrones fugitivos que buscaban refugio. Eran hombres blancos, vestidos con jubones de acero y morriones relucientes, que marchaban en formación disciplinada bajo el estandarte de la Corona de Castilla.

Ixpan descendió de la atalaya con el rostro demudado por la gravedad del mensajero.

—Son veinte jinetes, acompañados por un séquito de sirvientes y cargadores —pronunció el cacique, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. No son soldados de los Tercios. Son emisarios del Virrey. Traen pergaminos sellados con el sello real.

Yahya se incorporó de un salto, empuñando su arco de tejo con la celeridad del felino que acecha.

—¿Qué quieren? —inquirió el morisco, sus ojos ámbar entornados por la desconfianza.

—No lo sé —respondió Ixpan—. Pero traen una bandera blanca. Vienen bajo parlamento.

La mención de la bandera blanca me heló la sangre. En las leyes de la guerra, la bandera blanca era sagrada. Significaba que los emisarios venían con un mensaje de paz, o al menos con una propuesta de negociación. Pero yo conocía la crueldad de los hombres blancos, su capacidad para traicionar incluso los juramentos más sagrados.

—Que entren —ordené, con la voz firme, aferrando la empuñadura de la Tizona—. Pero que nadie desenvaine el acero hasta que yo lo ordene. Si nos traicionan, que los espíritus de la montaña sean testigos de su perfidia.

Los emisarios del Virrey entraron en el asentamiento al mediodía. Eran veinte hombres, vestidos con jubones de brocado negro y sombreros de ala ancha adornados con plumas de avestruz. A su frente cabalgaba un hombre de estatura mediana y rostro afilado, cuyos ojos, del color del hielo derretido, escrutaban el valle con la frialdad de un buitre que sobrevuela un camposanto. En sus manos portaba un pergamino sellado con lacre rojo, ostentando el escudo de Castilla y León.

—Doña Catalina de Mendoza —pronunció el emisario, desmontando con la parsimonia de quien sabe que posee el poder absoluto—. Soy Don Alonso de Contreras, oidor de la Real Audiencia de Santa Fe. Vengo en nombre de Su Majestad el Rey Don Felipe II

para comunicaros los designios de la Corona respecto a vuestra persona y a la de vuestro... compañero.

La mención de Yahya fue dicha con un desdén que me hizo hervir la sangre. Pero mantuve la compostura, recordando las lecciones de la cortesía castellana que me habían inculcado en los salones de Cádiz.

—Hablad claro, señor oidor —repliqué, con la voz fría como el acero—. ¿Qué quiere la Corona de una mujer excomulgada y proscrita?

Don Alonso de Contreras soltó una risita ahogada, desenvolviendo el pergamino con un gesto teatral.

—La Corona, en su infinita misericordia, ha decidido perdonar vuestras culpas, Doña Catalina —pronunció el oidor, leyendo del documento con voz monótona—. Se os ofrece un indulto real, con la condición de que entreguéis al hereje Yahya al-Jawhari a la justicia del Santo Oficio, y de que regreséis a España para cumplir penitencia en un convento de clausura.

La oferta era una trampa. Lo supe con la certeza absoluta que otorga el instinto de supervivencia. Si entregaba a Yahya, lo enviarían a la hoguera. Si regresaba a España, me encerrarían en un convento hasta el fin de mis días. Era una sentencia de muerte lenta, una forma de eliminarnos sin manchar las manos de sangre.

Miré a Yahya, y en sus ojos ámbar leí la misma determinación que ardía en mi pecho. No había rendición posible. Solo la lucha, la astucia, y la promesa silenciosa de que preferíamos morir en las montañas que vivir de rodillas ante los hombres que nos habían destruido.

—Decid a vuestro Virrey que su misericordia apesta a podredumbre —espeté, desenvainando la espada con un movimiento que hizo chisporrotear el acero—. Que si quiere nuestras cabezas, venga a buscarlas. Pero que sepa que las montañas no perdonan a los que osan desafiar a los espíritus de la sierra.

Don Alonso de Contreras palideció bajo su tez rubicunda. Hizo un gesto a sus hombres, que desenvainaron las espadas con la celeridad de los profesionales.

—Entonces, Doña Catalina, habéis sellado vuestra condena —musitó el oidor, retrocediendo hacia su caballo—. Que Dios os condene en la otra vida, porque en esta ya camináis con un pie en el averno.

Los emisarios del Virrey partieron al galope, dejando tras de sí una estela de polvo y amenazas. Yo me quedé de pie en el centro del asentamiento, con la espada aún desenvainada, contemplando cómo desaparecían en la curva del sendero. Sabía que no era el fin. Era solo el comienzo de una nueva guerra, una guerra que nos enfrentaría no solo a los hombres blancos, sino a la Corona misma, a la Iglesia y a todo el poder del imperio más vasto que el mundo había conocido.

Yahya se acercó a mí, tomando mi rostro entre sus manos.

—Hemos sellado nuestro destino, mi amor —susurró, besando mis labios con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada—. Ahora, solo nos queda luchar.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo la furia de una madre, el honor de una Mendoza y el amor de una mujer se fundían en un acero indestructible en mi pecho. No había espada toledana que pudiera cortar las cadenas de nuestro destino. No había botica que pudiera curar las heridas de nuestra alma. Pero había algo que los emisarios del Virrey no habían previsto: la alianza entre una noble castellana, un cacique de las tierras lejanas y doscientos proscritos que no tenían nada que perder.

—Que vengan —susurré, alzando la hoja hacia el cielo plomizo de las montañas—. Que vengan todos. Porque esta noche, la sangre de los Mendoza va a teñir de rojo las aguas del arroyo.

Y mientras el sol se ocultaba tras los picos de la sierra, sumergiendo el valle en las tinieblas, supe que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Porque ahora, no

solo luchábamos contra el Marqués de la Sangre, contra los encomenderos y contra los salvajes de las tierras lejanas. Ahora, luchábamos contra la Corona, contra la Iglesia y contra el mundo entero.

Pero lo que yo no sabía, lo que ninguno de nosotros podía imaginar en aquel instante de furia y determinación, era que la verdadera amenaza no vendría de los ejércitos del Virrey, ni de los sabuesos de la Inquisición. Vendría de alguien que había caminado a nuestro lado, que había compartido nuestro pan y nuestro fuego, que había jurado lealtad a nuestra causa. Alguien cuyo rostro conocíamos, cuya traición sería más cruel que cualquier espada toledana, y cuya sombra se extendería sobre nuestro refugio como un sudario de muerte.

Porque mientras el sol se ocultaba tras las montañas, y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo, una figura se deslizaba entre las sombras del campamento, llevando en sus manos un pergamino sellado con lacre negro. Y en ese pergamino, escrito con tinta roja y firmado con un nombre que helaría la sangre de cualquiera que lo leyera, estaba el destino de todos nosotros.

Yo, que había sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo, a la peste y a la locura, no podía imaginar que la mayor traición estaba a punto de estallar en el corazón de nuestro santuario, convirtiendo el Valle de los Espíritus Dormidos en el escenario de una masacre que desafiaría toda comprensión humana.

## CAPÍTULO 27: LA SOMBRA DE LA INQUISICIÓN Y EL VENENO DE LA TRAICIÓN

La figura que se deslizaba entre las sombras del campamento no era un extraño. Era Antón, el gigante cimarrón que había forjado mi Tizona, el hombre que había jurado lealtad a nuestra causa con sangre y acero. Sus pasos, habitualmente tan firmes y seguros como los de un roble centenario, ahora se movían con la vacilación de quien carga un peso insoportable en el alma. En sus manos, el pergamino sellado con lacre negro parecía arder con una luz propia, proyectando sombras danzantes sobre su rostro curtido por mil batallas.

—Mi señora —murmuró Antón, arrodillándose ante mí con la cabeza gacha, su voz grave resonando como el tañido de una campana fúnebre—. Perdonad mi osadía. Pero este mensaje ha llegado hace una hora, traído por un mensajero que no quiso revelar su rostro. Dice que debe llegar a vuestras manos antes del amanecer, o la muerte nos alcanzará a todos.

Tomé el pergamino con manos temblorosas. El lacre negro estaba grabado con el escudo del Santo Oficio, pero debajo, en tinta roja, había un símbolo que me heló la sangre: la cruz invertida del Marqués de la Sangre. Sin embargo, el Marqués estaba muerto, consumido por las llamas en el fondo del barranco. ¿Quién podía enviar un mensaje con su sello?

Rompí el lacre con un gesto brusco y desplegué el pergamino. La caligrafía era elegante, cuidada, propia de un hombre educado en las mejores universidades de Europa. Pero las palabras que contenía eran una sentencia de muerte.

"Doña Catalina de Mendoza: Sabed que vuestra traición a la Corona y a la fe verdadera ha llegado a oídos de Su Majestad el Rey Don Felipe II. Por decreto del Santo Oficio y de la Real Audiencia de

Santa Fe, quedáis arrestada por los delitos de herejía, apostasía, trato con infieles y rebelión contra la autoridad legítima. El emisario real, Don García de Mendoza y Pimentel, primo hermano de vuestro difunto esposo Don Rodrigo, llegará al amanecer con una comitiva de veinte soldados. Si intentáis huir, vuestra hija será ejecutada. Si intentáis resistiros, vuestro amante sarraceno será enviado a las galeras. Entregaos voluntariamente, y quizás la misericordia de Dios y del Rey os conceda una muerte rápida."

Firmado con una caligrafía elaborada: Fray Bartolomé de Esteban, Inquisidor General de Tierra Firme.

El mundo dejó de girar. Don García de Mendoza y Pimentel. El primo de Rodrigo. El hombre que había heredado el título de los Mendoza tras la muerte de mi esposo, el hombre que había intentado despojarme de mis propiedades en Cádiz antes de que el asalto de los mercenarios me arrebatara todo. Ahora venía por mí, con el poder de la Corona y de la Inquisición respaldando su codicia.

—¿Qué dice el pergamino, mi señora? —preguntó Antón, alzando la vista con los ojos brillantes por la preocupación.

Le entregué el documento en silencio. El gigante lo leyó, y su rostro, habitualmente impasible, se transformó en una máscara de furia contenida. Sus enormes manos se cerraron en puños del tamaño de yunques, y las venas de su cuello se hincharon como cuerdas de arco.

—Don García de Mendoza —gruñó el cimarrón, escupiendo al suelo con desprecio—. El mismo que intentó venderos como esclava en los mercados de Sevilla cuando vuestro esposo partió hacia las Indias. El mismo que ahora viene a reclamar vuestra cabeza y vuestras tierras.

—No viene solo por mis tierras —respondí, con la voz fría como el acero, sintiendo cómo la furia de una madre y el honor de una Mendoza se fundían en un pecho que ya no conocía el miedo—. Viene porque sabe que si me captura, si me lleva encadenada a España, demostrará ante el mundo que los Mendoza cayeron en la

herejía y la traición. Será el heredero legítimo de todo cuanto poseíamos, y nadie podrá cuestionar su derecho.

Yahya se acercó, su rostro pálido por la fiebre, pero sus ojos ámbar brillando con una determinación que desafiaba a la muerte. Tomó el pergamino de mis manos y lo leyó en silencio. Cuando alzó la vista, supe que había comprendido la magnitud de la traición.

—Don García es primo de Rodrigo, pero también es cuñado del Virrey del Perú —murmuró el morisco, con la voz grave y pausada—. Si viene con veinte soldados, no es para arrestarnos. Es para masacrarnos y dejar testimonios falsos de que morimos resistiéndonos a la justicia del Rey.

Ixpan, que había escuchado la conversación en silencio, se adelantó con paso silencioso. El cacique de las tierras lejanas, cuyo rostro estaba pintado con las marcas de guerra de su linaje, observó el pergamino con sus ojos oscuros, inescrutables como pozos sin fondo.

—Los espíritus del viento han traído noticias durante la noche —pronunció Ixpan, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Don García de Mendoza no viene solo. Trae consigo a cien arcabuceros de los Tercios, escondidos en las colinas al sur del valle. Los veinte soldados que vendrán al amanecer son solo la vanguardia. El resto espera la señal para atacar.

La revelación cayó sobre nosotros como una losa de mármol. No era un arresto. Era una emboscada. Don García venía a masacrarnos a todos, a dejar el valle bañado en sangre, y luego presentaría el informe al Virrey diciendo que los proscritos habían muerto resistiéndose a la justicia de la Corona.

—¿Cuántos guerreros podemos reunir? —pregunté, desenvainando la espada y sintiendo cómo el acero negro bebía la luz de las estrellas.

—Treinta —respondió Ixpan, con la gravedad del guerrero que conoce el precio de la sangre—. Los demás están cuidando a las



mujeres, a los niños y a los heridos. Si atacamos a cien arcabuceros en campo abierto, moriremos todos.

—Entonces no lucharemos en campo abierto —sentenció Yahya, sus ojos ámbar entornados por la astucia del estratega—. Conocemos el valle. Conocemos cada sendero, cada roca, cada escondite. Si logramos dividir sus fuerzas, si logramos atraer a la vanguardia hacia el bosque y emboscar al resto en los desfiladeros, quizás podamos sobrevivir.

—¿Y si no? —pregunté, mirando hacia la choza donde Elvira dormía, ajena a la tormenta que se cernía sobre nosotros—. ¿Qué será de nuestra hija si caemos?

Yahya me tomó del rostro, sus dedos ásperos acariciando mis mejillas con una ternura que me deshizo por dentro.

—Si caemos, Zaira la llevará a las montañas del sur, a las tierras que los españoles temen pisar —murmuró el morisco, besando mis labios con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas—. Vivirá. Recordará nuestro amor. Y algún día, cuando sea mujer, vengará nuestra muerte.

La promesa era tan cruel como necesaria. La conocía, la aceptaba, y la amaba por su honestidad brutal. En aquel instante, mientras las estrellas brillaban sobre el valle y el viento nocturno traía el olor de la traición que se acercaba, supe que no había vuelta atrás. O luchábamos con la furia de los condenados, o moríamos como perros a los pies de los hombres que nos habían destruido.

—Preparad las armas —ordené, alzando la voz para que resonara en cada rincón del campamento, atrayendo las miradas de los guerreros que se agolpaban en las sombras—. Que los cimarrones se oculten en el bosque del norte. Que los guerreros de Ixpan ocupen los desfiladeros del sur. Que las mujeres y los niños sean llevados a las cuevas más profundas. Y que Zaira prepare a Elvira para la huida.

Los hombres se movieron con la rapidez y el sigilo de los que han aprendido que la supervivencia depende de la disciplina y la astucia.

En cuestión de minutos, el campamento estaba vacío, las hogueras apagadas, y los guerreros ocultos en las sombras del bosque y los riscos. Solo quedábamos Yahya, Ixpan y yo, de pie en el centro del asentamiento, esperando la llegada del amanecer y de la muerte.

Cuando los primeros rayos del sol comenzaron a teñir de rojo las cumbres de las montañas, el sonido de los cascos de los caballos rompió el silencio del valle. Veinte jinetes, vestidos con jubones de acero bruñido y morriones relucientes, emergieron del sendero del sur. A su frente cabalgaba un hombre de estatura imponente, con un jubón de terciopelo carmesí bordado con hilo de oro. Su rostro, surcado por la cicatriz de un arcabuzazo, era el rostro de la codicia y la crueldad encarnadas.

Don García de Mendoza y Pimentel. El primo de Rodrigo. El heredero de mi desdicha.

El hombre detuvo su caballo en el centro del asentamiento vacío, sus ojos oscuros escrutando las chozas abandonadas con una mezcla de sorpresa y furia. Luego, su mirada se posó en nosotros, y una sonrisa lenta y cruel se dibujó en sus labios.

—Doña Catalina de Mendoza —pronunció Don García, desmontando con la parsimonia de quien sabe que posee el poder absoluto—. Veo que habéis recibido mi mensaje. Y veo que habéis decidido no entregaros voluntariamente. Una lástima.

—No os debo nada, Don García —repliqué, con la voz fría como el acero, dando un paso al frente con la Tizona desenvainada—. Ni obediencia, ni lealtad, ni respeto. Sois un buitres que se alimenta de la desdicha ajena, y habéis venido a reclamar vuestra parte del botín.

Don García soltó una risa seca, carente de humor, que resonó en las paredes de roca del valle.

—Sois una mujer inteligente, prima —musitó el hombre, acariciando el pomo de su espada con el índice—. Sabéis que no podéis vencer a cien arcabuceros de los Tercios. Sabéis que si resistís, moriréis vos, vuestro amante sarraceno, y vuestra hija. Pero

si os entregáis, si firmáis la confesión de herejía y apostasía que he traído preparada, os prometo una muerte rápida. Y os prometo que vuestra hija será criada en un convento de Sevilla, donde al menos tendrá techo y comida.

La oferta era una trampa. Lo supe con la certeza absoluta que otorga el instinto de supervivencia. Si firmaba la confesión, me enviarían a la hoguera de todos modos, pues la Inquisición no perdonaba a los herejes reincidentes. Y Elvira sería criada como esclava en un convento, su espíritu quebrantado por el látigo y la humillación.

—Preferiría morir mil veces antes que firmar vuestra maldita confesión —espeté, alzando la espada hacia su pecho—. Y preferiría que mi hija muriera en mis brazos antes que verla criada por los perros de la Inquisición.

Don García entornó los párpados, y una sombra de decepción cruzó su rostro. Hizo un gesto con la mano, y los veinte soldados desenvainaron sus espadas con un movimiento sincronizado.

—Entonces, prima, habéis sellado vuestra condena —musitó el hombre, retrocediendo hacia su caballo—. Que Dios os condene en la otra vida, porque en esta ya camináis con un pie en el averno.

Pero antes de que pudiera montar y dar la orden de ataque, un estruendo colosal sacudió los cimientos del valle. No fue el sonido de un cañonazo, ni el de un arcabuz. Fue el rugido de cientos de gargantas humanas, un aullido colectivo que heló la sangre de los soldados y encendió el fuego de la rebelión en los ojos de los guerreros ocultos.

Desde el bosque del norte, los cimarrones emergieron como una marea de sombras y acero, sus machetes y arcabuces reluciendo a la luz del amanecer. Desde los desfiladeros del sur, los guerreros de Ixpan lanzaron una lluvia de flechas que llovió sobre los soldados como una tormenta de muerte. El caos estalló en el valle, los gritos de los moribundos se mezclaron con el estruendo de los arcabuces y el choque del acero contra el acero.

Don García, al ver que sus hombres eran masacrados, intentó huir hacia el sendero del sur. Pero yo ya estaba sobre él. Con un movimiento que desafiaba la fatiga de mis músculos, me abalancé sobre el primo de Rodrigo y hundí la espada sagrada en su pecho. El acero penetró el jubón de terciopelo y el corazón del hombre con un sonido húmedo y nauseabundo.

Don García soltó un gorgoteo ahogado, sus ojos desorbitados por la sorpresa y el dolor. Cayó de rodillas, escupiendo sangre sobre la tierra del valle, y me miró con una expresión de incredulidad que me partió el alma.

—No... no podéis... —balbuceó, con la voz quebrada por la agonía—. Soy... primo del... Virrey... Si me matáis... la Corona... os cazaré... hasta el fin... del mundo...

—Que me cacen —respondí, con la voz firme, retorciendo la hoja en su pecho—. Que me cacen hasta el fin del mundo. Porque mientras respire, mientras mi espada pueda cortar, ningún hombre blanco volverá a tocar a mi hija ni a mi amor.

Don García exhaló su último aliento, y su cuerpo se desplomó sobre la tierra, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí el jubón carmesí. A mi alrededor, la batalla continuaba, los cimarrones y los guerreros de Ixpan masacrando a los últimos supervivientes de la vanguardia de Don García.

Pero la victoria no estaba completa. Desde las colinas del sur, el sonido de los tambores de los Tercios comenzó a marcar el paso de la muerte. Los cien arcabuceros, al escuchar los gritos de sus compañeros, descendían hacia el valle con la disciplina implacable de los veteranos de Flandes.

Yahya se acercó a mí, su rostro pálido por la fiebre, pero sus ojos ámbar brillando con una determinación que desafiaba a la muerte.

—Hemos matado a la vanguardia —jadeó el morisco, limpiando la sangre de su espada en el sayal de un muerto—. Pero los cien arcabuceros aún están por llegar. Si nos quedamos a luchar en el valle, moriremos todos.

Miré hacia las colinas, donde las filas de los Tercios comenzaban a desplegarse con la precisión de una máquina de guerra. Miré a Yahya, cuyo cuerpo temblaba por la fiebre y el veneno. Miré hacia las cuevas donde Elvira estaba escondida con Zaira. Y supe que no había otra opción.

—Debemos huir —sentencié, con la voz firme, tragándome el orgullo y la rabia—. Debemos abandonar el valle y adentrarnos en los territorios inexplorados del sur. Don García ha muerto, pero su legado de codicia y crueldad aún vive en los hombres de la Corona. No podremos detenerlos. Solo podremos escapar de ellos.

Ixpan se acercó, su rostro impasible pero sus ojos oscuros reflejando una gravedad que me desgarró el alma.

—Las tierras del sur pertenecen a los señores del viento y a los demonios de la sal —pronunció el cacique, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Ningún hombre blanco ha sobrevivido a la travesía del gran desierto blanco. Los espíritus de la sequía devoran la carne y calcinan el alma.

—Entonces será nuestro aliado —respondí, con una firmeza que no admitía réplica—. Don García y sus arcabuceros no se adentrarán en un infierno de sal y espinas. Nosotros sí. Porque en esas tierras yermas, según los mapas antiguos que Yahya ha estudiado, crece la raíz del olvido. El único remedio para las heridas que el alma no puede curar.

Mientras los primeros arcabuceros de los Tercios comenzaban a descender por las colinas, sus mosquetes apuntando hacia el valle, eché a caminar hacia el sendero del sur, con Yahya a mi lado y la Tizona desenvainada. La batalla por la supervivencia no había terminado. Solo había entrado en su fase más peligrosa. Porque ahora, no solo luchábamos contra el Marqués de la Sangre, contra los encomenderos y contra los salvajes de las tierras lejanas. Ahora, luchábamos contra la Corona, contra la Inquisición y contra el mundo entero.

Y estábamos dispuestos a teñir de rojo las arenas del desierto, aunque tuviéramos que caminar sobre nuestra propia sangre para

lograrlo.

Pero mientras el sol comenzaba a teñir de rojo las cumbres de las montañas, y los arcabuceros de los Tercios entraban en el valle vacío, una sombra se deslizaba entre las rocas, observándonos con ojos que brillaban con una luz sobrenatural. Era una figura encapuchada, cuyo rostro estaba oculto bajo la capucha de un manto negro. En sus manos, sostenía un pergamino sellado con lacre negro, y en sus labios, una sonrisa que prometía una venganza que trascendía la muerte.

Porque Don García de Mendoza no era el único que había venido a cazarnos. Había alguien más, alguien que había caminado a nuestro lado, que había compartido nuestro pan y nuestro fuego, que había jurado lealtad a nuestra causa. Alguien cuyo rostro conocíamos, cuya traición sería más cruel que cualquier espada toledana, y cuya sombra se extendería sobre nuestro camino como un sudario de muerte.

Y mientras los arcabuceros de los Tercios registraban el valle, buscando nuestros cuerpos entre los cadáveres de la vanguardia, la figura encapuchada se giró hacia el norte, hacia las montañas que se recortaban contra el cielo rojizo del amanecer. Y con un movimiento suave y deliberado, arrojó el pergamino al viento, dejando que las palabras escritas en tinta roja volaran hacia nosotros como una maldición que no conocía la piedad.

Porque la verdadera amenaza no había muerto con Don García. La verdadera amenaza acababa de comenzar.

## CAPÍTULO 28: EL JUICIO DE DIOS Y LA DEFENSA DE LA LOBA

La figura encapuchada que había observado nuestra huida desde las rocas del valle no era un espectro de la venganza, ni un demonio de la selva. Era, como comprendí con horror cuando su rostro fue descubierto por la luz de las antorchas en la madrugada siguiente, fray Bartolomé de Esteban, el inquisidor general de Tierra Firme, el mismo hombre que había condenado a Yahya a las galeras y que había firmado mi excomunión en Nombre de Dios. El inquisidor no había venido solo. Tras la emboscada de Don García, sus agentes secretos, infiltrados entre los cimarrones desde hacía semanas, habían actuado con la precisión de una serpiente que muerde el talón. Mientras los arcabuceros de los Tercios registraban el valle, los traidores internos habían envenenado las cantimploras de nuestros guerreros y habían entregado a Yahya, debilitado por la fiebre, a los familiares del Santo Oficio.

Yo misma caí en la trampa al regresar al campamento buscando a mi amado, creyendo que los cimarrones leales aún podrían rescatarlo. Las cadenas de hierro, frías y pesadas como la losa de un sepulcro, mordieron mis muñecas antes de que pudiera desenvainar la Tizona, que fue arrebatada de mi cintura por manos traicioneras. Elvira, que había sido sacada de la cueva por Zaira en medio del caos, lloraba en brazos de una de las sirvientas del inquisidor, mientras yo era arrastrada hacia un carruaje blindado que nos llevaría, a Yahya y a mí, hacia Santa Fe de Tierra Firme, la ciudad donde la Real Audiencia y el Santo Oficio compartían el poder absoluto.

El viaje duró quince días. Quince días de traqueteo sobre caminos de montaña, de comida rancia y agua turbia, de cadenas que me mordían las muñecas hasta hacerlas sangrar, de la mirada febril de Yahya, postrado en el rincón del carruaje con las venas negras de la

peste volviendo a palpar bajo su piel por falta de los ungüentos que yo misma le preparaba. Pero lo que más me torturaba no era el dolor físico, ni el miedo a la hoguera, sino la certeza de que Elvira había sido separada de mí y enviada a un convento de monjas dominicas, donde las hermanas se encargarían de borrar de su memoria el recuerdo de su madre hereje y de su padre sarraceno.

Al fin, las torres de Santa Fe de Tierra Firme se alzaron ante nosotros como dedos acusadores contra el cielo plomizo de la tarde. La ciudad, construida sobre los cimientos de un antiguo poblado indígena, era una fortaleza de piedra y adobe, con calles empedradas y casas de techos rojos que se apiñaban alrededor de la plaza mayor. En el centro se alzaba la catedral, cuya fachada barroca contrastaba con la rusticidad del entorno, y junto a ella, el palacio de la Real Audiencia, con sus balcones de madera tallada y sus ventanas enrejadas que parecían ojos vigilantes.

Nos condujeron directamente al salón del tribunal, una estancia vasta y solemne cuyas paredes estaban cubiertas de tapices flamencos que representaban escenas del Juicio Final. En el centro, sobre un estrado de madera de caoba, se sentaban los tres jueces que habrían de decidir nuestro destino: a la derecha, fray Bartolomé de Esteban, el inquisidor, con su túnica negra y su escapulario blanco, el rostro afilado como el de un buitre; en el centro, Don Fernando de Luján, el oidor principal de la Real Audiencia, un hombre de rostro rubicundo y ojos pequeños y brillantes; y a la izquierda, fray Luis de Zapata, el arzobispo de Santa Fe, un anciano de barba blanca y mirada serena, cuyas manos descansaban sobre un crucifijo de marfil.

La presencia del arzobispo fue la primera sorpresa. Según las leyes de la Corona, el ordinario del lugar, es decir, el obispo o arzobispo de la diócesis, tenía derecho a presidir los juicios de herejía antes de que el Santo Oficio pronunciara sentencia. Yahya, en su sabiduría, había invocado aquel derecho desde las mazmorras donde estábamos presos, enviando una petición formal a través de un notario que aún conservaba un resto de decencia. Fray Luis de Zapata, conocido por su oposición a los métodos brutales de la



Inquisición, había aceptado presidir el tribunal, quizás con la esperanza de moderar la crueldad del inquisidor.

El salón estaba repleto de espectadores: nobles de la ciudad, mercaderes enriquecidos con el oro de las minas, sacerdotes de órdenes diversas, y una multitud de curiosos que habían acudido a presenciar el espectáculo de la condenación de los herejes. El aire olía a incienso, a cera derretida y a sudor humano, una mezcla nauseabunda que me revolvió las entrañas. Me obligaron a arrodillarme en el centro de la sala, con las cadenas tintineando a cada movimiento, mientras Yahya era colocado a mi lado, sostenido por dos guardias que lo mantenían en pie más por el miedo a que cayera muerto que por cualquier consideración humana.

—Doña Catalina de Mendoza, viuda de Don Rodrigo de Mendoza, y Yahya al-Jawhari, también conocido como Alí ibn Sahl, médico de Córdoba y líder de los moriscos rebeldes —pronunció fray Bartolomé de Esteban, su voz resonando en la bóveda del salón como el tañido de una campana fúnebre—. Habéis sido acusados por el Santo Oficio de los delitos de herejía, apostasía, trato con infieles, rebelión contra la autoridad legítima de Su Majestad el Rey Don Felipe II, y pacto con los demonios de la selva. ¿Qué tenéis que decir en vuestra defensa?

Me incorporé con lentitud, ignorando el dolor de las cadenas y la fatiga de los quince días de viaje. Miré a los tres jueces, uno por uno, y luego recorrí con la vista el rostro de los espectadores, buscando entre ellos alguna mirada de compasión, algún gesto de humanidad. No encontré nada. Solo curiosidad morbosa, desdén, y el hambre de sangre de los que se alimentan de la desdicha ajena.

—Excelentísimos señores —comencé, con la voz clara y firme, desafiando el temblor de mis rodillas—. Antes de responder a las acusaciones, exijo que se me permita hablar en libertad, sin cadenas que me recuerden que soy tratada como una bestia y no como una súbdita de la Corona.

Fray Bartolomé entornó los párpados, y una sonrisa cruel se dibujó en sus labios.

—Las cadenas son el símbolo de vuestra culpa, Doña Catalina —respondió el inquisidor, con la voz pastosa por la satisfacción—. Solo la confesión y la penitencia podrán liberaros de ellas.

—No he cometido crimen alguno que merezca tales hierros —repliqué, alzando la barbilla con el orgullo de los Mendoza—. Y si este tribunal pretende juzgarme con justicia, que se me trate con la dignidad que mi linaje y mi condición de viuda de un hidalgo de Castilla merecen.

Fray Luis de Zapata, el arzobispo, alzó una mano huesuda y pidió silencio. Sus ojos, de un azul pálido y sereno, se clavaron en los míos con una intensidad que me sorprendió.

—Que se le quiten las cadenas —ordenó el arzobispo, con voz pausada pero firme—. Este tribunal juzgará los delitos, no la condición social de la acusada. Pero que se respete la dignidad de toda persona que comparece ante la justicia de Dios y del Rey.

Los guardias, tras dudar un instante ante la mirada del inquisidor, obedecieron la orden del arzobispo. Las cadenas cayeron al suelo con un estruendo metálico que resonó en el silencio del salón. Me froté las muñecas magulladas, sintiendo cómo la sangre volvía a fluir por mis venas, y me incorporé con la espalda erguida, el rostro limpio de lágrimas, el corazón latiendo con la furia contenida de una loba a la que han arrebatado a sus cachorros.

—Doña Catalina —continuó el arzobispo, con la misma voz serena —, se os acusa de haber mantenido relaciones pecaminosas y heréticas con un morisco apostata, de haber pactado con los indígenas rebeldes de las tierras lejanas, de haber atacado las propiedades de la Corona y de haber asesinado a varios súbditos de Su Majestad, incluido vuestro primo Don García de Mendoza y Pimentel. ¿Reconocéis estos cargos?

Respiré hondo, llenando mis pulmones con el aire viciado del salón, y comencé a hablar. No con las palabras ensayadas de un abogado, ni con las súplicas de una condenada, sino con la verdad desnuda de una mujer que ha recorrido el infierno y ha regresado para contarlo.

—Reconozco haber amado a Yahya al-Jawhari con un amor que ninguna ley humana ni divina puede condenar —comencé, mi voz resonando en las paredes del salón con una claridad que me sorprendió a mí misma—. Reconozco haberme aliado con los indígenas de las tierras lejanas, pues fueron ellos quienes me devolvieron la dignidad que los hombres blancos me habían arrebatado. Reconozco haber atacado las propiedades de la Corona, pero solo aquellas que eran instrumentos de tortura y esclavitud. Y reconozco haber dado muerte a Don García de Mendoza, pero no por traición, sino por justicia, pues el hombre venía a masacrarnos a todos, mujeres y niños incluidos, para apoderarse de mis tierras y de mi honor.

Un murmullo de indignación recorrió el salón. Fray Bartolomé golpeó la mesa con su mazo, exigiendo silencio.

—¡Blasfemias! —bramó el inquisidor, su rostro enrojecido por la ira—. ¡La acusada intenta justificar sus crímenes con palabras seductoras! ¡Es una bruja, una hereje, una perra que ha vendido su alma a los demonios de la selva!

—¡Silencio, fray Bartolomé! —intervino el arzobispo, con una autoridad que hizo callar al inquisidor—. La acusada tiene derecho a defenderse. Continúa, Doña Catalina.

Me giré hacia el arzobispo, y luego hacia los espectadores, buscando en sus rostros alguna chispa de humanidad.

—Señores jueces, nobles de Santa Fe, hombres de la Corona —pronuncié, alzando la voz para que resonara en cada rincón del salón—. Yo no nací en la selva, ni fui criada entre los infieles. Soy Doña Catalina de Mendoza, hija de Don Hernando de Mendoza, gobernador de Cádiz, y nieta de los señores de la casa de Infantado. Fui criada en la fe de Cristo, educada en las letras y en las artes de la cortesía castellana. Fui desposada con Don Rodrigo de Mendoza, un hidalgo honorable que sirvió a Su Majestad en los Tercios de Flandes antes de partir hacia las Indias.

Hice una pausa, dejando que las palabras se asentaran en el silencio del salón. Luego, con la voz quebrada por la emoción,

continué mi relato.

—En la noche del quince de mayo de mil quinientos ochenta y siete, mi palacio en Cádiz fue asaltado por mercenarios brutales. Vi a mi esposo morir degollado frente a mis ojos. Vi a mis servidores masacrados como animales. Fui forzada por el capitán de aquellos desalmados, y luego raptada junto a mi hija pequeña, de apenas cuatro años. Fui embarcada a la fuerza en un galeón que zarpó hacia las Américas, donde fui vendida como mercancía a un encomendero que se hacía llamar el Marqués de la Sangre.

El murmullo del salón se tornó en un silencio sepulcral. Los rostros de los espectadores, antes llenos de desdén, ahora reflejaban la incredulidad y la conmoción. Yo no era la bruja que habían imaginado, ni la hereje que el inquisidor describía. Era una mujer noble, violada, esclavizada, destrozada por la crueldad de los hombres que pretendían representar la civilización y la fe.

—El Marqués de la Sangre no era un simple encomendero —continué, mi voz adquiriendo un tono de acero—. Era un agente del Virrey, encargado de purgar las tierras de indígenas rebeldes y esclavos fugitivos mediante la peste bubónica. Fue él quien infectó las aguas de Nombre de Dios, quien encerró a mi hija en una cripta para usarla como catalizador de la plaga, quien intentó devorar el mundo entero con su codicia y su locura. Yo no me alié con los indígenas por traición a la Corona. Me alié con ellos porque fueron los únicos que me ayudaron a detener la peste, a salvar a mi hija, a vengar la muerte de mi esposo.

Me giré hacia Yahya, que me observaba con los ojos ámbar brillando por la fiebre y las lágrimas contenidas.

—Y en cuanto a Yahya al-Jawhari —pronuncié, mi voz suavizándose al nombrar al hombre que amaba—, no es el líder de los moriscos rebeldes que el inquisidor describe. Es un médico, un hombre de ciencia y de compasión, que ha curado a cientos de enfermos, indígenas y españoles por igual, sin distinguir entre cristianos e infieles. Es el hombre que me devolvió la dignidad cuando yo creía que la había perdido para siempre. Es el padre de la

hija que me arrebataron. Y si amar a tal hombre es un delito, entonces confieso mi culpa, y acepto la pena que este tribunal decida imponerme.

Las palabras cayeron sobre el salón como una lluvia de piedras. El silencio era absoluto, tan denso que podía escucharse el goteo de una vela en algún rincón de la estancia. Fray Bartolomé, pálido como la cera, golpeó la mesa con su mazo, intentando recuperar el control del tribunal.

—¡Falacias! —bramó el inquisidor, su voz quebrada por la ira—. ¡La acusada intenta conmover al tribunal con historias de vírgenes perseguidas! ¡Es una bruja, una seductora, una perra que ha embrujado al sarraceno con artes demoníacas! ¡Exijo que se proceda al interrogatorio con los instrumentos del Santo Oficio!

—¡Silencio, fray Bartolomé! —intervino nuevamente el arzobispo, con una autoridad que hizo temblar las paredes del salón—. Este tribunal no es una carnicería. Aquí se juzga con pruebas, no con gritos. Y las pruebas presentadas por el Santo Oficio son, en su mayoría, testimonios de soldados que participaron en los saqueos de la encomienda, y cartas interceptadas que, según la acusada, fueron falsificadas por el propio Marqués de la Sangre.

Don Fernando de Luján, el oidor principal, se inclinó hacia el arzobispo y susurró algo en su oído. El anciano asintió con gravedad, y luego se giró hacia mí.

—Doña Catalina —pronunció el arzobispo, con la voz pausada—, el tribunal ha escuchado vuestra defensa. Pero hay un cargo que no podéis negar con palabras: el asesinato de Don García de Mendoza y Pimentel, primo del Virrey del Perú y emisario real. Aunque afirmáis que actuasteis en defensa propia, la ley de la Corona es clara: nadie puede ejecutar a un emisario real sin el juicio previo de la Audiencia. ¿Cómo respondéis a este cargo?

Respiré hondo, sintiendo cómo el peso de la sentencia caía sobre mis hombros. Sabía que la muerte de Don García era el cargo más difícil de defender. Pero también sabía que la verdad, por dura que fuera, era mi única arma.

—Excelencia —respondí, con la voz firme—, Don García de Mendoza no vino como emisario real. Vino como un asesino, al frente de cien arcabuceros, con la orden de masacrarnos a todos, mujeres y niños incluidos, para apoderarse de mis tierras y silenciar la verdad sobre la peste que el Marqués de la Sangre había liberado. Yo no lo ejecuté como a un emisario. Lo maté como a un lobo que acechaba a mi hija. Si eso es un delito, entonces acepto la pena. Pero no acepto que se me llame hereje, ni bruja, ni traidora. Porque mientras los hombres de la Corona saqueaban las Indias y esclavizaban a los inocentes, yo luchaba por proteger a los míos. Y si eso es un delito, entonces que Dios me juzgue, porque los hombres ya lo han hecho.

El silencio que siguió a mis palabras fue tan denso que parecía tener textura propia. Los jueces se inclinaron unos hacia otros, susurrando en voz baja. Fray Bartolomé, con el rostro desencajado por la ira, golpeaba la mesa con su mazo, exigiendo la palabra. Don Fernando de Luján, el oidor, observaba el salón con una expresión indescifrable. Y fray Luis de Zapata, el arzobispo, mantenía los ojos cerrados, como si rezara en silencio.

Tras lo que pareció una eternidad, el arzobispo alzó la cabeza y se giró hacia mí.

—Doña Catalina de Mendoza —pronunció, con la voz grave y solemne—, el tribunal se retirará para deliberar. Mientras tanto, seréis conducida a una celda segura, donde aguardaréis la sentencia. Que Dios os ilumine, y que Su Majestad el Rey tenga misericordia de vuestra alma.

Me incorporaron los guardias, y fui conducida fuera del salón, a través de los pasillos del palacio de la Real Audiencia. Los espectadores me observaban con una mezcla de compasión y curiosidad, algunos murmurando entre sí, otros apartando la mirada. Pero en los ojos de algunos, vi algo que no esperaba: respeto. El respeto de los que han escuchado la verdad, y que saben que la justicia de los hombres no siempre coincide con la justicia de Dios.

Al llegar a la celda, me encerraron tras una puerta de roble reforzada con bandas de hierro. La estancia era pequeña, con una ventana enrejada que daba a un patio interior, y un camastro de paja en un rincón. Me senté en el camastro, con el cuerpo agotado y el corazón latiendo desbocado. No sabía qué esperar. La sentencia podía ser la hoguera, las galeras, el exilio, o incluso la absolución. Pero lo que más me torturaba no era el miedo a la muerte, sino la incertidumbre sobre el destino de Yahya y de Elvira.

Horas después, cuando la luz del sol comenzaba a filtrarse por la ventana enrejada, la puerta de la celda se abrió con un chirrido metálico. No era un guardia quien entraba, sino el arzobispo fray Luis de Zapata, acompañado por un notario del tribunal. El anciano se acercó a mí con paso lento, su rostro surcado por la gravedad de la sentencia que traía consigo.

—Doña Catalina —pronunció el arzobispo, con la voz pausada—, el tribunal ha deliberado. Y ha llegado a un veredicto.

Me incorporé con lentitud, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas. El arzobispo extrajo un pergamino de su túnica, y lo desplegó con manos temblorosas.

—Por los delitos de herejía, apostasía, trato con infieles y asesinato de un emisario real —leyó el arzobispo, con la voz quebrada por la emoción—, sois condenada a la pena de muerte en la hoguera. La sentencia será ejecutada mañana al amanecer, en la plaza mayor de Santa Fe, ante los ojos de toda la ciudad.

El mundo dejó de girar. El aire se volvió denso, irrespirable. Sentí cómo las piernas me fallaban, y tuve que apoyarme en la pared de piedra para no caer de rodillas. La hoguera. El fuego purificador. El fin de todo.

—Pero —continuó el arzobispo, alzando la mano para detener mi reacción—, hay algo que debéis saber. Durante vuestra defensa, un testigo se ha presentado ante el tribunal. Un testigo que ha traído pruebas que cambian el rumbo de este juicio.

Miré al arzobispo con los ojos desorbitados, incapaz de articular palabra.

—El testigo es un hombre que afirma ser el verdadero Marqués de la Sangre —pronunció el arzobispo, con una gravedad que me heló la sangre—. Y afirma que el hombre que vos matasteis en el barranco no era el Marqués, sino un impostor. Afirma que el verdadero Marqués está vivo, y que ha venido a Santa Fe para testificar en vuestro favor.

El pergamino se me escapó de las manos, aleteando hasta el suelo como un ave herida. El Marqués de la Sangre estaba vivo. El hombre que había consumido mi vida, que había destruido mi honor, que había intentado sacrificar a mi hija, estaba vivo y en Santa Fe. Y venía a testificar en mi favor.

¿Era una trampa? ¿Una última jugarreta del demonio para arrastrarme al infierno? ¿O era, como el arzobispo parecía creer? ¿la verdad que podía salvarme de la hoguera?

Miré al arzobispo, y en sus ojos azules leí la misma duda que anudaba mi garganta.

—El testigo llegará mañana, antes de la ejecución —murmuró el anciano, con la voz quebrada por la emoción—. Si su testimonio es verdadero, la sentencia será revisada. Si es falso, la hoguera os aguardará al amanecer.

La puerta de la celda se cerró con un estruendo definitivo, dejándome a solas con mis pensamientos y con la certeza de que el destino, en su infinita crueldad, aún no había terminado de jugar conmigo.

Porque si el Marqués de la Sangre estaba vivo, y si venía a testificar en mi favor, ¿cuál era el precio de su misericordia? ¿Qué quería de mí a cambio de salvarme de la hoguera? ¿Y qué sería de Yahya, de Elvira, de los cimarrones y los guerreros de Ixpan, si yo aceptaba el trato del demonio?

Mientras la noche caía sobre Santa Fe, y las campanas de la catedral tañían con la parsimonia de un réquiem, me senté en el



camastro de paja y cerré los ojos, intentando encontrar en la oscuridad la respuesta a la pregunta que me torturaba: ¿era el testigo que llegaría mañana un ángel enviado por Dios, o el último demonio que el Marqués había desatado para devorar mi alma?

Y mientras las estrellas brillaban sobre la ciudad colonial, y los guardias patrullaban los pasillos del palacio de la Real Audiencia, una figura se deslizaba por las sombras de Santa Fe, llevando en sus manos un pergamino sellado con lacre negro. Y en ese pergamino, escrito con tinta roja y firmado con un nombre que helaría la sangre de cualquiera que lo leyera, estaba la verdad sobre el Marqués de la Sangre, una verdad que cambiaría el rumbo del juicio, y que convertiría la plaza mayor de Santa Fe en el escenario de un espectáculo que desafiaría toda comprensión humana.

Porque mañana, al amanecer, la hoguera no sería el fin de mi historia. Sería solo el comienzo de una nueva batalla, una batalla que se libraría no con espadas ni con arcabuces, sino con la verdad y la mentira, con el amor y el odio, con la vida y la muerte.

Pero yo, que había sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo, a la peste y a la locura, estaba dispuesta a enfrentarme al demonio una vez más, aunque tuviera que caminar sobre las brasas de la hoguera para lograrlo.

## CAPÍTULO 29: LA SENTENCIA Y EL ALIADO DE LAS SOMBRAS

La noche en la celda del palacio de la Real Audiencia se extendió como una herida abierta que no cicatriza. Me senté en el camastro de paja, con la espalda apoyada contra la pared de piedra fría, y contemplé cómo la luz de la luna se filtraba por la ventana enrejada, proyectando sombras que danzaban sobre el suelo como los espectros de los condenados que me habían precedido en aquel lugar de tortura. El aire olía a moho, a sudor rancio y a la desesperación acumulada de siglos de injusticia. Cada respiración era un esfuerzo, cada latido de mi corazón un recordatorio de que la vida se me escapaba como el agua entre los dedos.

Pensé en Yahya, encadenado en alguna mazmorra del palacio, su cuerpo consumido por la fiebre y el veneno de la peste que volvía a hacer mella en sus venas. Pensé en Elvira, encerrada en un convento de monjas dominicas, donde las hermanas se encargarían de borrar de su memoria el recuerdo de su madre hereje y de su padre sarraceno. Pensé en Rodrigo, mi dulce y valiente Rodrigo, cuya muerte en el asalto de mi palacio en Cádiz había sido el primer eslabón de la cadena de horrores que me había conducido hasta aquel calabozo. Y pensé en el Marqués de la Sangre, el demonio que había destruido mi vida, que ahora afirmaba estar vivo y venir a testificar en mi favor.

¿Era una trampa? ¿Una última jugarreta del tirano para arrastrarme al infierno antes de morir? ¿O era, como el arzobispo parecía creer? ¿la verdad que podía salvarme de la hoguera? La incertidumbre me torturaba más que el miedo a la muerte. Porque si el Marqués estaba vivo, y si venía a testificar en mi favor, ¿cuál era el precio de su misericordia? ¿Qué quería de mí a cambio de salvarme?

La respuesta llegó antes del amanecer.

El sonido de la puerta de la celda al abrirse me sobresaltó. No era el arzobispo quien entraba, ni un guardia. Era un hombre de estatura mediana, vestido con un jubón de paño oscuro y un sombrero de ala ancha que ocultaba su rostro en la penumbra. En sus manos portaba un pergamino sellado con lacre negro, y sus pasos eran silenciosos, casi fantasmales, mientras se acercaba a mí con la cautela de un hombre que sabe que cada movimiento puede ser el último.

—Doña Catalina de Mendoza —susurró el hombre, con una voz grave y pausada que me resultó vagamente familiar—. Soy yo, el testigo que el arzobispo os ha mencionado. He venido a deciros la verdad antes de que la hoguera consuma vuestro cuerpo y vuestra alma.

Alzó el sombrero, y la luz de la luna iluminó su rostro. Un grito ahogado brotó de mi garganta. No era el Marqués de la Sangre. No era un demonio ni un espectro de la venganza. Era Don Martín de Vargas, el antiguo mayordomo de mi palacio en Cádiz, el hombre que había servido a mi familia durante veinte años, el que me había enseñado a montar a caballo y a recitar los versos de Garcilaso cuando yo era apenas una niña. Lo había dado por muerto en el asalto de los mercenarios, junto con mi esposo y mis servidores. Pero allí estaba, vivo, con el rostro surcado por cicatrices y los ojos hundidos en las órbitas, pero vivo.

—Don Martín —susurré, incorporándome con las piernas temblorosas—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo habéis sobrevivido?

El mayordomo se arrodilló ante mí, tomando mis manos entre las suyas. Sus dedos, ásperos por el trabajo y el tiempo, acariciaron los míos con una ternura que me deshizo por dentro.

—Sobreviví porque me escondí en la bodega del palacio, mi señora —murmuró, con la voz quebrada por la emoción—. Cuando los mercenarios asaltaron la casa, me refugié en el sótano donde guardábamos el vino de Jerez. Escuché los gritos, escuché la muerte de vuestro esposo, escuché cómo os arrastraban fuera del palacio.

Pero no pude hacer nada. Estaba paralizado por el miedo, por la cobardía de un viejo que no supo proteger a su señora.

Las lágrimas comenzaron a surcar mis mejillas, mezclándose con el hollín y la sangre seca de los días anteriores. Don Martín había sido como un padre para mí, el hombre que me había enseñado los secretos de la cocina y los remedios de las hierbas cuando mi madre murió. Y ahora, después de años de creerlo muerto, lo tenía frente a mí, arrodillado en una celda de Santa Fe, con la verdad en sus labios y la esperanza en sus ojos.

—¿Cómo llegasteis a las Indias? —pregunté, tomando su rostro entre mis manos y besando su frente con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada—. ¿Cómo os encontráis aquí, en este infierno?

—Después del asalto, cuando los mercenarios partieron, salí del sótano —respondió Don Martín, con la voz quebrada por el dolor—. El palacio estaba en ruinas, vuestro esposo yacía muerto en el patio, y vuestros servidores yacían degollados en los pasillos. Busqué vuestro cuerpo, mi señora, pero no lo encontré. Supe entonces que os habían raptado, que os habían llevado al puerto. Intenté seguirus, pero era demasiado tarde. El galeón ya había zarpado.

Hizo una pausa, tragando las lágrimas que amenazaban con ahogar su voz. Luego, con la gravedad de un hombre que carga el peso de un secreto inconfesable, continuó su relato.

—Perdí todo, mi señora. El palacio, las tierras, el honor. Don García de Mendoza y Pimentel, el primo de vuestro esposo, se apoderó de cuanto poseíais, presentando documentos falsos que afirmaban que habíais muerto en el mar. Yo intenté denunciarlo, intenté llevar la verdad ante la Real Audiencia de Sevilla, pero nadie me creyó. Un viejo mayordomo sin pruebas ni testigos no podía enfrentarse a un hidalgo de la casa de Infantado. Así que decidí seguir vuestro rastro, cruzar el océano, buscaros en las Indias. Tardé tres años en reunir el dinero para el pasaje, y otros dos en encontraros. Pero cuando llegué a Nombre de Dios, supe que habíais

sido capturada por el Marqués de la Sangre, y que estabais en la encomienda.

—¿Y cómo llegasteis a Santa Fe? —pregunté, con el corazón latiendo desbocado, sintiendo cómo la esperanza comenzaba a abrirse paso en mi pecho como una flor silvestre entre las ruinas.

—Seguí al Marqués —respondió Don Martín, con los ojos brillando por la determinación—. Cuando supe que habíais escapado de la encomienda, cuando supe que habíais matado al tirano en el barranco, comprendí que la verdad sobre sus crímenes podía salvaros. Reuní pruebas, mi señora. Cartas, documentos, testimonios de los sobrevivientes de la peste de Nombre de Dios. Y las traje ante el arzobispo fray Luis de Zapata, el único hombre justo que he encontrado en estas tierras.

Extrajo el pergamino que llevaba en las manos y lo desplegó ante mí. La caligrafía era elegante, cuidada, propia de un hombre educado en las mejores universidades de Europa. Pero las palabras que contenía eran una sentencia de vida para mí y de muerte para los que me habían condenado.

—Este documento —pronunció Don Martín, con la voz firme— es la confesión firmada de Don Lope de Vargas, el capitán de los mercenarios que asaltaron vuestro palacio en Cádiz. Confiesa que fue contratado por Don García de Mendoza y Pimentel para raptaros y venderos como esclava en las Indias. Confiesa que el Marqués de la Sangre no era un simple encomendero, sino un agente del Virrey, encargado de purgar las tierras de indígenas rebeldes mediante la peste bubónica. Y confiesa que Don García de Mendoza y Pimentel, el primo de vuestro esposo, fue el cerebro de la conspiración, el hombre que os arrebató todo y que ahora intentaba arrebatároslo también en las Indias.

El pergamino se me escapó de las manos, aleteando hasta el suelo como un ave herida. La verdad. La verdad que había buscado durante años, la verdad que había intentado arrancar con uñas y dientes de las garras del destino, estaba ahora frente a mí, escrita

con la tinta de la confesión de un hombre que había preferido hablar antes que morir en la hoguera.

—Don Lope de Vargas fue capturado por los cimarrones después de la batalla de la encomienda —continuó Don Martín, con la voz quebrada por la emoción—. Estaba herido, moribundo, pero vivía lo suficiente para confesar sus crímenes ante el arzobispo. Y su confesión, mi señora, es la prueba que necesitabais para demostrar que sois inocente, que actuasteis en defensa propia, que no sois una hereje ni una traidora, sino una víctima de la codicia y la crueldad de los hombres que pretendían representar la justicia de la Corona.

Me arrodillé junto a Don Martín, abrazándolo con una fuerza que me dolía en los músculos. Las lágrimas fluían libremente, lavando el hollín y la sangre de mi rostro, purificando mi alma de la culpa y el dolor de los años anteriores. El mayordomo me devolvió la esperanza, la dignidad, la vida. Y en aquel abrazo, en aquella celda de Santa Fe, supe que no estaba sola, que el amor de Rodrigo, el amor de Yahya, el amor de Elvira, y el amor de un viejo mayordomo que había cruzado el océano para salvarme, eran más fuertes que cualquier hoguera, que cualquier Inquisición, que cualquier sentencia de muerte.

—¿Qué debo hacer, Don Martín? —pregunté, incorporándome y limpiando las lágrimas de mi rostro—. ¿Cómo puedo usar esta confesión para salvarme?

—El arzobispo fray Luis de Zapata ha aceptado revisar la sentencia —respondió el mayordomo, con la voz firme—. Pero necesita que vos misma presentéis la confesión ante el tribunal, que la leáis en voz alta, que la juréis ante Dios y ante los hombres. Solo así, mi señora, podréis demostrar que sois inocente, que actuasteis en defensa propia, que no sois una hereje ni una traidora.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo la furia de una madre, el honor de una Mendoza y el amor de una mujer se fundían en un acero indestructible en mi pecho. Tomé el pergamino de las manos de Don Martín, y lo guardé en el interior de mi jubón, junto al corazón. Luego, me incorporé con la espalda erguida, el rostro limpio

de lágrimas, el corazón latiendo con la furia contenida de una loba que ha encontrado el rastro de su presa.

—Llebadme ante el tribunal —sentencié, con la voz firme, desafiando a la muerte que me acechaba desde las sombras—. Que el arzobispo escuche la verdad. Que los nobles de Santa Fe escuchen la verdad. Que el mundo entero escuche la verdad. Y que Dios me juzgue, porque los hombres ya lo han hecho.

Don Martín asintió con gravedad, y juntos salimos de la celda, cruzando los pasillos del palacio de la Real Audiencia bajo la custodia de dos guardias que nos escoltaban hacia el salón del tribunal. El amanecer comenzaba a teñir de rojo las torres de Santa Fe, y las campanas de la catedral tañían con la parsimonia de un réquiem. Pero yo no temía a la muerte. Temía la mentira, la injusticia, la crueldad de los hombres que pretendían representar la fe y la ley. Y estaba dispuesta a enfrentarme a todos ellos, aunque tuviera que caminar sobre las brasas de la hoguera para lograrlo.

Al llegar al salón del tribunal, el espectáculo que se ofreció ante mis ojos me dejó sin aliento. La estancia estaba repleta de espectadores, más que la víspera. Nobles, mercaderes, sacerdotes, y una multitud de curiosos que habían acudido a presenciar no la ejecución de una hereje, sino el juicio de una mujer que había desafiado a la Corona y a la Inquisición. En el estrado, los tres jueces esperaban con rostros solemnes: fray Bartolomé de Esteban, el inquisidor, con el rostro desencajado por la ira; Don Fernando de Luján, el oidor principal, con una expresión indescifrable; y fray Luis de Zapata, el arzobispo, con los ojos brillando por la esperanza de la justicia.

Me arrodillé en el centro de la sala, con la espalda erguida y el corazón latiendo desbocado. Don Martín se colocó a mi lado, sosteniendo el pergamino de la confesión con manos temblorosas. Fray Bartolomé golpeó la mesa con su mazo, exigiendo silencio.

—¿Qué significa esta farsa? —bramó el inquisidor, su rostro enrojecido por la ira—. ¡La acusada ha sido condenada a la hoguera!

¡No hay lugar para nuevas pruebas ni para nuevos testimonios! ¡La sentencia es definitiva!

—La sentencia no es definitiva hasta que se ejecute, fray Bartolomé —intervino el arzobispo, con una autoridad que hizo temblar las paredes del salón—. Y según las leyes de la Corona, toda prueba nueva que pueda cambiar el veredicto debe ser presentada ante el tribunal antes de la ejecución. ¿Tenéis algo que decir, Doña Catalina?

Me incorporé con lentitud, ignorando el dolor de las cadenas que aún mordían mis muñecas. Miré a los tres jueces, uno por uno, y luego recorrí con la vista el rostro de los espectadores, buscando entre ellos alguna mirada de compasión, algún gesto de humanidad. Luego, con la voz clara y firme, desafiando el temblor de mis rodillas, comencé a hablar.

—Excelentísimos señores, nobles de Santa Fe, hombres de la Corona —pronuncié, mi voz resonando en las paredes del salón con una claridad que me sorprendió a mí misma—. He venido a presentar una prueba que cambia el rumbo de este juicio. Una prueba que demuestra que no soy una hereje, ni una traidora, ni una asesina. Una prueba que demuestra que actué en defensa propia, que luché por proteger a mi hija, que vengué la muerte de mi esposo y la de cientos de inocentes que murieron bajo la tiranía del Marqués de la Sangre.

Extraje el pergamino del interior de mi jubón, y lo desplegó ante los jueces con manos que no temblaban.

—Esta es la confesión firmada de Don Lope de Vargas, el capitán de los mercenarios que asaltaron mi palacio en Cádiz —pronuncié, con la voz firme—. En ella, confiesa que fue contratado por Don García de Mendoza y Pimentel, el primo de mi esposo, para raptarme y venderme como esclava en las Indias. Confiesa que el Marqués de la Sangre no era un simple encomendero, sino un agente del Virrey, encargado de purgar las tierras de indígenas rebeldes mediante la peste bubónica. Y confiesa que Don García de Mendoza y Pimentel



fue el cerebro de la conspiración, el hombre que me arrebató todo y que ahora intentaba arrebatármelo también en las Indias.

El silencio que cayó sobre el salón fue absoluto, tan denso que podía escucharse el goteo de una vela en algún rincón de la estancia. Fray Bartolomé, pálido como la cera, golpeó la mesa con su mazo, intentando recuperar el control del tribunal.

—¡Falacias! —bramó el inquisidor, su voz quebrada por la ira—. ¡La acusada intenta engañar al tribunal con documentos falsificados! ¡Esa confesión es una mentira, una trampa de los herejes para escapar de la justicia de Dios!

—La confesión es verdadera, fray Bartolomé —intervino el arzobispo, con una autoridad que hizo callar al inquisidor—. Ha sido jurada ante mí por Don Lope de Vargas, quien murió hace tres días a causa de sus heridas, pero no antes de confesar sus crímenes y de firmar este documento. Y ha sido corroborada por el testimonio de Don Martín de Vargas, mayordomo de la casa de Mendoza, quien ha cruzado el océano para presentar esta prueba ante el tribunal.

Don Martín dio un paso al frente, arrodillándose ante los jueces con la solemnidad de un hombre que carga el peso de la verdad.

—Excelentísimos señores —pronunció el mayordomo, con la voz firme—, juro ante Dios y ante los hombres que esta confesión es verdadera. Que Don García de Mendoza y Pimentel fue el cerebro de la conspiración que destruyó a la casa de Mendoza. Que el Marqués de la Sangre fue un agente del Virrey, encargado de purgar las tierras de indígenas rebeldes mediante la peste bubónica. Y que Doña Catalina de Mendoza no es una hereje, ni una traidora, ni una asesina, sino una víctima de la codicia y la crueldad de los hombres que pretendían representar la justicia de la Corona.

El murmullo del salón se tornó en un estruendo de indignación y asombro. Los nobles se miraban entre sí, los mercaderes murmuraban en voz baja, los sacerdotes se santiguaban con manos temblorosas. La verdad, por fin, había salido a la luz, y su peso era tan grande que amenazaba con derribar las paredes del salón.

Fray Luis de Zapata, el arzobispo, alzó una mano huesuda y pidió silencio. Sus ojos, de un azul pálido y sereno, se clavaron en los míos con una intensidad que me sorprendió.

—Doña Catalina de Mendoza —pronunció el arzobispo, con la voz grave y solemne—, el tribunal ha escuchado vuestra defensa y las pruebas presentadas. Y ha llegado a un nuevo veredicto.

Me incorporé con lentitud, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas. El arzobispo extrajo un pergamino de su túnica, y lo desplegó con manos temblorosas.

—Por los delitos de herejía, apostasía, trato con infieles y asesinato de un emisario real —leyó el arzobispo, con la voz quebrada por la emoción—, fuisteis condenada a la pena de muerte en la hoguera. Pero las pruebas presentadas hoy demuestran que actuasteis en defensa propia, que fuisteis víctima de una conspiración, y que los crímenes que se os imputan fueron cometidos por otros hombres que ya han pagado por ellos ante la justicia de Dios. Por lo tanto, este tribunal revoca la sentencia anterior, y os declara inocente de todos los cargos.

El mundo dejó de girar. El aire se volvió denso, irrespirable. Sentí cómo las piernas me fallaban, y tuve que apoyarme en Don Martín para no caer de rodillas. Inocente. La palabra resonaba en mi mente como una campana de plata, lavando la culpa, el dolor, la desesperación de los años anteriores. Inocente. Libre. Viva.

—Sin embargo —continuó el arzobispo, alzando la mano para detener mi reacción—, hay un cargo que no podemos revocar: el de haber mantenido relaciones pecaminosas con un morisco apostata. La ley de la Corona es clara: toda cristiana que mantenga relaciones con un infiel debe ser excomulgada y desterrada de las Indias. Por lo tanto, Doña Catalina, sois libre de todos los cargos de herejía y traición, pero debéis abandonar las Indias inmediatamente, y no regresar jamás bajo pena de muerte.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Libre, sí. Pero exiliada. Desterrada de las tierras que se habían convertido en mi hogar, de las montañas donde había encontrado el

amor, de la selva que me había devuelto la dignidad. Y lo que era peor: separada de Yahya, cuyo destino aún pendía de un hilo.

—¿Y Yahya? —pregunté, con la voz quebrada por la emoción, mirando al arzobispo con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué será de él?

El arzobispo bajó la mirada, incapaz de sostener mi escrutinio. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, perdiéndose entre los pliegues de su túnica.

—Yahya al-Jawhari ha sido condenado por el Santo Oficio a la pena de muerte en la hoguera —murmuró el anciano, con la voz estrangulada por la agonía—. La sentencia será ejecutada mañana al amanecer, en la plaza mayor de Santa Fe. Lo siento, Doña Catalina. He hecho cuanto he podido por salvarlo, pero el inquisidor fray Bartolomé de Esteban se ha negado a revisar su caso.

El suelo se hundió bajo mis pies. El aire se volvió denso, irrespirable. Miré a fray Bartolomé, cuyo rostro brillaba con la satisfacción cruel de un buitre que ha devorado a su presa. Miré a Don Martín, cuyos ojos se llenaban de lágrimas. Miré a los nobles y mercaderes del salón, que apartaban la mirada, incapaces de soportar el peso de la injusticia. Y supe, con la certeza absoluta de los condenados, que la batalla no había terminado. Que la libertad que me habían devuelto era una trampa, una forma de separarme de Yahya, de destruir el amor que nos mantenía vivos en la oscuridad.

—No aceptaré el destierro —sentencié, con la voz firme, desafiando a la muerte que me acechaba desde las sombras—. No abandonaré las Indias mientras Yahya respire. No dejaré que lo quemen en la hoguera, no permitiré que la Inquisición devore su alma. Si me obligáis a elegir entre mi libertad y su vida, elegiré su vida. Y si eso me convierte en una criminal a los ojos de la Corona, entonces que me cacen hasta el fin del mundo, porque mientras respire, mientras mi espada pueda cortar, ningún hombre blanco volverá a tocar a mi amor.

Fray Bartolomé soltó una risa seca, carente de humor, que resonó en las paredes del salón como el croar de un cuervo gigante.

—Entonces, Doña Catalina, habéis sellado vuestra condena —musitó el inquisidor, con una sonrisa que revelaba sus dientes blancos como los de un lobo—. Si intentáis liberar al sarraceno, seréis considerada cómplice de su herejía, y la hoguera os aguardará a vos también.

Me giré hacia Don Martín, y en sus ojos leí la misma determinación que ardía en mi pecho. No había rendición posible. Solo la lucha, la astucia, y la promesa silenciosa de que preferíamos morir en las brasas de la hoguera que vivir separados el uno del otro.

—Preparad a los cimarrones y a los guerreros de Ixpan —ordené, con la voz firme, tragándome el orgullo y la rabia—. Vamos a asaltar las mazmorras del palacio. Vamos a liberar a Yahya. Y si los hombres de la Corona intentan detenernos, que los espíritus de la selva sean testigos de su perfidia.

Mientras los guardias me conducían fuera del salón, bajo la mirada de los nobles y los sacerdotes que me observaban con una mezcla de compasión y temor, supe que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Porque ahora, no solo luchábamos contra el Marqués de la Sangre, contra los encomenderos y contra los salvajes de las tierras lejanas. Ahora, luchábamos contra la Corona, contra la Inquisición y contra el mundo entero.

Y estábamos dispuestos a teñir de rojo las calles de Santa Fe, aunque tuviéramos que caminar sobre nuestra propia sangre para lograrlo.

Pero lo que yo no sabía, lo que ninguno de nosotros podía imaginar en aquel instante de furia y determinación, era que la verdadera amenaza no vendría de los ejércitos del Virrey, ni de los sabuesos de la Inquisición. Vendría de alguien que había caminado a nuestro lado, que había compartido nuestro pan y nuestro fuego, que había jurado lealtad a nuestra causa. Alguien cuyo rostro

conocíamos, cuya traición sería más cruel que cualquier espada toledana, y cuya sombra se extendería sobre nuestro camino como un sudario de muerte.

Porque mientras el sol comenzaba a teñir de rojo las torres de Santa Fe, y los guardias me conducían hacia las mazmorras del palacio, una figura se deslizaba entre las sombras de la ciudad, llevando en sus manos un pergamino sellado con lacre negro. Y en ese pergamino, escrito con tinta roja y firmado con un nombre que helaría la sangre de cualquiera que lo leyera, estaba el destino de todos nosotros.

Aunque yo, que había sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo, a la peste y a la locura, no podía imaginar que la mayor traición estaba a punto de estallar en el corazón de nuestro santuario, convirtiendo las calles de Santa Fe en el escenario de una masacre que desafiaría toda comprensión humana.

## CAPÍTULO 30: LA FUGA HACIA EL SUR Y EL CAMINO DE LAS SOMBRAS

La noche cayó sobre Santa Fe de Tierra Firme como un sudario de plomo, ocultando las torres de la catedral y los balcones de la Real Audiencia bajo un manto de tinieblas que olía a pólvora y a traición. Yo me encontraba en una celda de tránsito del palacio, custodiada por dos guardias que habían recibido órdenes de no apartar la vista de mí ni un solo instante. Pero los guardias, por muy leales que se creyeran a la Corona, eran hombres, y los hombres tienen debilidades que el oro y la astucia pueden explotar.

Don Martín, el viejo mayordomo que había cruzado el océano para salvarme, había cumplido su parte del trato. Con las últimas monedas que le quedaban de su fortuna perdida, había sobornado al alcaide de las mazmorras, un hombre llamado Pedro de Alvarado que había servido en los Tercios de Flandes y que conocía el valor del silencio cuando la conciencia pesaba más que la lealtad. El alcaide, a cambio de trescientos ducados de oro y la promesa de un pasaje seguro hacia España, había aceptado facilitar nuestra fuga.

—El turno de guardia cambia a la medianoche —me susurró Don Martín a través de los barrotes de la celda, su voz apenas audible sobre el goteo del agua que se filtraba por las paredes—. Cuando los nuevos guardias lleguen, habrá un instante de confusión. En ese momento, el alcaide abrirá la puerta de las mazmorras donde Yahya está preso. Vos debéis estar lista para correr.

—¿Y Elvira? —pregunté, con el corazón latiendo desbocado, sintiendo cómo la esperanza y el terror se fundían en un acero indestructible en mi pecho—. ¿Cómo sacaremos a mi hija del convento?

—Zaira ya está en el convento —respondió el mayordomo, con los ojos brillando por la determinación—. Se ha disfrazado de novicia, y

ha entrado con la excusa de traer medicinas para una hermana enferma. Sacará a la niña por la puerta trasera del convento, y nos esperará en el puente de piedra que cruza el río al sur de la ciudad.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo la furia de una madre y el amor de una mujer me daban la fuerza que necesitaba para enfrentar lo que venía. Tomé la daga que había logrado ocultar en la faja, gracias a la complicidad de una de las sirvientas del palacio, y la apreté con tanta fuerza que los nudillos se me tornaron blancos.

La medianoche llegó con la parsimonia de un condenado que camina hacia el patíbulo. Escuché el sonido de las botas de los guardias que se retiraban, el chirrido de la puerta al abrirse, y las voces de los nuevos centinelas que tomaban su puesto. En ese instante de confusión, tal como Don Martín había previsto, el alcaide apareció en el pasillo, con una llave maestra en la mano y el rostro pálido por el miedo.

—Rápido, mi señora —susurró el hombre, abriendo la puerta de la celda con un chirrido metálico—. El alcaide del turno anterior ha descubierto el soborno. Si no huis ahora, antes del amanecer estaréis todas en la hoguera.

Salí de la celda con la agilidad de un felino, la daga desenvainada y los sentidos alerta. El alcaide me guio por los pasillos oscuros del palacio, evitando las antorchas y las patrullas de guardias que patrullaban los corredores. El olor a moho y a podredumbre se mezclaba con el hedor de las letrinas y el aroma acre de la pólvora que se filtraba por las troneras.

Al llegar a las mazmorras principales, el alcaide se detuvo ante una puerta de roble reforzada con bandas de hierro. Extrajo una llave de su faja y la introdujo en la cerradura con manos temblorosas.

—Está ahí dentro —murmuró el hombre, abriendo la puerta con un chirrido agónico—. Pero está muy débil, mi señora. La fiebre lo consume, y las cadenas le han destrozado las muñecas. No sé si podrá caminar.

Empujé la puerta y entré en la celda. El olor a carne gangrenada y a desesperación me golpeó el rostro, obligándome a cubrirme la nariz y la boca con el borde de mi sayal. En el centro de la estancia, iluminado por el resplandor mortecino de una antorcha que ardía en la pared, Yahya estaba encadenado a la pared de piedra, su cuerpo demacrado y cubierto de heridas que supuraban un líquido amarillento.

¡Yahya! exclamé, lanzándome hacia él y sosteniendo su peso para que las cadenas no le dislocaran los hombros.

Sus párpados se entreabrieron con lentitud. Los ojos ámbar, que antaño reflejaban la sabiduría de las bibliotecas de Córdoba y la ternura de los jardines de la infancia, estaban ahora velados por el dolor y la fiebre. Tardó un instante en enfocar mi rostro, en comprender que la figura encapuchada y manchada de hollín que lo sostenía no era otro verdugo más enviado por el inquisidor.

Catalina susurró, con la voz quebrada por la garganta destrozada y los pulmones llenos de líquido. Eres un espejismo. La fiebre me ha llevado al paraíso antes de la hoguera.

No soy un espejismo, mi vida respondí, tomando la daga y comenzando a serrar las cadenas que le aprisionaban las muñecas. Soy yo. He venido a sacarte de este infierno. He venido a llevarte lejos de aquí, donde la Inquisición no pueda alcanzarnos.

El hierro cedió con un chasquido metálico. El cuerpo de Yahya se desplomó hacia adelante, pero yo lo recibí en mis brazos, abrazándolo con una fuerza desesperada. Su peso era el de un niño, la desnutrición y el suplicio habían consumido la musculatura firme del médico que había conocido en la botica de la encomienda. Lo levanté con un esfuerzo que desgarró las cicatrices de mi espalda, pasando su brazo sano por mis hombros, y comencé a arrastrarlo hacia la puerta.

—Debemos irnos, mi amor —jadeó Yahya, apoyando su frente contra la mía, su aliento caliente y febril rozando mis labios—. El inquisidor no descansará hasta que nos encuentre. Hasta que nos queme en la hoguera.



—Que nos busque —repliqué, con la voz firme, sacando de mi sayal los frascos de ungüentos y las hierbas de la selva que había guardado como un tesoro—. Pero no nos encontrará en Santa Fe. Nos encontrará en las tierras del sur, en el desierto de sal, donde ni la Corona ni la Inquisición se atreven a pisar.

Salimos de la mazmorra, cruzando los pasillos oscuros del palacio con la cautela de los espectros que huyen de la luz. El alcaide nos mandó hasta una puerta lateral que daba a los establos, donde dos caballos ensillados nos esperaban, junto con un tercer animal de carga que llevaba los hatillos con provisiones y las armas que habíamos logrado recuperar.

Al salir a la noche, el aire fresco de la montaña me golpeó el rostro, arrastrando consigo el aroma a pino y a tierra mojada que me devolvió la esperanza. Pero la dulzura de aquel instante fue brutalmente interrumpida por el sonido de los cascos de los caballos que se acercaban al galope desde el norte de la ciudad.

—¡Los guardias! —bramó el alcaide, desenvainando su espada con un movimiento espasmódico—. ¡Han descubierto la fuga! ¡Corred hacia el puente! ¡Yo los retrasaré!

No tuve tiempo de agradecer su sacrificio. El alcaide se lanzó hacia los guardias que entraban en el patio del palacio, su espada cantando en el aire mientras se enfrentaba a cuatro hombres armados. Su figura, recortada contra la luz de las antorchas, era la de un héroe de las antiguas baladas castellanas, un hombre que había vendido su alma por trescientos ducados y por la promesa de una conciencia tranquila.

Espoleé al caballo, con Yahya aferrado a mi cintura, y nos lanzamos al galope por las calles empedradas de Santa Fe. El sonido de los cascos resonaba en la noche como el latido de un corazón enfermo, y los gritos de los guardias que nos perseguían se mezclaban con el aullido de los perros de presa que habían sido soltados en nuestro rastro.

Cruzamos la plaza mayor, donde la hoguera que me había sido destinada se alzaba como un monumento a la crueldad de los

hombres. Las teas aún no habían sido encendidas, pero la pira de leña y los troncos atados esperaban, silenciosos y amenazantes, como los dientes de un leviatán que aguarda su presa.

Al llegar al puente de piedra que cruzaba el río al sur de la ciudad, divisé la figura de Zaira, que sostenía a Elvira en sus brazos. La niña, al verme, soltó un grito de alegría y extendió los brazos hacia mí. Detuve el caballo, y tomé a mi hija en mis brazos, hundiendo mi rostro en su cabello, aspirando el aroma de su piel que lograba eclipsar el hedor de la muerte que nos rodeaba.

—Madre, ¿vamos a casa? —preguntó Elvira, con los ojos brillando por las lágrimas y la esperanza.

—Sí, mi amor —respondí, besando su frente con una ternura que me deshizo por dentro—. Vamos a casa. A un lugar donde nadie podrá hacernos daño.

Pero antes de que pudiéramos cruzar el puente, el sonido de los cascos de los caballos nos alcanzó. Los guardias, liderados por un capitán de rostro surcado por la cicatriz de un arcabuzazo, nos rodearon en el centro del puente, sus espadas desenvainadas y sus arcabuces apuntando hacia nuestros pechos.

—¡Rendíos, herejes! —bramó el capitán, escupiendo sangre por la comisura de los labios—. ¡En nombre del Santo Oficio y de la Real Audiencia, quedáis arrestados!

Yahya, a pesar de su debilidad, desenvainó la espada toledana que había recuperado de las mazmorras. Sus ojos ámbar, brillantes por la fiebre y la determinación, me contemplaron con una intensidad que me devolvió la cordura.

—No nos rendimos —respondió el morisco, con la voz firme—. Nos vamos. Y si intentáis detenernos, tendréis que pasar sobre nuestros cuerpos.

El capitán soltó una risa seca, carente de humor.

—Eso es exactamente lo que el inquisidor ha ordenado —escupió el hombre, alzando su espada hacia mi garganta—. ¡Matad al sarraceno! ¡Traed a la mujer y a la niña vivas!

Los guardias se lanzaron hacia nosotros con la furia de los lobos que acechan a su presa. Pero yo ya no era la mujer noble que había llegado a las Indias. Era la loba de la selva, la madre de la resistencia, la espada de los proscritos. Y no permitiría que aquellos hombres tocaran ni un solo cabello de mi hija.

Con un movimiento que desafiaba la fatiga de mis músculos, desenvainé la daga y me abalancé sobre el capitán. El acero silbó en el aire, y la hoja se hundió en la brecha de su peto, justo bajo la clavícula. El hombre soltó un grito ahogado y se desplomó sobre las losas del puente, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí el agua del río que corría bajo nosotros.

Los demás guardias, al ver caer a su capitán, dudaron un instante. Fue el instante que Yahya necesitó. Con un movimiento fluido que desafiaba su estado de debilidad, el morisco lanzó su espada hacia adelante, hiriendo a dos de los soldados y obligando al resto a retroceder.

—¡Ahora! —bramó Yahya, tomando las riendas de mi caballo y espoleándolo hacia el sur—. ¡Cruza el puente! ¡Hacia las montañas!

Galopamos hacia el sur, con los guardias persiguiéndonos a distancia, sus gritos ahogados por el estruendo de los cascos y el viento de la noche. Cruzamos el puente, dejando atrás Santa Fe y la hoguera que me había sido destinada, y nos adentramos en los territorios inexplorados del sur, donde las montañas se alzaban como gigantes de piedra contra el cielo estrellado.

La fuga hacia el sur fue una travesía por los círculos más profundos del purgatorio. Durante días, cabalgamos por senderos de cabras que serpenteaban por los acantilados, cruzando ríos de aguas heladas y esquivando las patrullas de los soldados que nos perseguían. Elvira, ajena a la magnitud del peligro, dormía en mis brazos, su pequeño cuerpo pegado al mío como un pájaro asustado que busca el calor del nido.

Yahya, a pesar de su fiebre y de las heridas que aún no habían cicatrizado, se dedicó a mí con una devoción que rozaba lo sacrílego. Cada noche, cuando acampábamos al abrigo de las rocas, el morisco

preparaba los remedios que su ciencia y la sabiduría de la selva le dictaban, aplicando cataplasmas de corteza de sauce y miel de abejas sobre mis heridas, y murmurando plegarias en árabe y en castellano, invocando a Allah y a Cristo, a los espíritus de la selva y a los santos de Córdoba.

—¿Crees que algún día podremos vivir sin miedo, Yahya? —le pregunté una noche, mientras las llamas de la hoguera danzaban en sus ojos ámbar.

El morisco me tomó de la mano, sus dedos ásperos acariciando los míos con una ternura que me deshizo por dentro.

—El miedo es la sombra del amor, Catalina —respondió con voz suave—. Mientras amemos, temeremos perder lo que amamos. Pero el miedo no es nuestro enemigo. Es el recordatorio de que la vida vale la pena ser vivida.

Me acerqué a él y apoyé mi cabeza en su pecho, escuchando el latido firme de su corazón. En aquel instante, supe que no importaba si los ejércitos del rey llegaban a las montañas, si la Inquisición enviaba a sus sabuesos a cazarnos, si el mundo entero se conjuraba para destruirnos. Mientras respiráramos, mientras nuestros pechos se alzaran al unísono, mientras nuestras manos se buscaran en la oscuridad, seríamos libres.

Pero lo que yo no sabía, lo que ninguno de nosotros podía imaginar en aquel instante de amor y determinación, era que la verdadera amenaza no vendría de los ejércitos del Virrey, ni de los sabuesos de la Inquisición. Vendría de las tierras del sur, del desierto de sal que los chibchas llamaban el umbral de los dioses, donde los espíritus antiguos dormían bajo costras de cristal blanco.

Porque mientras cabalgábamos hacia lo desconocido, con Elvira en mis brazos y Yahya a mi lado, una figura se deslizaba entre las sombras de las montañas, observándonos con ojos que brillaban con una luz sobrenatural. Era una figura encapuchada, cuyo rostro estaba oculto bajo la capucha de un manto negro. En sus manos, sostenía un pergamino sellado con lacre negro, y en sus labios, una sonrisa que prometía una venganza que trascendía la muerte.

Y mientras el sol comenzaba a teñir de rojo las cumbres de las montañas, y los primeros rayos de la mañana iluminaban el desierto de sal que se extendía ante nosotros como un mar de cristal, la figura encapuchada se giró hacia el norte, hacia las montañas que habíamos dejado atrás. Y con un movimiento suave y deliberado, arrojó el pergamino al viento, dejando que las palabras escritas en tinta roja volaran hacia nosotros como una maldición que no conocía la piedad.

Porque la verdadera amenaza no había muerto con Don García, ni con el Marqués de la Sangre, ni con el inquisidor. La verdadera amenaza acababa de comenzar, y su sombra se extendería sobre nuestro camino como un sudario de muerte, convirtiendo el desierto de sal en el escenario de una batalla que desafiaría toda comprensión humana.

Y yo, que había sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo, a la peste y a la locura, no podía imaginar que el precio de nuestra libertad sería más alto de lo que jamás habíamos imaginado. Porque mientras cabalgábamos hacia el sur, hacia las tierras donde ningún hombre blanco había pisado jamás, una voz susurraba en el viento, una voz que conocía, una voz que creía muerta, una voz que prometía que nuestra huida no sería el fin de nuestra historia, sino solo el comienzo de una nueva batalla, una batalla que se libraría no con espadas ni con arcabuces, sino con la verdad y la mentira, con el amor y el odio, con la vida y la muerte.

Mientras el sol se alzaba sobre el desierto de sal, y las primeras estrellas comenzaban a desvanecerse en el cielo, supe que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Porque ahora, no solo luchábamos contra la Corona, contra la Inquisición y contra el mundo entero. Ahora, luchábamos contra algo mucho más antiguo, mucho más poderoso, mucho más terrible que cualquier hombre blanco que hubiera osado desafiar a los espíritus de la selva.

Pero estábamos dispuestos a teñir de rojo las arenas del desierto, aunque tuviéramos que caminar sobre nuestra propia sangre para

lograrlo.

## CAPÍTULO 31: EL DESIERTO DE SAL Y LA TRAVESÍA DE LOS CONDENADOS

El desierto de sal se extendía ante nosotros como un mar petrificado, una extensión infinita de cristal blanco que reflejaba el sol del mediodía con una intensidad que cegaba los ojos y quemaba la piel expuesta. No era la arena dorada de las playas del Caribe, ni la tierra fértil de los valles andinos. Era la muerte cristalizada, el umbral del inframundo donde los espíritus antiguos dormían bajo costras de sal y donde ningún hombre blanco había sobrevivido para contar su historia.

Yo cabalgaba en la vanguardia, con el rostro cubierto por un velo de lino empapado en vinagre que apenas lograba filtrar el aire seco y cortante como una cuchilla de obsidiana. A mi lado, Yahya avanzaba con paso firme, a pesar de que su brazo izquierdo aún no había recuperado la fuerza completa tras las torturas de Santa Fe. Sus ojos ámbar, protegidos por unas gafas de cuero con rendijas estrechas que él mismo había fabricado, escrutaban el horizonte con la atención de un navegante que busca tierra firme en medio de la tempestad. Elvira cabalgaba a lomos de un pony cimarrón, guiado por Zaira, cuya piel oscura brillaba bajo el sol implacable como el bronce pulido.

Los primeros días de la travesía fueron una tortura de paciencia y dolor. Los odres de agua, que habíamos llenado en los arroyos de las montañas, se vaciaron con una rapidez alarmante, y el líquido restante sabía a cuero podrido y a salitre. El aire, seco y cortante, raspaba las gargantas y agrietaba los labios hasta hacerlos sangrar. Los guerreros de Ixpan, que nos habían acompañado hasta los límites de las montañas y que ahora regresaban a sus tierras, nos habían advertido que la sal no perdonaba a los que no conocían sus secretos.

—Los indígenas del sur beben la sangre de los cactus y mastican las raíces de las plantas de la noche —nos había explicado Ixpan antes de despedirse, su voz grave resonando como piedras rodando por un barranco—. Solo así sobreviven. Si no encontráis agua en tres días, la sal os devorará las entrañas.

La profecía del cacique se cumplió con la puntualidad de una sentencia de muerte. Al tercer día, cuando la desesperación comenzaba a nublar nuestros juicios, los odres estaban vacíos, y los labios de Elvira comenzaban a agrietarse y sangrar. La niña, que antaño había sido la imagen de la inocencia y la vitalidad, ahora caminaba con paso tambaleante, sus ojos oscuros hundidos en las órbitas, su piel pálida y translúcida como el papel de pergamino.

—Madre, tengo sed —susurró la niña, con la voz quebrada por la deshidratación—. ¿Cuándo llegaremos a casa?

La pregunta fue un puñal que me atravesó el pecho. ¿Cómo explicarle a una niña de siete años que nuestro hogar era una quimera, que el desierto de sal era un infierno de cristal y muerte, que la única casa que nos aguardaba era la tumba que la sal nos cavaría bajo los pies?

—Pronto, mi amor —respondí, acariciando su cabello oscuro y besando su frente febril—. Pronto encontraremos agua. Pronto llegaremos a un lugar donde los espíritus del viento nos protejan.

La mentira sabía a ceniza en mi boca, pero era el único consuelo que podía ofrecerle. Elvira cerró los ojos, agotada por las emociones del día, y se durmió en mis brazos, su respiración acompasada el único sonido que me mantenía anclada a la cordura.

Yahya, con la paciencia de un sabio y la destreza de un cazador, nos enseñó a identificar las plantas que contenían agua en sus tejidos. Cortábamos los tallos carnosos de los cactus con nuestros alfanjes y exprimíamos el líquido viscoso y amargo en nuestras bocas reseca. El sabor era repugnante, pero la humedad que nos devolvía era un milagro que nos mantenía vivos.



—La sal no perdona a los que no conocen sus secretos —murmuró Yahya en la quinta noche, cuando acampamos bajo un cielo tan estrellado que parecía un manto de diamantes esparcidos sobre terciopelo negro—. Los indígenas del sur beben la sangre de los cactus y mastican las raíces de las plantas de la noche. Solo así sobreviven.

El morisco, con la paciencia de un sabio y la destreza de un cazador, nos enseñó a identificar las plantas que contenían agua en sus tejidos. Cortábamos los tallos carnosos de los cactus con nuestros alfanjes y exprimíamos el líquido viscoso y amargo en nuestras bocas reseca. El sabor era repugnante, pero la humedad que nos devolvía era un milagro que nos mantenía vivos.

Al séptimo día, cuando la fiebre comenzaba a hacer mella en el cuerpo de Yahya y la deshidratación amenazaba con consumir a Elvira, divisamos las montañas. No eran los picos nevados de los Andes que los cronistas describían en sus cartas llenas de hipérboles, sino una cordillera de roca rojiza y bosques de pinos enanos que se alzaba en el horizonte como una promesa de salvación. El aire, al acercarnos a las estribaciones de la sierra, se volvió menos denso y más fresco, y el aroma a resina y a tierra húmeda nos devolvió la esperanza.

Cruzamos el umbral de las montañas al amanecer del octavo día. El paisaje cambió con la brusquedad de un sueño que se transforma en pesadilla: la sal blanca dio paso a bosques de robles y hayas, a arroyos de agua cristalina que bajaban cantarines de las alturas, a prados de hierba verde salpicados de flores silvestres que perfumaban el aire con aromas a tomillo y a lavanda. Era como si hubiéramos cruzado la frontera entre el infierno y el paraíso.

—Este lugar se llama las Tierras Altas de los Chibchas —explicó Yahya, señalando hacia los valles que se extendían ante nosotros—. Mis ancestros cazaron aquí antes de que los hombres blancos llegaran con sus cruces y sus espadas. Los espíritus de la montaña son antiguos y poderosos. Si les mostramos respeto, nos protegerán.

Elegimos un valle escondido, rodeado por acantilados de roca roja y protegido por un bosque de pinos centenarios, para establecer nuestro nuevo hogar. El lugar era un santuario natural: un arroyo de aguas límpidas cruzaba el centro del valle, alimentando un lago pequeño donde los peces nadaban en cardas plateadas. La tierra era fértil, negra y rica en humus, y los árboles frutales silvestres ofrecían manzanas, peras y ciruelas en abundancia.

La construcción del palenque fue una obra de comunidad y de supervivencia. Los cimarrones, con su conocimiento de las técnicas de construcción africanas, levantaron chozas de adobe y paja con techos inclinados para resistir las lluvias torrenciales. Los guerreros indígenas, maestros en el arte de la carpintería, tallaron vigas de cedro y puentes de madera que conectaban las diferentes zonas del asentamiento. Yo, con las manos encallecidas por el trabajo y el corazón lleno de una paz que no había conocido desde los jardines de Cádiz, participé en la siembra de los campos, plantando maíz, frijoles y calabazas que crecieron con una rapidez milagrosa bajo el sol benévolo de las alturas.

Yahya estableció su botica en una cueva natural que se abría en la ladera de la montaña, cuyas paredes estaban cubiertas de musgo y helechos que goteaban agua fresca. Allí, rodeado de frascos de cristal y morteros de piedra, el morisco preparaba los remedios que curaban las fiebres, las heridas y los males del alma. Yo lo ayudaba en su trabajo, aprendiendo de él los secretos de las plantas de las montañas, y juntos fusionábamos la medicina de la vieja Europa con la sabiduría ancestral de las tierras americanas.

Las noches en las Tierras Altas eran un regalo de los dioses. El aire, fresco y puro, olía a pino y a tierra mojada, y el cielo se llenaba de estrellas tan brillantes que parecían al alcance de la mano. Yahya y yo nos sentábamos junto al fuego de la hoguera central, con Elvira dormida en nuestros regazos, y contemplábamos el espectáculo celestial en silencio. En aquellos momentos, el mundo exterior, con sus inquisidores y sus virreyes, con sus encomenderos y sus esclavistas, dejaba de existir. Solo éramos nosotros, dos almas que

habían encontrado en la geografía de las montañas el refugio que los hombres les habían negado.

—¿Crees que algún día podremos vivir sin miedo, Yahya? —le pregunté una noche, mientras las llamas de la hoguera danzaban en sus ojos ámbar.

El morisco me tomó de la mano, sus dedos ásperos acariciando los míos con una ternura que me deshizo por dentro.

—El miedo es la sombra del amor, Catalina —respondió con voz suave—. Mientras amemos, temeremos perder lo que amamos. Pero el miedo no es nuestro enemigo. Es el recordatorio de que la vida vale la pena ser vivida.

Me acerqué a él y apoyé mi cabeza en su pecho, escuchando el latido firme de su corazón. En aquel instante, supe que no importaba si los ejércitos del rey llegaban a las montañas, si la Inquisición enviaba a sus sabuesos a cazarnos, si el mundo entero se conjuraba para destruirnos. Mientras respiráramos, mientras nuestros pechos se alzaran al unísono, mientras nuestras manos se buscaran en la oscuridad, seríamos libres.

La paz de las Tierras Altas duró tres lunas. Tres lunas en las que Elvira creció fuerte y sana, corriendo descalza por los prados y aprendiendo de los guerreros indígenas el arte de la caza y el respeto por los espíritus de la montaña. Tres lunas en las que los campos dieron sus primeros frutos, y las chozas se llenaron del aroma a pan de maíz y a caldo de venado. Tres lunas en las que Yahya y yo nos amamos con la intensidad de los que saben que cada día puede ser el último, forjando recuerdos que ni el fuego ni la espada podrían borrar.

Pero el destino, ese tejedor implacable de hilos sangrientos, no había terminado con nosotros.

Fue al amanecer del noventa y un día, cuando la bruma matutina aún cubría el valle con un sudario de algodones sucios, cuando los vigías divisaron la columna de jinetes que ascendía por el sendero de la montaña. No eran los salvajes de las tierras lejanas, ni los

cimarrones fugitivos que buscaban refugio. Eran hombres blancos, vestidos con jubones de acero y morriones relucientes, que marchaban en formación disciplinada bajo el estandarte de la Corona de Castilla.

Yahya descendió de la atalaya con el rostro demudado por la gravedad del mensajero.

—Son veinte jinetes, acompañados por un séquito de sirvientes y cargadores —pronunció el morisco, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. No son soldados de los Tercios. Son emisarios del Virrey. Traen pergaminos sellados con el sello real.

Me incorporé de un salto, empuñando la Tizona con la celeridad del felino que acecha.

—¿Qué quieren? —inquirí, mis ojos entornados por la desconfianza.

—No lo sé —respondió Yahya—. Pero traen una bandera blanca. Vienen bajo parlamento.

La mención de la bandera blanca me heló la sangre. En las leyes de la guerra, la bandera blanca era sagrada. Significaba que los emisarios venían con un mensaje de paz, o al menos con una propuesta de negociación. Pero yo conocía la crueldad de los hombres blancos, su capacidad para traicionar incluso los juramentos más sagrados.

—Que entren —ordené, con la voz firme, aferrando la empuñadura de la espada—. Pero que nadie desenvaine el acero hasta que yo lo ordene. Si nos traicionan, que los espíritus de la montaña sean testigos de su perfidia.

Los emisarios del Virrey entraron en el palenque al mediodía. Eran veinte hombres, vestidos con jubones de brocado negro y sombreros de ala ancha adornados con plumas de avestruz. A su frente cabalgaba un hombre de estatura mediana y rostro afilado, cuyos ojos, del color del hielo derretido, escrutaban el asentamiento con la frialdad de un buitre que sobrevuela un camposanto. En sus

manos portaba un pergamino sellado con lacre rojo, ostentando el escudo de Castilla y León.

—Doña Catalina de Mendoza —pronunció el emisario, desmontando con la parsimonia de quien sabe que posee el poder absoluto—. Soy Don Alonso de Contreras, oidor de la Real Audiencia de Santa Fe. Vengo en nombre de Su Majestad el Rey Don Felipe II para comunicaros los designios de la Corona respecto a vuestra persona y a la de vuestro... compañero.

La mención de Yahya fue dicha con un desdén que me hizo hervir la sangre. Pero mantuve la compostura, recordando las lecciones de la cortesía castellana que me habían inculcado en los salones de Cádiz.

—Hablad claro, señor oidor —repliqué, con la voz fría como el acero—. ¿Qué quiere la Corona de una mujer excomulgada y proscrita?

Don Alonso de Contreras soltó una risita ahogada, desenvolviendo el pergamino con un gesto teatral.

—La Corona, en su infinita misericordia, ha decidido perdonar vuestras culpas, Doña Catalina —pronunció el oidor, leyendo del documento con voz monótona—. Se os ofrece un indulto real, con la condición de que entreguéis al hereje Yahya al-Jawhari a la justicia del Santo Oficio, y de que regreséis a España para cumplir penitencia en un convento de clausura.

La oferta era una trampa. Lo supe con la certeza absoluta que otorga el instinto de supervivencia. Si entregaba a Yahya, lo enviarían a la hoguera. Si regresaba a España, me encerrarían en un convento hasta el fin de mis días. Era una sentencia de muerte lenta, una forma de eliminarnos sin manchar las manos de sangre.

Miré a Yahya, y en sus ojos ámbar leí la misma determinación que ardía en mi pecho. No había rendición posible. Solo la lucha, la astucia, y la promesa silenciosa de que preferíamos morir en las montañas que vivir de rodillas ante los hombres que nos habían destruido.

—Decid a vuestro Virrey que su misericordia apesta a podredumbre —espeté, desenvainando la Tizona con un movimiento que hizo chisporrotear el acero—. Que si quiere nuestras cabezas, venga a buscarlas. Pero que sepa que las montañas no perdonan a los que osan desafiar a los espíritus de la sierra.

Don Alonso de Contreras palideció bajo su tez rubicunda. Hizo un gesto a sus hombres, que desenvainaron las espadas con la celeridad de los profesionales.

—Entonces, Doña Catalina, habéis sellado vuestra condena —musitó el oidor, retrocediendo hacia su caballo—. Que Dios os condene en la otra vida, porque en esta ya camináis con un pie en el averno.

Los emisarios del Virrey partieron al galope, dejando tras de sí una estela de polvo y amenazas. Yo me quedé de pie en el centro del palenque, con la espada aún desenvainada, contemplando cómo desaparecían en la curva del sendero. Sabía que no era el fin. Era solo el comienzo de una nueva guerra, una guerra que nos enfrentaría no solo a los hombres blancos, sino a la Corona misma, a la Iglesia y a todo el poder del imperio más vasto que el mundo había conocido.

Yahya se acercó a mí, tomando mi rostro entre sus manos.

—Hemos sellado nuestro destino, mi amor —susurró, besando mis labios con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada—. Ahora, solo nos queda luchar.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo la furia de una madre, el honor de una Mendoza y el amor de una mujer se fundían en un acero indestructible en mi pecho. No había espada toledana que pudiera cortar las cadenas de nuestro destino. No había botica que pudiera curar las heridas de nuestra alma. Pero había algo que los emisarios del Virrey no habían previsto: la alianza entre una noble castellana, un cacique de las tierras lejanas y doscientos proscritos que no tenían nada que perder.

—Que vengan —susurré, alzando la Tizona hacia el cielo plumizo de las montañas—. Que vengan todos. Porque esta noche, la sangre de los Mendoza va a teñir de rojo las aguas del arroyo.

Y mientras el sol se ocultaba tras los picos de la sierra, sumergiendo el valle en las tinieblas, supe que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Porque ahora, no solo luchábamos contra el Marqués de la Sangre, contra los encomenderos y contra los salvajes de las tierras lejanas. Ahora, luchábamos contra la Corona, contra la Iglesia y contra el mundo entero.

Pero lo que yo no sabía, lo que ninguno de nosotros podía imaginar en aquel instante de furia y determinación, era que la verdadera amenaza no vendría de los ejércitos del Virrey, ni de los sabuesos de la Inquisición. Vendría de las tierras del sur, del desierto de sal que los chibchas llamaban el umbral de los dioses, donde los espíritus antiguos dormían bajo costras de cristal blanco.

Porque mientras el sol se ocultaba tras las montañas, y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo, una figura se deslizaba entre las sombras del campamento, llevando en sus manos un pergamino sellado con lacre negro. Y en ese pergamino, escrito con tinta roja y firmado con un nombre que helaría la sangre de cualquiera que lo leyera, estaba el destino de todos nosotros.

Yo que había sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo, a la peste y a la locura, no podía imaginar que la mayor traición estaba a punto de estallar en el corazón de nuestro santuario, convirtiendo las Tierras Altas en el escenario de una masacre que desafiaría toda comprensión humana.

## CAPÍTULO 32: LOS SEÑORES DEL VIENTO Y EL ENCUENTRO EN LAS TIERRAS YERMAS

El pergamino de lacre negro fue hallado al amanecer, clavado con una daga de hueso en el poste principal del palenque. Don Martín, cuyo rostro había palidecido hasta tornarse del color de la ceniza, me lo trajo con manos temblorosas. La hoja de pergamino, gruesa y amarillenta, contenía un único símbolo trazado con tinta roja: un círculo atravesado por siete flechas que convergían en un punto central. Debajo, una sola palabra escrita en una caligrafía que me resultó espantosamente familiar.

—Es el sello de los señores del viento —murmuró Yahya, tras examinar la marca con sus ojos ámbar entornados por la desconfianza—. Una tribu nómada que habita los páramos del sur, más allá del desierto de sal. Los chibchas los llaman los devoradores de horizontes. Dicen que cabalgan bestias que no son caballos, y que beben la sangre de las nubes para no morir de sed.

—¿Y quién ha dejado este mensaje en nuestro palenque? —pregunté, sintiendo cómo un escalofrío me recorría la espina dorsal, ajeno al calor del sol que ya comenzaba a castigar las copas de los pinos.

—Esa es la pregunta que me quita el sueño, mi señora —respondió Don Martín, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Porque la daga que lo sostiene no es de hierro, ni de bronce, ni de obsidiana. Está tallada en el fémur de un hombre blanco.

La revelación cayó sobre nosotros como una losa de mármol. Alguien que había conocido a los españoles, alguien que había matado a un hombre blanco y había conservado sus huesos como trofeo, había penetrado en nuestro santuario durante la noche, burlando la vigilancia de los centinelas de Ixpan, y había dejado aquel mensaje como una advertencia o como una invitación.



—Debemos partir —sentencié, con la voz firme, aferrando la empuñadura de la Tizona—. Si los emisarios del Virrey regresan con refuerzos, y si los señores del viento nos marcan como presa, este valle dejará de ser nuestro refugio para convertirse en nuestra tumba.

La evacuación del palenque fue una obra de disciplina y dolor. En menos de una hora, las chozas fueron desmontadas, los campos sembrados abandonados a merced de las alimañas, y los hatillos cargados sobre las bestias de carga. Elvira, ahora una niña de siete años de ojos oscuros y cabello oscuro como el azabache, caminaba en silencio junto a Zaira, sus pequeños dedos aferrados a los de la esclava con una fuerza que me partía el alma. La niña había aprendido demasiado pronto que la vida era un hilo frágil tendido sobre el abismo, y su silencio era más elocuente que cualquier llanto.

Cruzamos las montañas hacia el sur durante doce días, descendiendo por senderos de cabras que serpenteaban por acantilados vertiginosos y vadeando ríos de aguas heladas que nos mordían los huesos hasta la médula. El paisaje cambió con la brusquedad de un sueño que se transforma en pesadilla: los bosques de pinos dieron paso a matorrales espinosos, los arroyos cristalinos se secaron hasta convertirse en cauces de barro agrietado, y el cielo, antes azul y generoso, se tornó de un blanco lechoso que ocultaba el sol tras un velo de calina permanente.

Al decimotercer día, entramos en el desierto de sal.

La extensión blanca se desplegaba ante nosotros como un mar petrificado, una costra infinita de cristal que reflejaba la luz con una intensidad que cegaba los ojos y quemaba la piel expuesta. El aire era seco y cortante como una cuchilla de obsidiana, y raspaba las gargantas hasta hacerlas sangrar. Los odres de agua, que habíamos llenado en el último arroyo de las montañas, se vaciaron con una rapidez alarmante, y el líquido restante sabía a cuero podrido y a salitre.

Yahya, con la paciencia de un sabio y la destreza de un cazador, nos enseñó a identificar las plantas que contenían agua en sus tejidos. Cortábamos los tallos carnosos de los cactus con nuestros alfanjes y exprimíamos el líquido viscoso y amargo en nuestras bocas reseca. El sabor era repugnante, pero la humedad que nos devolvía era un milagro que nos mantenía vivos.

—La sal no perdona a los que no conocen sus secretos —murmuró el morisco en la decimoquinta noche, cuando acampamos bajo un cielo tan estrellado que parecía un manto de diamantes esparcidos sobre terciopelo negro—. Los señores del viento beben la sangre de los cactus y mastican las raíces de las plantas de la noche. Solo así sobreviven. Si queremos encontrarlos, debemos aprender a beber como ellos.

La profecía del morisco se cumplió al amanecer del día decimoséptimo.

Desperté con el sonido de un canto que no era humano, o al menos no lo era en el sentido que los cristianos entendemos la voz humana. Era una melodía gutural y profunda, que parecía brotar de las entrañas mismas de la tierra, un lamento que se mezclaba con el silbido del viento sobre la costra de sal. Me incorporé con lentitud, tomando la Tizona con la mano derecha, y observé el horizonte.

En la línea donde el cielo blanco se fundía con la sal blanca, una procesión de figuras se recortaba contra la calina. No eran jinetes, ni caminantes. Eran figuras que parecían flotar sobre la superficie del desierto, envueltas en mantos de un gris polvoriento que se agitaban con el viento como las alas de aves gigantescas. No llevaban caballos, ni bestias de carga visibles. Se movían con una fluidez sobrenatural, como si el desierto los transportara en su lomo.

—Los señores del viento —susurró Yahya, incorporándose a mi lado y entornando los ojos para protegerlos del resplandor—. Han venido a recibirnos.

—¿O a cazarnos? —repliqué, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas.

—En estas tierras, mi amor, recibir y cazar son la misma cosa —respondió el morisco, con una sonrisa triste que no llegaba a borrar la gravedad de su mirada.

La procesión se detuvo a unas cien varas de nuestro campamento. Las figuras, ahora distinguibles, eran una veintena de hombres y mujeres de estatura elevada, cuyos rostros estaban cubiertos por velos de tela gris que solo dejaban al descubierto los ojos. Vestían túnicas amplias que ondeaban con el viento, y en sus manos portaban lanzas largas rematadas con hojas de cobre martilleado. No portaban escudos, ni armaduras. Su única protección era la vastedad del desierto y la velocidad de sus movimientos.

Uno de ellos, un hombre de hombros anchos y ojos del color del ámbar ahumado, se adelantó solo. Caminó hacia nuestro campamento con la parsimonia de un rey que visita a un vasallo, y se detuvo a tres pasos de mí. Sus ojos me escrutaron con una intensidad que me heló la sangre, y luego, con un gesto lento y deliberado, se llevó la mano al velo que le cubría el rostro y lo retiró.

El rostro que quedó al descubierto era el de un hombre maduro, surcado por mil arrugas que hablaban de mil tormentas de arena, de mil soles implacables, de mil noches de escarcha y estrellas. Pero lo que me dejó sin aliento no fue su rostro, sino la marca que llevaba tatuada en la frente: un círculo atravesado por siete flechas, idéntico al símbolo del pergamino que habíamos encontrado en el palenque.

—Mujer de sangre blanca —pronunció el hombre, en un castellano roto pero comprensible, cargado de un acento gutural que sonaba a piedras rodando por un barranco—. Soy Kariak, jefe de los señores del viento. Hemos seguido tu rastro desde las montañas del norte. Hemos oído tu miedo, tu dolor y tu furia. Y hemos venido a decirte que los espíritus del desierto te esperan.

—¿Qué quieren de mí los espíritus del desierto? —pregunté, con la voz firme, tragándome el temor que me oprimía el pecho.

Kariak soltó una risa seca, carente de humor, que resonó en la quietud del desierto como el cascabeleo de una serpiente.

—Los espíritus no quieren nada, mujer blanca. Los espíritus solo recuerdan. Y recuerdan una profecía que fue pronunciada hace cien lunas, cuando el cielo se tiñó de rojo y las estrellas cayeron sobre las montañas del sur. La profecía habla de una loba de sangre blanca que cruzará el mar de cristal, que llevará en su vientre la semilla de dos mundos, y que empuñará una espada negra que beberá la sangre de los tiranos.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Miré a Yahya, cuyos ojos ámbar brillaban con una mezcla de asombro y temor. Miré a Elvira, que se aferraba a la pierna de Zaira con los ojos muy abiertos. Miré la Tizona, que colgaba de mi cintura, su acero negro bebiendo la luz del sol del desierto.

—Yo no soy ninguna profecía —repliqué, con la voz firme, desafiando la mirada del jefe de los señores del viento—. Soy una mujer que ha perdido a su esposo, que ha sido violada por mercenarios, que ha sido esclavizada por encomenderos, que ha sido condenada por inquisidores. Soy una madre que lucha por proteger a su hija. Si vuestros espíritus buscan una heroína, han equivocado el camino.

Kariak me observó en silencio durante un largo instante. Luego, con una lentitud deliberada, se arrodilló ante mí sobre la costra de sal, inclinando la cabeza hasta que su frente tocó el cristal blanco del desierto.

—La loba no reconoce su propia cola —murmuró el jefe, con la voz cargada de una reverencia que me heló la sangre—. Pero los espíritus sí. Y los espíritus han hablado.

Los demás miembros de la procesión, al ver a su jefe arrodillado, imitaron su gesto, hasta que los veinte señores del viento permanecieron postrados ante mí sobre la costra de sal, como vasallos ante una reina. El viento, que hasta entonces había sido un silbido constante, cesó de repente, y el desierto se sumió en un silencio tan denso que podía escucharse el latido de mi propio corazón.

—Levantaos —ordené, con la voz quebrada por la emoción—. No soy vuestra reina. No soy vuestra profecía. Solo soy una mujer que busca un lugar donde criar a su hija en paz.

Kariak se incorporó con lentitud, y sus ojos ámbar me escrutaron con una intensidad que me deshizo por dentro.

—La paz es un lujo que los espíritus no conceden a los que llevan la marca del destino —murmuró el jefe, con la voz grave y pausada—. Pero podemos ofreceros refugio. Podemos ofreceros agua, alimento y protección. A cambio, solo pedimos una cosa.

—¿Qué pedís? —pregunté, sintiendo cómo la desconfianza volvía a anudar mi garganta.

—Que nos conduzcáis hasta el cerro de los siete vientos —respondió Kariak, señalando hacia el horizonte, donde una formación rocosa de color rojo sangre se recortaba contra el cielo blanco—. Allí, en la cima, se encuentra el altar de los espíritus antiguos. Allí, la loba de sangre blanca debe presentar su ofrenda, y los espíritus decidirán si es digna de vivir en nuestras tierras, o si debe ser devorada por el desierto.

La propuesta era una trampa, o una prueba, o ambas cosas. Lo supe con la certeza absoluta que otorga el instinto de supervivencia. Pero no teníamos otra opción. El desierto nos devoraría en pocos días si no encontrábamos agua, y los emisarios del Virrey nos alcanzarían en pocas semanas si no nos ocultábamos en un lugar donde ni los caballos ni los sabuesos pudieran seguirnos.

—Conducidnos al cerro de los siete vientos —sentencié, con la voz firme, aferrando la empuñadura de la Tizona—. Y que los espíritus decidan mi destino.

La marcha hacia el cerro fue una travesía por los círculos más profundos del purgatorio. Los señores del viento nos guiaron por senderos ocultos que serpenteaban entre las costras de sal, evitando los pozos de arena movediza y los nidos de las víboras cornudas que acechaban bajo las rocas. Nos enseñaron a beber la sangre de los cactus, a masticar las raíces de las plantas de la noche, a

orientarnos por la posición de las estrellas cuando el sol cegaba los ojos.

Al quinto día de marcha, el cerro de los siete vientos se alzó ante nosotros como una catedral de roca roja, cuyas paredes verticales se alzaban hasta perderse en el cielo blanco. En la cima, una plataforma de piedra tallada con los rostros de los dioses antiguos se recortaba contra el horizonte, y desde ella, siete columnas de humo se elevaban hacia el cielo, marcando los puntos cardinales del desierto.

Los señores del viento nos condujeron hasta la base del cerro, y allí se detuvieron. Kariak se giró hacia mí, y sus ojos ámbar brillaban con una intensidad que me deshizo por dentro.

—Solo la loba puede ascender —murmuró el jefe, con la voz grave y pausada—. Solo ella puede presentar la ofrenda a los espíritus. Los demás aguardarán aquí.

Miré a Yahya, cuyos ojos ámbar me suplicaban en silencio que no lo hiciera, que buscáramos otra salida. Miré a Elvira, que se aferraba a mi mano con una fuerza que me partía el alma. Y supe, con la certeza absoluta de los condenados, que no había otra opción.

—Cuidad de mi hija —susurré a Yahya, besando su frente con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada—. Si no regreso antes del anochecer, huid hacia el norte. Buscad a los cimarrones de la costa. Vivid.

Yahya me tomó del rostro, sus dedos ásperos acariciando mis mejillas con una ternura que me deshizo por dentro.

—Mientras respire, mi espada será vuestro escudo —murmuró el morisco, besando mis labios con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas—. Y si los espíritus os reclaman, yo mismo descenderé al inframundo a arrancaros de sus garras.

Comencé a ascender por el sendero que serpenteaba por las paredes verticales del cerro, con la Tizona ceñida a la cintura y el corazón latiendo desbocado. El aire se volvía cada vez más denso, y el olor a copal y a sangre seca me provocaba arcadas. Pero mis ojos

estaban fijos en la cima, en el altar de los espíritus antiguos, en el destino que me aguardaba.

Cuando llegué a la plataforma, el espectáculo que se ofreció ante mis ojos me dejó sin aliento. El altar no era una simple losa de piedra. Era una estructura circular, tallada en la roca viva del cerro, cuyas paredes estaban cubiertas de grabados que representaban escenas de una antigüedad que desafiaba toda comprensión cristiana. En el centro del altar, una hoguera ardía con un fuego azul que no producía humo, y junto a ella, de pie, con el rostro cubierto por un velo gris y los ojos brillando con una luz sobrenatural, se encontraba una figura que me heló la sangre hasta los huesos.

No era un sacerdote de los señores del viento. No era un chamán de los espíritus antiguos. Era una mujer blanca, vestida con una túnica de seda carmesí que ondeaba con el viento como una bandera de sangre. Y en sus manos, sostenía un objeto que reconocí con un escalofrío: el anillo de sello de mi esposo, el anillo de los Mendoza que Rodrigo llevaba en el dedo la noche en que fue asesinado en nuestro palacio de Cádiz.

La mujer se giró lentamente hacia mí, y con un gesto lento y deliberado, se llevó la mano al velo que le cubría el rostro y lo retiró.

El rostro que quedó al descubierto era el de una mujer de belleza sobrenatural, de cabello rubio como el trigo maduro y ojos del color del mar en tormenta. Pero lo que me dejó sin aliento, lo que me obligó a llevarme las manos a la boca para ahogar un grito de horror, fue la cicatriz que le cruzaba la mejilla desde la sien hasta la barbilla.

Era la misma cicatriz del Marqués de la Sangre.

—Doña Catalina de Mendoza —pronunció la mujer, con una voz que sonaba como el canto de mil sirenas—. Habéis llegado por fin. Los espíritus os esperaban. Y yo también.

—¿Quién sois? —pregunté, con la voz quebrada por el horror, aferrando la empuñadura de la Tizona con manos temblorosas—.

¿Cómo tenéis el anillo de mi esposo? ¿Cómo lleváis la marca del demonio que destruyó mi vida?

La mujer soltó una risa suave, carente de maldad, que resonó en la plataforma como el tintineo de campanas de plata.

—No soy el demonio que destruyó vuestra vida, Doña Catalina —murmuró la mujer, con los ojos brillando por las lágrimas contenidas—. Soy la mujer que el demonio destruyó antes que a vos. Soy Doña Isabel de Mendoza, hermana de vuestro difunto esposo Don Rodrigo. Y he venido a deciros la verdad sobre la noche en que vuestro palacio fue asaltado, una verdad que cambiará el rumbo de vuestra vida y de la de vuestra hija para siempre.

El mundo dejó de girar. El aire se volvió denso, irrespirable. Miré a la mujer que afirmaba ser la hermana de mi esposo, y en sus ojos del color del mar en tormenta leí la misma incredulidad que anudaba mi garganta. Rodrigo nunca me había hablado de una hermana. Rodrigo había afirmado ser hijo único. Y sin embargo, el anillo que la mujer sostenía en su mano era auténtico, y la cicatriz que le cruzaba la mejilla era idéntica a la del Marqués de la Sangre.

—¿Qué verdad es esa que pretendéis revelarme? —pregunté, con la voz firme, tragándome el horror y la desconfianza—. ¿Y cómo puedo confiar en una mujer que lleva la marca del demonio?

Doña Isabel sonrió con tristeza, y sus ojos se llenaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas, perdiéndose entre los pliegues de su túnica carmesí.

—La marca que llevo no es la del Marqués, Doña Catalina —murmuró la mujer, con la voz quebrada por la emoción—. Es la marca de la mujer que el Marqués amó antes que a vos. Es la marca de la mujer que el Marqués violó antes que a vos. Es la marca de la mujer que el Marqués dejó por muerta en las brasas de la hoguera, hace quince años, en las tierras de Berbería.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Miré a Doña Isabel, y en sus ojos leí la misma certeza absoluta que anudaba mi garganta. El Marqués de la Sangre no era un simple



encomendero renegado, ni un agente del Virrey. Era un hombre que había vivido dos vidas, que había amado dos veces, que había destruido dos familias. Y la hermana de mi esposo, la mujer que creía muerta en las brasas de la hoguera, había regresado de las cenizas para revelar la verdad que cambiaría el rumbo de nuestra historia.

—Pero eso no es todo, Doña Catalina —continuó Doña Isabel, con la voz quebrada por la emoción—. La verdad más terrible aún no ha sido revelada. La verdad más terrible es que el Marqués de la Sangre no está muerto. Que el hombre que matasteis en el barranco de los lamentos no era el Marqués, sino un impostor. Y que el verdadero Marqués, el hombre que os violó, que os esclavizó, que intentó sacrificar a vuestra hija, está vivo. Y está aquí, en este desierto, esperándoos.

El suelo se hundió bajo mis pies. El aire se volvió denso, irrespirable. Miré a Doña Isabel, y en sus ojos leí la misma certeza absoluta que anudaba mi garganta. El Marqués de la Sangre estaba vivo. El demonio que había destruido mi vida no había muerto en las llamas del barranco. Había regresado de las cenizas, y ahora me esperaba en el desierto de sal, en el altar de los espíritus antiguos, en el umbral del inframundo.

—¿Dónde está? —pregunté, con la voz firme, aferrando la empuñadura de la Tizona con manos temblorosas—. ¿Dónde se esconde el demonio que destruyó mi vida?

Doña Isabel señaló hacia el horizonte, donde una columna de humo negro se elevaba hacia el cielo blanco, marcando el punto donde el desierto se fundía con las montañas del sur.

—El Marqués os espera en el palacio de cristal —murmuró la mujer, con la voz quebrada por la emoción—. El palacio que los espíritus antiguos construyeron para los reyes del desierto, hace mil lunas. Y os espera con un ejército de mercenarios, con un arsenal de arcabuces y cañones, y con una niña de siete años que lleva vuestros ojos y el cabello de vuestro esposo.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Elvira. Mi pequeña Elvira. No estaba con Zaira. No estaba con Yahya. Estaba en manos del Marqués de la Sangre, en el palacio de cristal, en el umbral del inframundo.

Miré hacia el horizonte, donde la columna de humo negro se elevaba hacia el cielo blanco, y supe, con la certeza absoluta de los condenados, que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Porque ahora, no solo luchábamos contra la Corona, contra la Inquisición y contra el mundo entero. Ahora, luchábamos contra el demonio que había regresado de las cenizas, contra el ejército de mercenarios que custodiaba el palacio de cristal, y contra el tiempo que se agotaba como el agua en los odres del desierto.

Y mientras el sol comenzaba a teñir de rojo las cumbres de las montañas, y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo, eché a caminar hacia el sendero que descendía del cerro de los siete vientos, con la Tizona desenvainada y la furia de una madre ardiendo en mi pecho. Porque mientras mi hija respirara, mientras mi espada pudiera cortar, ningún demonio, ningún ejército, ningún hombre blanco volvería a tocar a mi hija.

Pero estaba dispuesta a teñir de rojo las arenas del desierto, aunque tuviera que caminar sobre mi propia sangre para lograrlo.

## CAPÍTULO 33: LA PROFECÍA DE LA MUJER BLANCA Y EL RECONOCIMIENTO DE LA LOBA

El descenso del cerro de los siete vientos fue una travesía por las grietas de mi propia cordura. Cada paso que daba sobre la roca roja resbaladiza por el rocío matutino era un combate entre la razón y la locura, entre la memoria de lo que había sido mi vida y la revelación monstruosa que Doña Isabel acababa de depositar en mis manos como una ofrenda envenenada. El anillo de Rodrigo, el sello de los Mendoza con el león rampante grabado en el oro, pesaba en mi palma como una losa de plomo fundido. Lo reconocía con la certeza de quien ha besado esa misma joya en los labios de su esposo la noche de bodas, en la alcoba perfumada de azahar de nuestro palacio gaditano.

Pero la cicatriz. La cicatriz que surcaba la mejilla de aquella mujer rubia de ojos color de tormenta era idéntica a la del Marqués de la Sangre. Idéntica en la forma, idéntica en la longitud, idéntica en el relieve queloides que la hacía brillar como un gusano de marfil bajo la piel. ¿Cómo era posible que dos rostros distintos llevaran la misma marca del demonio? ¿Acaso el Marqués había tenido una hermana, una hija, una esposa anterior a la que hubiera marcado con el mismo hierro con el que había estigmatizado a su propia alma?

Al llegar a la base del cerro, los señores del viento nos aguardaban en silencio, sus velos grises agitándose con la brisa del desierto como las banderas de un ejército fantasma. Kariak, el jefe de ojos ámbar ahumados, se adelantó con paso solemne, y su mirada se posó primero en Doña Isabel, luego en mí, y finalmente en el anillo que yo apretaba con tanta fuerza que los nudillos se me habían tornado blancos como la sal del desierto.

—La loba ha bebido del cáliz de la verdad —pronunció el jefe, con la voz grave resonando en la quietud del páramo—. Y ha

sobrevivido.

Yahya corrió hacia mí en cuanto me vio emerger de las brumas que envolvían la cima del cerro. Sus ojos ámbar, brillantes por la fiebre y la angustia, me escudraron con una intensidad que me devolvió la cordura. Me tomó del rostro con sus manos temblorosas, acariciando mis mejillas, mis labios, mi frente, como si necesitara comprobar que yo era real, que no me había desvanecido en las fauces de los espíritus antiguos.

—Catalina, mi amor, ¿estáis herida? ¿Qué habéis visto en la cima?  
—susurró, con la voz quebrada por la emoción.

Antes de que pudiera responder, Doña Isabel descendió los últimos peldaños de roca con la parsimonia de una reina que visita a sus vasallos. Yahya se giró hacia ella, y su rostro se transformó en una máscara de incredulidad y horror. Sus dedos, que segundos antes me acariciaban con ternura, se crisparon sobre la empuñadura de su espada toledana.

—¿Quién sois vos, mujer? —bramó el morisco, interponiendo su cuerpo entre Doña Isabel y yo—. ¿Qué hechizo habéis tejido sobre mi amada?

Doña Isabel soltó una risa suave, carente de maldad, que resonó en el desierto como el tintineo de campanas de plata. Se llevó la mano al velo gris que le cubría el rostro y lo retiró con un gesto lento y deliberado, revelando de nuevo la cicatriz que le surcaba la mejilla y los ojos color de mar en tormenta.

—Soy la prueba, médico de Córdoba —murmuró la mujer, con la voz cargada de una tristeza infinita—. Soy el espejo donde la loba debe mirarse para reconocer su propio reflejo. No soy Doña Isabel de Mendoza, como vuestra amada ha creído. No soy hermana de ningún Rodrigo, ni he sido violada por ningún Marqués en las tierras de Berbería. Soy Naya, la chamán mayor de los señores del viento, la guardiana de la profecía, la que ha bebido el jugo de la planta de los sueños para adoptar el rostro que los espíritus me han dictado.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una montaña que se desploma. Miré a Naya, y en sus ojos leí la misma certeza absoluta que anudaba mi garganta. No era Isabel. No era la hermana de Rodrigo. No era la mujer que el Marqués había amado antes que a mí. Era una ilusión, una prueba, un espejismo tejido con la sustancia de mis propios miedos y de mis propios deseos.

—¿Y el anillo? —pregunté, con la voz quebrada, abriendo la palma de mi mano para mostrar la joya que había sostenido durante todo el descenso—. ¿Cómo habéis obtenido el anillo de mi esposo?

Naya sonrió con tristeza, y sus ojos se llenaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas, perdiéndose entre los pliegues de su túnica carmesí.

—El anillo es vuestro, Doña Catalina —murmuró la chamán, con la voz grave y pausada—. Os lo entregué en la cima del cerro, pero en realidad siempre ha estado en vuestro poder. Lo llevabais cosido en el forro de vuestro jubón desde la noche en que vuestro palacio fue asaltado en Cádiz. Lo habéis llevado con vos a través del océano, a través de la encomienda, a través de la selva, a través del desierto. Es el anillo que Rodrigo os entregó como prenda de amor antes de partir hacia las Indias, el anillo que os prometió que volvería a buscaros, el anillo que ha sobrevivido a todas las tormentas porque vuestro amor lo ha protegido.

Abrí el forro de mi jubón con manos temblorosas, y allí, cosido con hilo de seda negra que yo misma había bordado años atrás, encontré el anillo de Rodrigo. No era el que Naya me había entregado en la cima. Era el mío, el auténtico, el que había llevado conmigo durante todos aquellos años de dolor y de supervivencia. El que Naya me había mostrado en la cima era una réplica perfecta, tallada en hueso de caimán y teñido con pigmentos que imitaban el oro.

—La prueba no era el anillo —continuó Naya, con la voz cargada de una reverencia que me heló la sangre—. La prueba era la reacción de vuestro corazón. Si hubierais creído que yo era Isabel, si hubierais dudado de la memoria de vuestro esposo, si hubierais

aceptado la mentira del Marqués resucitado, los espíritus os habrían devorado. Pero habéis visto a través del espejismo. Habéis reconocido la verdad de vuestro amor. Y por eso, los espíritus os han aceptado.

Kariak, el jefe de los señores del viento, se adelantó con paso solemne. Sus ojos ámbar brillaban con una intensidad que desafiaba al sol del desierto. Se arrodilló ante mí sobre la costra de sal, inclinando la cabeza hasta que su frente tocó el cristal blanco del páramo.

—Doña Catalina de Mendoza, loba de sangre blanca, mujer que ha cruzado el mar de cristal, madre que lleva en su vientre la semilla de dos mundos, portadora de la espada negra que bebe la sangre de los tiranos —pronunció el jefe, con la voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Los espíritus del desierto os reconocen como la mujer de la profecía. Los señores del viento os ofrecen su lealtad, sus lanzas, sus caballos y sus vidas. Desde este día, sois nuestra reina, nuestra guía, nuestra hermana de sangre y de fuego.

Los demás miembros de la tribu, al ver a su jefe arrodillado, imitaron su gesto, hasta que los veinte señores del viento permanecieron postrados ante mí sobre la costra de sal, como vasallos ante una soberana. El viento, que hasta entonces había sido un silbido constante, cesó de repente, y el desierto se sumió en un silencio tan denso que podía escucharse el latido de mi propio corazón.

Me incorporé con lentitud, sintiendo cómo las lágrimas fluían libremente por mis mejillas, lavando el hollín y la sal de los días anteriores. No era una reina. No era una profecía. Era una mujer que había perdido a su esposo, que había sido violada por mercenarios, que había sido esclavizada por encomenderos, que había sido condenada por inquisidores. Era una madre que luchaba por proteger a su hija. Era una amante que había encontrado la redención en los brazos de un hereje. Y sin embargo, aquellos hombres y mujeres del desierto, aquellos nómadas que bebían la

sangre de los cactus y cabalgaban el viento, me reconocían como su líder.

—Levantaos —ordené, con la voz firme, tragándome la emoción que me anudaba la garganta—. No soy vuestra reina. No soy vuestra profecía. Solo soy una mujer que busca un lugar donde criar a su hija en paz. Si queréis ofrecermé vuestra amistad, la acepto. Si queréis ofrecermé vuestra lealtad, la compartiré con vosotros. Pero no me arrodillaré ante nadie más, ni aceptaré coronas que no he ganado con mi propia sangre.

Kariak se incorporó con lentitud, y sus ojos ámbar me escrutaron con una intensidad que me deshizo por dentro.

—La loba no reconoce su propia cola —murmuró el jefe, con la voz cargada de una reverencia que me heló la sangre—. Pero los espíritus sí. Y los espíritus han hablado.

Naya, la chamán, se acercó a mí con paso silencioso. Sus manos, ásperas por el trabajo de la tierra y el tiempo, tomaron las mías con una ternura que me devolvió la dignidad arrebatada.

—La profecía no es una carga, Doña Catalina —susurró la mujer, con la voz grave y pausada—. Es un camino. Los espíritus no os han elegido para que reinéis sobre nosotros, sino para que nos conduzcaís a través de la tormenta que se acerca. Porque la tormenta ya está en el horizonte, y sus relámpagos tienen el brillo del acero de los Tercios.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Miré a Yahya, cuyos ojos ámbar se habían entornado por la desconfianza. Miré a Elvira, que se aferraba a la mano de Zaira con los ojos muy abiertos. Miré a los señores del viento, cuyos rostros velados reflejaban la misma gravedad que anudaba mi garganta.

—¿Qué tormenta es esa que anunciáis? —pregunté, con la voz firme, aferrando la empuñadura de la Tizona—. ¿Qué enemigos se acercan a nuestras tierras?

Naya señaló hacia el norte, hacia el horizonte donde las montañas se recortaban contra el cielo blanco del desierto.

—Una expedición punitiva de la Corona —murmuró la chamán, con la voz cargada de una certeza absoluta—. Cien arcabuceros de los Tercios, acompañados por veinte jinetes y una batería de cañones de bronce. Los dirige el maestre de campo Don García de Toledo, el mismo hombre que os persiguió en las montañas del norte. Ha venido a destruir a los señores del viento, a quemar nuestros campamentos, a masacrar a nuestras mujeres y niños. Y ha venido a buscaros a vos, Doña Catalina, para llevaros encadenada ante el Virrey.

El suelo se hundió bajo mis pies. El aire se volvió denso, irrespirable. Miré a Yahya, y en sus ojos leí la misma determinación que ardía en mi pecho. No había rendición posible. Solo la lucha, la astucia, y la promesa silenciosa de que preferíamos morir en las arenas del desierto que vivir de rodillas ante los hombres que nos habían destruido.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que lleguen? —pregunté, con la voz firme, tragándome el terror que me oprimía el pecho.

—Tres días —respondió Kariak, con la voz grave y pausada—. Quizás cuatro, si las tormentas de arena retrasan su marcha. Pero llegarán. Y cuando lleguen, no dejarán vivo a ningún señor del viento.

Me incorporé con lentitud, sintiendo cómo la furia de una madre, el honor de una Mendoza y el amor de una mujer se fundían en un acero indestructible en mi pecho. Tomé la Tizona, y la alcé hacia el cielo blanco del desierto, su acero negro bebiendo la luz del sol con una furia que desafiaba a los dioses antiguos.

—Entonces preparad vuestras lanzas —sentenció, con la voz resonando en la quietud del páramo como el tañido de una campana de guerra—. Preparad vuestros caballos, vuestras flechas, vuestros venenos. Porque esta vez no huiremos. Esta vez no nos esconderemos en las cuevas ni en los desfiladeros. Esta vez, los señores del viento y la loba de sangre blanca presentarán batalla en los cerros rojos, y el acero de los Tercios beberá su propia sangre.



Yahya se acercó a mí, tomando mi rostro entre sus manos. Sus dedos ásperos acariciaron mis mejillas con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada.

—Juntos, mi amor —susurró el morisco, besando mis labios con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas—. Juntos presentaremos batalla. Juntos venceremos o juntos moriremos. Pero no nos separaremos ni en la vida ni en la muerte.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo las lágrimas se mezclaban con la sal del desierto en mi rostro. Miré a Elvira, que me observaba con los ojos oscuros brillando por la confianza y el miedo. Miré a Zaira, cuya piel oscura brillaba bajo el sol implacable como el bronce pulido. Miré a los señores del viento, cuyos rostros velados reflejaban la misma determinación que ardía en mi pecho.

Y supe, con la certeza absoluta de los condenados, que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Porque ahora, no solo luchábamos contra la Corona, contra la Inquisición y contra el mundo entero. Ahora, luchábamos por el alma de un pueblo que nos había aceptado como suyos, por la libertad de una tierra que nos había dado refugio, por el futuro de una hija que llevaba en sus venas la sangre de dos mundos.

Y estábamos dispuestos a teñir de rojo las arenas del desierto, aunque tuviéramos que caminar sobre nuestra propia sangre para lograrlo.

Pero lo que yo no sabía, lo que ninguno de nosotros podía imaginar en aquel instante de furia y determinación, era que la expedición punitiva de Don García de Toledo no venía sola. Que tras las filas de arcabuceros y jinetes, caminando con el paso parsimonioso de los condenados, venía una figura encadenada, cuyo rostro estaba cubierto por un capuchón de tela negra, y cuyas manos, atadas con grilletes de hierro, sostenían un objeto que haría temblar los cimientos de mi alma.

Porque mientras el sol comenzaba a teñir de rojo las cumbres de los cerros rojos, y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo del desierto, la figura encadenada alzó la cabeza hacia el

horizonte, y bajo el capuchón, unos ojos ámbar brillaron con una luz sobrenatural, una luz que solo podía pertenecer a un hombre que había regresado de las garras de la muerte para cumplir una promesa que trascendía el tiempo y el espacio.

Y mientras los señores del viento preparaban sus lanzas, y Yahya afilaba su espada toledana, y Elvira dormía en los brazos de Zaira, ajena a la tormenta que se cernía sobre nosotros, yo, que había sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo, a la peste y a la locura, no podía imaginar que la mayor prueba de todas estaba a punto de comenzar. Una prueba que no se libraría con espadas ni con arcabuces, sino con el amor y la muerte, con la memoria y el olvido, con la vida y la eternidad.

Porque en las arenas del desierto, bajo el cielo blanco de los páramos del sur, el destino nos tenía preparada una última jugada, una jugada que desafiaría toda comprensión humana, que convertiría los cerros rojos en el escenario de una batalla que los cronistas de la Corona intentarían borrar de la historia, pero que los espíritus del viento grabarían en las rocas para que las generaciones futuras recordaran el día en que la loba de sangre blanca presentó batalla contra el imperio más vasto que el mundo había conocido.

Y mientras el viento comenzaba a soplar con furia, levantando nubes de sal y arena que cegaban los ojos y raspaban las gargantas, supe que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Y que en esa batalla, el precio de la victoria sería más alto de lo que jamás habíamos imaginado.

## CAPÍTULO 34: LA BATALLA DE LOS CERROS ROJOS Y EL PRECIO DE LA SANGRE

Los tres días que Naya había augurado se consumieron con la lentitud de una agonía compartida. Los señores del viento, aquellos nómadas que bebían la sangre de los cactus y cabalgaban las tormentas de arena, se transformaron en una máquina de guerra silenciosa y letal bajo la dirección conjunta de Kariak, Yahya y la mía propia. El desierto, que antaño fuera nuestro enemigo más cruel, se convirtió ahora en nuestro aliado más fiel, en el escudo de cristal y sal que habría de quebrar los dientes de la expedición punitiva de Don García de Toledo.

Elegimos como campo de batalla el desfiladero de los Tres Dedos, una garganta estrecha enclavada en la falda sur de los cerros rojos, cuyas paredes de arenisca sangrante se alzaban como los muros de una catedral pagana. El paso, apenas ancho para tres jinetes en fila, se estrechaba aún más hacia el fondo, formando una bolsa donde el enemigo quedaría atrapado como un escorpión en un frasco de vidrio. Yahya, con la mente afilada por los estudios de las campañas de Alejandro y las guerras de Granada, trazó el plan sobre la arena con la punta de su daga.

—Los Tercios confiarán en su artillería y en la disciplina de sus picas —explicó el morisco, trazando líneas imaginarias sobre la arena roja—. Pero en este desfiladero, sus cañones no podrán desplegarse. Sus arcabuceros tendrán que disparar hacia arriba, con el sol cegándoles los ojos al mediodía. Los señores del viento, desde las alturas, lloverán sobre ellos con flechas y piedras. Cuando el caos se apodere de sus filas, cerraremos la boca del desfiladero con los troncos que Antón y sus cimarrones han preparado.

Kariak asintió con gravedad, sus ojos ámbar brillando con el fuego de la batalla inminente.

—Mis guerreros conocen cada grieta, cada saliente, cada escondite de los cerros rojos —pronunció el jefe de los señores del viento, su voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Cabalgaremos las crestas como sombras. Cuando los hombres blancos entren en la trampa, el desierto les devorará.

Yo, mientras tanto, me encargué de preparar los remedios para los heridos que, con certeza espantosa, llegarían en abundancia. En una cueva excavada en la roca roja, dispuse las cataplasmas de corteza de sauce, los ungüentos de caléndula y grasa de cerdo, las infusiones de adormidera para calmar el dolor de los moribundos. Mis manos, que antaño solo habían sostenido rosas y abanicos en los salones de Cádiz, ahora se manchaban con la sangre de los animales que sacrificábamos para alimentar a los guerreros, con el hollín de las teas que encendíamos para ahuyentar a los alacranes, con la sal del desierto que se incrustaba en las heridas de mis propias manos.

La noche anterior a la batalla, cuando el sol se hubo ocultado tras los cerros y el cielo se encendió con una miríada de estrellas que parecían polvo de diamantes esparcido sobre terciopelo negro, Yahya me encontró sentada en la entrada de la cueva, contemplando el horizonte donde las fogatas del enemigo comenzaban a brillar como una constelación infernal.

El morisco se sentó a mi lado, y su hombro rozó el mío con una calidez que me devolvió la cordura. No habló de inmediato. Simplemente, tomó mi mano entre las suyas, acariciando las callosidades que el trabajo de los últimos días había grabado en mis palmas, besando una a una las cicatrices que los años de suplicio habían dejado en mis dedos.

—Mañana será un día de sangre, mi amor —susurró finalmente, su voz grave resonando en la quietud del desierto como el tañido de una campana lejana—. Y quizás, si los espíritus nos son adversos, será el último día que compartamos bajo este cielo.

Me giré hacia él, y sus ojos ámbar, brillantes por la luz de las estrellas, me contemplaron con una intensidad que me deshizo por

dentro. En su rostro, surcado por las arrugas prematuras del sufrimiento y la fiebre, leí la misma determinación que ardía en mi pecho, la misma aceptación serena de la muerte que nos había acompañado desde la bodega del galeón.

—Si mañana caemos, Yahya —respondí, tomando su rostro entre mis manos y besando sus labios con una ternura que sabía a sal y a promesas eternas—, que sea con las manos entrelazadas. Que la muerte nos encuentre juntos, como nos encontró el amor en la botica de la encomienda, como nos encontró la libertad en las montañas del Darién.

El morisco me atrajo hacia sí, y sus brazos me envolvieron con la fuerza de un muro inexpugnable. En aquel abrazo, en aquella cueva excavada en la roca roja de los cerros, nos amamos con la urgencia de los que saben que el amanecer puede ser el último. Fue un acto de rebeldía absoluta, una comunión de almas y de cuerpos que trascendía las leyes de los hombres y los dogmas de la Iglesia. En la penumbra del desierto, bajo el dosel de estrellas que se filtraba por la entrada de la cueva, fuimos reyes y reinas de un imperio efímero, forjando recuerdos que ni el fuego ni la espada podrían borrar.

Al despuntar el alba, el sonido de los tambores militares rompió la quietud del páramo. Una columna de humo negro se elevó hacia el cielo blanco, marcando la posición del campamento de Don García de Toledo. Los vigías de los señores del viento descendieron de las crestas con la agilidad de los felinos, y sus informes confirmaron lo que ya temíamos: la expedición punitiva estaba en marcha.

—Son más de los que Naya había previsto —murmuró Kariak, su rostro demudado por la gravedad del mensajero—. Ciento cincuenta arcabuceros, treinta jinetes, y cuatro cañones de bronce. Y hay algo más, mujer de sangre blanca. Hay algo más que me hiela la sangre.

—¿Qué es? —pregunté, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas.

—En la retaguardia de la columna, custodiada por doce alabarderos, camina una figura encadenada —respondió el jefe, sus ojos ámbar ahumados entornados por la desconfianza—. Un

prisionero, cubierto con un capuchón negro. Los soldados lo tratan con un cuidado que no se dispensa a los condenados. Lo llevan como un trofeo, o como un señuelo.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Miré a Yahya, cuyos ojos ámbar se habían oscurecido por la inquietud. Miré a Elvira, que dormía en los brazos de Zaira en el fondo de la cueva, ajena a la tormenta que se cernía sobre nosotros. Y supe, con la certeza absoluta de los condenados, que Don García de Toledo nos había tendido una trampa. El prisionero encadenado no era un simple rehén. Era una carnaza, un anzuelo lanzado a las aguas de mi compasión, diseñado para hacerme salir de mi escondite, para arrastrarme a campo abierto, para entregarme a los arcabuces de los Tercios.

—No caeremos en la trampa —sentencié, con la voz firme, aferrando la empuñadura de la Tizona—. Mantendremos la posición en el desfiladero. Dejaremos que el prisionero sea el señuelo, y nosotros seremos los cazadores, no las presas.

La batalla comenzó al mediodía, cuando el sol alcanzó su cenit y sus rayos cegadores se reflejaron en la costra de sal del desierto, convirtiendo el páramo en un horno de luz blanca y calor asfixiante. La vanguardia de los Tercios, formada por cincuenta arcabuceros al mando de un capitán de rostro surcado por la cicatriz de un arcabuzazo, entró en el desfiladero con la parsimonia disciplinada de los veteranos de Flandes. Sus botas resonaban sobre la arena roja, sus picas se alzaban como un bosque de acero, y sus morriones relucían bajo el sol como cascos de dioses paganos.

Desde las crestas de los cerros rojos, los señores del viento observaban en silencio, sus velos grises agitándose con la brisa como las banderas de un ejército fantasma. Kariak, agazapado tras una roca a mi lado, sostenía su arco de tejo con la tensión de un cazador que acecha a su presa. Yo, con la Tizona desenvainada, esperaba la señal para desatar el infierno.

Cuando la vanguardia de los Tercios hubo penetrado hasta la mitad del desfiladero, Kariak alzó la mano y soltó la primera flecha.

La saeta, con la punta empapada en el veneno de las víboras cornudas, silbó en el aire y se clavó en la garganta de un arcabucero, que soltó un gorgoteo ahogado y se desplomó sobre la arena, convulsionándose en espasmos agónicos.

El caos estalló en el desfiladero como una tormenta de fuego y acero. Los señores del viento, desde las crestas, llovieron sobre los Tercios con una granizada de flechas, piedras y dardos envenenados. Los arcabuceros españoles, atrapados en la estrechez de la garganta, intentaron formar cuadros de defensa, pero sus picas se enredaban entre sí, y sus arcabuces disparaban a ciegas hacia las alturas, las balas rebotando en las paredes de roca roja sin alcanzar a ningún enemigo.

—¡Ahora! —bramó Kariak, lanzándose por la ladera del cerro con su macana de cobre martilleado—. ¡Que los espíritus del desierto beban su sangre!

Los guerreros de los señores del viento descendieron como una avalancha de sombras y acero, cayendo sobre los flancos de la columna española con la ferocidad de una manada de jaguares. Las cimitarras de cobre silbaban en el aire, segando extremidades y abriendo yelmos con una facilidad espantosa. Los gritos de agonía de los moribundos se mezclaban con los alaridos de guerra de los nómadas y el estruendo de los arcabuces que disparaban a ciegas en el humo denso de la pólvora.

Yo me lancé al centro de la refriega, esquivando las bayonetas y las picas. La Tizona cantó en el aire, segando vidas con una precisión letal. Un soldado español, con el rostro cubierto de hollín y los ojos desorbitados por el pánico, intentó apuntarme con su arcabuz. Me deslicé bajo su ataque, hundiendo mi hoja en la brecha de su peto, justo bajo la clavícula. El hombre soltó un grito ahogado y se desplomó sobre la arena, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí el polvo rojo del desfiladero.

Pero la victoria no llegaba con la rapidez que habíamos previsto. Don García de Toledo, desde la retaguardia, había ordenado desplegar los cañones de bronce, y los primeros disparos

comenzaron a llover sobre las crestas de los cerros, astillando la roca y enviando una lluvia de esquirlas que herían a los guerreros de los señores del viento. El estruendo de la artillería era ensordecedor, un trueno continuo que hacía temblar los cimientos de la tierra y que ahogaba los gritos de los moribundos.

Fue entonces cuando la vi.

En la retaguardia de la columna española, custodiada por los doce alabarderos que la habían acompañado desde el inicio de la marcha, la figura encadenada había caído de rodillas sobre la arena, exhausta por el calor y el peso de los grilletes. Los alabarderos, distraídos por el caos de la batalla, habían aflojado su vigilancia, y la figura, con un esfuerzo sobrehumano, había logrado incorporarse y comenzar a arrastrarse hacia las rocas que bordeaban el desfiladero.

El capuchón negro, que hasta entonces había ocultado su rostro, se deslizó con el movimiento, y el sol del mediodía iluminó las facciones del prisionero. Un grito ahogado brotó de mi garganta, un lamento de pura agonía que me desgarró el alma.

No era un extraño. No era un señuelo. No era una trampa.

Era Don Martín.

El viejo mayordomo de mi palacio en Cádiz, el hombre que había cruzado el océano para salvarme, el hombre que había traído la confesión de Don Lope de Vargas que me había librado de la hoguera en Santa Fe, estaba allí, encadenado, demacrado, con el rostro surcado por las cicatrices de los látigos y los ojos hundidos en las órbitas. Los soldados de Don García lo habían capturado, lo habían torturado, lo habían convertido en su trofeo de caza, en el anzuelo que habría de arrastrarme a la trampa.

—¡Don Martín! —grité, lanzándome hacia él con la furia de una loba a la que le han arrebatado a su cachorro.

Yahya, al escuchar mi grito, se giró desde el otro extremo del desfiladero, donde luchaba contra un grupo de alabarderos. Sus ojos ámbar se clavaron en los míos, y en aquella mirada leí la misma comprensión horrorosa que anudaba mi garganta. Don Martín no era



un señuelo. Era un amigo, un padre, un hombre que había dado su vida por salvar la mía, y que ahora estaba a punto de morir bajo los pies de los soldados de Don García.

—¡Catalina, no! —bramó el morisco, intentando abrirse paso entre la refriega para alcanzarme—. ¡Es una trampa! ¡Don García os espera!

Pero yo ya no escuchaba. Ya no veía. Solo veía a Don Martín, arrastrándose sobre la arena roja, sus manos encadenadas dejando un rastro de sangre en el polvo, sus ojos clavados en los míos con una súplica que me partió el alma.

—Huid, mi señora —susurró el mayordomo, con la voz quebrada por la agonía—. Huid... no caigáis... en la trampa...

Antes de que pudiera alcanzarlo, una bala de arcabuz silbó en el aire y se clavó en el pecho de Don Martín. El viejo mayordomo soltó un gorgoteo ahogado, y su cuerpo se desplomó sobre la arena, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí el polvo rojo del desfiladero.

Un rugido de furia brotó de mi garganta, un sonido primitivo y salvaje que heló la sangre de los soldados españoles más cercanos. Me abalancé sobre el arcabucero que había disparado, hundiendo la Tizona en su pecho con una violencia que me desgarró los músculos. El hombre soltó un alarido y cayó de rodillas, escupiendo sangre sobre la arena.

Pero el daño ya estaba hecho. Don García de Toledo, desde la retaguardia, había aprovechado mi distracción para enviar a un grupo de jinetes por un sendero lateral que rodeaba el desfiladero. Los veinte jinetes, con sus espadas desenvainadas y sus arcabuces apuntando hacia las crestas, caían ahora sobre la posición donde Zaira custodiaba a Elvira.

—¡Mi hija! —grité, sintiendo cómo el mundo se desmoronaba a mi alrededor—. ¡Elvira!

Yahya, al escuchar mi grito, comprendió la magnitud de la trampa. Don García no había enviado a los jinetes para matar a

Elvira. Los había enviado para capturarla, para usarla como rehén, para obligarme a rendirme, para entregarme a la justicia de la Corona.

El morisco, con un esfuerzo sobrehumano que desafiaba su estado de agotamiento y fiebre, se lanzó por la ladera del cerro, su espada toledana trazando arcos de plata que segaban vidas con una precisión letal. Intentaba alcanzar a Elvira antes de que los jinetes pudieran arrebatármela.

Pero los jinetes eran rápidos, y Zaira, aunque valiente, estaba sola contra veinte hombres armados. La esclava de piel oscura desenvainó su alfanje y se interpuso entre los soldados y la niña, luchando con la furia de una leona a la que intentan arrebatarse a su cachorro. Pero la ventaja numérica era abismal, y el acero de los Tercios era implacable.

Un jinete, esquivando el alfanje de Zaira, se abalanzó sobre Elvira y la arrebató de los brazos de la esclava. La niña soltó un grito agudo y desgarrador que me atravesó el corazón como una lanza de hielo. El jinete, con Elvira aferrada a su montura como un saco de provisiones, espoleó su caballo y comenzó a galopar hacia la retaguardia de la columna, hacia el lugar donde Don García de Toledo aguardaba con una sonrisa cruel.

Yahya, al ver la escena, comprendió que no podría alcanzar al jinete a tiempo. Pero había algo que sí podía hacer. Algo que habría de cambiar el rumbo de la batalla, y el rumbo de nuestras vidas, para siempre.

El morisco, con un movimiento que desafiaba la fatiga de sus músculos, se lanzó sobre el caballo del jinete, hundiéndole su espada toledana en el flanco del animal. El caballo relinchó de dolor y se desplomó sobre la arena, lanzando al jinete por los aires. Elvira rodó por el suelo, ilesa pero aterrorizada, y Yahya la tomó en sus brazos, protegiéndola con su propio cuerpo.

Pero el precio de aquel acto de amor fue terrible.

Otro jinete, al ver caer a su compañero, había girado su montura y galopaba hacia Yahya con la espada desenvainada. El morisco, con Elvira en los brazos, no pudo esquivar el ataque a tiempo. La espada del jinete silbó en el aire y se clavó en el costado de Yahya, atravesando el jubón de cuero y penetrando en la carne hasta el hueso.

El grito que brotó de mi garganta fue un lamento de pura agonía, un sonido que rasgó el aire del desfiladero y que heló la sangre de los guerreros más cercanos. Yahya, con el rostro pálido como la cera y los ojos ámbar velados por el dolor, me miró con una sonrisa triste y valiente que me partió el alma.

—Catalina... —susurró, con la voz quebrada por la agonía, entregándome a Elvira con manos temblorosas—. Cuidad... de nuestra hija...

El cuerpo del morisco se desplomó sobre la arena roja, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí el polvo del desfiladero. Elvira, al ver caer a Yahya, soltó un alarido desgarrador y se lanzó sobre su cuerpo, abrazándolo con la fuerza desesperada de los que han visto la muerte de cerca y han decidido que no es su día.

Me arrodillé junto a él, tomando su rostro entre mis manos, sus dedos ásperos acariciando mis mejillas con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada. Sus ojos ámbar, brillantes por la fiebre y las lágrimas contenidas, me contemplaron con una intensidad que me deshizo por dentro.

—No me dejéis, mi amor —susurré, con la voz quebrada por las lágrimas, besando sus labios con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas—. No me dejéis sola. No ahora. No después de todo lo que hemos pasado.

Yahya sonrió, una sonrisa triste y valiente que iluminó su rostro pálido.

—Mientras respire... —murmuró, con la voz estrangulada por la agonía—, mi espada... será vuestro escudo... y mi ciencia... vuestro

refugio...

Sus ojos se cerraron, y su cuerpo se relajó en mis brazos, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí la arena del desfiladero. Elvira, abrazada a su cuerpo, lloraba en silencio, sus pequeñas manos aferrando el jubón empapado del morisco con una fuerza que me partió el alma.

A mi alrededor, la batalla continuaba, los gritos de los moribundos se mezclaban con el estruendo de los arcabuces y el choque del acero contra el acero. Pero yo ya no escuchaba. Ya no veía. Solo veía a Yahya, el hombre que me había devuelto la dignidad, el hombre que me había amado con una ternura que desafiaba a la muerte, el hombre que había dado su vida por proteger a nuestra hija.

Y supe, con la certeza absoluta de los condenados, que la verdadera batalla por la supervivencia no había terminado. Que la guerra contra la Corona, contra la Inquisición y contra el mundo entero, continuaría. Pero que ahora, con Yahya muerto en mis brazos, con Don Martín caído sobre la arena, con Elvira llorando sobre el cuerpo del hombre que amaba, la lucha ya no era por la libertad, ni por la venganza, ni por el futuro.

Era por la memoria.

Porque mientras mi corazón latiera, mientras mi espada pudiera cortar, mientras mi aliento pudiera susurrar el nombre de Yahya al oído de Elvira, el amor que nos habíamos profesado en la botica de la encomienda, en las montañas del Darién, en los cerros rojos del desierto, sobreviviría a la muerte, a la traición, a la codicia de los hombres y a la crueldad de los dioses.

Y mientras el sol comenzaba a ocultarse tras los cerros rojos, tiñendo el cielo de un púrpura sangriento, y los últimos arcabuceros de Don García de Toledo huían hacia el norte con el rabo entre las piernas, supe que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Porque ahora, no solo luchábamos contra la Corona, contra la Inquisición y contra el mundo entero. Ahora, luchábamos por el alma de un hombre que había muerto

amándonos, por la memoria de un amor que trascendía la muerte, por el futuro de una hija que llevaba en sus venas la sangre de dos mundos.

Y estaba dispuesta a teñir de rojo las arenas del desierto, aunque tuviera que caminar sobre mi propia sangre para lograrlo.

Pero lo que yo no sabía, lo que ninguno de nosotros podía imaginar en aquel instante de dolor y determinación, era que Yahya, el hombre que creía muerto en mis brazos, aún respiraba. Que su corazón, aunque débil, aún latía. Que su alma, aunque al borde del abismo, aún se aferraba a la vida con la fuerza de un náufrago que se niega a ser tragado por las olas.

Y mientras la noche caía sobre los cerros rojos, y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo del desierto, una figura se deslizaba entre las sombras del campamento, llevando en sus manos un pergamino sellado con lacre negro. Y en ese pergamino, escrito con tinta roja y firmado con un nombre que helaría la sangre de cualquiera que lo leyera, estaba el destino de Yahya, un destino que cambiaría el rumbo de nuestra historia, y que convertiría los cerros rojos en el escenario de un sacrificio que desafiaría toda comprensión humana.

Porque mañana, al amanecer, cuando el sol tiñera de rojo las arenas del desierto, Yahya tendría que elegir entre la vida y la muerte, entre el amor y el sacrificio, entre quedarse a mi lado o partir hacia un viaje del que quizás nunca regresaría.

Pero yo, que había sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo, a la peste y a la locura, no podía imaginar que la mayor prueba de todas estaba a punto de comenzar. Una prueba que no se libraría con espadas ni con arcabuces, sino con el amor y la muerte, con la memoria y el olvido, con la vida y la eternidad.

## CAPÍTULO 35: EL SACRIFICIO DEL MÉDICO Y EL CIELO DE LAS PROMESAS ETERNAS

La noche cayó sobre los cerros rojos como un sudario de púrpura y ceniza, y con ella llegó el silencio más espantoso que jamás había conocido: el silencio que sigue a la masacre, cuando los gritos de los moribundos se han apagado uno a uno y solo queda el crepitar de las hogueras funerarias y el aullido lejano de los coyotes que olfatean la sangre derramada. Los señores del viento, aquellos nómadas que bebían la sangre de los cactus y cabalgaban las tormentas de arena, recogían a sus muertos con la solemnidad de quienes saben que cada cuerpo que envuelven en mantos de lana será devuelto al desierto para que el viento lo esparza sobre las arenas del olvido.

Yo me encontraba arrodillada en el centro de una tienda de cuero curtido que Kariak había ordenado levantar en la falda sur del desfiladero, lejos del hedor de los cadáveres españoles que comenzaban a atraer a los buitres. Sobre un lecho de pieles de jaguar y hierbas aromáticas yacía Yahya, el hombre que había amado con una intensidad que desafiaba a los dogmas de la Iglesia y a las leyes de los hombres, el médico de Córdoba que había curado las heridas de mi cuerpo y de mi alma, el padre de la hija que ahora dormía acurrucada junto a él como un pajarillo asustado.

La herida era atroz. La espada del jinete español le había atravesado el costado derecho, perforando el pulmón y rozando el hígado. La sangre, oscura y espesa, manaba de la herida con una parsimonia implacable, empapando las pieles sobre las que yacía y formando un charco carmesí que se extendía bajo su cuerpo como un mapa de nuestra desdicha. Su rostro, pálido como la cera de los cirios funerarios, estaba surcado por el sudor frío de la agonía, y sus labios, teñidos de un azul violáceo, se movían en un rezo silencioso que solo él podía escuchar.

—Catalina —susurró, abriendo los ojos ámbar con un esfuerzo que le arrancó un gemido ahogado—. ¿Seguís aquí, mi amor? ¿O ya he cruzado el umbral y os veo en el otro lado del velo?

Me incliné sobre él, tomando su rostro entre mis manos, acariciando sus mejillas hundidas con una ternura que me deshizo por dentro. Sus ojos, brillantes por la fiebre y las lágrimas contenidas, me contemplaron con una intensidad que me devolvió la cordura.

—Estoy aquí, mi vida —respondí, con la voz quebrada por las lágrimas que se negaban a brotar—. Estoy aquí, y no os dejaré solo. No ahora. No después de todo lo que hemos vencido juntos.

Yahya soltó una risa suave, carente de humor, que se transformó en un acceso de tos espasmódica. La sangre brotó de sus labios, tiñendo de carmesí el lino de la camisa que yo misma le había cambiado horas antes. Tomé un paño húmedo y limpié su rostro con la delicadeza de quien acaricia una reliquia sagrada, mis manos temblando a pesar del esfuerzo que hacía por mantenerlas firmes.

—La herida es profunda, Catalina —murmuró el morisco, con la voz grave y pausada, la misma voz con la que me había explicado los secretos de las hierbas medicinales en la botica de la encomienda—. El acero ha perforado el pulmón. La sangre se acumula en el pecho, ahogándome desde dentro. He visto heridas así en los campos de batalla de Granada, en los hospitales de Córdoba. Sin una intervención inmediata, sin abrir el pecho para drenar el líquido y suturar la herida, la muerte llegará antes de que el sol alcance su cenit.

—Entonces abriremos el pecho —sentencié, incorporándome con la espalda erguida, el corazón latiendo con una furia contenida que me hacía temblar las manos—. Yo misma lo haré. He visto a los cirujanos de Cádiz practicar la operación. He ayudado a curar a los heridos de la encomienda. Sé cómo se hace.

Yahya me tomó de la muñeca con una fuerza que me sorprendió, sus dedos huesudos aferrando los míos con la desesperación de un náufrago que se aferra a un madero a la deriva.

—No, mi amor —susurró, con los ojos ámbar brillando por una tristeza infinita—. No podéis hacerlo. No aquí. No con las manos temblorosas por el dolor y la fatiga. No con la luz mortecina de una lámpara de aceite. Y no sobre el cuerpo del hombre que amáis.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Miré a Yahya, y en sus ojos leí la misma certeza absoluta que anudaba mi garganta. Él sabía, con la ciencia del médico y la sabiduría del moribundo, que su hora había llegado. Que la herida era demasiado profunda, que las fuerzas le faltaban, que el tiempo se agotaba como el agua en los odres del desierto.

—No permitiré que muráis —repliqué, con la voz firme, tragándome las lágrimas que amenazaban con cegarme—. He sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo, a la peste y a la locura. He sobrevivido al Marqués de la Sangre y a los inquisidores de la Corona. No permitiré que la muerte os arrebate de mi lado.

Yahya me atrajo hacia él con un esfuerzo que le arrancó un gemido de dolor, y sus labios buscaron los míos en un beso que sabía a sal y a promesas eternas. Fue un beso suave, apenas un roce de pieles, pero contuvo la intensidad de un huracán. En aquel contacto no había la pasión desbocada de la lujuria, sino la dulzura de un amor que nacía de las cenizas, la promesa silenciosa de dos naufragos que decidían aferrarse el uno al otro para no ser tragados por el abismo.

—Escuchadme, Catalina —murmuró, separándose de mí con una lentitud que me desgarró el alma—. He vivido más de lo que merecía. He amado más de lo que un hereje como yo tenía derecho a esperar. He conocido la ternura de vuestros labios, la calidez de vuestro cuerpo, la luz de vuestros ojos. Y he visto a nuestra hija crecer fuerte y sana, con vuestro coraje y mi curiosidad en las venas. ¿Qué más puede pedir un hombre a los dioses?

—Yo os pido más —respondí, con la voz quebrada, tomando su rostro entre mis manos y besando su frente febril—. Os pido que viváis. Os pido que envejecáis a mi lado. Os pido que veáis a Elvira



convertirse en mujer, que la conduzcáis al altar el día de sus bodas, que sostengáis en vuestros brazos a los hijos que nuestros hijos nos den. Os pido todo lo que la vida nos negó en la encomienda, en la selva, en el desierto.

Yahya sonrió, una sonrisa triste y valiente que iluminó su rostro pálido como el resplandor de una estrella que se apaga.

—Elvira —susurró, volviendo la cabeza hacia la niña que dormía a su lado—. Despertadla, mi amor. Quiero verla una última vez. Quiero decirle las palabras que un padre debe decir a su hija antes de cruzar el umbral.

Me incorporé con lentitud, sintiendo cómo las piernas me temblaban bajo el peso de la sentencia. Me arrodillé junto a Elvira y la tomé en mis brazos con una delicadeza que me deshizo por dentro. La niña, al sentir mi tacto, abrió los ojos oscuros y me miró con una inocencia que contrastaba con el horror que nos rodeaba.

—Madre, ¿por qué lloráis? —susurró, incorporándose y tomando mi rostro entre sus pequeñas manos—. ¿El padre Yahya va a ponerse bueno?

Me arrodillé junto al lecho de Yahya, y tomé la mano de Elvira entre las mías, uniéndola a la de su padre. El morisco abrió los ojos, y al ver a la niña, una luz sobrenatural brilló en sus pupilas ámbar, una luz que desafiaba a la muerte misma.

—Mi pequeña flor de azahar —murmuró, con la voz quebrada por la emoción, acariciando el cabello oscuro de la niña con dedos temblorosos—. Escucha con atención lo que tu padre va a decirte, porque estas son las palabras que llevarás contigo hasta el fin de tus días.

Elvira se inclinó hacia él, sus ojos muy abiertos, absorbiendo cada palabra con la avidez de los que saben que cada sílaba es un tesoro que no podrán recuperar.

—Tu madre es la mujer más valiente que ha caminado sobre la faz de la tierra —continuó Yahya, con la voz grave y pausada, la misma voz con la que me había recitado los versos de Garcilaso en

las noches de luna—. Ha sobrevivido al fuego y al acero, a la traición y a la locura. Ha luchado contra reyes y contra dioses, contra la Corona y contra la Inquisición. Y todo lo ha hecho por ti, mi amor. Por protegerte. Por darte la vida que a ella le fue arrebatada.

Elvira asintió con la cabeza, las lágrimas comenzando a surcar sus mejillas.

—Y tú —continuó el morisco, tomando el rostro de la niña entre sus manos—, tú llevas en tus venas la sangre de dos mundos. La sangre de los Mendoza, nobles de Castilla, y la sangre de los alfaquíes de Córdoba, sabios de Al-Andalus. La sangre de los conquistadores y la sangre de los conquistados. La sangre de la cruz y la sangre de la media luna. Y en ti, mi pequeña flor, esas dos sangres se han encontrado, se han fundido, se han hecho una sola.

Hizo una pausa, tosiendo con violencia, la sangre brotando de sus labios en un hilo oscuro que empapó el lino de la camisa. Yo tomé el paño y limpié su rostro con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada.

—Prométeme una cosa, Elvira —susurró Yahya, con la voz estrangulada por la agonía—. Prométeme que no odiarás a los hombres blancos por lo que te han hecho. Prométeme que no odiarás a la Corona, ni a la Iglesia, ni a los soldados que han matado a tu padre. Porque el odio es un veneno que se bebe uno mismo esperando que muera el otro. Prométeme que amarás la vida, que respetarás la tierra, que honrarás a los espíritus del desierto y a los dioses de tus ancestros. Prométeme que serás libre, mi pequeña flor. Libre como el viento que cabalgan los señores del páramo.

Elvira sollozó, tomando el rostro de su padre entre sus pequeñas manos y besando sus labios manchados de sangre.

—Te lo prometo, padre —susurró la niña, con la voz quebrada por las lágrimas—. Te lo prometo.

Yahya sonrió, una sonrisa de paz infinita que iluminó su rostro pálido como el resplandor de la luna sobre las arenas del desierto.

Volvió la cabeza hacia mí, y sus ojos ámbar me contemplaron con una intensidad que me deshizo por dentro.

—Catalina —murmuró, con la voz apenas audible—. Hay algo que debo deciros. Algo que he guardado en mi pecho durante todos estos años, algo que no pude revelaros mientras la vida me sostenía.

Me incliné hacia él, acercando mi oído a sus labios, mi corazón latiendo con una furia contenida que me hacía temblar las manos.

—Hablad, mi amor —susurré, con la voz quebrada por las lágrimas que finalmente comenzaron a brotar—. Decidme lo que guardáis. Os lo ruego.

Yahya tomó mi mano entre las suyas, sus dedos huesudos aferrando los míos con la desesperación de un náufrago que se aferra a un madero a la deriva. Sus labios se movieron en un susurro que solo yo pude escuchar, un susurro que me heló la sangre hasta los huesos.

—Elvira —susurró, con la voz estrangulada por la agonía—, no es hija de Rodrigo. Es hija mía. La concebimos en la botica de la encomienda, la noche en que nos amamos por primera vez. Rodrigo ya había muerto cuando vos llegasteis a las Indias. Elvira es mi hija, Catalina. Nuestra hija.

El mundo dejó de girar. El aire se volvió denso, irrespirable. Miré a Yahya, y en sus ojos leí la misma certeza absoluta que anudaba mi garganta. Elvira no era hija de Rodrigo. No era la hija que yo había concebido con mi esposo en los jardines de Cádiz. Era la hija que había concebido con Yahya, el morisco de Córdoba, el hereje condenado por la Inquisición, el hombre que me había amado con una ternura que desafiaba a la muerte.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una montaña que se desploma. Miré a Elvira, que dormía a mi lado, su pequeño cuerpo pegado al mío como un pájaro asustado que busca el calor del nido. Sus rasgos, que yo siempre había atribuido a Rodrigo, ahora revelaban la verdad que había estado oculta ante mis ojos: los ojos

ámbar de su padre, la forma de su nariz, la curva de su mandíbula. Todo en ella era Yahya. Todo en ella era nuestro.

—¿Por qué no me lo dijisteis? —susurré, con la voz quebrada por las lágrimas, tomando su rostro entre mis manos—. ¿Por qué me dejasteis creer que Elvira era hija de Rodrigo?

Yahya sonrió, una sonrisa triste y valiente que iluminó su rostro pálido.

—Porque Rodrigo os amó con la dulzura de los jardines de Cádiz —murmuró, con la voz grave y pausada—. Y yo quería que guardarais su memoria intacta. Quería que la niña llevara el apellido de los Mendoza, que heredara las tierras de vuestro esposo, que creciera con el honor de un linaje que los inquisidores no podrían mancillar. Pero ahora, antes de cruzar el umbral, necesitaba que supierais la verdad. Necesitaba que supierais que Elvira es nuestra. Que es la semilla de los dos mundos que la profecía anunciaba.

Me incliné sobre él, y nuestros labios se encontraron en un beso que contuvo la intensidad de un huracán. Fue un beso salado por las lágrimas, doloroso por la cercanía de la muerte, pero infinitamente dulce. En aquel abrazo, el siglo dieciséis con sus hogueras, sus galeras y sus matanzas dejó de existir. Solo existía el latido de nuestros corazones, sincronizados en la oscuridad, dos almas que se negaban a ser separadas por la iniquidad de los hombres.

—Os amo, Yahya —susurré, con la voz quebrada por las lágrimas—. Os amo con un amor que ninguna ley humana ni divina puede condenar. Os amo más que a mi propia vida. Y os amaré hasta el fin de mis días, y más allá de la muerte, si los espíritus del desierto me lo permiten.

Yahya me tomó del rostro, sus dedos ásperos acariciando mis mejillas con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada. Sus ojos ámbar, brillantes por la fiebre y las lágrimas contenidas, me contemplaron con una intensidad que me deshizo por dentro.

—Y yo os amo, Catalina —murmuró, con la voz grave y pausada—. Os amo con la furia de las tormentas de la selva, con la dulzura

de los jardines de Córdoba, con la paciencia de los sabios que han leído todos los libros del mundo. Os amo más que a mi propia vida. Y os amaré desde el otro lado del velo, hasta que los espíritus nos permitan reencontrarnos en los campos de asfódelos donde los amantes eternos pasean tomados de la mano.

Hizo una pausa, tosiendo con violencia, la sangre brotando de sus labios en un hilo oscuro que empapó el lino de la camisa. Yo tomé el paño y limpié su rostro con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada.

—Catalina —susurró, con la voz estrangulada por la agonía—. Hay algo más. Algo que debéis saber antes de que cruce el umbral.

Me incliné hacia él, acercando mi oído a sus labios, mi corazón latiendo con una furia contenida que me hacía temblar las manos.

—Hablad, mi amor —susurré, con la voz quebrada por las lágrimas que finalmente comenzaron a brotar—. Decidme lo que guardáis. Os lo ruego.

Yahya tomó mi mano entre las suyas, sus dedos huesudos aferrando los míos con la desesperación de un náufrago que se aferra a un madero a la deriva. Sus labios se movieron en un susurro que solo yo pude escuchar, un susurro que me heló la sangre hasta los huesos.

—La Tizona —murmuró, con la voz estrangulada por la agonía—. No es solo un arma. Es una llave. En la empuñadura, bajo el pomo de plata, hay un compartimento secreto. Dentro, guardé el mapa que encontré en la biblioteca del Marqués de la Sangre. El mapa que muestra la ubicación de la flor de la noche, la única planta que puede curar la peste que aún acecha en las aguas de Nombre de Dios.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. Miré la Tizona, que colgaba de mi cintura, su acero negro bebiendo la luz mortecina de la lámpara de aceite. La espada que Antón había forjado con los restos de los alabarderos del inquisidor, con los grilletos de los galeotes, con los cañones de bronce rescatados de

las aguas de la bahía. La espada que había bebido la sangre de los tiranos, que había segado las vidas de los verdugos, que había sido mi escudo y mi venganza durante todos aquellos años.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes? —susurré, con la voz quebrada por las lágrimas, tomando su rostro entre mis manos—. ¿Por qué guardasteis el secreto en la empuñadura de la espada?

Yahya sonrió, una sonrisa triste y valiente que iluminó su rostro pálido.

—Porque sabía que llegaría este momento —murmuró, con la voz grave y pausada—. Sabía que mi hora llegaría antes que la vuestra. Y sabía que necesitaríais una razón para seguir luchando, una misión que os mantuviera viva cuando yo ya no estuviera a vuestro lado. La flor de la noche, Catalina. La cura para la peste. La redención de miles de vidas que el Marqués de la Sangre condenó a la muerte.

Hizo una pausa, tosiendo con violencia, la sangre brotando de sus labios en un hilo oscuro que empapó el lino de la camisa. Yo tomé el paño y limpié su rostro con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada.

—Prometedme que lo haréis, Catalina —susurró, con la voz estrangulada por la agonía—. Prometedme que encontraréis la flor de la noche. Que curaréis la peste. Que salvaréis a los inocentes que el Marqués condenó. Prometedme que no dejaréis que mi muerte sea en vano.

Le tomé la mano entre las mías, apretándola con una fuerza que me dolía en los músculos, y miré sus ojos ámbar con una determinación que desafiaba a la muerte misma.

—Os lo prometo, mi amor —susurré, con la voz firme, tragándome las lágrimas que amenazaban con cegarme—. Os lo juro por los espíritus del desierto, por la memoria de Rodrigo, por la vida de Elvira. Encontraré la flor de la noche. Curaré la peste. Salvaré a los inocentes. Y vuestro sacrificio no será en vano.

Yahya sonrió, una sonrisa de paz infinita que iluminó su rostro pálido como el resplandor de la luna sobre las arenas del desierto.

Sus ojos ámbar, brillantes por la fiebre y las lágrimas contenidas, me contemplaron con una intensidad que me deshizo por dentro.

—Gracias, mi amor —murmuró, con la voz apenas audible—. Gracias por haberme amado. Gracias por haberme dado a Elvira. Gracias por haberme permitido morir con el corazón lleno de paz.

Sus ojos se cerraron con lentitud, y su cuerpo se relajó en mis brazos, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí las pieles de jaguar sobre las que yacía. Su respiración se tornó superficial, entrecortada, cada aliento un combate contra la muerte que se acercaba con la parsimonia implacable de una marea negra que devora la costa.

—Yahya —susurré, tomando su rostro entre mis manos y besando sus labios con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas—. No me dejéis. No ahora. No después de todo lo que hemos pasado.

El morisco abrió los ojos una última vez, y sus pupilas ámbar me contemplaron con una intensidad que me devolvió la cordura. Sus labios se movieron en un susurro que solo yo pude escuchar, un susurro que me heló la sangre hasta los huesos.

—Nos veremos en los campos de asfódelos, mi amor —murmuró, con la voz estrangulada por la agonía—. Nos veremos bajo el cielo de las promesas eternas. Y allí, donde los espíritus del desierto pasean tomados de la mano, nadie podrá separarnos jamás.

Sus ojos se cerraron, y su cuerpo se relajó en mis brazos, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí las pieles de jaguar sobre las que yacía. Su respiración se detuvo, y el silencio que cayó sobre la tienda fue más denso que la piedra que nos rodeaba.

Me quedé de rodillas, con el cuerpo de Yahya en mis brazos, llorando en silencio mientras las lágrimas se mezclaban con la sangre y el sudor que manchaban mi rostro. Elvira, al sentir mi temblor, se incorporó y me miró con los ojos oscuros llenos de una inocencia que contrastaba con el horror que nos rodeaba.

—Madre, ¿el padre Yahya se ha ido? —susurró la niña, con la voz quebrada por las lágrimas.

Asentí con la cabeza, incapaz de articular palabra, y tomé a mi hija en mis brazos, abrazándola con una fuerza que me dolía en los músculos. Su pequeño cuerpo temblaba contra el mío, y sus lágrimas se mezclaban con las mías, formando un río de dolor que nos unía en la desdicha.

—Sí, mi amor —susurré finalmente, con la voz quebrada por las lágrimas—. El padre Yahya se ha ido. Pero nos ha dejado algo muy valioso. Nos ha dejado su amor. Nos ha dejado su memoria. Nos ha dejado una misión que cumplir.

Me incorporé con lentitud, dejando el cuerpo de Yahya sobre las pieles de jaguar, y tomé la Tizona con manos temblorosas. Examiné la empuñadura, buscando el compartimento secreto que el morisco había mencionado. Mis dedos, ásperos por el trabajo y el tiempo, recorrieron el cuero de serpiente que envolvía el pomo de plata, hasta que encontraron una pequeña hendidura casi imperceptible.

Con un movimiento preciso, presioné la hendidura, y un mecanismo de resorte chasqueó, revelando un compartimento oculto en el interior del pomo. Dentro, envuelto en un paño de seda negra, había un pergamino doblado con cuidado. Lo extraje con manos temblorosas, y lo desplegué a la luz mortecina de la lámpara de aceite.

El mapa era antiguo, trazado con tinta roja y negra sobre un pergamino de piel de cabra. Mostraba las costas de Tierra Firme, con una precisión que desafiaba la comprensión cristiana. Pero lo que me dejó sin aliento no fue la exactitud del trazado, sino la marca que brillaba en el centro del pergamino: una flor de pétalos plateados, dibujada con tinta de plata, que pulsaba con una luz propia bajo la luz de la lámpara.

La flor de la noche. El antídoto para la peste. La redención de miles de vidas que el Marqués de la Sangre había condenado a la muerte.



Me arrodillé junto al cuerpo de Yahya, y tomé su mano inerte entre las mías, besando sus dedos huesudos con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada. Sus ojos cerrados, su rostro sereno, sus labios entreabiertos en una sonrisa de paz infinita, eran la imagen de un ángel caído que hubiera olvidado cómo regresar al cielo.

—Descansad, mi amor —susurré, con la voz firme, tragándome las lágrimas que amenazaban con cegarme—. Descansad en los campos de asfódelos, bajo el cielo de las promesas eternas. Yo me quedaré aquí, en el mundo de los vivos, para cumplir nuestra misión. Para encontrar la flor de la noche. Para curar la peste. Para salvar a los inocentes.

Me incorporé con lentitud, tomando a Elvira de la mano, y salimos de la tienda hacia la noche del desierto. El cielo se extendía sobre nosotros como un manto de diamantes esparcidos sobre terciopelo negro, y las estrellas brillaban con una intensidad que desafiaba a la muerte misma. Kariak y los señores del viento nos aguardaban en silencio, sus rostros velados reflejando la misma gravedad que anudaba mi garganta.

—La loba ha perdido a su compañero —pronunció el jefe, con la voz grave resonando en la quietud del páramo—. Pero no ha perdido su camino. Los espíritus del desierto la guiarán, y las arenas del sur le revelarán los secretos que busca.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo la furia de una madre, el honor de una Mendoza y el amor de una viuda se fundían en un acero indestructible en mi pecho. Tomé la Tizona, y la alcé hacia el cielo estrellado del desierto, su acero negro bebiendo la luz de las estrellas con una furia que desafiaba a los dioses antiguos.

—Que vengan —sentencié, con la voz resonando en la quietud del páramo como el tañido de una campana de guerra—. Que vengan los ejércitos de la Corona, los sabuesos de la Inquisición, los demonios del desierto. Que vengan todos. Porque mientras respire, mientras mi espada pueda cortar, mientras mi aliento pueda susurrar el nombre de Yahya al oído de Elvira, la memoria de mi amor

sobrevivirá a la muerte, a la traición, a la codicia de los hombres y a la crueldad de los dioses.

Y mientras el sol comenzaba a teñir de rojo las cumbres de los cerros, y las primeras estrellas comenzaban a desvanecerse en el cielo, supe que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Porque ahora, no solo luchaba contra la Corona, contra la Inquisición y contra el mundo entero. Ahora, luchaba por el alma de un hombre que había muerto amándonos, por la memoria de un amor que trascendía la muerte, por el futuro de una hija que llevaba en sus venas la sangre de dos mundos.

Y estaba dispuesta a teñir de rojo las arenas del desierto, aunque tuviera que caminar sobre mi propia sangre para lograrlo.

Pero lo que yo no sabía, lo que ninguno de nosotros podía imaginar en aquel instante de dolor y determinación, era que el mapa de la flor de la noche guardaba un secreto más terrible, un secreto que cambiaría el rumbo de nuestra historia, y que convertiría las arenas del sur en el escenario de una revelación que desafiaría toda comprensión humana.

Porque mientras el sol comenzaba a teñir de rojo las cumbres de los cerros, y las primeras estrellas comenzaban a desvanecerse en el cielo, una figura se deslizaba entre las sombras del campamento, llevando en sus manos un pergamino sellado con lacre negro. Y en ese pergamino, escrito con tinta roja y firmado con un nombre que helaría la sangre de cualquiera que lo leyera, estaba la verdad sobre la flor de la noche, una verdad que convertiría mi misión de redención en una trampa mortal, y que me obligaría a elegir entre la vida de miles de inocentes y la vida de la única persona que me quedaba en el mundo: mi hija Elvira.

Y yo, que había sobrevivido al fuego de los arcabuces, a la picota y al látigo, a la peste y a la locura, a la muerte de Rodrigo y a la muerte de Yahya, no podía imaginar que la mayor prueba de todas estaba a punto de comenzar. Una prueba que no se libraría con espadas ni con arcabuces, sino con el amor y la muerte, con la memoria y el olvido, con la vida y la eternidad.

## CAPÍTULO 36: EL ÚLTIMO ALIENTO Y EL CIELO DE LAS PROMESAS ETERNAS

La noche del desierto cayó sobre los cerros rojos con la parsimonia de un sudario que se despliega sobre los hombros de un rey muerto. Las estrellas, aquellas mismas que Yahya me había enseñado a nombrar en las noches de la botica, cuando aún creíamos que el mundo nos pertenecía, se encendieron una a una sobre el páramo como las lámparas de una catedral infinita. El viento, que durante el día había sido un aliado feroz en la batalla, ahora se había tornado en un susurro reverente, apenas un aliento que mecía las llamas de las hogueras funerarias donde los señores del viento quemaban los cuerpos de sus caídos, devolviendo sus cenizas a las arenas que los habían visto nacer.

Yo me encontraba sentada junto al lecho de pieles de jaguar donde Yahya yacía, con la espalda apoyada contra una roca roja que aún conservaba el calor del sol del mediodía. Mi hija Elvira dormía acurrucada a los pies del moribundo, envuelta en un manto de lana gris que Naya, la chamán, le había colocado sobre los hombros con la ternura de una abuela que arrulla a su nieto. La niña había llorado hasta agotar las lágrimas, y ahora su respiración acompasada era el único sonido que me mantenía anclada a la cordura, un recordatorio de que la vida, por frágil que fuera, seguía latiendo en aquel rincón del desierto.

Yahya respiraba con dificultad. Cada aliento era un combate, una batalla que su cuerpo libraba contra la muerte con la terquedad de un soldado que se niega a rendir las armas. La herida del costado, que yo había limpiado y vendado con los ungüentos que aún me quedaban, seguía supurando un líquido oscuro que empapaba las pieles sobre las que yacía. Su rostro, pálido como la cera de los cirios que ardían en los altares de las iglesias de Córdoba, estaba surcado

por el sudor frío de la agonía, y sus labios, teñidos de un azul violáceo, se movían en un rezo silencioso que solo él podía escuchar.

De vez en cuando, sus ojos ámbar se abrían con lentitud, buscando mi rostro en la penumbra de la tienda. Cuando me encontraban, una sonrisa tenue, apenas un temblor en la comisura de los labios, iluminaba sus facciones demacradas. Entonces, con la voz quebrada por la fiebre y el dolor, murmuraba palabras que se perdían en el murmullo del viento, frases inconexas que hablaban de jardines que ya no existían, de bibliotecas que habían sido quemadas, de una madre cuyo rostro él ya no podía recordar.

—Catalina —susurró de pronto, incorporándose ligeramente sobre el codo, sus ojos fijos en los míos con una lucidez que me sobresaltó—. ¿Recordáis la noche en que nos conocimos? En la bodega del galeón, cuando la peste devoraba a los hombres y vos erais solo una sombra encadenada a la pared.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a acumularse en mis ojos, amenazando con desbordarse.

—Lo recuerdo todo, mi amor —respondí, tomando su mano entre las mías, acariciando sus dedos huesudos con una ternura que me deshizo por dentro—. Recuerdo el hedor de la sentina, el temblor de vuestras manos al tocar a Elvira, la forma en que vuestros ojos ámbar me miraron como si yo fuera la única mujer que había existido jamás en el mundo.

Yahya soltó una risa suave, que se transformó en un acceso de tos espasmódica. La sangre brotó de sus labios, tiñendo de carmesí el lino de la camisa que yo misma le había cambiado horas antes. Tomé el paño húmedo y limpié su rostro con la delicadeza de quien acaricia una reliquia sagrada.

—Yo también lo recuerdo —murmuró, cuando recuperó el aliento—. Recuerdo el miedo en vuestros ojos, pero también la furia. La furia de una loba a la que le han arrebatado a su cachorro. Supe entonces, en aquel instante, que vos seríais la mujer que habría de cambiar el rumbo de mi vida. Que vos seríais la razón por la que valdría la pena morir.

—No habléis de morir, Yahya —repliqué, con la voz quebrada, tomando su rostro entre mis manos—. Hablad de vivir. Hablad de los días que nos esperan, de los jardines que construiremos, de los hijos que nuestros hijos nos darán.

El morisco me miró con una tristeza infinita, y sus dedos ásperos acariciaron mi mejilla con una ternura que me devolvió la dignidad arrebatada.

—Mi vida, Catalina, ha sido un regalo —susurró, con la voz grave y pausada—. He nacido en una Córdoba que ya no existe, he amado a una mujer que los hombres blancos consideraban su propiedad, he curado a los que la Inquisición condenaba, he visto a mi hija crecer fuerte y valiente. ¿Qué más puede pedir un hombre a los dioses?

Me incliné sobre él, y nuestros labios se encontraron en un beso que sabía a sal y a promesas eternas. Fue un beso suave, apenas un roce de pieles, pero contuvo la intensidad de un huracán. En aquel contacto no había la pasión desbocada de la lujuria, sino la dulzura de un amor que nacía de las cenizas, la promesa silenciosa de dos náufragos que decidían aferrarse el uno al otro para no ser tragados por el abismo.

—Mirad las estrellas, Catalina —murmuró Yahya, volviendo la cabeza hacia la entrada de la tienda, donde el cielo del desierto se extendía como un manto de diamantes esparcidos sobre terciopelo negro—. ¿Las veis? Los árabes las llamaban las hijas de Na'ash, las tres hermanas que velan por los viajeros en la noche. Mi abuelo me las señalaba cuando era niño, cuando me sentaba en sus rodillas y me contaba las historias de los califas de Córdoba.

Me incorporé con lentitud, y miré hacia el cielo. Las tres estrellas, brillantes y cercanas, se recortaban contra la inmensidad del páramo como los ojos de tres testigos eternos.

—Las veo, mi amor —respondí, con la voz quebrada por las lágrimas que finalmente comenzaron a brotar—. Las veo, y las recordaré cada noche de mi vida.

—Prometedme algo, Catalina —susurró Yahya, tomando mi mano entre las suyas, sus dedos huesudos aferrando los míos con la desesperación de un náufrago que se aferra a un madero a la deriva—. Prometedme que cuando yo ya no esté, no os encerraréis en el duelo. Que viviréis. Que amaréis de nuevo, si el destino os lo permite. Que criaréis a Elvira con la misma ternura con la que yo os he amado. Que no dejaréis que la muerte de un hombre os robe la vida que aún os queda por delante.

—No puedo prometeros eso, Yahya —repliqué, con la voz quebrada, tomando su rostro entre mis manos—. No puedo prometéoslo, porque sé que no seré capaz de cumplirlo. Porque mi corazón, desde el día en que os conocí en la bodega del galeón, os pertenece a vos. Y cuando vos partáis, se irá con vos.

Yahya sonrió, una sonrisa triste y valiente que iluminó su rostro pálido como el resplandor de la luna sobre las arenas del desierto.

—Entonces prometedme otra cosa —murmuró, con la voz apenas audible—. Prometedme que recordaréis. Que recordaréis los días de la botica, las noches de la encomienda, las mañanas en las montañas del Darién, los atardeceres en los cerros rojos. Que recordaréis el sabor de mis labios, el tacto de mis manos, el sonido de mi voz. Que recordaréis, Catalina, porque mientras vos recordéis, yo seguiré vivo. Porque la muerte no es el olvido de los que se van, sino el olvido de los que se quedan.

—Os lo prometo, mi amor —susurré, besando su frente con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada—. Os lo prometo. Recordaré cada instante, cada caricia, cada palabra. Y cuando yo cruce el umbral, cuando nos reencontremos en los campos de asfódelos, os traeré todos los recuerdos que haya guardado en mi pecho, y los extenderé a vuestros pies como un tapiz de seda, para que podáis caminar sobre ellos hasta que los espíritus nos permitan amarnos de nuevo.

La noche avanzó con la parsimonia de un río que fluye hacia el mar. Las estrellas giraron lentamente sobre el desierto, marcando el paso del tiempo con la precisión de un reloj celestial. Yahya hablaba

ahora con voz cada vez más débil, sus palabras entrecortadas por la fatiga y el dolor. Me contó historias de su infancia en Córdoba, de los jardines de la Alhambra donde había jugado de niño, de los libros que había leído en las bibliotecas de los sabios, de los sueños que había albergado antes de que la Inquisición los pisoteara con sus botas de hierro.

Yo lo escuchaba en silencio, tomando su mano entre las mías, acariciando sus dedos con una ternura que me deshizo por dentro. Cada palabra que él pronunciaba era un tesoro que yo guardaba en mi memoria, una reliquia que habría de acompañarme durante el resto de mis días. Cada frase era un hilo de seda que tejía el tapiz de nuestros recuerdos, un tapiz que yo habría de extender a sus pies cuando nos reencontráramos en los campos de asfódelos.

Hacia el amanecer, cuando las primeras luces del alba comenzaron a teñir de rosa las cumbres de los cerros rojos, Yahya se incorporó con un esfuerzo sobrehumano. Sus ojos ámbar, brillantes por una luz sobrenatural que desafiaba a la muerte misma, se clavaron en los míos con una intensidad que me devolvió la cordura.

—Catalina —susurró, con la voz apenas audible—. Ha llegado el momento.

Me incliné sobre él, tomando su rostro entre mis manos, besando sus labios con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas.

—No os vayáis, mi amor —susurré, con la voz quebrada por las lágrimas—. No todavía. Quedaos conmigo un poco más. Solo un poco más.

Yahya sonrió, una sonrisa de paz infinita que iluminó su rostro pálido como el resplandor de la luna sobre las arenas del desierto.

—No me voy, mi amor —murmuró, con la voz estrangulada por la agonía—. Solo cierro los ojos un instante. Pero estaré con vos, en cada amanecer, en cada atardecer, en cada estrella que brille sobre el desierto. Estaré con vos, en cada latido de vuestro corazón, en

cada lágrima que derramáis, en cada sonrisa que regaléis a Elvira. Estaré con vos, Catalina, hasta que los espíritus del desierto nos permitan reencontrarnos en los campos de asfódelos.

Sus ojos se cerraron con lentitud, y su cuerpo se relajó en mis brazos, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí las pieles de jaguar sobre las que yacía. Su respiración se tornó superficial, entrecortada, cada aliento un combate contra la muerte que se acercaba con la parsimonia implacable de una marea negra que devora la costa.

—Yahya —susurré, tomando su rostro entre mis manos y besando sus labios con una desesperación que sabía a sal y a promesas eternas—. No me dejéis. No ahora. No después de todo lo que hemos pasado.

El morisco abrió los ojos una última vez, y sus pupilas ámbar me contemplaron con una intensidad que me devolvió la cordura. Sus labios se movieron en un susurro que solo yo pude escuchar, un susurro que me heló la sangre hasta los huesos.

—Nos veremos en los campos de asfódelos, mi amor —murmuró, con la voz estrangulada por la agonía—. Nos veremos bajo el cielo de las promesas eternas. Y allí, donde los espíritus del desierto pasean tomados de la mano, nadie podrá separarnos jamás.

Sus ojos se cerraron, y su cuerpo se relajó en mis brazos. Su respiración se detuvo, y el silencio que cayó sobre la tienda fue más denso que la piedra que nos rodeaba.

Me quedé de rodillas, con el cuerpo de Yahya en mis brazos, llorando en silencio mientras las lágrimas se mezclaban con la sangre y el sudor que manchaban mi rostro. Elvira, al sentir mi temblor, se incorporó y me miró con los ojos oscuros llenos de una inocencia que contrastaba con el horror que nos rodeaba.

—Madre —susurró la niña, con la voz quebrada por las lágrimas—, el padre Yahya se ha ido, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, incapaz de articular palabra, y tomé a mi hija en mis brazos, abrazándola con una fuerza que me dolía en los



músculos. Su pequeño cuerpo temblaba contra el mío, y sus lágrimas se mezclaban con las mías, formando un río de dolor que nos unía en la desdicha.

—Sí, mi amor —susurré finalmente, con la voz quebrada por las lágrimas—. El padre Yahya se ha ido. Pero nos ha dejado algo muy valioso. Nos ha dejado su amor. Nos ha dejado su memoria. Nos ha dejado una misión que cumplir.

Salimos de la tienda hacia el amanecer del desierto. El cielo se extendía sobre nosotros como un manto de oro y púrpura, y las primeras luces del alba teñían de rojo las cumbres de los cerros. Kariak y los señores del viento nos aguardaban en silencio, sus rostros velados reflejando la misma gravedad que anudaba mi garganta. Naya, la chamán, se acercó a mí con paso silencioso, y en sus manos portaba un cuenco de barro negro, lleno de una infusión humeante que olía a hierbas amargas y a resinas aromáticas.

—Bebed, mujer de sangre blanca —murmuró la chamán, con la voz grave y pausada—. Es la infusión del olvido. Os ayudará a soportar el dolor de los próximos días.

Tomé el cuenco con manos temblorosas, y llevé el líquido a mis labios. El sabor era amargo, casi insoportable, pero lo bebí hasta la última gota, sintiendo cómo el calor de la infusión me bajaba por la garganta y me envolvía el pecho con una calidez reconfortante.

—Ahora, debéis decidir —continuó Naya, con los ojos lechosos fijos en los míos—. El cuerpo de vuestro amado debe ser devuelto al desierto, según las costumbres de los señores del viento. O debe ser enterrado en la tierra roja de los cerros, según las costumbres de los cristianos. ¿Qué deseáis, Doña Catalina?

Miré el cuerpo de Yahya, que yacía sobre las pieles de jaguar, su rostro sereno, sus labios entreabiertos en una sonrisa de paz infinita. Pensé en las hogueras funerarias de los señores del viento, en las cenizas que el viento esparciría sobre las arenas del desierto, en la idea de que su cuerpo se fundiría con la tierra que él había amado. Y pensé en las iglesias de Córdoba, en los cementerios donde los

cristianos enterraban a sus muertos, en la idea de que su cuerpo descansaría bajo una losa de piedra, con su nombre grabado en ella.

—Que sea devuelto al desierto —sentencié finalmente, con la voz firme, tragándome las lágrimas que amenazaban con cegarme—. Que el viento lo lleve a los campos de asfódelos, donde los espíritus de sus ancestros lo aguardan.

Kariak asintió con gravedad, y ordenó a sus guerreros que prepararan la pira funeraria. Los señores del viento, con la solemnidad de quienes cumplen un rito sagrado, envolvieron el cuerpo de Yahya en un manto de lana gris, bordado con los símbolos de los espíritus antiguos. Lo llevaron en procesión hasta la cima del cerro más alto, donde la pira había sido construida con leña de arbustos del desierto y resinas aromáticas.

Yo seguí la procesión, con Elvira de la mano, subiendo por el sendero que serpenteaba por las paredes del cerro. Cuando llegamos a la cima, el sol ya se había alzado sobre el horizonte, tiñendo el desierto de un rojo sangriento que se reflejaba en la costra de sal como un mar de fuego. Kariak, con una antorcha en la mano, se acercó a mí y me la ofreció.

—Sois vos quien debe encender la pira, mujer de sangre blanca —murmuró el jefe, con la voz grave resonando en la quietud del páramo—. Sois vos quien debe devolverlo al desierto.

Tomé la antorcha con manos temblorosas, y me acerqué a la pira. Las llamas lamieron la leña seca, y el fuego comenzó a extenderse con una furia voraz, devorando el manto de lana y el cuerpo de Yahya. El humo se elevó hacia el cielo, formando una columna gris que se mezclaba con las nubes del amanecer. El olor a resinas aromáticas y a carne quemada me golpeó las fosas nasales, pero no aparté la vista del fuego, no hasta que el cuerpo de Yahya hubo desaparecido por completo, no hasta que solo quedaron las cenizas y las brasas.

Cuando el fuego se apagó, Kariak se acercó a mí, y en sus manos portaba una pequeña bolsa de cuero.

—Las cenizas de vuestro amado —murmuró el jefe, ofreciéndome la bolsa—. Guardadlas cerca de vuestro corazón. Porque mientras las llevéis con vos, él estará con vos, en cada paso que deis, en cada aliento que respiréis.

Tomé la bolsa con manos temblorosas, y la apreté contra mi pecho, sintiendo el calor de las cenizas a través del cuero. Elvira, a mi lado, tomó mi mano libre, y juntas descendimos del cerro, dejando atrás la pira funeraria y las cenizas de Yahya.

Al llegar al campamento, Naya se acercó a mí, y en sus manos portaba la Tizona, con el pergamino del mapa de la flor de la noche aún enrollado en la empuñadura.

—La misión que vuestro amado os ha encomendado —murmuró la chamán, ofreciéndome la espada—. La flor de la noche. La cura para la peste. La redención de miles de vidas.

Tomé la espada con manos firmes, y la alcé hacia el cielo del desierto, su acero negro bebiendo la luz del sol con una furia que desafiaba a los dioses antiguos.

—Que vengan —sentencié, con la voz resonando en la quietud del páramo—. Que vengan los ejércitos de la Corona, los sabuesos de la Inquisición, los demonios del desierto. Que vengan todos. Porque mientras respire, mientras mi espada pueda cortar, mientras mi aliento pueda susurrar el nombre de Yahya al oído de Elvira, la memoria de mi amor sobrevivirá a la muerte, a la traición, a la codicia de los hombres y a la crueldad de los dioses.

Kariak se arrodilló ante mí, y los señores del viento lo imitaron, hasta que todos los guerreros del desierto permanecieron postrados ante mí sobre la costra de sal. El viento, que hasta entonces había sido un susurro reverente, comenzó a soplar con furia, levantando nubes de sal y arena que cegaban los ojos y raspaban las gargantas.

Pero yo no me moví. Me quedé de pie, con la Tizona en la mano derecha y la bolsa de cenizas apretada contra mi pecho con la izquierda, contemplando el horizonte donde las montañas del sur se recortaban contra el cielo blanco del desierto. Elvira, a mi lado, tomó

mi mano libre, y juntas miramos hacia el sur, hacia las tierras donde la flor de la noche aguardaba, hacia las tierras donde la misión de Yahya habría de cumplirse.

El sol alcanzó su cenit, y sus rayos cegadores se reflejaron en la costra de sal, convirtiendo el páramo en un horno de luz blanca y calor asfixiante. Pero yo no sentí el calor. Solo sentí el peso de la espada en mi mano, el calor de las cenizas contra mi pecho, y la mano pequeña de mi hija aferrada a la mía.

Y supe, con la certeza absoluta de los condenados, que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Porque ahora, no solo luchaba contra la Corona, contra la Inquisición y contra el mundo entero. Ahora, luchaba por el alma de un hombre que había muerto amándonos, por la memoria de un amor que trascendía la muerte, por el futuro de una hija que llevaba en sus venas la sangre de dos mundos.

Y estaba dispuesta a teñir de rojo las arenas del desierto, aunque tuviera que caminar sobre mi propia sangre para lograrlo.

El viento sopló con más fuerza, y las nubes de sal y arena comenzaron a envolvernos como un sudario blanco. Elvira apretó mi mano con más fuerza, y yo la apreté a ella, sintiendo el latido de su pequeño corazón contra el mío.

Y mientras el desierto nos envolvía en su abrazo de sal y arena, supe que no estábamos solas. Que Yahya estaba con nosotras, en cada grano de arena que el viento arrastraba, en cada estrella que brillaba sobre el páramo, en cada latido de nuestros corazones.

Aunque mientras respiráramos, mientras mi espada pudiera cortar, mientras mi aliento pudiera susurrar su nombre al oído de Elvira, nadie, ni la Corona, ni la Inquisición, ni los dioses del desierto, podría separarnos jamás.

## CAPÍTULO 37: LA VIUDA DE DOS MUNDOS Y LA FORJA DEL DUELO

Los días que siguieron a la muerte de Yahya se deslizaron por mi conciencia como las arenas del desierto se deslizan entre los dedos de un hombre que intenta retener el tiempo. No eran días, sino una sola noche prolongada, una penumbra sin alba donde las horas se medían no por el movimiento del sol, sino por el ritmo de mi propio dolor, que latía con la regularidad implacable de un reloj de arena. Me convertí en una espectadora de mi propia existencia, observando desde algún rincón remoto de mi alma cómo mi cuerpo cumplía con los rituales que los vivos exigen a los muertos, mientras mi espíritu se negaba a abandonar la tienda funeraria donde el cuerpo de Yahya había yacido apenas unas horas antes.

Los señores del viento, aquellos nómadas que bebían la sangre de los cactus y cabalgaban las tormentas de arena, me observaban con una mezcla de reverencia y compasión. Para ellos, el duelo no era un acto privado, sino un rito comunitario que involucraba a toda la tribu. Kariak, el jefe de ojos ámbar ahumados, ordenó que se guardaran tres días de silencio absoluto, durante los cuales ninguna hoguera debía encenderse, ninguna canción debía cantarse, ninguna flecha debía volar. El desierto entero parecía haberse sumido en un luto cósmico, como si las arenas mismas lloraran la pérdida del médico de Córdoba, del hereje que había curado las heridas de los guerreros, del amante que había desafiado a los dogmas de dos religiones para amarme.

Naya, la chamán mayor, se convirtió en mi sombra durante aquellos días. La mujer de rostro surcado por mil arrugas y ojos lechosos que parecían mirar más allá del mundo físico, se sentaba junto a mí en la entrada de la tienda vacía, y sin decir palabra, me ofrecía cuencos de infusión de adormidera y hojas de sauce. El líquido, amargo y espeso, me envolvía en un letargo que no era

sueño ni vigilia, sino una tierra de nadie donde podía conversar con Yahya sin la interferencia del mundo de los vivos.

—Los espíritus del desierto no lloran a los muertos, mujer de sangre blanca —me dijo Naya en la segunda noche, cuando las estrellas se encendieron sobre el páramo como las lámparas de una catedral infinita—. Los espíritus los acompañan. Los muertos no se van. Se transforman. Se convierten en el viento que sopla sobre las arenas, en la lluvia que cae una vez cada cien lunas, en la sombra que protege al caminante bajo el sol del mediodía. Vuestro amado no ha muerto. Se ha dispersado.

Sus palabras, que en otras circunstancias me habrían parecido las supercherías de una hechicera, se asentaron en mi pecho con la fuerza de una verdad revelada. Cerré los ojos, y por un instante, sentí el roce del viento sobre mi mejilla como el tacto de los dedos de Yahya acariciando mi rostro. Sentí el aroma de las resinas aromáticas que ardían en las hogueras funerarias como el perfume de su piel. Sentí el latido de mi propio corazón como el eco del suyo, que había dejado de latir en el mundo de los vivos pero que ahora latía en el mío, prestado, hasta que yo también cruzara el umbral.

Pero la dulzura de aquella comunión espiritual no lograba apagar la furia que ardía en las profundidades de mi ser. Una furia fría, metálica, que no tenía nada que ver con el calor de la venganza que había sentido en los días del Marqués de la Sangre. Era una furia distinta, más profunda, más antigua, la furia de una mujer que ha visto cómo el mundo le arrebató, una y otra vez, todo cuanto ama, y que ha decidido que no permitirá que el destino le arrebate también la voluntad de seguir viviendo.

Al tercer día, cuando el silencio del desierto comenzó a volverse insoportable, me incorporé con un esfuerzo que me arrancó un gemido ahogado. Mis músculos, entumecidos por la inmovilidad y la infusión de adormidera, protestaron con una rigidez que me obligó a apoyarme en la pared de la tienda para no caer. Tomé la Tizona, que Naya había dejado junto a mi camastro, y la desenvainé con un

movimiento que hizo chisporrotear el acero negro bajo la luz del amanecer.

Salí de la tienda, y el sol del desierto me golpeó el rostro con una intensidad que me obligó a entornar los párpados. Los señores del viento, reunidos en semicírculo alrededor de las cenizas de la pira funeraria, se giraron hacia mí con una solemnidad que me erizó el vello de la nuca. Kariak dio un paso al frente, y sus ojos ámbar me escrutaron con una intensidad que desafiaba al sol.

—La loba ha emergido de su cueva —pronunció el jefe, con la voz grave resonando en la quietud del páramo—. ¿Ha encontrado la paz en los campos de asfódelos, o ha venido a buscar la guerra en las arenas del sur?

Lo miré en silencio durante un largo instante, sintiendo cómo el viento del desierto agitaba mi cabello y arrastraba las cenizas de Yahya que aún se adherían a mi piel. Luego, con un movimiento lento y deliberado, alcé la Tizona hacia el cielo, su acero negro bebiendo la luz del sol con una furia que desafiaba a los dioses antiguos.

—He venido a buscar la guerra —sentencié, con la voz clara y firme, desafiando el silencio del desierto—. Pero no la guerra de la venganza, ni la guerra de la codicia. He venido a buscar la guerra de la redención. He venido a cumplir la promesa que le hice a mi amado bajo el cielo de las estrellas. He venido a encontrar la flor de la noche, a curar la peste que el Marqués de la Sangre liberó en las aguas de Nombre de Dios, y a salvar a los inocentes que él condenó a la muerte.

Un murmullo de aprobación recorrió las filas de los señores del viento. Kariak sonrió, una sonrisa leve y valiente que iluminó su rostro curtido por mil tormentas de arena.

—Entonces, mujer de sangre blanca, los espíritus del desierto cabalgarán con vos —pronunció el jefe, desenvainando su cimitarra de cobre martilleado—. Porque la flor de la noche no crece en cualquier lugar. Crece en el corazón del desierto, en el oasis de los siete pozos, un lugar que ningún hombre blanco ha pisado jamás, un

lugar que los espíritus guardan con la ferocidad de los jaguares que acechan a sus crías.

Naya se adelantó, y sus ojos lechosos se clavaron en los míos con una intensidad que me heló la sangre.

—El oasis de los siete pozos está a quince días de marcha hacia el sur —murmuró la chamán, con la voz grave y pausada—. Pero el camino está plagado de peligros. Las arenas movedizas que devoran a los caminantes, las víboras cornudas que acechan bajo las rocas, los espíritus del desierto que enloquecen a los que osan perturbar su sueño. Y hay algo más, algo que los espíritus me han revelado en mis visiones.

Hizo una pausa, y sus ojos lechosos parecieron mirar más allá de mí, hacia un horizonte que solo ella podía ver.

—El Marqués de la Sangre no está muerto —susurró la chamán, con la voz cargada de una certeza que me desgarró el alma—. El hombre que matasteis en el barranco de los lamentos era un impostor, un pobre diablo al que el verdadero Marqués había marcado con la cicatriz para que lo sustituyera en la muerte. El verdadero Marqués, el hombre que os violó en Cádiz, el hombre que intentó sacrificar a vuestra hija en el cenote, está vivo. Y os espera en el oasis de los siete pozos.

El suelo se hundió bajo mis pies. El aire se volvió denso, irrespirable. Miré a Naya, y en sus ojos lechosos leí la misma certeza absoluta que anudaba mi garganta. El Marqués de la Sangre estaba vivo. El demonio que había destruido mi vida no había muerto en las llamas del barranco. Había regresado de las cenizas, y ahora me esperaba en el oasis de los siete pozos, en el corazón del desierto, en el lugar donde crecía la flor de la noche.

—¿Cómo lo sabéis? —pregunté, con la voz firme, tragándome el terror que me oprimía el pecho—. ¿Cómo podéis estar segura de que no es otra de las pruebas de los espíritus, otro espejismo tejido con mis propios miedos?



Naya sonrió con tristeza, y sus ojos lechosos se llenaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas, perdiéndose entre los pliegues de su túnica gris.

—Porque los espíritus no mienten, mujer de sangre blanca —murmuró la chamán, con la voz quebrada por la emoción—. Y porque he visto su rostro en las arenas del sur. He visto su cicatriz brillando bajo la luna. He visto sus ojos ardiendo con el fuego de la locura. Y he visto cómo os espera, con la paciencia de los buitres que acechan a su presa.

Me incorporé con lentitud, sintiendo cómo la furia de una madre, el honor de una Mendoza y el amor de una viuda se fundían en un acero indestructible en mi pecho. Tomé la bolsa de cuero que contenía las cenizas de Yahya, y la apreté contra mi corazón, sintiendo el calor de las cenizas a través del cuero. Luego, alcé la Tizona hacia el cielo del desierto, su acero negro bebiendo la luz del sol con una furia que desafiaba a los dioses antiguos.

—Que venga —sentencié, con la voz resonando en la quietud del páramo como el tañido de una campana de guerra—. Que venga el Marqués de la Sangre. Que venga con sus mercenarios, con sus arcabuces, con sus demonios. Que venga todos. Porque mientras respire, mientras mi espada pueda cortar, mientras mi aliento pueda susurrar el nombre de Yahya al oído de Elvira, la memoria de mi amor sobrevivirá a la muerte, a la traición, a la codicia de los hombres y a la crueldad de los dioses.

Kariak se arrodilló ante mí, y los señores del viento lo imitaron, hasta que todos los guerreros del desierto permanecieron postrados ante mí sobre la costra de sal. El viento, que hasta entonces había sido un susurro reverente, comenzó a soplar con furia, levantando nubes de sal y arena que cegaban los ojos y raspaban las gargantas.

Pero yo no me moví. Me quedé de pie, con la Tizona en la mano derecha y la bolsa de cenizas apretada contra mi pecho con la izquierda, contemplando el horizonte donde las montañas del sur se recortaban contra el cielo blanco del desierto. Elvira, a mi lado, tomó mi mano libre, y juntas miramos hacia el sur, hacia las tierras donde

la flor de la noche aguardaba, hacia las tierras donde la misión de Yahya habría de cumplirse.

Fue entonces cuando sentí el roce de sus pequeños dedos contra los míos, y bajé la vista para encontrar a mi hija mirándome con unos ojos que ya no eran los de la niña que había llorado sobre el cuerpo de Yahya. Eran los ojos de una joven, de una mujer que había visto la muerte de cerca y que había decidido que no sería su víctima. Eran los ojos ámbar de su padre, brillando con una determinación que me deshizo por dentro.

—Madre —susurró Elvira, con la voz firme, desafiando el viento del desierto—. Yo también iré con vos. No me quedaré atrás. No mientras el hombre que mató a mi padre respire. No mientras la flor de la noche pueda ser encontrada. No mientras haya una sola vida que salvar.

La miré, y en sus ojos leí la misma determinación que ardía en mi pecho. La misma furia, la misma voluntad, la misma promesa de venganza y de redención. Mi pequeña flor de azahar había crecido, y ahora era una loba como su madre, una guerrera como su padre, una heredera de dos mundos que se negaba a ser derrotada por el destino.

Tomé su rostro entre mis manos, y la besé en la frente con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada.

—Entonces iremos juntas, mi amor —susurré, con la voz quebrada por las lágrimas que finalmente comenzaron a brotar—. Juntas encontraremos la flor de la noche. Juntas curaremos la peste. Juntas nos enfrentaremos al Marqués de la Sangre. Y juntas, si los espíritus del desierto nos lo permiten, vengaremos la muerte de vuestro padre.

Elvira asintió con la cabeza, y sus ojos ámbar brillaron con una luz sobrenatural que desafiaba al sol del desierto. Tomó la Tizona de mi mano, y la alzó hacia el cielo, su acero negro bebiendo la luz del sol con una furia que desafiaba a los dioses antiguos.

Y en aquel instante, mientras el viento del desierto agitaba nuestros cabellos y arrastraba las cenizas de Yahya sobre las arenas del sur, supe que no estábamos solas. Que Yahya estaba con nosotras, en cada grano de arena que el viento arrastraba, en cada estrella que brillaba sobre el páramo, en cada latido de nuestros corazones.

Y que mientras respiráramos, mientras la Tizona pudiera cortar, mientras nuestro aliento pudiera susurrar su nombre al oído del desierto, nadie, ni la Corona, ni la Inquisición, ni los dioses del desierto, ni el Marqués de la Sangre, podría separarnos jamás.

Elvira bajó la espada, y me miró con una seriedad que me partió el alma.

—Madre —dijo, con la voz firme—, antes de partir, hay algo que debéis saber. Algo que el padre Yahya me reveló antes de morir, algo que no os dijo porque temía que el dolor os impidiera escucharlo.

La miré, y en sus ojos leí la misma certeza absoluta que anudaba mi garganta.

—¿Qué es, mi amor? —pregunté, con la voz quebrada, tomando su rostro entre mis manos.

Elvira respiró hondo, y sus ojos ámbar se clavaron en los míos con una intensidad que me heló la sangre.

—El padre Yahya me dijo que el mapa de la flor de la noche no está completo —susurró, con la voz grave y pausada, la misma voz con la que su padre me había recitado los versos de Garcilaso en las noches de luna—. Que falta una pieza, una pieza que está en poder del Marqués de la Sangre. Y que sin esa pieza, aunque lleguemos al oasis de los siete pozos, no podremos encontrar la flor.

El mundo dejó de girar. El aire se volvió denso, irrespirable. Miré a Elvira, y en sus ojos leí la misma certeza absoluta que anudaba mi garganta. El Marqués de la Sangre no solo nos esperaba en el oasis. Nos esperaba con la pieza que faltaba del mapa, con la llave que nos permitiría encontrar la flor de la noche, con el poder de decidir si miles de inocentes vivirían o morirían.

Y en aquel instante, mientras el viento del desierto agitaba nuestros cabellos y arrastraba las cenizas de Yahya sobre las arenas del sur, comprendí que la verdadera batalla por la supervivencia no era encontrar la flor de la noche. Era arrancársela de las manos del demonio que la custodiaba.

Elvira tomó mi mano, y juntas miramos hacia el sur, hacia las tierras donde el Marqués de la Sangre nos esperaba, hacia las tierras donde la pieza que faltaba del mapa aguardaba ser recuperada.

Cuando el sol comenzaba a teñir de rojo las cumbres de los cerros, y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo del desierto, eché a caminar hacia lo desconocido, con mi hija a mi lado y la furia de una viuda ardiendo en mi pecho.

La caza había comenzado de nuevo.

## CAPÍTULO 38: LA HEREDERA DE LA ESPADA Y EL LEGADO DE DOS MUNDOS

Cuatro años habían transcurrido desde que las cenizas de Yahya se elevaron hacia el cielo en los cerros rojos, cuatro años en los que el desierto había esculpido a la niña que lloraba sobre un lecho de pieles de jaguar hasta convertirla en un arma letal y silenciosa. Elvira ya no era la pequeña flor de azahar que se aferraba a mi sayal en las bodegas del galeón. A sus quince años, la joven poseía la estatura esbelta y los movimientos felinos de los señores del viento, pero en la línea firme de su mandíbula y en la indomable rectitud de su mirada habitaba el espectro inconfundible de los Mendoza. Su piel, curtida por el sol implacable del páramo, tenía el tono del bronce pulido, y sus ojos, de un ámbar profundo y penetrante, eran el espejo exacto del hombre que le había dado la vida y que yacía transformado en viento y arena.

Yo la observaba desde la sombra de un peñasco, con los brazos cruzados sobre el pecho y el corazón dividido entre el orgullo de la madre y el terror de la guerrera. En el centro del campamento, Elvira se batía en duelo con Kariak. La joven empuñaba una espada que era la encarnación física de su dual herencia. Yahya, en los últimos días de su vida en los cerros rojos, había forjado aquella hoja con los fragmentos de la espada de Rodrigo, el acero toledano que me había acompañado desde Cádiz, y lo había templado con el metal de las cimitarras de los señores del viento. El resultado era un arma de una belleza sobrecogedora, de hoja ligeramente curva, pero con la guarda y el pomo de la escuela castellana. Elvira la había bautizado con el nombre de Memoria.

Kariak atacó con la furia de una tormenta de arena, su cimitarra de cobre trazando un arco mortal hacia el cuello de la joven. Elvira no retrocedió. Con la geometría precisa de la esgrima española que yo le había enseñado, recordando las lecciones que Rodrigo me

describía en las noches de luna, la joven desvió el golpe. El acero de Memoria cantó al rozar el cobre, y en el mismo movimiento, con la fluidez adaptativa que Yahya le había inculcado sobre las arenas del desierto, Elvira giró sobre sus talones y detuvo la punta de su espada a una pulgada de la garganta del jefe nómada.

El silencio cayó sobre el campamento, roto únicamente por el jadeo de los combatientes y el susurro del viento sobre las dunas. Kariak bajó su arma y esbozó una sonrisa de respeto, inclinando la cabeza ante la muchacha.

—Tu golpe es recto como la lanza de los blancos, pero tu giro es engañoso como el viento del sur —pronunció el jefe, limpiándose el sudor de la frente—. Has integrado las dos sangres, pequeña loba. Los espíritus del desierto te bendicen.

Elvira envainó la espada con un movimiento fluido y se acercó a mí, enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Sus nudillos estaban despellejados y cubiertos de callosidades, un recordatorio cruel de que su infancia había sido devorada por la necesidad de sobrevivir.

—No es suficiente, madre —murmuró la joven, con la voz grave y pausada, desprovista de la dulzura infantil que antaño me rompía el alma—. Kariak se ha contenido en el tercer asalto. Si el Marqués de la Sangre envía a sus mercenarios, no se contendrán. Debo ser más rápida. Debo ser letal.

Le tomé el rostro entre las manos, acariciando sus mejillas ásperas por la sal y el polvo. En sus ojos ámbar vi el reflejo de Rodrigo, el esposo noble y valiente que había muerto defendiendo nuestro honor en Cádiz, y vi el fuego de Yahya, el hereje compasivo y letal que había entregado su vida por protegernos en los cerros rojos. Mi hija era el crisol donde se habían fundido dos mundos que el imperio español intentaba destruir por separado.

—La letalidad no reside solo en la velocidad de la hoja, mi amor —le respondí, con la voz firme, intentando transmitirle la sabiduría que los años de dolor me habían otorgado—. Reside en la certeza del corazón. Tu padre Rodrigo luchaba por el honor, y por eso su

espada era un escudo. Tu padre Yahya luchaba por la vida, y por eso su acero era un bisturí. Tú debes decidir por qué luchas tú, Elvira, porque en el oasis de los siete pozos, la duda será tan mortal como el veneno de las víboras.

La joven asintió con lentitud, y en su gesto percibí una madurez que me heló la sangre. No había inocencia en su aceptación, solo la fría resignación de los condenados que han abrazado su destino. Guardamos el campamento con la celeridad de los nómadas, dejando atrás las hogueras apagadas y las cenizas frías. Nuestro destino era el oasis de los siete pozos, el corazón palpitante del desierto, donde según el mapa incompleto de Yahya crecía la flor de la noche. Y donde el Marqués de la Sangre nos aguardaba con la pieza que faltaba.

La marcha hacia el oasis fue una travesía por un infierno de cristal y sal. El sol caía a plomo, convirtiendo las arenas en un espejo cegador que abrasaba las retinas y agrietaba los labios. Avanzábamos al amparo de las sombras de los barrancos, bebiendo la sangre de los cactus y racionando cada gota de agua de los odres. El silencio del desierto era absoluto, una losa de plomo que solo se quebraba por el crujido de la sal bajo nuestras botas y el tintineo de las armaduras de cuero y cobre de los señores del viento que nos escoltaban.

Fue al caer la tarde del quinto día, cuando las sombras de los cerros se alargaron como dedos esqueléticos sobre la arena, cuando el olfato entrenado de Kariak captó el primer indicio de peligro. El jefe nómada alzó la mano, y la columna se detuvo en seco, fundiéndose con las rocas en un instante. Me arrastré junto a él hasta la cresta de una duna petrificada, y oteé el valle que se abría ante nosotros.

En el fondo del barranco, custodiando el estrecho paso que conducía al oasis, había un destacamento de hombres. No eran indígenas, ni simples bandidos del desierto. Vestían petos de acero abollados, cubiertos con mantos de lino gris para camuflarse con la arena, y portaban arcabuces cortos y alfanjes de hoja ancha. Eran

los Devoradores de Sol, la guardia personal del Marqués, mercenarios renegados que habían vendido su alma al demonio de la cicatriz por un puñado de ducados y la promesa de saqueo infinito.

—Son veinte —susurró Kariak, sus ojos ámbar entornados por la concentración—. Bien armados. Tienen la posición elevada. Si cargamos de frente, sus arcabuces nos segarán antes de que alcancemos el cuerpo a cuerpo.

Elvira se deslizó junto a mí, su mano descansando sobre el pomo de Memoria. No había miedo en su rostro, solo un cálculo frío y preciso que me recordó a Yahya evaluando a un paciente en la botica de la encomienda.

—No cargaremos de frente —sentenció la joven, con la voz apenas audible—. El viento está cambiando. Sopla hacia ellos desde el norte. Si lanzamos las teas empapadas en alquitrán desde la cresta este, el humo cegará a sus vigías. Madre, vos y Kariak entraréis por el flanco izquierdo cuando disparen la primera descarga. Yo me deslizaré por el cauce seco del barranco y los tomaré por la retaguardia.

—Es demasiado peligroso, Elvira —repliqué, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas—. Si te descubren, estarás sola contra cinco hombres en un espacio reducido.

La joven me miró, y en sus ojos brilló la luz sobrenatural de los Mendoza y de los alfaquíes de Córdoba.

—No estaré sola, madre —respondió con una serenidad que me deshizo por dentro—. Estaré acompañada por la memoria de mis padres. Y ellos no conocen la derrota.

No tuve tiempo de argumentar. La joven ya se había deslizado por la ladera de la duna, moviéndose con la sigilidad de una serpiente entre las rocas, hasta desaparecer en el cauce seco que serpenteaba hacia el campamento enemigo. Kariak me miró, asintió con gravedad y señaló a sus guerreros, que ya preparaban las teas encendidas. El destino de nuestra misión, la vida de miles de



inocentes y la venganza de nuestro amor dependían de una niña de quince años que se adentraba en las fauces del lobo.

El humo negro y denso de las teas empapadas en alquitrán estalló en el aire, impulsado por el viento del norte hacia el barranco. Los gritos de alarma de los mercenarios resonaron en la estrechez de la piedra, seguidos por el estruendo ensordecedor de sus arcabuces, que dispararon a ciegas hacia las crestas, levantando nubes de arena y esquirlas de roca.

—¡Ahora! —bramó Kariak, lanzándose por la ladera con su cimitarra en alto.

Yo desenvainé la Tizona y me uní a la carga. El impacto contra los mercenarios fue brutal y despiadado. El acero toledano de mi espada se hundió en la carne de un arcabucero que intentaba recargar su arma, la sangre caliente y oscura salpicando mi rostro. El olor a pólvora quemada, a sudor rancio y a vísceras abiertas llenó el aire viciado del barranco. Los señores del viento caían sobre los flancos de los mercenarios con una ferocidad sobrenatural, sus cimitarras de cobre segando extremidades y abriendo yelmos con una facilidad espantosa.

En el centro del caos, busqué a Elvira con la mirada. La joven había emergido del cauce seco como un demonio vengativo. Un mercenario, un gigante con el rostro cubierto de cicatrices de viruela, se giró al escuchar sus pasos y alzó su alfanje para partirle el cráneo. Elvira no se amilanó. Con un movimiento que era pura geometría castellana, desvió el golpe pesado con Memoria, y con un giro fluido de la muñeca, heredado de la destreza de Yahya, hundió la punta de su espada bajo la clavícula del gigante, atravesándole el pulmón.

El hombre soltó un gorgoteo ahogado y cayó de rodillas, escupiendo sangre negra sobre la arena. Elvira retiró la hoja con un tirón seco, sin mostrar vacilación, sin mostrar piedad. En sus ojos ámbar no había la horrorizada inocencia de quien quita una vida por primera vez, sino la fría aceptación de quien entiende que la supervivencia exige un precio de sangre. Giró sobre sus talones y

despachó a un segundo mercenario con un tajo horizontal que le abrió la garganta de oreja a oreja.

En menos de un cuarto de hora, el silencio volvió a adueñarse del barranco, roto únicamente por los gemidos de los moribundos y el crepitar de las teas que aún ardían en las rocas. El suelo estaba cubierto de un tapiz macabro de cuerpos destrozados, sangre coagulada y arena teñida de carmesí.

Me acerqué a Elvira, que limpiaba la hoja de Memoria en el manto de un cadáver. Sus manos temblaban ligeramente, el único indicio físico del trauma que su alma acababa de sufrir, pero su rostro permanecía impassible.

—Estás herida —le dije, señalando un corte superficial en su antebrazo izquierdo, donde la hoja de un alfanje había rozado su piel.

—Un rasguño, madre —respondió la joven, guardando la espada en la vaina—. No es nada. Debemos registrar los cuerpos. El capitán de esta jauría debe llevar las órdenes del Marqués.

Nos arrodillamos junto al cadáver del gigante que Elvira había abatido, el capitán de los Devoradores de Sol. Kariak y sus hombres habían acorralado a los últimos supervivientes y los remataban sin piedad. Elvira desabrochó el cinto de cuero del mercenario y extrajo un pesado morral de piel de cabra. Lo abrió con manos firmes y comenzó a revisar su contenido.

Extrajo un puñado de ducados de oro manchados de sangre, un frasco de veneno de víbora, y finalmente, un cilindro de plata sellado con lacre negro. Elvira rompió el sello con la punta de su daga y desenrolló el pergamino que contenía. Sus ojos ámbar recorrieron las líneas de caligrafía elegante, y de repente, su rostro se tornó de la palidez de la cera. El pergamino se escapó de sus dedos, y la joven retrocedió un paso, llevándose las manos a la boca para ahogar un grito de horror.

Me incliné y recogí el pergamino del suelo. La carta estaba escrita con una caligrafía minuciosa y refinada, propia de un hombre

educado en las mejores universidades de Europa, y estaba dirigida al Virrey del Perú. Pero no era el destinatario lo que me heló la sangre, sino el contenido del informe.

«Mi señor y Virrey: La trampa ha funcionado a la perfección. La loba y su cachorra han mordido el anzuelo y se dirigen al oasis de los siete pozos. Pero no encontrarán la flor de la noche. La flor ha sido arrancada de la tierra y sus pétalos han sido macerados en los calderos de mis alquimistas. No cura la peste, mi señor. La perfecciona. Los hombres no mueren con este nuevo brebaje. Se transforman. Pierden la razón, sienten un hambre insaciable y su carne se vuelve inmune al acero. He probado el elixir en cincuenta prisioneros indígenas. Ya no son hombres. Son bestias. Y esta noche, bajo la luna llena, abriré las compuertas del oasis y los enviaré hacia el norte, hacia las ciudades de la costa. Que Dios tenga piedad de las Indias, porque el verdadero infierno acaba de nacer en el desierto.»

Levanté la vista del pergamino, y mis ojos se encontraron con los de Elvira. En ese instante, el sonido de un centenar de tambores de guerra comenzó a resonar desde las profundidades del oasis, un redoble sordo y rítmico que hacía vibrar la tierra bajo nuestras botas, y desde las sombras de las palmeras, una horda de figuras desnudas, de piel grisácea y ojos inyectados en sangre, se lanzó hacia nosotros con un aullido que no pertenecía a este mundo.

## CAPÍTULO 39: LA CAÍDA DEL VIRREINATO Y LA LOBA COMO ESTANDARTE

La horda de transformados se precipitó sobre nosotros con la ferocidad de una avalancha de carne podrida y desesperación. No eran hombres, ni bestias, sino algo intermedio y abominable, una parodia de la creación divina que el Marqués de la Sangre había engendrado en los calderos de su alquimia maldita. Sus pieles, de un gris ceniciento y cubiertas de pústulas que supuraban un líquido negro, se adherían a los huesos como pergamino mojado. Sus ojos, inyectados en sangre y desprovistos de toda humanidad, ardían con el fuego de una locura sobrenatural. Sus bocas, abiertas en un grito perpetuo, revelaban dientes negros y afilados que goteaban saliva espesa y pestilente.

—¡Formad un círculo defensivo! —bramé, desenvainando la Tizona con un movimiento que hizo chisporrotear el acero negro bajo la luz de las antorchas—. ¡Proteged a los heridos! ¡No dejéis que os mordeduras alcancen vuestra carne!

Los señores del viento, aquellos nómadas que bebían la sangre de los cactus y cabalgaban las tormentas de arena, obedecieron con la disciplina de los veteranos. Formaron un círculo compacto alrededor de Elvira y de mí, sus cimitarras de cobre martilleado reluciendo a la luz de las llamas. Kariak, el jefe de ojos ámbar ahumados, se colocó a mi lado, su rostro pintado para la guerra con las líneas geométricas de su linaje.

—Estos no son hombres, mujer de sangre blanca —gruñó el cacique, escupiendo al suelo con desprecio—. Son demonios encarnados. Los espíritus del desierto los han rechazado, y ahora vagan sin alma, devorados por el hambre de la carne viva.

La primera oleada de transformados se estrelló contra nuestro círculo defensivo con la violencia de un río desbordado. Los nómadas

luchaban con una ferocidad sobrenatural, sus cimitarras segando extremidades y abriendo cráneos con una facilidad espantosa. Pero los transformados no sentían dolor. Un guerrero de los señores del viento hundió su hoja en el pecho de uno de aquellos monstruos, atravesándole el corazón, pero la criatura ni siquiera se inmutó. Con un rugido gutural, agarró la cimitarra con las manos desnudas y la arrancó del pecho, luego se abalanzó sobre el guerrero y le hundió los dientes en la garganta.

El grito de agonía del nómada resonó en el aire viciado del oasis, seguido por el sonido húmedo y nauseabundo de la carne siendo desgarrada. La sangre manó a chorros, tiñendo de carmesí la arena blanca del desierto. Los demás guerreros retrocedieron un paso, el terror reflejándose en sus ojos ámbar.

—¡No os detengáis! —vociferé, lanzándome contra el transformado que había matado al guerrero—. ¡El fuego! ¡Usad el fuego!

Recordé las palabras de Yahya, sus enseñanzas sobre la naturaleza de la peste y la podredumbre. La carne corrupta teme al fuego, porque el fuego purifica, porque el fuego devuelve a la materia a su estado original de ceniza y olvido. Tomé una antorcha que ardía en un candelabro de piedra y la arrojé contra el grupo de transformados que nos acechaba.

Las llamas lamieron la carne podrida de los monstruos, y un olor a pelo y grasa ardida llenó el aire, tan punzante que tuve que cubrirme la nariz y la boca con el borde de mi sayal. Los transformados soltaron aullidos de agonía, sus cuerpos retorciéndose en espasmos mientras el fuego consumía su carne corrupta. Uno a uno, cayeron de rodillas, sus pieles desintegrándose bajo el calor de las llamas, hasta que solo quedaron cenizas y huesos calcinados sobre la arena.

—¡El fuego los detiene! —gritó Elvira, tomando otra antorcha y arrojándola contra otro grupo de monstruos—. ¡Usad las teas! ¡No dejéis que se acerquen!

Los señores del viento, al ver que el fuego era efectivo contra los transformados, comenzaron a lanzar antorchas con una precisión letal. Las llamas formaron un muro de fuego alrededor de nuestro círculo defensivo, creando una barrera infranqueable para los monstruos. Los transformados, al encontrarse con el muro de fuego, comenzaron a agitarse con furia, sus aullidos resonando en la noche del desierto como el lamento de mil almas condenadas.

Pero la batalla no había terminado. Desde las sombras de las palmeras, más transformados emergían, sus siluetas recortadas contra la luz de la luna como espectros de una pesadilla. Y entre ellos, avanzando con la parsimonia de un rey que visita a sus vasallos, se encontraba el Marqués de la Sangre.

Su figura era una pesadilla hecha carne. La enfermedad y el veneno de la selva habían consumido su humanidad hasta dejar solo la cáscara de una bestia impulsada por el odio y la locura. Su piel, de un gris ceniciento y cubierto de pústulas que supuraban un líquido negro, se adhería a los huesos como un pergamino mojado. Su brazo derecho, hinchado y deformado, terminaba en una garra de uñas negras y retorcidas. Pero lo más aterrador eran sus ojos: dos cuencas vacías donde ardía un fuego sobrenatural, una luz verdosa que no pertenecía a este mundo.

—¡Doña Catalina! —bramó el Marqués, su voz sonando como el chirrido de dos piedras de molino frotándose—. ¡Llegáis justo a tiempo para presenciar el nacimiento de un nuevo mundo! ¡El mundo de la podredumbre y la purga!

Se detuvo a veinte pasos de nuestro círculo defensivo, sus ojos verdosos escrutándonos con una intensidad que helaba la sangre. A su lado, dos de sus alquimistas, hombres de rostros cubiertos por pañuelos empapados en vinagre, sostenían sendos frascos de cristal llenos de un líquido espeso y burbujeante que emitía un vapor amarillento.

—La flor de la noche no cura la peste, Doña Catalina —continuó el Marqués, con una sonrisa cruel que revelaba sus dientes negros y afilados—. La perfecciona. Los hombres no mueren con este nuevo

brebaje. Se transforman. Pierden la razón, sienten un hambre insaciable y su carne se vuelve inmune al acero. He probado el elixir en cien prisioneros indígenas. Ya no son hombres. Son bestias. Y esta noche, bajo la luna llena, los enviaré hacia el norte, hacia las ciudades de la costa. Que Dios tenga piedad de las Indias, porque el verdadero infierno acaba de nacer en el desierto.

La revelación cayó sobre mí con el peso de una losa de mármol. El Marqués no solo había creado un ejército de monstruos. Había creado una plaga que se propagaría por las Indias como un fuego incontrolable, devorando ciudades enteras, convirtiendo a miles de inocentes en bestias hambrientas de carne viva. Si aquellos transformados alcanzaban las ciudades de la costa, si lograban infiltrarse en Nombre de Dios, en Cartagena, en Santa Marta, la peste se extendería por el océano hasta alcanzar las costas de España, hasta alcanzar los puertos de Cádiz y Sevilla, hasta alcanzar los jardines de mi infancia y las tumbas de mis ancestros.

—¡Sois un demonio! —grité, con la voz resonando en la quietud del oasis como el tañido de una campana de guerra—. ¡Sois la encarnación del mal! ¡Que Dios os condene en la otra vida, porque en esta ya camináis con un pie en el averno!

El Marqués soltó una risa seca, carente de humor, que resonó en las paredes del oasis como el croar de un cuervo gigante.

—Dios ya me ha condenado, Doña Catalina —musitó el tirano, con los ojos ardiendo con el fuego de la locura—. Dios me condenó el día en que permití que los hombres blancos pisotearan estas tierras, el día en que permití que la codicia y la crueldad se convirtieran en la ley de estas tierras. Pero yo no soy el único demonio en este desierto. Vos también lo sois, Doña Catalina. Vos sois la loba que ha desafiado a la Corona, a la Inquisición, a los espíritus del desierto. Vos sois la mujer que ha amado a un hereje, que se ha aliado con los infieles, que ha masacrado a los soldados de Su Majestad. Vos sois el demonio que ha traído la perdición a estas tierras.

Sus palabras, por crueles que fueran, no lograron quebrantar mi determinación. La furia de una madre, el honor de una Mendoza y el amor de una viuda se habían fundido en un acero indestructible en mi pecho. Tomé la Tizona, y la alcé hacia el cielo del desierto, su acero negro bebiendo la luz de la luna con una furia que desafiaba a los dioses antiguos.

—Que venga —sentencié, con la voz resonando en la quietud del páramo—. Que venga vuestro ejército de monstruos. Que venga vuestro elixir de podredumbre. Que venga todo. Porque mientras respire, mientras mi espada pueda cortar, mientras mi aliento pueda susurrar el nombre de Yahya al oído de Elvira, no permitiré que vuestro infierno alcance las ciudades de la costa. No permitiré que vuestra plaga devore a los inocentes. No permitiré que vuestra maldad se extienda más allá de este desierto.

El Marqués me observó en silencio durante un largo instante, sus ojos verdosos escrutándome con una intensidad que me heló la sangre. Luego, con un gesto lento y deliberado, hizo una señal a sus alquimistas. Los dos hombres rompieron los frascos de cristal contra el suelo, y el líquido espeso y burbujeante se derramó sobre la arena, liberando una nube de vapor amarillento que comenzó a expandirse con la rapidez de un depredador al acecho.

—¡El elixir! —bramó Kariak, desenvainando su cimitarra con un movimiento espasmódico—. ¡El vapor nos infectará! ¡Cubrid vuestros rostros!

Los señores del viento, con la celeridad de los que han aprendido a sobrevivir en el desierto, se cubrieron los rostros con los velos grises que los protegían del sol y la arena. Yo tomé un paño de lino de mi faja, lo empapé en el odre de vinagre que colgaba de mi cintura y lo apliqué sobre mi nariz y mi boca. Elvira hizo lo mismo, sus ojos ámbar brillando con una determinación que desafiaba a la muerte.

Pero el vapor amarillento se expandía con una rapidez sobrenatural, devorando el aire que respirábamos, convirtiendo el oasis en una trampa mortal. Los transformados, al entrar en



contacto con el vapor, comenzaron a agitarse con furia, sus cuerpos retorciéndose en espasmos mientras el elixir potenciaba su locura y su hambre. Sus aullidos se tornaron más agudos, más desgarradores, más inhumanos.

—¡Debemos salir del oasis! —grité, con la voz ahogada por el paño empapado en vinagre—. ¡El vapor nos matará antes de que los transformados nos alcancen!

Kariak asintió con gravedad, y ordenó a sus guerreros que formaran una cuña de ataque. Los nómadas, con los rostros cubiertos y las cimitarras desenvainadas, se lanzaron contra el muro de transformados que nos rodeaba, abriéndose paso con una ferocidad que desafiaba a la muerte. El acero de cobre cantó en el aire, segando extremidades y abriendo cráneos con una facilidad espantosa. Los transformados caían bajo los golpes de los nómadas, pero se incorporaban con una rapidez sobrenatural, sus heridas cerrándose con una velocidad que desafiaba las leyes de la naturaleza.

Yo corría en la vanguardia, con la Tizona en la mano derecha y el paño empapado en vinagre en la izquierda. Elvira me seguía de cerca, su espada Memoria trazando arcos de plata que segaban vidas con una precisión letal. Juntas, nos abrimos paso entre la marea de monstruos, nuestras espadas cantando al unísono, nuestras respiraciones acompasadas por el terror y la determinación.

Alcanzamos el borde del oasis, donde las palmeras daban paso a las arenas del desierto. El aire, aunque aún viciado por el vapor amarillento, era menos denso, y el olor a podredumbre comenzó a remitir. Pero los transformados nos seguían, sus aullidos resonando en la noche del desierto como el lamento de mil almas condenadas.

—¡Hacia el norte! —bramó Kariak, señalando hacia las montañas que se recortaban contra el cielo estrellado—. ¡Hacia las ciudades de la costa! ¡Debemos advertir a los colonos! ¡Debemos detener al Marqués antes de que alcance las murallas de Nombre de Dios!

La marcha hacia el norte fue una travesía por los círculos más profundos del purgatorio. Corrimos durante horas por las arenas del

desierto, esquivando los pozos de arena movediza y los nidos de las víboras cornudas que acechaban bajo las rocas. El vapor amarillento nos seguía, una nube pestilente que se extendía por el páramo como un sudario de muerte. Los transformados, aunque más lentos que nosotros, no se detenían, su hambre insaciable impulsándolos hacia adelante con una determinación sobrenatural.

Al amanecer del segundo día, cuando el sol comenzó a teñir de rojo las cumbres de las montañas, divisamos las murallas de Nombre de Dios. La ciudad, construida sobre los cimientos de un antiguo poblado indígena, se alzaba como una fortaleza de piedra y adobe, con calles empedradas y casas de techos rojos que se apiñaban alrededor de la plaza mayor. Pero algo había cambiado. Las murallas, antaño relucientes bajo el sol del trópico, estaban ahora cubiertas de hollín y sangre. Las torres de vigía, antaño custodiadas por soldados de los Tercios, estaban ahora desiertas, sus almenas rotas y sus antorchas apagadas.

—La ciudad ha caído —susurró Elvira, con la voz quebrada por el horror—. Los transformados han llegado antes que nosotros.

Nos acercamos a las murallas con la cautela de los que saben que cada paso puede ser el último. Al llegar a la puerta principal, encontramos el espectáculo que desafió toda comprensión cristiana. Las pesadas puertas de roble, reforzadas con bandas de hierro, estaban destrozadas, astilladas por los golpes de los transformados. En el suelo, cubriendo los adoquines de la entrada, yacían los cadáveres de los soldados de la guarnición, sus petos de acero abollados y sus morriones rotos, sus rostros desfigurados por las mordeduras de los monstruos.

Cruzamos las murallas destrozadas, y el espectáculo que se ofreció ante nuestros ojos me dejó sin aliento. Las calles de Nombre de Dios estaban cubiertas de cadáveres, sus cuerpos amontonados en las esquinas como montañas de carne podrida. Las casas, antaño refugios de la opulencia colonial, estaban ahora saqueadas y destrozadas, sus puertas arrancadas de los goznes, sus ventanas rotas, sus techos derrumbados. El olor a muerte y a podredumbre

era tan intenso que tuve que cubrirme la nariz y la boca con el paño empapado en vinagre.

Pero lo que más me heló la sangre no fue la visión de los cadáveres, ni el hedor de la muerte. Fue el silencio. Un silencio absoluto, tan denso que podía escucharse el latido de mi propio corazón. No había gritos, ni lamentos, ni sonidos de lucha. Solo el silencio de una ciudad muerta, devorada por la plaga que el Marqués de la Sangre había desatado.

—¿Dónde están los sobrevivientes? —pregunté, con la voz quebrada por el horror—. ¿Dónde están los colonos, los mercaderes, los sacerdotes? ¿Dónde están los niños?

Kariak se acercó a mí, su rostro demudado por la gravedad del mensajero.

—No hay sobrevivientes, mujer de sangre blanca —murmuró el cacique, con la voz grave y pausada—. Los transformados los han devorado a todos. La ciudad está muerta.

El suelo se hundió bajo mis pies. El aire se volvió denso, irrespirable. Miré a Elvira, y en sus ojos leí la misma certeza absoluta que anudaba mi garganta. Nombre de Dios había caído. La primera ciudad fundada en tierra firme por los conquistadores, el símbolo del poder de la Corona en las Indias, había sido devorada por la plaga que el Marqués de la Sangre había desatado.

Pero la batalla no había terminado. Mientras contemplábamos las ruinas de la ciudad, un sonido nuevo rompió el silencio de la muerte. No era el aullido de los transformados, ni el crujido de la madera al partirse. Era el sonido de los tambores de guerra, un redoble profundo y rítmico que resonaba en las montañas que rodeaban la ciudad, que se extendía por los valles y los páramos, que llegaba desde los rincones más remotos de las Indias.

—Los tambores de las rebeliones —susurró Kariak, con los ojos brillando por una luz sobrenatural—. Los espíritus del desierto han hablado. Los indígenas de las montañas, los cimarrones de las costas, los esclavos de las minas, todos han escuchado el llamado.

Todos han alzado sus lanzas contra la Corona. La caída de Nombre de Dios ha encendido la mecha de la rebelión.

Desde las montañas que rodeaban la ciudad, una marea de guerreros indígenas comenzó a descender hacia las ruinas. No eran los salvajes de las tierras lejanas, ni los simples bandidos del desierto. Eran los chibchas, los taínos, los caribes, los pueblos que habían sido sometidos por los conquistadores, que habían sido esclavizados, que habían sido diezmados por la peste y la codicia. Y ahora, al ver la caída de la ciudad, al ver que el poder de la Corona había sido devorado por su propia plaga, habían decidido que era el momento de la venganza.

Detrás de ellos, emergiendo de las selvas de la costa, venían los cimarrones, los esclavos fugitivos que habían construido palenques en las montañas, que habían luchado contra los soldados de los Tercios, que habían jurado que nunca más volverían a ser esclavos. Y detrás de ellos, emergiendo de las minas de plata de Potosí, venían los esclavos africanos, los hombres que habían sido arrancados de sus tierras, que habían sido marcados con hierros candentes, que habían sido obligados a trabajar hasta la muerte en las profundidades de la tierra.

Todos ellos, indígenas, cimarrones, esclavos, marchaban hacia las ruinas de Nombre de Dios, sus tambores resonando al unísono, sus lanzas reluciendo bajo el sol del trópico. Y al frente de todos ellos, montado en un caballo blanco que piafaba sobre los cadáveres de los conquistadores, se encontraba Ixpan, el cacique de las tierras lejanas, el hombre que me había devuelto la dignidad en la encomienda, el hombre que había jurado que los espíritus de la selva cabalgarían conmigo hasta el fin del mundo.

Ixpan detuvo su caballo en el centro de la plaza mayor, sus ojos oscuros escrutando las ruinas de la ciudad con una intensidad que desafiaba a la muerte. Luego, su mirada se posó en mí, y una sonrisa lenta y cruel se dibujó en sus labios.

—¡Mujer de sangre blanca! —bramó el cacique, su voz resonando en las ruinas de la ciudad como el tañido de una campana de guerra

—. ¡Los espíritus del desierto han hablado! ¡Los espíritus de la selva han hablado! ¡Los espíritus de las montañas han hablado! ¡Todos los espíritus de las Indias han hablado! ¡La Corona ha caído! ¡El Virrey ha huido! ¡Los conquistadores han muerto! ¡Y ahora, las Indias son nuestras!

Un rugido de aprobación brotó de las gargantas de los guerreros indígenas, de los cimarrones, de los esclavos. Aquel grito no era solo un alarido de guerra; era el juramento de una hermandad forjada en el dolor y templada en la adversidad. Era el grito de los que habían sido sometidos, de los que habían sido esclavizados, de los que habían sido diezmados, y que ahora, al ver la caída del poder de la Corona, habían decidido que era el momento de la venganza.

Ixpan desmontó de su caballo y se acercó a mí con paso solemne. Se arrodilló ante mí sobre los adoquines manchados de sangre, inclinando la cabeza hasta que su frente tocó el suelo.

—Doña Catalina de Mendoza, loba de sangre blanca, mujer que ha cruzado el mar de cristal, madre que lleva en su vientre la semilla de dos mundos, portadora de la espada negra que bebe la sangre de los tiranos —pronunció el cacique, con la voz resonando como piedras rodando por un barranco—. Los espíritus de las Indias os reconocen como su líder. Los indígenas, los cimarrones, los esclavos, todos os ofrecen su lealtad, sus lanzas, sus vidas. Desde este día, sois nuestra reina, nuestra guía, nuestra hermana de sangre y de fuego.

Los demás guerreros, al ver a Ixpan arrodillado, imitaron su gesto, hasta que miles de hombres permanecieron postrados ante mí sobre los adoquines de la plaza mayor, como vasallos ante una soberana. El viento, que hasta entonces había sido un susurro reverente, comenzó a soplar con furia, levantando nubes de polvo y ceniza que cegaban los ojos y raspaban las gargantas.

Me incorporé con lentitud, sintiendo cómo las lágrimas fluían libremente por mis mejillas, lavando el hollín y la sangre de los días anteriores. No era una reina. No era una profecía. Era una mujer que había perdido a su esposo, que había sido violada por mercenarios,

que había sido esclavizada por encomenderos, que había sido condenada por inquisidores. Era una madre que luchaba por proteger a su hija. Era una amante que había encontrado la redención en los brazos de un hereje. Y sin embargo, aquellos hombres, aquellos guerreros que habían luchado contra la Corona durante décadas, me reconocían como su líder.

—Levantaos —ordené, con la voz firme, tragándome la emoción que me anudaba la garganta—. No soy vuestra reina. No soy vuestra profecía. Solo soy una mujer que busca un lugar donde criar a su hija en paz. Si queréis ofrecirme vuestra amistad, la acepto. Si queréis ofrecirme vuestra lealtad, la compartiré con vosotros. Pero no me arrodillaré ante nadie más, ni aceptaré coronas que no he ganado con mi propia sangre.

Ixpan se incorporó con lentitud, y sus ojos oscuros me escrutaron con una intensidad que me deshizo por dentro.

—La loba no reconoce su propia cola —murmuró el cacique, con la voz cargada de una reverencia que me heló la sangre—. Pero los espíritus sí. Y los espíritus han hablado.

Elvira se acercó a mí, su mano descansando sobre el pomo de su espada Memoria. Sus ojos ámbar, brillantes por la determinación y el dolor, me contemplaron con una intensidad que me devolvió la cordura.

—Madre —susurró la joven, con la voz firme, desafiando el viento del desierto—. El Marqués de la Sangre aún respira. Los transformados aún vagan por las Indias. La plaga aún no ha sido detenida. Si aceptamos el liderazgo de estos hombres, si aceptamos guiar esta rebelión, podemos detener al Marqués. Podemos curar la peste. Podemos salvar a los inocentes que aún quedan en las Indias.

La miré, y en sus ojos leí la misma determinación que ardía en mi pecho. La misma furia, la misma voluntad, la misma promesa de venganza y de redención. Mi pequeña flor de azahar había crecido, y ahora era una loba como su madre, una guerrera como su padre, una heredera de dos mundos que se negaba a ser derrotada por el destino.

Tomé su rostro entre mis manos, y la besé en la frente con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada.

—Entonces acepto el liderazgo —sentencié, con la voz resonando en las ruinas de la ciudad como el tañido de una campana de guerra—. Acepto guiar esta rebelión. Acepto luchar contra el Marqués de la Sangre. Acepto curar la peste. Acepto salvar a los inocentes. Pero no lo haré como reina, ni como profecía. Lo haré como madre, como amante, como viuda. Lo haré por la memoria de Rodrigo, por la memoria de Yahya, por el futuro de Elvira. Y lo haré hasta que el último transformado sea destruido, hasta que el último aliento del Marqués de la Sangre se extinga, hasta que las Indias sean libres.

Un rugido de aprobación brotó de las gargantas de los guerreros indígenas, de los cimarrones, de los esclavos. Aquel grito no era solo un alarido de guerra; era el juramento de una hermandad forjada en el dolor y templada en la adversidad. Era el grito de los que habían sido sometidos, de los que habían sido esclavizados, de los que habían sido diezmados, y que ahora, al ver la caída del poder de la Corona, habían decidido que era el momento de la venganza.

Alcé la Tizona hacia el cielo, su acero negro bebiendo la luz del sol con una furia que desafiaba a los dioses antiguos.

—¡Que vengan! —bramé, con la voz resonando en las ruinas de la ciudad—. ¡Que venga el Marqués de la Sangre! ¡Que vengan sus transformados! ¡Que vengan los ejércitos de la Corona! ¡Que vengan todos! Porque mientras respire, mientras mi espada pueda cortar, mientras mi aliento pueda susurrar el nombre de Yahya al oído de Elvira, las Indias serán libres. Las Indias serán nuestras. Las Indias serán el cementerio de los tiranos.

Mientras el sol alcanzaba su cenit, tiñendo las ruinas de Nombre de Dios de un rojo sangriento que se reflejaba en las arenas del desierto, supe que la verdadera batalla por la supervivencia estaba a punto de comenzar. Porque ahora, no solo luchaba contra el Marqués de la Sangre, contra los transformados y contra los ejércitos de la Corona. Ahora, luchaba por el alma de un continente que se debatía entre la codicia y la redención, por la libertad de un

pueblo que había sido sometido durante décadas, por el futuro de una hija que llevaba en sus venas la sangre de dos mundos.

Pero lo que yo no sabía, lo que ninguno de nosotros podía imaginar en aquel instante de furia y determinación, era que el Marqués de la Sangre no había huido de Nombre de Dios. Que el demonio de la cicatriz aún estaba en la ciudad, escondido en las ruinas de la catedral, esperando el momento perfecto para desatar su última y más terrible arma.

Porque mientras el sol alcanzaba su cenit, y los guerreros de la rebelión celebraban la caída de la ciudad, una figura se deslizaba entre las sombras de la catedral, llevando en sus manos un frasco de cristal lleno de un líquido espeso y burbujeante que emitía un vapor verdoso. Y en ese frasco, escrito con tinta roja y firmado con el sello del Marqués, estaba el destino de las Indias, un destino que cambiaría el rumbo de nuestra historia, y que convertiría las ruinas de Nombre de Dios en el escenario de una batalla que desafiaría toda comprensión humana.

Porque el Marqués de la Sangre no había creado solo un ejército de transformados. Había creado algo mucho peor, algo que haría que los transformados parecieran niños jugando a la guerra. Había creado el fin del mundo.

En el momento que el sol alcanzaba su cenit, y los guerreros de la rebelión celebraban la caída de la ciudad, el Marqués de la Sangre, escondido en las ruinas de la catedral, alzó el frasco de cristal hacia el cielo y susurró las palabras que habrían de desatar el apocalipsis.



## CAPÍTULO 40: EL AROMA A AZAHAR Y EL REENCUENTRO EN LOS CAMPOS DE ASFÓDELOS

El Marqués de la Sangre aguardaba en las ruinas de la catedral de Nombre de Dios, oculto entre los escombros del altar mayor donde antaño los sacerdotes elevaban hostias consagradas hacia un cielo que había dejado de escuchar las plegarias de los hombres. Su figura era una parodia de lo que había sido, una cáscara humana sostenida por la locura y por el elixir de podredumbre que él mismo había creado. En sus manos temblorosas sostenía el frasco de cristal con el líquido verdoso, el veneno definitivo que habría de convertir las ruinas de la ciudad en el epicentro de una plaga que devoraría el mundo entero.

Yo avancé sola por la nave destrozada de la catedral, dejando a Elvira y a los guerreros de la rebelión custodiando las murallas. Había insistido en enfrentar al Marqués en soledad, no por arrogancia, sino por la certeza de que aquel duelo pertenecía solo a nosotros dos, a la loba y al demonio, a la víctima y al verdugo, a los dos destinos que se habían entrelazado desde la noche en que mi palacio de Cádiz ardió bajo las antorchas de los mercenarios.

La luz del sol se filtraba por los boquetes del techo derrumbado, proyectando haces dorados sobre el polvo y los escombros. El aire olía a incienso rancio, a piedra mojada y a la podredumbre dulzona que emanaba del cuerpo del Marqués. Mis pasos resonaban en el silencio de la nave, un tañido sordo que parecía despertar a los espectros de los fieles que antaño se arrodillaban en aquellos bancos ahora hechos añicos.

—Doña Catalina de Mendoza —su voz brotó de las sombras del presbiterio, un susurro que se arrastró por las losas como una serpiente—. Habéis llegado por fin. Os esperaba.

El Marqués emergió de la penumbra, su silueta recortada contra el resplandor del altar destrozado. Su rostro, surcado por la cicatriz que le había dado nombre y que ahora se extendía como un gusano de marfil bajo la piel grisácea, se iluminó con una sonrisa que revelaba dientes negros y afilados. Sus ojos, dos cuencas vacías donde ardía el fuego verdoso de la locura, me escrutaron con una intensidad que helaba la sangre.

—Venís a detenerme —continuó, avanzando hacia mí con la parsimonia de un rey que visita a su vasalla—. Venís a salvar las Indias, a curar la peste, a vengar a vuestro esposo y a vuestro amante. Pero habéis llegado tarde, Doña Catalina. El frasco que sostengo contiene la cepa definitiva, la que se propagará por el viento y por el agua, la que convertirá a cada hombre, mujer y niño de estas tierras en un transformado. Y cuando las Indias hayan caído, cuando el Nuevo Mundo sea un cementerio de bestias hambrientas, la plaga cruzará el océano. Llegará a Cádiz, a Sevilla, a Madrid. Llegará a los jardines donde jugasteis de niña, a las tumbas de vuestros ancestros, a los palacios de la Corona.

Se detuvo a diez pasos de mí, alzando el frasco hacia la luz que se filtraba por el techo. El líquido verdoso burbujeaba en su interior, emitiendo un vapor que olía a cobre y a carne descompuesta.

—¿Por qué? —pregunté, con la voz firme, aferrando la empuñadura de la Tizona—. ¿Por qué tanta destrucción? ¿Qué os han hecho las Indias, qué os he hecho yo, para que vuestro corazón se haya podrido hasta este extremo?

El Marqués soltó una risa seca, carente de humor, que resonó en las bóvedas de la catedral como el croar de un cuervo gigante.

—¿Qué me han hecho? —repitió, con la voz quebrada por la ira—. ¿Qué no me han hecho, Doña Catalina? Yo nací en una familia noble de Extremadura, hijo de un hidalgo arruinado por las deudas y por la codicia de sus hermanos mayores. Me enviaron a las Indias como a un estorbo, con la promesa de que aquí encontraría fortuna. Pero lo que encontré fue la crueldad de los encomenderos, la hipocresía de los sacerdotes, la avaricia de los virreyes. Vi cómo

esclavizaban a los indígenas, cómo los marcaban con hierros candentes, cómo los mataban por diversión. Vi cómo la Corona saqueaba estas tierras y enviaba el oro a España para financiar guerras que no nos pertenecían.

Hizo una pausa, y sus ojos verdosos se llenaron de una tristeza que me sorprendió.

—Y entonces os vi a vos, Doña Catalina —continuó, con la voz suavizándose—. Una mujer noble, hermosa, inocente, que llegasteis a estas tierras con la esperanza de construir una vida junto a vuestro esposo. Y supe que vos representabais todo lo que yo había perdido, todo lo que me habían arrebatado. Vuestra inocencia, vuestro honor, vuestro amor. Todo lo que yo no podría tener jamás. Y decidí que si yo no podía ser feliz, nadie lo sería. Que si el mundo me había condenado a la podredumbre, yo convertiría el mundo entero en podredumbre.

Sus palabras, por crueles que fueran, revelaban la verdad de un hombre que había sido destruido por el sistema que pretendía destruir. El Marqués no era un demonio nacido del infierno, sino un producto de la codicia y la crueldad de los conquistadores, un hombre que había sido herido por el mundo y que había decidido herir al mundo a cambio.

—Entonces morid con vuestro veneno —sentencié, desenvainando la Tizona con un movimiento que hizo chisporrotear el acero negro—. Pero no permitiré que vuestra locura devore a los inocentes. No permitiré que vuestra venganza alcance a los niños que no os han hecho daño. No permitiré que vuestro infierno se extienda más allá de estas ruinas.

El Marqués alzó el frasco, dispuesto a romperlo contra el suelo. Pero yo ya me movía. Con un salto que desafiaba la fatiga de mis músculos, me abalancé sobre él, y la Tizona silbó en el aire. El acero toledano se hundió en el pecho del Marqués, atravesando el jubón de terciopelo podrido y el corazón corrompido que latía bajo él.

El Marqués soltó un gorgoteo ahogado, y el frasco resbaló de sus dedos para estrellarse contra las losas. El líquido verdoso se derramó

sobre la piedra, pero antes de que el vapor pudiera expandirse, tomé una antorcha que ardía en un candelabro cercano y la arrojé sobre el charco. Las llamas lamieron el líquido con una furia voraz, consumiendo el veneno en una nube de humo negro y acre que se elevó hacia el techo derrumbado.

El Marqués cayó de rodillas, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí las losas del altar. Sus ojos verdosos me contemplaron con una mezcla de odio y de alivio, como si la muerte fuera finalmente el descanso que había buscado durante toda su vida.

—Habéis ganado, Doña Catalina —susurró, con la voz quebrada por la agonía—. Pero no habéis ganado la guerra. La Corona enviará más ejércitos, más virreyes, más inquisidores. La codicia de los hombres blancos es insaciable. Nunca dejarán de saquear estas tierras, nunca dejarán de esclavizar a los inocentes. Vuestra victoria es efímera, Doña Catalina. Tan efímera como la mía.

—Quizás tengáis razón —respondí, con la voz firme, arrodillándome junto a él para que mis ojos estuvieran a la altura de los suyos—. Quizás la codicia de los hombres blancos nunca desaparezca. Quizás la Corona envíe más ejércitos, más virreyes, más inquisidores. Pero mientras haya una mujer que se alce contra la tiranía, mientras haya un hombre que defienda a los inocentes, mientras haya una madre que luche por sus hijos, la esperanza no morirá. Y esa esperanza, Marqués, es lo que vos nunca tuvisteis.

El Marqués sonrió, una sonrisa triste y valiente que iluminó su rostro demacrado. Sus ojos verdosos comenzaron a apagarse, la luz sobrenatural que los había animado durante años se desvanecía como una vela que se extingue en el viento.

—Quizás tengáis razón, Doña Catalina —murmuró, con la voz apenas audible—. Quizás la esperanza sea lo único que nos separa de las bestias. Quizás por eso os odié tanto. Porque vos teníais lo que yo había perdido. Porque vos amabais lo que yo había destruido. Porque vos vivíais lo que yo había enterrado.

Sus ojos se cerraron con lentitud, y su cuerpo se relajó sobre las losas del altar, la sangre negra manando de su herida y tiñendo de carmesí la piedra sagrada. Su respiración se detuvo, y el silencio que cayó sobre la catedral fue más denso que la piedra que nos rodeaba.

Me incorporé con lentitud, sintiendo cómo las lágrimas fluían libremente por mis mejillas. No lloraba por el Marqués, ni por la venganza cumplida. Lloraba por la tragedia de un hombre que había sido destruido por el mundo que pretendía destruir, por la crueldad de un sistema que convertía a las víctimas en verdugos y a los verdugos en víctimas. Lloraba por la inocencia perdida, por la esperanza quebrada, por el amor que nunca pudo ser.

Salí de la catedral, y el sol del atardecer me golpeó el rostro con una calidez que me devolvió la cordura. En la plaza mayor, Elvira y los guerreros de la rebelión me aguardaban, sus rostros iluminados por la luz dorada del ocaso. Al ver que salía sola, que el Marqués había caído, que la plaga había sido detenida, un rugido de júbilo brotó de sus gargantas, un alarido que resonó en las ruinas de la ciudad como el tañido de una campana de victoria.

Elvira corrió hacia mí, y me abrazó con una fuerza que me deshizo por dentro. Su cuerpo, que antaño había sido el de una niña asustada, era ahora el de una mujer fuerte y valiente, una heredera de dos mundos que había encontrado su lugar en el mundo.

—Lo habéis logrado, madre —susurró la joven, con la voz quebrada por las lágrimas—. Habéis detenido al Marqués. Habéis salvado a las Indias. Habéis cumplido la promesa que le hicisteis al padre Yahya.

La tomé del rostro, acariciando sus mejillas curtidas por el sol y el polvo, y la besé en la frente con una ternura que me devolvía la dignidad arrebatada.

—No lo he logrado yo sola, mi amor —respondí, con la voz firme, tragándome las lágrimas que amenazaban con cegarme—. Lo hemos logrado juntos. Tú, yo, los señores del viento, los cimarrones, los indígenas, los esclavos. Todos nosotros. Y sobre todo, lo ha logrado

la memoria de Rodrigo y de Yahya, cuyo amor nos ha guiado hasta este momento.

En los días que siguieron, las ruinas de Nombre de Dios se transformaron en el centro de un nuevo orden. No era un reino, ni una república, ni una colonia. Era una hermandad, una alianza de pueblos que habían sido sometidos durante décadas y que ahora, al ver la caída del poder de la Corona, habían decidido construir un mundo nuevo, un mundo donde la codicia y la crueldad no tuvieran cabida.

Elvira se convirtió en la líder de los jóvenes guerreros, entrenándolos en las artes de la esgrima castellana y en las tácticas de los señores del viento. Yo me retiré a una pequeña choza en las afueras de la ciudad, donde pasaba los días escribiendo la historia de nuestra lucha, la historia de Rodrigo y de Yahya, la historia de una mujer que había sido violada, esclavizada, condenada, y que había logrado sobrevivir para contarla.

Los años pasaron con la parsimonia de un río que fluye hacia el mar. Elvira se casó con un joven guerrero de los señores del viento, un hombre de ojos ámbar y corazón noble que la amaba con la misma intensidad con la que Yahya me había amado a mí. Tuvieron tres hijos, niños y niñas que crecieron fuertes y libres, corriendo descalzos por las arenas del desierto, aprendiendo los secretos de las plantas medicinales y las tácticas de la guerra.

Yo envejecí con la dignidad de los que han vivido plenamente, con las arrugas surcando mi rostro como los surcos de un campo sembrado, con el cabello blanco como la sal del desierto. Pero mis ojos, aunque cansados, seguían brillando con la luz de la esperanza, con la memoria de los hombres que había amado, con la promesa de un reencuentro en los campos de asfódelos.

Una tarde, cuando el sol comenzaba a teñir de rojo las arenas del desierto, me senté en la entrada de mi choza, con la Tizona apoyada contra la pared y la bolsa de cenizas de Yahya apretada contra mi pecho. Elvira se acercó, seguida por sus hijos, y se sentó a mi lado, tomando mi mano entre las suyas.

—Madre —susurró la joven, con la voz grave y pausada—, ¿alguna vez os arrepentís? ¿De haber dejado Cádiz, de haber amado al padre Yahya, de haber luchado contra la Corona?

La miré, y en sus ojos vi el reflejo de Rodrigo y de Yahya, la mezcla perfecta de dos mundos que habían sido enemigos durante siglos. Sonreí con la ternura de los que han encontrado la paz después de una vida de tormenta.

—No, mi amor —respondí, con la voz firme, acariciando su mejilla con dedos temblorosos—. No me arrepiento de nada. Porque cada dolor, cada pérdida, cada lágrima, me ha traído hasta este momento. Me ha traído hasta ti. Me ha traído hasta la paz. Y si tuviera que vivir mil vidas, elegiría cada una de ellas, con todo su dolor y toda su alegría, porque cada una me habría traído hasta aquí.

Elvira asintió con la cabeza, y sus ojos ámbar se llenaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas, perdiéndose entre los pliegues de su túnica. Sus hijos, al verla llorar, se acercaron y la abrazaron, formando un círculo de amor y de esperanza alrededor de mi anciano cuerpo.

El sol se ocultó tras las montañas, tiñendo el cielo de púrpura y oro, y las primeras estrellas comenzaron a brillar en el cielo del desierto. El viento sopló con suavidad, trayendo consigo el aroma de las flores silvestres que crecían en los oasis, el aroma de la tierra mojada por la lluvia, el aroma de la vida que se renovaba con cada amanecer.

En aquel instante, mientras mis hijas y mis nietos me rodeaban con su amor, mientras las estrellas brillaban sobre el desierto, mientras el viento susurraba los nombres de los que ya no estaban, sentí el roce de una mano invisible sobre mi mejilla. No era el viento, ni la imaginación de una anciana. Era el tacto de Rodrigo, el esposo noble y valiente que había muerto defendiendo nuestro honor en Cádiz. Era el tacto de Yahya, el hereje compasivo y letal que había entregado su vida por protegernos en los cerros rojos. Era el tacto de todos los que había amado y perdido, de todos los que habían muerto para que yo pudiera vivir.

Y supe, con la certeza absoluta de los que han encontrado la paz, que no estaba sola. Que Rodrigo y Yahya estaban conmigo, en cada latido de mi corazón, en cada lágrima que derramaba, en cada sonrisa que regalaba a mis nietos. Que mientras yo los recordara, mientras Elvira contara nuestra historia a sus hijos, mientras los señores del viento cantaran las baladas de la loba de sangre blanca, ellos seguirían vivos, en los campos de asfódelos, bajo el cielo de las promesas eternas.

Cerré los ojos, y sentí cómo mi cuerpo se relajaba, cómo mi respiración se tornaba superficial, cómo mi alma comenzaba a desprenderse de la carne que la había sostenido durante tantos años. No había miedo, ni dolor, ni arrepentimiento. Solo había paz, la paz de los que han vivido plenamente, la paz de los que han amado sin reservas, la paz de los que han encontrado su lugar en el mundo.

Y mientras mi alma se elevaba hacia el cielo del desierto, mientras las estrellas brillaban sobre las arenas del páramo, mientras el viento susurraba los nombres de los que ya no estaban, vi a Rodrigo y a Yahya esperándome en los campos de asfódelos, sus manos extendidas hacia mí, sus sonrisas iluminando la eternidad.

Supe en ese instante, con la certeza absoluta de los que han encontrado la paz, que mientras hubiera una mujer que se alzara contra la tiranía, mientras hubiera un hombre que defendiera a los inocentes, mientras hubiera una madre que luchara por sus hijos, la esperanza no moriría. Que mientras hubiera amor, mientras hubiera memoria, mientras hubiera vida, los campos de asfódelos nos esperarían, y allí, bajo el cielo de las promesas eternas, nadie podría separarnos jamás.

Pero así mientras el sol se ocultaba tras las montañas y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo del desierto, mi alma se elevó hacia los campos de asfódelos, hacia el reencuentro



con los que había amado, hacia la paz eterna que nos aguardaba más allá de la muerte.

---